Tracy Walker

HISTORIAS FANTÁSTICAS

HISTORIAS FANTÁSTICAS

Por Tracy Walker

Otros títulos de mi colección

-El secreto de Hamilton House

-El rey maldito

-Luna de Sangre

INTRODUCCIÓN

Como cada día, Christopher Evans, salió a dar su paseo vespertino.

Había alquilado una casita en el pueblo de Landersen, en Dinamarca, para estar en contacto con la naturaleza y despejar su mente del mundanal ruido de la ciudad, las prisas, la polución, y la gente. Había publicado su último libro hace un año, y aunque le dolía admitirlo, sufría un bloqueo. Tenía muchas ideas revueltas en la cabeza sobre lo que quería escribir, pero nada claro. Los personajes y las tramas le bailaban en la cabeza como una sopa de letras, sin orden ni concierto. Por eso, pensó que unas vacaciones fuera de Nueva York, le vendrían bien para aclararse y encontrar la paz mental que necesitaba.

Una mañana fría de octubre hizo las maletas, se embarcó y aterrizó en Landersen. Ahora, meses después y ya instalado, Christopher volvía con su rutina como cada día. Pasadas las seis de la tarde, paseo por los bosques que lindaban con su casa. Cada día, Christopher había salido a explorar el terreno para descubrir hermosos arroyos de agua fresca, lagos, y espesos bosques y praderas. Era un espectáculo de pura naturaleza viviente. A veces pensaba que necesitaba asentarse en un pueblito y olvidarse de la ciudad, pero en Nueva York se movían las grandes empresas, y él podía permitirse vivir de su profesión. Si abandonaba la ciudad, ya no podría asistir a eventos, galas y fiestas, y perdería oportunidades. Incluso varios directores de cine querían llevar un par de obras suyas al cine, pero Christopher se había negado cuando supo que iban a cambiar su guión original.

Con estas, decidió marcharse de la ruidosa Nueva York para encontrar la paz en la vida sencilla del campo.

Aquel día parecía un día normal, como otro cualquiera. Salió de casa como cada día, y caminó por un sendero que se perdía por un prado verde lleno de coníferas. Había varios senderos para seguir, y Christopher decidió tomar el de la izquierda, uno que hasta entonces no había explorado. Tras media hora de caminata, se sentó en una piedra junto a un arroyo para cerrar los ojos y disfrutar del sonido de la corriente del agua. Todo estaba en calma hasta que unos nubarrones grises encapotaron el cielo. Un olor a lluvia impregnado en la brisa fresca, llegó hasta las fosas nasales del escritor. Pensó que se avecinaba tormenta y que ya era hora de irse. Le pareció extraño porque según la chica del tiempo, esa tarde no iba a llover, pero era como si en esa parte del bosque, una nueva dimensión se hubiera abierto para mostrar un escenario diferente del que Evans había visto

al dejar su casa y emprender el paseo.

Tras varios minutos, Christopher comprendió que no llegaría a casa a tiempo para librarse de la mojadura. Justo cuando empezaba a temer lo peor, divisó a unos veinte metros lo que parecía ser una caseta de madera, una caravana con ruedas y de aspecto antiguo de esas que solían usar los feriantes y zíngaros de los pueblos. La caravana no era muy grande y tenía una pequeña ventana lateral y una puerta trasera. No había caballos, ni ropa tendida, ni nada que sugiriera que había alguna persona por allí. Con todo, Christopher decidió acercarse igualmente. Usó los nudillos para llamar a la puerta de madera. Ya había empezado a llover más fuerte y el escritor se cobijó bajo el tejadillo de madera de aquella extraña caravana.

—¿Hola? Por favor, necesito ayuda. ¿Hay alguien ahí?

De repente la puerta se abrió. Christopher alzó la vista y vio a una hermosa joven. Nunca había visto a ninguna así, ni siquiera en las fiestas más sofisticadas de Nueva York.

—Serena. —Dijo la chica clavándole unos brillantes y grandes ojos color miel. Christopher se quedó abrumado por su belleza.

Era blanca como la nieve fresca, su pelo rubio caía en largas ondas sobre su pecho. Llevaba una extraña diadema a modo de corona dorada con una gema del mismo color que sus ojos, que reposaba sobre lo alto de su frente. Un ligero maquillaje rosado cubría sutilmente sus párpados y labios. Sus facciones eran femeninas y delicadas.

—Encantado de conocerla, Serena. Me llamo Christopher Evans y…

—Sé quién eres. Pasa, te estaba esperando.

Serena le dio la espalda y se metió dentro de la caravana dejando la fragancia del sándalo en el aire. Christopher se sintió ligeramente mareado. Decidió seguirla. Ella se había sentado en una silla de mimbre y madera frente a una mesa redonda con un tapete de lunas y estrellas.

Barajaba unas cartas del tarot. Sus uñas estaban pintadas de color dorado claro, y llevaba unos anillos en los dedos índice y anular, a juego con unas pulseras de plata que tintineaban graciosamente cuando ella movía las manos para colocar y barajar las cartas.

—No quisiera molestarla. Solo me quedaré hasta que deje de llover. No entiendo cómo ha cambiado tanto el tiempo, el cielo estaba

despejado cuando salí de casa.

—Ahora no estás en casa, Christopher Evans. Siéntate, por favor—dijo ella sin inmutarse ni levantar la vista de las cartas. Christopher, sin embargo, no podía dejar de mirarla. ¿Por qué hablaba con ese misterio?

Tras un largo rato, por fin le miró.

—Elige tres cartas de la baraja y ponlas sobre la mesa.

Christopher la miró sin comprender nada. Su voz sonaba embriagadora, y sus ojos parecían atravesar el alma, mirándote como dos alfileres. Christopher colocó las cartas sobre el tapete. Él no tenía ni idea sobre tarot pero le pareció que salía una rueda de la fortuna, un rey y una mujer en un arroyo de agua.

—Buscas conocimiento y tendrás fortuna. Bien, yo te contaré unas historias que pasaron hace tiempo. Fueron reales como la vida misma, pero para muchos serán tildadas como historias fantásticas. Cuando te las cuente, no volveremos a vernos. Tú tendrás un nuevo libro, y el mayor éxito. Pero recuerda, deberás contarlas al mundo tal y como yo te las voy a contar, sin omitir nada, o todo esto se volverá en contra de ti, Christopher Evans.

—Haré lo que me pides, Serena, pero dime, ¿qué está ocurriendo aquí? Necesito entender.

—Lo harás en su debido momento. Ni antes ni después. —Ella se levantó un momento y se dirigió hacia un mueble de madera en el que había depositado un farol de mano. Abrió un cajón y extrajo algo. Se acercó a Christopher, y agachándose hasta ponerse a su altura, prendió del ojal de su camisa una pequeña flor con un fino tallo verde, lo que parecía ser una campanilla azul—. Cuando dudes de este encuentro, recuerda esta flor, tócala, siéntela, y sabrás que esto fue real. Viniste a estos bosques a encontrarte a ti mismo, a querer explorar el conocimiento. Bien, yo te lo puedo proporcionar. Esto solo ocurre una vez cada cien años. La madre naturaleza te ha elegido, y yo, su hija, cumplo su deseo. Y ahora, escúchame muy atentamente. No me interrumpas, no preguntes, y recuerda todo lo que voy a contarte, porque de ello depende tu futuro. Sin tu próximo libro, dejarás de ser el escritor exitoso que eres. Si quieres conservar tu éxito, esta es tu oportunidad. ¿Estás preparado?

—Lo estoy—contestó Christopher con firmeza. No dijo que su corazón latía con tal velocidad que podría tener un infarto en cualquier

momento.

Serena se sentó de nuevo en la mesa. Le miró fijamente y cogió las manos suaves del escritor entre las suyas. Christopher sintió un aguijonazo de deseo.

—Empezaremos por él… Todavía recuerdo al rey Eleazar, oh, sí. Hace mucho tiempo, en un lejano reino…

EL REY MALDITO

****

—Traedme a mi reino a la mujer más hermosa jamás vista y os daré vuestro peso en oro.

Con esas firmes palabras, el rey Eleazar impresionó a su soldado y hombre de confianza, Elder de Veryard, hombre codicioso por naturaleza, que se juró satisfacer al rey en un deseo que parecía imposible. Este deseo expresado por el rey había tenido lugar hacía años y pese a que Elder había recorrido buena parte del mundo, nunca había encontrado a una mujer cuya belleza superara a todas las vistas anteriormente. Ni cortesana, ni campesina, ni princesa. Ninguna cumplía los requerimientos físicos que Eleazar deseaba y una vez le describió frente al fuego del salón real.

"*Debe tener la cara más dulce y angelical, pero con un brillo de astucia y belleza salvaje también. Que su pelo sea una cascada de seda, su cuerpo el de una ninfa, sus labios fresas dulces, y que su tacto al tocar sea como pluma acariciando. Cuello de cisne, piel suave como una caricia rosa y ojos verdes como la esmeralda más pura sacada de la tierra más profunda*"

Con tales requerimientos, la tarea era ardua y casi imposible de conseguir. Ese era el reto de Eleazar. Pero Elder era un hombre tenaz y persistente que no abandonaba fácilmente. Seguía buscando a la joven que de momento solo existía en la mente del rey.

—¿Qué haréis con tal muchacha si algún día la encontráis, Majestad? — preguntó Elder.

—Hacerla mi reina, y a ti elevarte a Duque—contestó Eleazar con una media sonrisa. Elder también sonrió, saboreando ya su título.

****

1520, año del Señor.

Eran tiempos de guerra. Tiempos convulsos.

El reino de Eleazar era fructífero e inmensamente rico. Eleazar nunca había tomado parte en las contiendas, ya que no le gustaba el olor de la sangre y la muerte. Prefería mandar sus legiones de soldados, sus barcos y a los mejores guerreros para arrasar, tomar reinos y aprovechar la caída de monarcas, condes y duques mientras él se quedaba en palacio estudiando nigromancia, artes oscuras y cabalgando a Azabache, su potente caballo negro de pura sangre.

Los orígenes de Eleazar habían sido humildes y su infancia penosa. Era

hijo de un herrero y vivía en una aldea pobre y sucia. La comida escaseaba y las epidemias de peste no ayudaban a prosperar. Creció entre el humo del fuego, el calor, el sudor y la penuria. Cuando los aldeanos visitaban la ciudad con motivo de alguna festividad real, Eleazar podía ver cómo los nobles miraban y trataban con desprecio a la plebe.

Un día durante un desfile real, las gentes invadían las calles. El perrito de una duquesa correteó hasta Eleazar, vestido con una camisa blanca ya de color gris por el humo de la forja. La mujer, llena de espanto, se acercó al muchacho haciendo repiquetear sus tacones sobre el suelo de piedra, recogiendo en brazos al pequeño can con una mueca de asco y regañándole por "acercarse a la basura".

El odio empezó a dominar su corazón y a forjar su personalidad pues el joven no podía hacer nada para hacerse respetar y sabía que nunca podría, dada su humilde condición.

Pero la suerte cambió y un día, en la humilde casa, sus padres recibieron la visita de unos soldados reales. Eleazar no entendía nada, pero el semblante de sus padres se había tornado triste y al compartir miradas de angustia, Eleazar se temió lo peor.

Pero no fue así.

Pronto descubrió que era hijo biológico del rey Dietrich, y que este, bastante enfermo ya, no tenía a nadie a quien legar su reino. Su hijo adolescente Alistair había fallecido a causa de unas fiebres, y el rey Dietrich pensaba sustituirle por su bastardo, pero hijo de sangre al fin.

Nadie fuera del castillo real había visto nunca al príncipe Alistair pues su salud siempre había sido delicada y el rey temía que como resultado de oscuras intrigas, su hijo fuera víctima de asesinato. La reina Margery y Dietrich, acordaron proteger a su hijo hasta que cumpliera la mayoría de edad. Pero la suerte no estaba de su lado y un tiempo después, la reina murió como consecuencia de unas fiebres y Alistair corrió la misma suerte unos años después.

Después de tales disgustos, la salud del rey Dietrich empezó a decaer y al verse solo y enfermo, decidió traer a palacio a su único vástago vivo, Eleazar.

Por aquel entonces el muchacho tenía dieciséis años y vivía en casa del matrimonio dueño de la herrería. El rey Dietrich les dio como pago una bolsa de oro cuando el bebé fue entregado una oscura y fría noche de invierno por la matrona.

Eleazar era fruto del rey y su encuentro con una duquesa. Por su status social y respectivos matrimonios, ninguno quiso quedarse con el infante, el cual resultaba una molestia más que una bendición, y el matrimonio de los Gawain, que no tenía hijos, acogió con cariño y alegría al pequeño.

Con gran pesar para sus padres adoptivos, Eleazar abandonó el humilde hogar, prometiendo

que cuando tuviera poder volvería a por ellos. Pero nunca ocurrió pues la desdicha se cebó en el matrimonio y una epidemia de peste acabó con sus vidas antes de que Eleazar volviera para llevarlos a la corte.

Ya en el castillo, el rey acogió a su hijo con satisfacción y cariño, pero Eleazar sabía que para su padre era solo una tabla de salvación en momentos desesperados, pues años antes había podido vivir perfectamente sin él, y ni siquiera le había querido lo suficiente para quedarse con él cuando era un bebé. Pero Eleazar tuvo la astucia suficiente para guardarse sus sentimientos y mostrar a su padre una cara más amable hasta que el rey Dietrich murió cinco años después. Un ataque al corazón según el físico de la corte.

Con veintiún años, Eleazar tomó las riendas del reino, se hizo codicioso y no dudó en ir a por los nobles que tiempo atrás le habían tratado como a una rata de alcantarilla.

En tiempos de gestas, Eleazar desplegaba todo su ejército y aunque no acompañaba a sus tropas ni las dirigía personalmente como otros monarcas, daba órdenes concretas antes de la partida y su amplio ejército se apoderaba de todo tipo de bienes en su nombre. Castillos, tierras, palacetes, joyas… De niño ya había visto suficiente pobreza y devastación como para ir personalmente a las guerras a ver todo ese horror y mancharse las manos. Se dijo que se quedaría en su castillo y sus hombres lucharían por él a cambio de ser gratamente recompensados junto con sus familias.

A los veinticinco años ya era el monarca más rico de toda Europa y también era temido por todo el mundo. Aunque durante un tiempo su pueblo no pudo quejarse de él, pues se había preocupado de los pobres hasta el punto de repartir comida, ropa, y sanear calles y viviendas.

Hasta que un día también volvió la espalda a los aldeanos cuando llegó a sus oídos que la gente murmuraba que posiblemente había matado a su padre para heredar el trono. Una vez más, sintiéndose

traicionado y humillado por la gente, cerró aún más su corazón hasta el punto de que sólo vivía para hacerse aún más rico aprovechándose del tiempo de guerras y batallas. Las fiestas en su castillo eran legendarias e hizo pactos con otros ricos reinos obteniendo así más protección y fama.

Durante aquel tiempo fue un gran estudioso de la literatura, la pintura, la alquimia y las artes mágicas y nigromancia. En su castillo había tenido a los mejores para enseñarle y Eleazar se curó en salud al estudiar todo tipo de rituales de protección para salvaguardarse de la gente que le odiaba y deseaba su muerte.

Las raras veces en que se había acostado con mujeres, todas ellas habían comprobado como el rey nunca se desprendía de un curioso colgante que llevaba colgado al cuello de una cadena de plata que le llegaba hasta el torso.

Cuando Melina, una joven concubina, quiso tocar la joya que soltaba destellos verdes y morados al fulgor de la luz del fuego, Eleazar, en un movimiento rápido y seco, agarró su muñeca apretando con fuerza y clavando en la joven sus ojos verdes como un animal a punto de atacar. Melina le pidió disculpas, asustada. En otro momento, quizás Eleazar habría mandado que la cortaran la mano, pero ésa noche después de horas de placer y complacencia a cargo de Melina, Eleazar se sentía generoso.

—Trae una copa de vino—Melina agachó ligeramente la cabeza en señal de afirmación y corrió a la mesa a servir vino en una copa de oro.

Ciertamente Eleazar consideraba aquel amuleto como fuente de protección, pues un nigromante que era en realidad un brujo, le había enseñado las propiedades de las piedras y algunos rituales para bañarlas a la luz de la luna llena y cargarlas de magia y energía.

Desde que Eleazar llevaba el colgante de topacio místico, no había tenido ningún problema de salud ni ninguna intriga en contra de su persona. Lo había llevado por tres años ya, y con cada nueva luna llena, la piedra parecía más viva, fuerte y fulgurante.

Pasó el tiempo y Eleazar ya contaba con treinta y dos años. Tenía un ejército leal, consejeros y varios hombres de confianza, además de riquezas por medio mundo. Pero aún le faltaba lo mejor: el amor.

Aún no se había casado ni había procreado hijos y algunas de sus personas más cercanas solían preguntarle si algún día se entregaría al

matrimonio como todos los monarcas tenían costumbre de hacer para tener descendencia y legar su rica herencia al futuro heredero. Pero Eleazar quería casarse por amor y con una joven que le cautivara el corazón nada más verla. En su corazón sentía que iba a conocer a alguien extraordinario y por eso le contó a Elder, uno de sus hombres de confianza, cómo ya tenía su ideal perfecto de la que sería reina de Godwig.

Elder tomó nota de lo que su rey quería y la promesa que le había hecho de hacerle inmensamente rico si le traía a palacio a la joven que deseaba coronar como reina y hacer su esposa y madre de sus hijos. Y así fue como en una de las muchas gestas en que Elder y su ejército arrasaban con todo, encontró a la joven muchacha que el rey deseaba.

Fue en un reino lejano, en Lombarde, al sur de Francia. El reino se había embarcado en una guerra con Portugal y el ejército de Elder se alió con el ejército portugués para ganar la contienda y repartirse riquezas. Por suerte el rey de Portugal era amigo del rey Eleazar y la ocasión no podía ser más propicia para celebrar la victoria.

Y la tuvieron.

El castillo del rey Mathis cayó y este murió junto con toda la corte. El castillo y los alrededores se tiñeron de sangre, humo, espadas y muerte. El ejército de Eleazar no perdonó a nadie.

El rey, que sabía que iba a caer, aconsejó a su hija Isoldine marcharse del reino y esconderse con su fiel criada africana Nathifa hasta que pasara el ejército enemigo. Vestida como una campesina, pero con costosas joyas cosidas en el interior de la falda de su largo vestido, entre lágrimas, Isoldine dejó la corte de su padre y se marchó con Nathifa. Y es que vestida como una criada, nadie nunca sospecharía que era la princesa.

La manera en que Elder descubrió a Isoldine fue accidental. Cabalgaban por el sendero de un bosque dirigiéndose al puerto para tomar el barco que les llevaría de vuelta a Godwig.

Una silueta salió de repente del verde bosque y cruzó el sendero, y Elder tuvo que parar en seco para evitar que el caballo la arrollara. Aquiles relinchó, sus patas delanteras se elevaron en el aire, casi tirando hacia atrás a Elder, pero este era un buen jinete y agarrándose bien a las riendas y apretando los muslos al lomo del caballo consiguió evitar la caída.

—¡Por Dios! ¿Qué estúpida criatura osa entrometerse en nuestro paso?

— bramó. La figura llevaba una capa rosa con capucha y la tela era de lo más barato. No conseguía verla el rostro, pero consiguió ver unos mechones de pelo castaño claro salir por un extremo del cuello de la capa. Elder sintió curiosidad por saber quién era esa joven. Se bajó del caballo, la joven se había parado como si el tiempo la hubiera congelado. No quería descubrirse y Elder se sintió aún más tentado en ver quién era la misteriosa mujer—.Descubríos la cara, por favor…

La mujer emprendió la marcha haciendo caso omiso de Elder. Dio varios pasos y se encaminó hacia otra parte del bosque, pero Elder la paró antes de que avanzara más. Agarró a la joven del brazo y apretó con fuerza. Ella, molesta por el agarre, se paró en seco y giró la cara a su atacante. La capucha de la capa se la cayó hacia detrás descubriendo su rostro. Elder, al mirarla, se quedó tan asombrado que su boca se abrió y la presión de sus dedos se relajó hasta el punto que soltó el brazo de la joven. Sintió que las fuerzas le abandonaban, que su mano caía como si estuviera rota.

—Os ruego que dejéis que siga mi camino, por favor—contestó la joven.

Aquella joven era la viva representación de la descripción del rey Eleazar. Lo supo en cuanto la vio.

"*Debe tener la cara más dulce y angelical, pero con un brillo de astucia y belleza salvaje también. Que su pelo sea una cascada de seda, su cuerpo el de una ninfa, sus labios fresas dulces, y que su tacto al tocar sea como pluma acariciando. Cuello de cisne, piel suave como una caricia rosa y ojos verdes como la esmeralda más pura sacada de la tierra más profunda*"

La descripción correspondía con la joven a la perfección. Y entonces Elder vio su futuro claro como la luz del día. Ya se veía siendo marqués, engalanado con brillos y oropeles y telas de oro y filigrana. Casi como un rey. La sorpresa de Eleazar sería mayúscula y la recompensa para Elder sería la mayor jamás dada a un soldado personal del rey. No podía dejar escapar a aquella chica.

Ella le miraba con una mirada felina y preciosa, color verde claro. Sus labios rosados y perfectamente alineados y jugosos estaban entreabiertos. Su tez era blanca con mejillas sonrosadas y su piel se veía suave y sin imperfecciones. Un cuello largo de cisne terminaba en una hermosa cabeza con pelo castaño claro ondulado que caía como una cascada sobre sus hombros y espalda.

Elder reaccionó y volvió a agarrar a la joven, esta vez de la muñeca y

con fuerza.

—Vendréis con nosotros. Partimos al reino de mi señor, en Godwig.

—¡NO! ¡No iré a ningún sitio, soltadme!—la chica intentó zafarse pero no pudo.

—¡Soltad a mi señora!—gritó una voz de entre la maleza. Elder y sus hombres giraron sus cabezas y vieron salir a una joven negra con ropas sencillas y pañuelo en la cabeza. Era exótica y hermosa pero no lo que Eleazar buscaba.

—Perfecto, nos llevaremos a las dos— sentenció Eleazar—coged a la negra.

En un abrir y cerrar de ojos, antes de que la joven pudiera protestar, dos hombres de Elder desmontaron los caballos y agarraron a la muchacha negra.

Las dos mujeres protestaron, gritaron y se revolvieron contra los hombres, pero estos las montaron en sus caballos y las embarcaron con ellos rumbo a Godwig.

Por supuesto se trataba de Isoldine y Nathifa.

Una vez estuvieron abordo, las dejaron solas en una zona de la bodega, entre unas mantas, y los hombres subieron a cubierta.

—No diremos la verdad sobre nuestro origen, no deben saber que soy la princesa Isoldine de Lombarde— le dijo Isoldine a una temerosa Nathifa que la miraba con sus ojos negros como un cervatillo lleno de terror ante su presa—. Diré que me llamo Dalida y que era una criada del rey, al igual que tú. Siendo una campesina no seré importante.

—¿Qué haremos en ese nuevo reino, mi señora? ¿Cómo volveremos a Lombarde, vuestra casa?

—Ya no queda nada en Lombarde, Nathifa—dijo Isoldine con una voz compungida de dolor y una mirada triste— tomaron el castillo de mi padre y mataron a todos. Si regreso, me matarán también porque soy la heredera de mi padre. No puedo revelar mi identidad… Una vez en el reino de Godwig, intentaré ganarme la confianza del rey… Le engañaré, le diré lo que quiere oír aunque al principio, para no levantar sospechas, seré rebelde y salvaje. Después le haré creer que me ha domado, y cuando menos se lo espere...

—¿Qué ocurrirá, mi señora?— Nathifa miró a Isoldine con curiosidad.

—*Le mataré*— sentenció Isoldine.

****

La travesía en barco duró un mes. Durante ese tiempo Isoldine y Nathifa se mostraron sumisas y calladas, pues era lo mejor durante el tiempo que iban a pasar en el océano con esos hombres desconocidos, aunque los hombres no las molestaron. Como Isoldine iba a ser para el rey, ninguno osó tocarla y se mantuvo virgen. Elder la cuidaba personalmente y Nathifa, al ser negra, no despertaba el interés de los hombres del rey. Gracias a eso llegaron sanas y salvas a Godwig una fría mañana de octubre.

Elder estaba pletórico y nervioso, pues no podía esperar para presentar a Eleazar su regalo.

El rey esperaba sentado en su trono para ver lo que Elder traía y para oír las nuevas sobre la última gesta. Para esa ocasión, Eleazar decidió vestirse con un manto rojo de terciopelo, anillos de rubí engarzados en oro y por supuesto su brillante corona descansando en su agitada cabeza, llena de pensamientos y temores.

Eleazar no esperaba nada especial. Se dijo que sería otro de sus rutinarios encuentros con Elder para informarle de lo mismo, posesión de tierras, palacios y tesoros. Nada sería diferente. Pero entonces, Eleazar, cambió su semblante aburrido por un gesto más despierto. Vio cómo Elder entraba al gran salón real con una persona a su lado.

Su hombre de confianza cruzó el gran salón con determinación mientras la figura a su lado llevaba un paso más ligero y amedrentado. Los pasos de las botas de Elder resonaron con firmeza y su capa negra se movía con gracia cuando pasó junto a la gran chimenea encendida. Se presentó ante el rey al cual hizo una reverencia.

—Majestad.

—Bienvenido a casa, Elder. ¿Qué tal fue la travesía?, ¿qué me traes esta vez?

—Majestad, en batalla ganamos la zona de Lombarde y traemos ricos tesoros, el castillo del rey Mathis y otras haciendas de nobles. Pero permitidme que os enseñe el mejor presente de todos. Este, sin duda, creo que os complacerá más que ninguno. Una vez hicimos una puesta, frente al fuego de esa chimenea. Yo me tomé en serio tal apuesta y aquí os traigo lo que más deseáis. Más que el dinero, las

joyas y las tierras conquistadas. Os presento a Dalida.

Como si se tratase de una estatua que es destapada en una inauguración, Elder quitó a Isoldine la capa que la cubría y reveló a su rey la hermosa joven.

Ella no alzó la mirada, no quería ni verle. Le odiaba porque sabía que había mandado a su ejército para arrasar con su ciudad y que sus hombres habían matado a su padre, el rey Mathis. Era un rey codicioso y malvado que nunca veía saciada su ansia de poder. Tenía riquezas para vivir mil vidas y aun así seguía arrasando ciudades y quitando tierras y haciendas, dejando miles de cadáveres en el proceso.

Eleazar se quedó boquiabierto y lentamente se levantó del trono. Elder sonrió satisfecho y observó cada movimiento del rey. Este se acercó lentamente a Isoldine, la observó como si fuera un raro animal nunca visto por el ojo humano. Ella seguía con la mirada baja, como avergonzada.

El rey avanzó hasta Isoldine. Observó su belleza y se tomó su tiempo para mirarla y analizar cada rasgo en profundidad. Estiró la mano y acarició la cara de Isoldine, la cual ella apartó repudiando el acto.

—Mírame por favor—la tomó delicadamente de la barbilla. Ella giró la cara lentamente y alzó la vista. Sus ojos verdes claros se cruzaron con los ojos verde oscuro del rey. Su mirada era salvaje y bella a la vez. Quiso besarla cuando vi sus jugosos labios rosa ligeramente apretados. Eleazar acarició su cabello largo y suave y se lo echó hacia los hombros con un gesto delicado y amoroso. La desató el lazo de la capa, esta cayó al suelo y el corazón de Isoldine empezó a latir deprisa. Tenía miedo, pero no quería reflejarlo por orgullo. Pensaba que el rey la desnudaría para examinarla más a fondo como si fuera ganado. El miedo la atenazó la garganta. Pero para su asombro, Eleazar se quitó su ostentosa capa y se la puso a Isoldine, que llevaba un vestido sencillo y no era de abrigo. Se había dado cuenta de que estaba helada y que la ropa que llevaba no la calentaba. Eleazar cerró el broche de oro a la altura de la clavícula de Isoldine. Ella le miró extrañada.

—¿Cómo os llamáis?— preguntó Eleazar dulcemente.

—Dalida—contestó ella casi en un susurro.

—Dirigíos al rey como su Majestad—la reprendió Elder fulminándola con la mirada. Eleazar miró a su caballero con gesto reprobatorio.

Elder bajó la mirada temeroso por su impertinencia.

—Sois muy hermosa, pero no temáis, no os haré ningún daño. Aquí estaréis bien, os lo prometo.— Eleazar acarició el pelo de la joven y ella se estremeció. Eleazar no quiso forzar las cosas pues veía que Dalida no respondía bien al contacto físico. Era como un animal herido y desconfiado que necesitaba de tiempo para confiar. El rey se dirigió a las criadas con una mirada severa— llevadla a mis aposentos y preparadla un baño caliente, ropa, perfumes, joyas y comida caliente. Servidla en todo cuanto necesite y os pida.

Las criadas hicieron una reverencia y se acercaron a Isoldine para llevársela. Sumisa, fue con ellas subiendo las escaleras del gran salón mientras el rey la miraba maravillado. Incluso en el andar era delicada. Era su sueño hecho realidad.

Una vez la perdió de vista, se volvió hacia Elder.

—No puedo creer lo que me habéis traído mi gran amigo, sin duda seréis gratamente recompensado. Es el mayor tesoro que podíais traerme. Gracias— Eleazar abrazó a Elder y palmeó su espalda. Ambos hombres se sonrieron.

—Me congratula saber que la joven cumple vuestro deseo, Majestad.

—Más que eso…—Elder sonrió—. Bien, te daré tu peso en oro, el título de marqués y el castillo de Lombarde y sus tierras. ¿Deseáis algo más? Podéis pedir lo que queráis.

Elder se sentía abrumado ante tanta riqueza repentina.

—Con eso es más que de sobra, Majestad. Agradecido— Elder hizo una reverencia. Hubiera pedido más, pero no quería sonar codicioso y abusar del rey o perder su confianza.

—Yo lo estoy mucho más—sonrió Eleazar más satisfecho que nunca.

****

Isoldine tomaba un baño caliente y espumoso frente al balcón de la alcoba de Eleazar, la cual era la más grande de todo el castillo. Una criada lo había preparado todo con sumo cuidado. La bañera era de madera y muy espaciosa, conteniendo dentro una sábana blanca para mayor comodidad y se colocó casi al ras del balcón, pues Isoldine quería ver el cielo mientras se bañaba sumida en sus pensamientos.

Quería acabar con Eleazar, pero estaba preocupada porque al ver al rey había sentido algo que no esperaba… Una especie de atracción por él que chocaba con su sentimiento de odio hacia el responsable de la masacre de su pueblo.

No se había esperado que Eleazar fuera tan atractivo…Tenía un porte regio y elegante, seductor y varonil. Era alto, tenía brazos fuertes, espalda ancha y unas piernas bien fornidas que encajaban como un guante en sus pantalones a juego con sus botas negras de cuero. Su piel era suave, pues Isoldine había experimentado un ligero escalofrío con el roce de los dedos del rey en su piel desnuda cuando este le había puesto su manto sobre los hombros desnudos.

Sentada con la espalda sobre la madera y las rodillas emergiendo del agua espumosa, Isoldine apoyó su cara en las rodillas y se abrazó a sus piernas, pensativa y desolada.

Pensaba en los rasgos de Eleazar. Sus ojos eran verdes e intensos, y su cabello negro se distinguía por ser espeso y rizado, con graciosas ondas. También tenía la típica barba y bigote recortados casi a ras de la piel, haciéndole un porte aún más atractivo.

No como esos monarcas cuyas caras apenas se vislumbraban por las barbas tan espesas que trepaban por sus rostros como enredaderas por una pared. Eleazar era varonil y atractivo e Isoldine sentía algo por él. Eso la atormentaba y apenas se dio cuenta de que una lágrima corría por su rostro y cayó fundiéndose con el agua de la tina.

De repente la puerta se abrió y el motivo de sus pensamientos entró en la estancia.

Isoldine se incorporó, giró el cuello para mirarle y se abrazó los pechos para que Eleazar no la viera desnuda. Se hundió un poco más en la tina y sus rodillas sobresalieron más como dos montañas rodeadas de agua.

—No vengo a molestaros— anunció Eleazar con una voz varonil, firme y dulce— podéis estar tranquila, no os haré daño ni os obligaré a nada. Solo venía a ayudaros si me lo permitís, por supuesto….

Isoldine reparó en que Eleazar llevaba en la mano una pequeña botellita de cristal amarillo traslúcido. Ella no le dijo nada, solo miró cómo él se aproximaba hasta la tina y se arrodillaba tan cerca de ella que tenía su respiración en su cuello de cisne.

—¿Qué deseáis?— preguntó Isoldine con cierto recelo.

—Vengo a traeros este aceite maravilloso. Sé que venís agotada de tan largo viaje y las fatigas pasadas a causa de las guerras.. Lo he notado en vuestro espíritu. Solo quiero regalaros su efecto maravilloso, con vuestro permiso… — Isoldine asintió, y avergonzada fijó su mirada en el agua. Los ojos verdes de Eleazar eran tan hermosos y brillantes que la daba vergüenza sostenerle la mirada. Sus parpados carnosos y cejas negras hacían su mirada mucho más intensa y atractiva.

Isoldine cerró los ojos y sintió cómo Eleazar deslizaba sus manos aceitadas sobre su cuello y sus hombros en movimientos suaves que consiguieron calmar el dolor y la rigidez de los músculos como resultado de la tensión y nervios acumulados. Las manos de Eleazar se movían con gracia y sutileza y la joven disfrutaba de ello pese a que se sentía cada vez más culpable. ¿Qué le iba a decir a Nathifa?

La criada le había dicho que Nathifa tendría su propio dormitorio y que sería bien atendida. Se la habían llevado para vestirla y darla de comer. Isoldine se sintió aliviada de que su criada fuera tratada con respeto. Siendo Eleazar tan atento y dulce, no podía entender que un hombre así fuera el responsable de miles de muertes, eso sí, siempre de gente de la nobleza. Era algo extraño que Isoldine no entendía.

La joven dejó escapar un pequeño gemido y lo lamentó al instante. El perfume de Eleazar inundaba sus fosas nasales. Olía a fragancia marina y dulce y eso le hacía aún más atrayente. Isoldine notó las manos de Eleazar cogiendo su nuca delicadamente, echó su cabeza hacia atrás, arqueando el cuello de la joven. Ella abrió los ojos y le miró. Eleazar se inclinó y la besó delicadamente en los labios. Para su sorpresa, ella se dejó y le besó también.

Fue un beso dulce, lento, ambos se llenaron el uno del otro, con delicadeza y romance. No había nada salvaje ni lujurioso y eso agradó a Isoldine. Pero de repente, una imagen del reino caído de su padre y los nobles muertos manchados de sangre y la cara de Eleazar como responsable inundó su mente con tal dolor, que ella se apartó bruscamente dejando a Eleazar sorprendido y preocupado.

—Lo siento— se disculpó ella volviendo a su posición de rodillas abrazadas, replegada en sí misma, protegiéndose de a saber qué.

—No, disculpadme vos, no quería importunaros. Os ruego me disculpéis si os he molestado. Sois tan hermosa, que me dejé llevar por mi corazón... Lo lamento.

—No os preocupéis, está todo bien— mintió ella. Pero Eleazar veía en torno a ella un halo de tristeza. Decidió probar una última cosa antes

de marcharse y dejarla en paz. No convenía forzar las cosas.

Como seguía arrodillado ante la tina, Eleazar deslizó su brazo y con el dedo índice tocó la superficie del agua. De repente una luz brillante como el oro iluminó un camino de luz en el agua que llegó hasta la rodilla de Isoldine, cuál río de oro. La luz dorada se posó sobre su rodilla, la cual no había pasado inadvertida para el rey. Como consecuencia de una caída al intentar huir de Elder Isoldine tenía una fea cicatriz en la rodilla como resultado de la herida mal curada. Eleazar se irguió poniéndose en pie.

La luz resultó ser cálida y reconfortante y devolvió a Isoldine su piel tersa y limpia. Ella se quedó estupefacta. Se tocó la rodilla varias veces y vio que era verdad y no un espejismo. Su rodilla se había curado.

Se giró para darle las gracias al misterioso rey, pero cuando quiso hacerlo, Eleazar ya se había ido, sigiloso como una hoja al viento.

****

Después del baño, la princesa se sentía tan relajada que decidió acostarse en la gran cama del rey. La almohada olía al perfume de Eleazar e Isoldine encontró eso aún más reconfortante para caer dormida enseguida.

Su sueño fue de lo más extraño. Soñó que vestida de blanco y seda recorría los pasillos del castillo por amplias estancias hasta dar con una puerta de marfil blanco y pomo de oro. Al entrar dentro, estaba el rey Eleazar, tumbado en una cama vestido con ropajes color granate y bordados en hilo de oro. Parecía muerto. Sus manos yacían recostadas sobre su estómago. Su expresión facial era serena pero algo no iba bien. Ella le miró contemplado sus hermosas facciones y estiró el brazo para tocar su cara. Pero de repente él abrió los ojos, la miró y agarró su muñeca. Isoldine gritó.

—Liberadme, por Dios os lo pido. Liberadme. Sois mi única esperanza.

-¿Liberaros? ¿De qué?

—Liberadme de este sueño eterno. Arrancadle la piedra, traedla aquí y devolvedme a la vida.

Isoldine no entendió nada. Ese hombre era el rey, pero había algo en su voz y su mirada que no era propio del rey Eleazar.

Entonces se despertó.

Isoldine se sentó en la cama, respiraba entrecortadamente y necesitó beber agua de un vaso que por suerte la criada había dejado en una mesita anexa a la cama. Intentó calmarse. Se apuró el vaso de agua y lo depositó vacío sobre la mesa. Entonces se dio cuenta de que tenía una marca de dedos sobre la piel blanca de su muñeca.

El sueño había sido más que un sueño…

****

Eleazar decidió prepararse con sus mejores galas para la cena con Isoldine. Al ser pleno invierno hacía frío, asique decidió ponerse una capa con cuello de piel, camisola blanca y pantalones de cuero y botas

Como ahora no disponía de alcoba propia, había tomado otra en el ala oeste del castillo.

Pero antes de entrar, decidió deshacer sus pasos y giró en un pasillo para dirigirse a una estancia que estaba ubicada al final de otro largo pasillo y que los criados pensaban que estaba vacía. Nadie entraba nunca ahí por orden expresa del rey, ni siquiera para limpiar.

Y es que Eleazar guardaba celosamente un gran secreto…

Sacó una llave de latón de un bolsillo oculto de su manto de terciopelo púrpura, la introdujo en la cerradura y con un suave giro de muñeca, la puerta se abrió. Giró su cabeza a ambos lados para comprobar que no había nadie por allí y acto seguido entró en la alcoba.

Sobre una cama alta y ancha con cortinas de terciopelo rojas bordeándola yacía tumbado embarcado en un sueño profundo su hermano gemelo, Roland.

Era físicamente idéntico a Eleazar, nadie podía distinguirlos pues compartían los mismos rasgos, complexión y altura. Su hermano llevaba un tabardo granate atado por la cintura con cinturón de cuero negro a juego con sus impolutas botas. Descansaba sereno, su respiración era suave y tranquila y sus cabellos rizados reposaban sobre la almohada blanca dándole un aspecto hermoso y regio.

Al poco de coronarse rey, una noche cuando los criados dormían, Eleazar oyó ruido en el salón principal. Era bien entrada la madrugada y el rey se hallaba en una habitación que había conservado como sala de alquimia fruto de años pasados cuando había aprendido las artes mágicas de los hechizos y la alquimia de manos del brujo Brishen. Ya fallecido por la edad, había dejado a Eleazar un valioso legado: libros de hechizos, piedras místicas, pociones, aceites curativos y el colgante

de piedra mística que el rey llevaba siempre colgado de su cuello.

Brishen se lo había regalado por su vigésimo sexto cumpleaños y a Eleazar le había maravillado sus destellos verdes y morados a la luz del fuego, pero aún más sus propiedades, pues desde que lo llevaba puesto su salud y fortuna habían crecido desmesuradamente para satisfacción del rey. Así que cuando escuchó ruidos y su corazón le advirtió de que algo iba mal, Eleazar no dudó en salir y hacer frente a lo que fuera.

La sorpresa que se encontró le llenó de angustia el corazón. El rey vio cómo en el salón principal se había colado un extraño vestido con capa negra y cuya capucha cubría su rostro. La guardia no había parecido darse cuenta de tal intrusión. Más tarde el rey descubriría que el astuto individuo se había ocultado en un carro de heno y había permanecido escondido hasta que a la hora del almuerzo salió para colarse en la cocina accediendo por la puerta trasera de los criados. Con razón la guardia no le había visto.

—¿Quién sois? ¿Cómo osáis entrar en mi castillo? ¡Descubríos inmediatamente!— la voz de Eleazar era fuerte y el individuo no osó desobedecer. Se descubrió ante el rey.

—Hola, hermano.—Contestó una voz que reconoció como suya.

Eleazar vio ante él un hombre que era idéntico a él. Era como mirarse ante un espejo y el rey sintió que el corazón se le paraba en el pecho.

El misterioso hombre se aproximó ante el rey, inmóvil y petrificado.

—Sé cómo os sentís… Siento haber venido así, pero creí que preferiríais la discreción, así que decidí presentarme ante vos por la noche, lejos de miradas y rumores. Soy vuestro hermano gemelo Roland. Nuestra madre, ya difunta, tuvo gemelos. Fui criado con un matrimonio de una aldea cercana en la que vos pasasteis la infancia. Mi padre adoptivo llevaba la cría de caballos y conocía a vuestro padre, el herrero. Nos separaron al nacer y cada uno fuimos a una familia distinta. No sé por qué, pero fueron órdenes de nuestro padre biológico, el rey Dietrich… Con el paso de los años, mi madre me contó que tenía un hermano gemelo. Quise buscaros, pero no sabía ni por dónde, nadie me daba razón de vos. Finalmente en el lecho de muerte, mi madre adoptiva me confesó que mi hermano gemelo era el rey Eleazar. Un día, visité la ciudad por la festividad de la cosecha y os vi cabalgando a ese hermoso pura sangre, y vi que eráis mi doble. No había duda de que erais mi hermano. Y doy gracias a Dios por haberos encontrado. Hermano, ¿me permitís abrazaros?

Eleazar no podía ni moverse. Su cuerpo no le respondía y su cabeza estaba congestionada. Sabía que ese hermano era una amenaza, que le intentaría quitar el poder, que intrigaría contra él como pasaba en todas las cortes de todo el mundo. Había oído terribles historias de reyes envenenados cuyos hermanos o esposas tomaban la corona al día siguiente tras un sepelio rápido y juró que eso no le pasaría a él. No confiaba en su hermano y no tenía ningún interés en conocerle, pero decidió usar el arte de la mentira para engañarle.

—Hermano mío, venid aquí—Eleazar abrió los brazos y Roland, con una sonrisa, abrazó a Eleazar. Sus intenciones no eran malas, pero Eleazar no quiso plantearse ni por un segundo que su hermano no fuera un futuro traidor llevado por la codicia y la facilidad de poder matarle y suplantarle sin que nadie lo supiera dado el aspecto físico que tenía. El juego no podría salirle más perfecto y Eleazar decidió que su hermano era un peligro.

—Qué feliz me hace que me recibáis así… Temía que no fuera así.

—Dios mío, sois exactamente como yo….no puedo creerlo.

—Sí, es inaudito, ¿verdad?— sonrió Roland. Sus ojos brillaban de felicidad, pero el brillo de los ojos de Eleazar reflejaban astucia.

—Por favor venid a uno de mis aposentos, deseo invitaros a una bebida que os hará entrar en calor y reconfortará vuestro sueño. Debéis estar cansado. ¿Habéis comido?

—Con gusto acepto, majestad. Sí, he cenado algo, confieso que robé algo de asado de la cocina. He permanecido oculto todo el día escondido dentro de un armario.

—Bien, venid pues— Eleazar rodeó con su brazo los hombros de su hermano y le condujo a la sala de alquimia. Su hermano quedó maravillado ante tanto esplendor. Velas, libros, aparatos de alquimia, tubos de cristal, pociones…

—¿Qué increíble lugar es este? ¿Conocéis la alquimia?

—Sí, un viejo maestro me enseñó…—mientras Roland observaba con atención los libros, frascos y todo tipo de chucherías, Eleazar aprovechó para preparar unas copas de vino especiales. El rey llevaba un anillo de oro con un rubí incrustado, pero no era un anillo normal. Al deslizar la piedra hacia un lado, se revelaba un pequeño compartimento secreto lleno de polvos grisáceos. Era una receta de Brishen. Esos polvos eran un fuerte narcótico que sumía en un

profundo sueño a aquel que lo tomara. Añadiendo las palabras de un ritual, la persona caería en un sueño parecido a la muerte y solo se despertaría con un contra hechizo o una piedra que aportara salud.

Con astucia y delicadeza, Eleazar tomó la copa de Roland y no dudó en girar el dedo para dejar caer los finos polvos sobre la copa de vino, los cuales pronto se disolvieron y desaparecieron en el líquido granate. Roland se volvió justo cuando Eleazar alzaba las copas.

—Hermano, sin duda tenéis maravillas aquí… Me gustaría mucho aprender estas artes, si vos me enseñáis…—Eleazar sonrió. Ahora sus sospechas cobraban más fuerza, pues su hermano parecía tener ambición de conocimiento, y el conocimiento da poder. No se equivocaba al pensar que su hermano era un peligro.

—Por supuesto, será un placer para mí, pero antes me gustaría brindar con vos para celebrar este encuentro. Hoy es un día de celebración, he encontrado a mi hermano, y mañana todo el mundo lo sabrá. Haremos una fiesta en todo el reino, pero antes bebamos.

Roland tomó la copa, brindó chocándola con la de su hermano y bebió hasta el último trago. Eleazar también bebió, aunque sin peligro. En cuestión de segundos, Roland empezó a sentir un mareo acompañado de un sopor y una punzada de terror le invadió el corazón. Algo iba mal. Entonces se fijó en los ojos verdes de su hermano. Brillaban como los de un animal hambriento que espera con ansias la caída de su presa. Con el entusiasmo, no se había fijado en que Eleazar no tenía la mirada de bondad y alegría que creía, sino de malicia y ambición. Pero ya era tarde para darse cuenta. Roland miró con terror a Eleazar.

—¿Qué habéis hecho?— su voz le sonaba lejana.

—Nada, hermano, solo protegerme. No puedo decir que lo siento….

Entonces Roland cayó al suelo. Eleazar le miró y no sintió tristeza alguna. No se atrevió a matarle porque era su hermano y no se atrevía a atentar contra sangre de su sangre pues el brujo Brishen le dijo una vez que eso podía ser su ruina.

Eleazar decidió entonces recitar las palabras del ritual de “el sueño eterno”, así su hermano seguiría vivo, pero como si estuviera muerto. Hecho esto, trasladó a Roland a una habitación del castillo y se aseguró de cerrarla con una llave que solo él tenía. Tumbó a Roland en la cama y salió cerrando la puerta y echando la llave. Y así es cómo Eleazar dejó a su hermano en ese estado, oculto como un secreto vergonzoso. Pero los secretos no pueden permanecer ocultos mucho

tiempo…

****

Durante la cena, Eleazar no le quitaba ojo a Isoldine. Le parecía más hermosa a la luz de las velas. Juntos degustaban un asado con un vino italiano y Eleazar pidió a los criados que se retirasen para tener más intimidad con la joven.

Había elegido un vestido de terciopelo rosa con los hombros al descubierto, manga ancha y pedrería con filigrana de plata. El pelo de Isoldine caía suelto y ondulado, y para más esplendor, Eleazar la había coronado con una tiara de diamantes que brillaban al fulgor del fuego y la hacían parecer una reina. No podía pedirse más. Eleazar ya la veía como su reina, sentada a su trono y gobernando juntos. La pidió que se sentara a su lado en lugar de al extremo de la larga mesa como era costumbre. Quería tenerla cerca.

—¿Es todo de vuestro gusto?

—Sí, majestad, muchas gracias, sois muy amable…

—Es un placer teneros contenta, Dalida.— Eleazar la sonrió. La joven había estado dándole vueltas al sueño que había tenido y no sabía si contárselo al rey. Por otro lado, deseaba saber qué magia poseía pues su rodilla estaba perfectamente curada y hasta se sentía más viva y llena de fuerza.

-No quiero sonar atrevida, pero…Lo que hicisteis hoy con mi rodilla me dejó asombrada… Quisiera saber cómo conseguisteis hacer tal prodigio… ¿Sois brujo?..

Eleazar la miró con curiosidad. No se esperaba que la joven le sacara ese tema, pero quería ganarse su confianza, así que decidió ser sincero, o todo lo sincero que se permitía ser.

—Lo aprendí de un nigromante muy viejo y sabio. Fue mi tutor y aprendí magia, sí. Estuvo a mi lado durante años hasta que falleció por su edad. Me regaló esta piedra maravillosa que veis colgada de mi cuello. Otorga buena fortuna y salud, y desde que la he llevado no he tenido ningún percance, cada día tengo más vigor, sabiduría y fortuna.

Isoldine sintió una punzada de dolor. Tenía fortuna a causa de matar a otros y arrebatarles sus bienes. Eso es lo que había hecho con su padre…

-Entiendo… Disculpadme pero… ¿Por qué siempre atacáis a los nobles y les desposeéis de sus bienes? No quiero sonar desagradecida, mi señor, pero la fama os precede…

Eleazar se removió en su asiento y terminó de masticar y tragar un trozo de cordero antes de contestar a la joven, que le miraba hermosa y expectante.

—Justicia. Cuando era un infante, los nobles me despreciaban por ser pobre. Fui el hijo bastardo del rey Dietrich. Al nacer me envió a casa del herrero del pueblo y crecí como pobre. No me importaba demasiado pues tenía el cariño de mis padres adoptivos, pero la nobleza siempre se encargaba de tratarnos como basura, y me juré que un día le daría la vuelta a la situación.

—Pero la nobleza actual no tiene la culpa de eso, mi señor… Los monarcas y nobles que han perecido a manos de vuestro ejército no son los que os despreciaron en vuestros años de infante, ¿por qué hacéis pagar a justos por pecadores?.

—¿Justos? La nobleza nunca es justa, Dalida, solo aman el dinero, la fama, los títulos… Y sólo viven para intrigar y conspirar…No merecen la vida más que un escarabajo.

—Siento no estar de acuerdo con eso…Yo servía a un monarca que era justo y bueno, y vuestros hombres entraron en el reino y arrasaron con todo. Quizá me habrían matado de no ser porque vuestro hombre de confianza me vio valiosa para vos.

—Dalida, no quiero hablar de eso y menos durante la cena.

—No queréis hablar de ello porque sabéis que tengo razón… ¿Para qué estoy en vuestro reino? ¿No debería ser una criada?

—Dalida, os amo… Os merecéis gobernar junto a mí y llevar la corona de reina. Ese es mi deseo para vos, si me aceptáis… —Isoldine se levantó de su asiento. El rey la miró confuso. Ella se presentó frente a él, que permanecía sentado

—¿Aceptar a un asesino? ¿Eso me proponéis? No, gracias. Sois un asesino y me dais asco, sois un ser despreciable— Isoldine no pudo evitar decirlo. Quería haber sido más cauta y guardarse su cólera, pero no pudo. La sangre la hervía. Eleazar era el responsable de su exilio y la caída de su padre.

No la quedaba nada, había perdido su hogar y su familia y ese hombre que cenaba frente a ella era el único responsable. Aunque se sintiera

atraída por su atractivo varonil no podía evitar pensar en lo que era, un asesino. No se había manchado las manos directamente pero el hecho de mandar a sus hombres para matar y arrasar le convertía en un homicida.

Eleazar se puso en pie. Ella le sostuvo la mirada, llena de rencor y tristeza frente a la mirada altiva y dolida del rey. Su orgullo se había visto herido y como rey y hombre no podía tolerarlo. Ni aunque fuera hermosa y la amara. Antes de que Isoldine pudiera darse cuenta, sintió un estallido de dolor y escozor en la mejilla. La mano de Eleazar se había estampado con fuerza sobre su delicada mejilla, provocando un escozor insoportable. Ella exclamó de dolor y soltó un sollozo. Su corazón se replegó y un dolor intenso la atenazó el alma.

—Nunca volváis a faltarme el respeto, ¿me oís?— su voz parecía fuego.

Isoldine le miró con lágrimas en los ojos, tapándose la cara con la manga del vestido. Su sollozo se convirtió en un gemido y en llanto. Su corazón latía como las alas de un colibrí. Se marchó del gran salón corriendo y subió las escaleras presurosa hasta llegar a su alcoba, donde se encerró tras un portazo. Se echó sobre la cama y lloró amargamente hasta que se quedó dormida.

****

Cuando Isoldine se despertó era bien entrada la madrugada y el fuego de la chimenea estaba casi consumido. Se incorporó con dificultad. La dolía la cabeza y se sentía débil.

Tras levantarse, avivó el fuego echando más leña.

Había vuelto a soñar con el hombre. Ese que estaba tendido sobre una cama y que era igual al maldito rey Eleazar. Había vuelto a pedirla ayuda y esta vez había sido más claro que la vez anterior. La había mostrado cómo acceder a su habitación.

Isoldine necesitaba comprobar si había algo de verdad en esa revelación. Con sigilo, salió de la habitación y se adentró en los pasillos del castillo, ahora en silencio y sin un alma pero bien iluminados por velas y candelabros. Por suerte Eleazar dormía, pues debido al enfado le había dado por beber demasiado y ahora dormía como resultado del exceso de alcohol. Eso le dio a Isoldine tiempo para averiguar lo que pasaba dentro de los muros del castillo.

Tenía un mapa mental de lo que había visto en sueños y ahora despierta lo siguió.

Cuando estuvo frente a la puerta señalada, quiso abrirla, pero no pudo, estaba cerrada con llave y por más que Isoldine intentó abrir, la puerta no cedió. Pero siempre había sido lista, y decidió entrar en la alcoba de al lado y a través de la terraza de esta deslizarse a la terraza anexa de la habitación prohibida.

Era ágil y tenía buen tipo, asique no la costó demasiado. Consiguió entrar sin dificultad y su sorpresa casi la paraliza el corazón al ver tumbado en la cama al rey Eleazar... Pero sabía que no era él. El semblante de ese hombre sin duda era idéntico al del rey, pero tenía una serenidad y calma que el rey no poseía. Si Eleazar era malo, no había duda de que el hombre de la cama era todo lo contrario.

Isoldine se acercó a él, le acarició la cara y vio que respiraba, que su pecho se movía y que era el mismo que había visto en sueños. La misma ropa y misma habitación.

El hombre la había dicho que debía darle la vida a través de la piedra del rey. Isoldine sabía que se trataba del colgante de topacio místico que Eleazar llevaba colgado del cuello y que nunca se quitaba.

Debía hacerse con él, robarlo y llevarlo al hombre que yacía en la cama. No sabía cómo usarlo pues ella no sabía nada de magia ni de rituales, pero confió en que Dios la ayudaría a dar con el remedio.

Isoldine abandonó la habitación y salió por la terraza. Regresó a su habitación e ideó un plan para el día siguiente. Necesitaba liberar a aquel hombre y acabar con Eleazar

****

A la mañana siguiente Isoldine contó todo a Nathifa. Sabía que ella podría ayudarla más que nadie pues Nathifa era conocedora de rituales de magia blanca enseñados por su abuela y que podrían ser útiles para ayudar a Roland

Lo primero que Nathifa hizo fue entrar en la habitación de Roland. Usando el mismo procedimiento que Isoldine, se coló por la terraza de la alcoba anexa y consiguió entrar en la estancia donde Roland yacía en la cama de la misma forma en que Isoldine le había dejado el día anterior. Nathifa tenía un don natural heredado de su madre y su abuela, y tras concentrarse y pronunciar unas palabras, apoyó el dedo índice y corazón sobre la frente de Roland. Aspiró sus pensamientos y

se comunicó con él a través del pensamiento. El espíritu de Roland seguía vivo, pero en una dimensión desconocida de la cual no podía salir, pero podía comunicarse mediante sueños y a través de telepatía con alguien que tuviera el don. Afortunadamente para él, Nathifa era clarividente y pudo decirla todo lo que no había podido decirle a Isoldine los breves momentos en que había estado con ella.

Una vez hecho esto, Nathifa se reunió con Isoldine en una zona alejada del castillo y los oídos de Eleazar y su guardia. Era invierno, asique ataviadas con capas y capuchas de piel, Nathifa e Isoldine dieron un paseo juntas por los jardines del reino, ahora cubiertos de nieve y escarcha.

—Roland es el hermano gemelo del rey, vino aquí para conocerte pues en un sueño le fue revelado que vos vendríais aquí. Tiene poderes naturales para recibir señales y mensajes sobre el futuro y otras cosas. Estáis predestinados y por eso os gusta Eleazar, porque vuestra alma gemela es Roland, solo que comparte el mismo físico que este rey maldito, pero está escrito en las estrellas que vos y Roland estaréis juntos. No es Eleazar vuestro destino, sino Roland. Por desgracia el rey Eleazar, temiendo una traición y usurpación del trono, embrujó a Roland para tenerlo dormido, no se atrevió a matarlo por ser su hermano, y esperando a tener una idea mejor para deshacerse de él, lo ha dejado en ese estado de sueño eterno.

—Dios mío, es horrible… ¿Cuánta maldad puede caber en ese hombre?— Isoldine tenía el corazón compungido-—Solo he visto a Roland un par de veces y he sentido algo que no podía explicar… Le amaba solo con verle. Con Eleazar el sentimiento no es igual… Pero su cara es la de Roland y cuando le veo siento algo… Es extraño.

—Lo que sentís es por Roland, sin duda alguna. Él también os ama, mi señora… Y su corazón no es como el del rey Eleazar…

—¿Cómo haré para desencantar a Roland? Me dijo en un sueño que debía usar la piedra, creo que es el colgante que Eleazar lleva colgado siempre de esa cadena de plata.

—El topacio místico—Nathifa asintió— es una piedra mágica, sin duda. Roland y yo tenemos un plan. Debéis seducir al rey y acostaros con él para quitarle el colgante— la cara de Isoldine se volvió pálida y sus ojos reflejaron el terror— no temáis mi señora, no será tan horrible, pues el espíritu de Roland se meterá en el cuerpo de Eleazar, con lo cual yaceréis con Roland, no con Eleazar. Tendréis que echarle en el vino un líquido que yo os proporcionaré. Cuando el rey se acueste con vos, caerá en un sueño, entonces Roland tomará su cuerpo

y podréis estar con él sin miedo de mancillar vuestro cuerpo con un asesino.

—Gracias a Dios que se puede hacer de esa manera…—Isoldine suspiró aliviada

—Así es mi señora… Una vez tengamos la piedra, habrá que colocarla encima de la frente de Roland y recitar el ritual de la vida o demostrar un acto de amor verdadero para que la piedra se ilumine de magia y restablezca la salud, entonces despertará. Lo más difícil es conseguir la piedra… Pero tenemos a favor que el rey os ama, debéis usar eso para engañarle y liberar a Roland, vuestra alma gemela.

—Lo haré, sin duda alguna… Quiero salvar a Roland… Deseo estar con él… Pero, una vez que despierte, ¿Entonces qué?

—Todo a su tiempo, mi señora…ese es un plan que ya hemos organizado vuestro amado y yo, pero para que todo salga perfecto y el rey no sospeche, es mejor que por el momento no sepáis más…

—De acuerdo… Deseo tanto salir de aquí—suspiró Isoldine con gesto cansado- ¿pero qué pasará con el ejército y la guardia del rey? Este lugar es una fortaleza. ¿Cómo escaparemos de aquí?

—No os preocupéis princesa, ya está todo arreglado…Confiad en mí.

Isoldine y Nathifa entrelazaron sus manos y por primera vez en mucho tiempo la princesa sintió que la esperanza y el buen ánimo volvían a su corazón.

****

Unas horas después, Isoldine y Eleazar se encontraron en las cuadras. Allí la joven estaba peinando el hermoso pelo negro del caballo del rey. Era un ejemplar precioso y su crin brillaba como terciopelo. Cuando ella estaba inmersa en esa tarea, escuchó de pronto unos pasos firmes y al volverse a mirar vio cómo el rey estaba a escasos metros de ella y su perfume invadía la estancia.

—No os he visto en toda la mañana… Estaba preocupado.

—Estuve dando un paseo con Nathifa… Tenéis unas vistas preciosas y adoro el campo. No pude resistir venir aquí con vuestro hermoso caballo… Me relaja peinarle, si no os molesta…

—Por supuesto que no, podéis estar con él todo el tiempo que os apetezca.

—Gracias, Majestad.

—Llamadme Eleazar, por favor…—Isoldine miró al rey tímidamente y se fijó en sus ojos que brillaban como esmeraldas al fuego.

Trató de romper los muros que había construido sobre su persona para poder seducirle y engañarle, pero era difícil pues las imágenes de la tragedia de su reino venían a su mente constantemente. No podía relajarse ni olvidar. El rey no sabía que era la princesa Isoldine y que su padre había muerto a causa de Elder y sus hombres. Si lo supiera, entendería que la joven no se hubiera abierto a él como habían hecho otras mujeres.

Pero Isoldine pensó en Roland, en que tenía que sacarle de ese sueño maldito, y eso la dio fuerzas.

—Eleazar —la voz de Isoldine sonó dulce y acompañada de su mirada verde serena fue suficiente para que el rey sintiera una chispa de deseo. Acarició la mejilla de Isoldine y la miró con amor.

—Siento haberos hecho daño durante la cena... Os pido perdón. No debí hacerlo.

—Estoy bien, no fue nada, olvidadlo —ella colocó la palma de su mano sobre la mano del rey y le miró con toda la dulzura que pudo. El rey se inclinó y la besó en esos labios jugosos y rosados que parecían fresas frescas. Isoldine pensó que era Roland y se dejó hacer.

El rey sabía besar y su barba no pinchaba, era suave y su perfume dulce y masculino, eso embriagó a Isoldine, que cerró los ojos y se dejó llevar. El peine se la cayó de la mano y Eleazar se sintió satisfecho al ver que Isoldine respondía a su seducción. Siguió besando a Isoldine cada vez con más pasión. Su mano bajó de su cara al cuello de ella, largo y suave, y sintió su pulso, sus latidos rítmicos y algo acelerados…

—Casaros conmigo— susurró Eleazar en un beso— convertíos en mi reina y gobernad conmigo, a mi lado.

Isoldine le respondió con un beso. Sus labios se entrelazaron y entonces ella se apartó y le miró a los ojos verdes, sus párpados carnosos entornados.

—Lo haré…Pero prometedme algo…

—Decid.

—Quiero que abandonéis la vida que habéis llevado hasta ahora. No quiero más guerras, ni tesoros robados ni muerte… Si hacéis eso por mí, seré vuestra reina, y os haré feliz cada día de mi vida… Os juro que viviré para complaceros… Pero solo con esa condición.

—Entonces, ¿me amáis? —la esperanza se reflejó en el semblante de Eleazar

—Sí…

—Pero no lo entiendo, ¿qué ha cambiado? Anoche parecíais odiarme…

- Reconozco que me gustasteis desde la primera vez que os vi… Sois un hombre atractivo y yo soy una mujer… Pero tenía sentimientos encontrados… Vuestro pasado me atormenta y no quiero una vida al lado de alguien que hace esas cosas horribles.

Elezar tomó entre sus manos la cara de Isoldine y la miró con una sonrisa.

—Haré lo que me pedís, daría mi reino por vos, cambiaría todo mi pasado, todo mi ser por teneros a mi lado… Si tengo vuestro amor, lo tengo todo. Dejaría atrás mi venganza y toda mi riqueza por vuestro corazón. Pero solo si lo tengo de verdad.

—Os lo entrego plenamente— Isoldine tomó la mano derecha de Eleazar y la puso sobre su pecho, donde estaba su corazón. Eleazar la sonrió y se inclinó para besarla nuevamente. Estaba pletórico. Isoldine recibió su beso y se atrevió a meter sus dedos entre la melena rizada de Eleazar. Con las suaves yemas de sus dedos acarició estratégicamente el cuero cabelludo del rey, estimulando la zona y causándole un placer aún más dulce que cualquier práctica sexual que hubiera experimentado antes.

—¡Majestad! ¡Por favor!— los gritos de Erzebeth, la criada, alertaron al rey e Isoldine, que rompieron su beso para desviar la mirada a la sofocada criada que había entrado corriendo a las cuadras.

—¿Qué ocurre, mujer, qué escándalo es este? —Eleazar sonaba molesto. Isoldine se pasó la lengua por los labios. Tenía en ellos el sabor de Eleazar, su perfume y la cálida humedad de su boca y se sorprendió porque una parte de ella sintió deseo hacia él.

—Señor, es Nathifa, resbaló en la escalera a causa del hielo, se dio un golpe en la cabeza y no despierta—Erzebeth estaba asustada, hablaba entrecortadamente y la faltaba el aire.

Isoldine sintió un pinchazo de terror atravesando su alma. Su corazón latió desbocado y sintió un nudo que la atenazaba la garganta.

Corrió hasta Erzebeth.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Nathifa?

—Dentro del castillo, señora, el caballero Elder venía de montar a caballo y se la llevó en brazos a la alcoba. Está allí.

Isoldine sollozó y echó a correr. Eleazar se quedó inmóvil sin saber muy bien qué hacer o pensar. Pasó al lado de Erzaebeth colocándose la capa sobre el hombro, molesto por la intrusión. Miró a la criada con cierto desprecio.

—Que sea la última vez que entráis a importunarme cuando estoy reunido con vuestra futura reina, ¿me habéis oído bien?

—Lo siento mucho Majestad, me pareció algo urgente… Felicidades por lo de la señora Dalida… Es una joven preciosa y educada, será un honor tenerla de reina.

—Bien, marchaos….

La criada hizo una reverencia y se marchó presurosa.

Eleazar salió de los establos con paso firme pero lento. La suela de sus botas de cuero negro pisó el suelo helado partiendo con intención unas ramitas que había por el camino y que sonaron con un crujido que más parecía el sonido de un hueso humano al romperse.

Se tomó su tiempo para entrar al castillo y subir a la alcoba de Nathifa. No le importaba lo más mínimo lo que le pasara a aquella chica porque él había causado aquel mal.

Había visto por la terraza de la torre cómo Nathifa e Isoldine paseaban juntas. Pensó que una mejor amiga podía ser un peligro, pues si aconsejaba a su futura esposa contra él, ella probablemente haría caso y eso no era bueno para él.

Eleazar quería exclusividad absoluta con Isoldine, quería serlo todo para ella, su marido, su mejor amigo, su familia. Nathifa sobraba en aquel escenario.

Con su magia y unas palabras, consiguió que Nathifa bajara unas escaleras ya preparadas para la caída que él había conjurado. Todo había salido como lo esperado y el corazón de Eleazar se llenó de

regocijo.

Su enamorada estaría triste, lloraría y por supuesto que eso enturbiaría las cosas, pero él sabía cómo convertir esa tristeza en felicidad. Sabía qué hacer para enamorarla aún más y distraerla de cualquier aflicción.

Cuando llegó a la habitación, se encontró a Elder e Isoldine contemplando a Nathifa, tumbada en la cama con los ojos cerrados.

— Elder, llama inmediatamente al físico, que venga ahora mismo.

—Como ordenéis, Majestad —Elder hizo una reverencia y salió rápidamente sin hacer mención de nada más.

Isoldine era un mar de lágrimas.

—Nathifa, por favor, despierta—Isoldine cogía la mano de su amiga mientras sus ojos verdes derramaban lágrimas como una fuente inagotable de agua. Eleazar sintió celos de algo tan inocente. Hacia escasos minutos ella había estado en sus bazos, en su boca, y ahora todo estaba olvidado por su amiga negra, que acaparaba toda su atención. Pero Eleazar había sido listo. Al pisar las ramitas sabía lo que había hecho, pues la magia formaba parte de él tanto así como sus propios brazos.

Se acercó a Isoldine y ella alzó la vista para mirarle.

—Por favor ayudadla… Sé que tenéis magia, que esa piedra que lleváis al cuello es prodigiosa y os otorga salud y fortuna. Como regalo de bodas, devolvedle la salud a mi amiga, por favor mi señor… Os lo agradeceré de corazón.

—De buen grado lo haría, mi señora, pero no puedo devolver vida a los muertos. Lo siento mucho.

Los ojos de Isoldine se abrieron como platos. Su semblante se llenó de terror, las lágrimas de su cara parecieron congelarse. En los ojos del rey vio lo que su boca no se atrevía a pronunciar. Eleazar acarició la cabeza de Isoldine, ella tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo, giró el rostro hasta su amiga y vio que su pecho no se movía.

—¡Nathifa! —sollozó. Se echó sobre su amiga y la sacudió los hombros, pero ella permanecía inerte.

—Majestad ya estoy aquí —la voz del físico paralizó los sollozos de Isoldine por un momento. Se aproximó a la joven.

—Amor mío, dejad que el físico examine a vuestra amiga —Eleazar tomó delicadamente de los hombros a Isoldine y la retiró de Nathifa.

Mientras el físico examinaba a la joven negra, Isoldine no paraba de sollozar y derramar lágrimas. Pareciera que su vida se iba con la de su amiga.

El físico se incorporó y su semblante no podía ser más revelador del resultado.

—Lo siento mucho, señora, vuestra amiga tiene una parte del cráneo roto como consecuencia de la caída –Eleazar pensó en las ramitas rotas y el crujido—. Eso ha sido fatal… Lamento informaros de su fallecimiento…

—¡Noooooo**!,** no, no, no, no puede ser, Dios mío— Isoldine lloró como nunca había visto Eleazar llorar a nadie. Se tumbó en la cama al lado de su amiga. La abrazó, y lloró desconsoladamente. El rey se preguntó si lloraría así por él también.

Eleazar decidió retirarse con el físico, y dejar a Isoldine a solas. Ahora no podía hacer nada hasta que no se tranquilizara.

Y después, él sabría qué hacer….

****

Cinco días después

Eleazar preparó un funeral de lujo para Nathifa. Fue incinerada y sus cenizas tiradas al mar como había sido su deseo en vida, lo cual dio algo de calma al apesadumbrado corazón de Isoldine, que se había pasado los últimos días llorando, ojerosa y en cama.

Eleazar no lo expresaba exteriormente, pero estaba empezando a estar harto de que Nathifa ocupara con tal desesperación el corazón de Isoldine. Y entonces, tras respetar unos días de luto para no parecer un bárbaro y conseguir que Isoldine le amara como un hombre nuevo, decidió usar sus artes de hombre y mago para cambiar la situación.

Isoldine estaba inconsolable y Eleazar tenía que cuidarla como si fuera una niña pequeña enferma. La ayudó a bañarse, a vestirse, la peinaba y la ayudaba a comer sirviéndola caldos e infusiones relajantes pues la joven no conseguía digerir nada sólido.

Asique esa noche, Eleazar decidió cambiar las cosas. Mientras él terminaba la cena, Erzebeth subió a la alcoba a preparar la tina para

el baño de Isoldine. El rey dio orden de que cuando Isoldine estuviera bañándose, Erzebeth saliera para que él pudiera entrar y estar a solas con la joven. La criada así lo hizo.

Eleazar entró en la estancia que era su habitación y encontró a Isoldine cubierta con una bata de seda blanca. Ya había salido de la tina, sorprendentemente pronto aquella noche. Tenía un semblante cansado y ojos tristes. Seguía hermosa, pero su belleza se había apagado un poco. La cama estaba abierta lista para acoger a la joven entre sus sábanas de seda y mantas de piel. Las cortinas rojas de terciopelo estaban recogidas con cordeles de hilo de oro y el tocador de Isoldine reflejaba en el espejo la figura de ninfa de la joven. Eleazar sintió que su deseo por ella se avivaba. Pero debía ser cauto para no romper en añicos la confianza de la joven, sobre todo en momentos tan delicados.

—Mi señor no hacía falta que vinierais… Ya iba a acostarme…— su voz era casi un susurro—. No quiero interrumpir vuestra cena.

—Ya he cenado… Quería estar con vos si no os molesta.

—No me molesta, pero temo que con mi ánimo yo sí pueda ser una molestia para vos… Lo siento, aún sigo muy apesadumbrada y dolida… No quiero bajar vuestro ánimo…— Eleazar dio varios pasos hasta ella y la tomó suavemente de los hombros.

—Quiero estar con vos en estos momentos— Eleazar se inclinó y la besó en la frente. Tomó su mano y la condujo hasta el tocador, donde la sentó y se arrodilló detrás de ella hasta estar a su altura. El espejo les reflejaba, a ella triste y lánguida, a él lleno de vigor y fuerza— quiero que os relajéis… Que os dejéis llevar… Voy a curar vuestro corazón malherido. No más dolor, no más vacío… ¿Queréis que vuestro corazón respire otra vez? Yo puedo hacerlo si me dejáis… Os curaré, mi amor.

A Isoldine le pareció que la voz de Eleazar era dulce como la miel. Cerró los ojos y por un momento pensó que quizá era mejor dejarse llevar y que su corazón dejara de sentir dolor.

Eleazar puso las yemas de sus dedos sobre las sienes de Isoldine y empezó a hacer movimientos en círculo. Su magia empezó a actuar. Unos finos hilos de oro salieron de las puntas de los dedos del rey y empezaron a serpentear por las sienes y la cabeza de Isoldine. Ella sintió una calma relajante y suave que no había sentido en mucho tiempo y se dejó llevar del todo, sin pensar, sin sentirse culpable, sin cuestionar nada.

Las manos de Eleazar fulguraban una luz dorada. Entonces sus manos recogieron la delicada nuca de Isoldine y masajearon su cuero cabelludo, lenta y suavemente, hasta que Eleazar pegó su cara a la de ella, besó su mejilla y la susurró al oído que la amaba, con una voz dulce y llena de sentimiento. Ella gimió ligeramente, la gustaba y su barba corta la hacía cosquillas en la cara como burbujas de champán en el paladar.

Entonces Eleazar decidió ir más lejos. Decidió mantener su cara y barba pegada a la suave mejilla de Isoldine, besándola y susurrándola al oído.

Abrió delicadamente la bata de Isoldine y la bajó hasta dejarla caer a la cintura. Eleazar vio los pechos de Isoldine, generosos, suaves y rosados, como una ninfa. Los tomó en sus manos y los acarició mientras besaba el cuello de Isoldine. Ella empezaba a arder de deseo, notaba un fuego que crecía dentro de ella y que cada vez quemaba más, con cada beso, caricia, con el calor dulce de la boca de Eleazar.

Ella no pudo evitarlo, su brazo caído se dobló y su mano obligó a sus dedos a entrelazarse entre el pelo rizoso del rey. Quería más.

Eleazar movió en círculos las yemas de sus dedos en torno a los pezones rosados de Isoldine y ella tuvo que morderse el labio y ahogar un gemido. Giró la cara, miró al rey a sus ojos verdes, sus párpados entornados, su mirada llena de deseo y pasión, y entonces ella agarrándole del pelo le besó en la boca con hambre y deseo. Eleazar contestó besándola con igual deseo hasta que sus bocas parecían pelearse la una con la otra.

El vigoroso rey se puso en pie y levantó a Isoldine en brazos, sin dejar de besarla. Ella le rodeó el cuello con un brazo y su mano derecha tomó la cara de Eleazar mientras seguía besándole.

El rey la depositó en el tálamo y la princesa no hizo ademán de parar la situación. Eleazar se despojó de sus ropas e Isoldine quedó maravillada. Tenía un cuerpo atlético, con pectorales fuertes cubiertos de vello negro y sus abdominales se marcaban a la luz del fuego. Su colgante de topacio místico relucía rabioso. Isoldine besó el torso del rey, mordió los picos y ángulos de sus músculos, pasó su lengua saboreando su piel y él la tomó de la cara para volverla a besar con fuerza. Su excitación también iba en aumento.

El deseo y la magia se habían apoderado de Isoldine. El fuego de la chimenea bañaba de luz anaranjada la alcoba, la leña crepitaba y el deseo inundaba el ambiente.

Eleazar agarró del pelo a Isoldine cuando ella tenía su cara enterrada en su torso, besando y mordiendo, muerta de hambre de su ser. La tumbó en la cama y se colocó sobre ella. Ambos jadeaban y el rey ni siquiera tuvo que abrir las piernas de la princesa, ella misma lo hizo invitándole a poseerla.

—No os haré daño— gimió Eleazar cubriendo su boca de besos. Isoldine se aferró a su espalda, abrazándole y cerrando sus piernas en torno a él. Eleazar sabía que era virgen. Se introdujo en ella lentamente, sin parar de besarla. Su magia dorada invadió la pelvis de Isoldine y evitó que la doliera cuando Eleazar la rompió. Solo sintió un ligero pellizco, ella arqueó la espalda un poco y gimió ante la entrada de él, pero Eleazar rodeó su cintura, pegó su cuerpo al de él, los dos ya eran un solo ser. Besó el cuello de Isoldine, lo mordió hasta dejar una marca mientras la invadía por dentro y la embestía con fuerza.

Isoldine empezó a gemir cada vez más fuerte y Eleazar tapó su boca con besos.

Cuando el orgasmo la rompió el cuerpo en añicos de placer, Isoldine iba a gritar, pero Eleazar la tapó la boca con una mano y esta amortiguó su sonido. Ella le miró con ojos de súplica. Había destellos dorados en sus ojos verdes y Eleazar sonrió. Apartó la mano y la besó de nuevo.

Agotados, se durmieron abrazados al calor del fuego y la luz dorada desapareció.

****

Al día siguiente cuando las primeras luces del día despuntaron, Isoldine se despertó. Eleazar aún dormía plácidamente y su respiración era tranquila. Su almohada era su pecho cálido, cubierto de pelo negro rizado como el de su cabeza. Su piel era cálida y su vello era una caricia suave que arrancó una sonrisa a la joven. El rey tenía un brazo rodeando a Isoldine y ella estaba abrazada a su cintura. No quería moverse ni despertarlo. Quería quedarse abrazada a él eternamente.

Sentía su cuerpo relajado y ligero, como envuelto en una nube de paz y tranquilidad que no había sentido desde hacía meses, y menos con los últimos acontecimientos.

No sabía qué sentir o pensar, estaba confundida, feliz pero preocupada. Amaba a alguien a quien no hacía mucho había odiado, y

el responsable del reino caído de su padre, y sabía que Eleazar era un rey iracundo y colérico, mucha gente le temía, incluso se podía ver en las miradas de los criados el miedo a que el rey no tomara a bien algún gesto o palabra y cómo en muchas ocasiones le evitaban si podían.

Sin embargo con ella había sido dulce y al ser su primera vez la había tratado con cariño y adaptándose a su cuerpo sin hacerla daño o forzarla. Isoldine se había roto en los brazos fuertes de Eleazar. Había sentido intensas olas de placer recorriéndola todo el cuerpo, y ella había gemido en la boca de Elezar, se había roto ante él, temblando por las convulsiones de los orgasmos que había sentido al tenerle dentro de su ser.

Solo habían pasado unas horas, pero ya deseaba repetir aquella maravilla.

El rey empezó a despertarse, abrió los ojos lentamente y agachó la vista para mirar a

Isoldine, que le miraba maravillada. Sonrió, y su sonrisa blanca en contraste con la barba oscura, hicieron que Isoldine pensara que era más hermoso de lo que pensaba.

—Buenos días mi reina, ¿cómo os encontráis?

—Feliz…Gracias a vos…—Eleazar sonrió y se inclinó para besarla pero Isoldine fue más rápida y alzó el cuello hasta que sus labios se fundieron con los del rey en un beso apasionado donde sus lenguas se juntaron. Ella volvía a desearle con pasión. Acarició sus pectorales con sus dedos de porcelana y Eleazar sintió que un fuego le invadía su zona más íntima.

No necesitaron palabras. Isoldine se colocó encima de él, sentada como cuando montaba a su caballo y Eleazar se agarró a su cintura, se fundieron en mil besos y estallaron de placer una vez más.

Volvieron a quedarse dormidos cuando empezó a nevar.

****

Más tarde ese día, Eleazar se vistió y recibió en su corte a unos nobles de un país vecino que había formado alianza con él en caso de que hubiera una guerra. Aunque Eleazar odiaba a los nobles, sabía que era importante tener a algunos de su lado para tener aliados.

La visita fue corta y después de una gran comida y música de laúd, los condes de Bremsten marcharon de nuevo.

Y Eleazar decidió hacer el ritual que hacia siempre cuando recibía visitas.

Marchaba a su habitación de alquimia y apoyaba las manos en una bola de cristal que le mostraba las intenciones de la gente que le habían visitado. Pero podía saberlo de cualquier persona que él deseara. No había hecho esto con Isoldine porque había quedado cautivado por su belleza y no había pensado mal de ella, pero ahora que estaba con la bola del augurio delante de sí, decidió ver qué pensaba de él, cuáles eran sus anhelos y deseos para complacerla y hacerla aún más feliz.

Con una sonrisa, Eleazar cerró los ojos y pensó en Isoldine, hermosa y sonriente.

La bola se iluminó de un haz de luz dorada y las imágenes se sucedieron ante la mente de Eleazar.

Lo vio todo.

Y su sonrisa desapareció.

La ira y el odio empezaron a invadir su alma como si fuera fuego devorándole. Su corazón ardió de dolor y decepción. Retiró las manos de la bola y para no romperla, descargó su irá contra unas copas de cristal, que tiró al suelo en un arranque de ira.

Sí, su querida Isoldine le había engañado. Ni siquiera se llamaba Dalida, si no Isoldine y era princesa, no ninguna criada. Su padre había sido el rey de Lombarde y este la había apresurado para abandonar el reino y disfrazarse de criada. Lo peor era que sabía de la existencia de Roland, y quería despertarlo. Y quería estar con él.

Los dos le matarían y le arrebatarían el reino y después se reirían de él.

Eleazar sentía que la sangre le hervía. Lanzó un grito atronador y dio un puñetazo en la mesa. Los cristales se le clavaron en el dorso de la mano y empezó a sangrar.

Lo que ocurrió a continuación fue de lo más inesperado.

Eleazar bajó a las mazmorras del castillo. Había algunas celdas y una cámara de tortura. A diferencia de su padre, él nunca había usado esas

habitaciones de horror, pero ahora las daría uso.

Llamó a la guardia e hizo que trajeran a Elder a esa zona sombría. El rey pidió a los dos guardias que se quedaran. Su hombre de confianza le miraba pálido y temeroso.

Elder notó que algo iba muy mal. Vio como su rey tenía los ojos inyectados en sangre y lágrimas que querían salir y ya casi desbordaban sus ojos verdes.

—Majestad, ¿qué os ocurre?— consiguió por fin decir.

—La chica que me habéis traído es mi desgracia. ¡Era hija del rey de Lombarde, maldito estúpido! Conspiraba con la criada negra para matarme y vengarse de mí—gritó.

Elder sintió que se mareaba.

—Majestad, os juro que no sabía nada de eso. La recogimos en un camino e iba vestida de criada, no parecía la hija de un rey de ninguna forma.— Eleazar dio un puñetazo a Elder y este cayó al suelo.

—¡Esa traidora es una belleza venenosa!, ¡por supuesto que parece la hija de un rey! Yo estaba demasiado enamorado para verlo, pero ¿y tú?, ¡no viste nada! ¡He caído en la trampa como un idiota! Y tú, mi hombre de confianza, como un pelele sin decirme siquiera nada, ¡¿cómo no lo viste?!

—Señor, yo solo os traje lo que me pedisteis… Quizá hubiera sido mejor que nunca hubierais deseado algo así.- La ira de Eleazar se inflamó aún más. Miró a los dos guardias.

—Matadle y que su cuerpo se lo coman las ratas.— El rey pasó al lado de los guardias como un tifón, su capa ondeaba como una bandera majestuosa y el pisar de sus botas resonaba en los escalones de piedra como truenos en la noche.

Oyó un grito, y una espada cercenar una cabeza que cayó al suelo rodando.

Ese fue el final de Elder y su codicia.

****

Isoldine entró en la alcoba del rey. No en la que ella había tomado al llegar, sino en la que el rey había dormido hasta la noche en que

había vuelto a sus aposentos para yacer con Isoldine.

Erzebeth la había dicho que el rey la esperaba en esa alcoba y que no se demorara, asique Isoldine dejó de ayudar a Amelie a amasar pan en la cocina donde había chimenea y a Isoldine le gustaba estar allí por el olor de la leña y el pan recién hecho.

Se limpió las manos de harina y subió a la habitación con una sonrisa.

Entró y se encontró a Eleazar, de pie frente a ella, majestuoso, varonil y elegante con sus sellos de piedras y su abrigo granate con cuello de pelo negro. Había un brillo extraño en su mirada y parecía más serio que de costumbre. Isoldine temió que algo fuera mal.

—Acercaos— dijo con una voz que ya no sonaba tan dulce. Isoldine se acercó hasta él. Tanto que si hubiera dado un paso más podría haberle besado. Sus ojos verdes se fundieron con los del rey, ella con mirada expectante y los de Eleazar invadidos por la ira. La chimenea estaba encendida, Isoldine sentía el calor del fuego en los pies.

—Aquí me tenéis, mi rey… ¿Qué deseáis de mí?—Eleazar estaba tan lleno de rabia que aunque quizá después lamentaría todo lo que iba a hacer, en ese momento solo tenía ganas de descargarse con Isoldine por su traición.

El dorso de la mano de Eleazar golpeó con fuerza la mejilla de la chica haciendo que Isoldine se tambaleara. Esta emitió un pequeño grito de sorpresa y su cara se volvió de lado. El sello de Eleazar la había golpeado con fuerza dejándola una pequeña herida en el pómulo. Ella se volvió a mirarle tras unos segundos, confusa y asustada.

—¡Traidora! ¡Mentirosa! —volvió a pegarla en la otra mejilla, esta vez su sello dejó un arañazo rojo sobre su piel blanca. Eleazar, como una fiera, la agarró del cuello y la empujó a la pared, haciendo chocar su delicada espalda con la dura piedra de la pared. Ella gimió de dolor. Las lágrimas ya habían empezado a salir de sus ojos—. ¿Creíais que no me iba a enterar de lo que teníais planeado para mí? ¡Quitarme el trono y usurparlo con mi hermano!. Ni siquiera os llamáis Dalida ni sois criada, ¿verdad Isoldine de Lombarde?. —él la soltó el cuello y ella tosió antes de poder articular palabra.

—Vuestros hombres mataron a mi padre… Quería vengarme, sí, ¿y vos no lo habríais hecho si hubieran matado a vuestro padre a traición?—sollozó— mi padre era un buen hombre, ayudaba a la gente humilde, no era un noble que mirara por encima del hombro a nadie, no se merecía morir así.

—Yo no lo maté.

—Pero vuestros hombres sí, por orden vuestra… ¿Qué diferencia hay?...Y aun así me enamoré de vos, me entregué a vos y lo hice porque lo deseaba, aunque eso me convierta en una deshonra para mi familia, si aún la tuviera… Me escupirían a la cara si supieran que de buen grado me acosté con vos entregándoos mi virtud—. Isoldine sollozó de dolor.

—Eso no hace menos real lo que queríais hacer… Despertar a mi hermano, quitarme el trono y…

—¡No quiero vuestro trono!, ¡Y vuestro hermano tampoco, podéis quedároslo y pudriros con él!—Eleazar apretó la mandíbula y agarró a Isoldine del pelo de la nuca, tirando con fuerza hasta que ella gritó.

—Vais a pagar vuestra traición… Aunque os ame, no me temblará la mano para daros una lección, y os juro que se os quitarán las ganas de conspirar.— Entonces arrojó a Isoldine al suelo con violencia. Ella se dio de bruces contra el suelo. Eleazar puso su bota de cuero sobre la espalda de la joven y presionó. Ella se quejó de dolor—. Pedidme perdón, soy vuestro rey y me respetaréis.

—¡No!— gritó ella sollozando de rabia—. ¡Dejadme en paz, rey maldito!

—¡Pedidme perdón Isoldine! No pongáis las cosas peor, no os conviene inflamarme más.

—Matadme, me da igual, ya no voy a perder más de lo que he perdido. Me he deshonrado con el asesino de mi reino. No he podido caer más bajo… Prefiero morir.—Su voz era un lamento de dolor.

—No tendréis esa suerte. Y yo sé cómo aplacaros esa ira de princesa rebelde.— Eleazar retiró la bota de la espalda de Isoldine y la levantó del pelo. La miró con ira y ella le devolvió una mirada de animal herido—. Os doy la última oportunidad… Pedidme perdón y quizá tenga algo de piedad.—Isoldine le miró intensamente. Le escupió a la cara.

Eleazar la soltó del pelo e Isoldine sintió que su cuero cabelludo se relajaba un poco del dolor que empezaba a sentir a causa de los continuos tirones. Su pómulo la ardía y dolía, pero no quería dar muestra de debilidad y ceder. El rey se limpió la cara.

Inflamado de rabia, volvió a pegarla con más fuerza. Su mano volvió a chocar de nuevo con su pómulo ya dolorido por el golpe previo. Un

estallido de dolor la sacudió la cara y la mitad de la cabeza. Ella emitió un grito de dolor justo cuando Eleazar la agarraba nuevamente por la nuca tirando de su pelo hasta casi arrancárselo.

A partir de ese momento todo lo que vino a continuación sería una pesadilla, una tortura sacada del peor infierno.

Estaba nevando y aún no había caído la noche. Eleazar la sacó al bosque casi a rastras. Hizo llamar a todos los criados para que presenciaran lo que iba a acontecer y que esas gentes supieran de lo que era capaz de hacer el rey incluso a alguien a quien quería.

La segunda cocinera, Delamis y otros criados se habían agolpado en la cocina, asustados al oír voces y sollozos que venían de la segunda planta. Delamis se agarró al delantal y exclamó cuando vio con horror a través de la entrada de la cocina cómo el rey pasaba apretando el paso con ira mientras agarraba del pelo a Isoldine que sollozaba y gemía de dolor intentando liberarse inútilmente.

Delamis salió al bosque del castillo junto con los criados tal y como Eleazar había pedido. Nadie se atrevía a hablar y menos a desobedecerle. Todo el mundo estaba aterrorizado y Delamis pensó que la pobre Isoldine debía estar muerta de miedo a manos de aquel salvaje.

Los copos de nieve cayeron sobre el pelo ensortijado y oscuro del rey y en su capa granate de terciopelo, dándole una apariencia misteriosa y atrayente. Entre el frío y la atmosfera blanca sus fieros ojos verdes brillaban más que nunca fulgurando de odio.

El rey llamó a la guardia y mandó que ataran a Isoldine al tronco del árbol que él mismo eligió. En una pose ridícula en la que parecía que Isoldine abrazara al árbol, la guardia ató sus muñecas. Uno de los guardias, sintiendo pena por la joven, aflojó la cuerda, pero Eleazar se aseguró de que todo se hiciera con la mayor crueldad. Supervisó las ligaduras y las apretó más hasta el punto que Isoldine sollozó de dolor y su cara era un mar de lágrimas. Su piel blanca sintió la áspera cuerda morder su piel blanca y apretar hasta romperla casi el pulso. Entonces apartó su pelo largo y la rompió el vestido por la espalda, abriéndole y saltando las finas cuerdas de satén que cerraban su talle. Su espalda blanca y delicada quedó expuesta al frío y la nieve.

—No, por favor—sollozó ella mirándole—. No lo hagáis. Dejadme ir.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. No quería suplicar ni rebajarse pero estaba muerta de miedo y el dolor la atenazaba cada poro de su

piel. No estaba preparada para el dolor ni quería ser torturada. Era mejor mostrarse sumisa y hacer creer al rey que le daba la razón para ganar tiempo y salir de esa penosa situación.

Eleazar la miró clavando su gélida mirada verde. No iba a apiadarse, la quería justo así, herida, asustada y temiéndole.

Acercó su boca al oído de ella .Isoldine le miró asustada. Su barbilla temblaba.

—Jamás. Nunca saldréis de mis dominios. Sois mía y para siempre.— Susurró con un odio que heló la sangre de Isoldine. Entonces se dirigió a su servidumbre—. La princesa Isoldine de Lombarde intentó engañarme. Como una pérfida Dalila quiso enamorarme para después matarme y arrebatar mi trono. Ved cómo es castigada y nunca oséis intrigar contra mí o recibiréis la muerte. Aunque este castigo no va a ser suave.

Entonces Eleazar desenrolló un látigo de cuero prendido en su cinturón. Lo probó contra el suelo y el látigo estalló con fuerza produciendo un ruido que heló la sangre de los presentes.

Delamis sintió el miedo atenazarla el estómago. No quería imaginar lo que haría en la piel suave de Isoldine, la destrozaría por completo. La mujer se estrujó el delantal presa de los nervios. Quería decirle al rey que parase aquello, que la perdonara, pero estaba muerta de miedo por si el rey la tomaba contra ella.

Y entonces ocurrió. Eleazar empezó a dar latigazos a Isoldine. Ella no aguantó ni el primero. Su gritó espantó a unos pájaros que había posados en unas ramas y que echaron a volar asustados.

A los criados se les encogieron las entrañas. Esa chica no estaba preparada para una tortura así y su cuerpo no lo aguantaría.

Eleazar la siguió pegando, cada vez con más ira, mientras ella elevaba sus llantos y gritos. Pero no le pidió perdón. Sabía que no serviría de nada. Eleazar quería venganza.

Tras un rato que pareció más largo de lo que era, Isoldine ya no tenía fuerzas ni para gritar ni llorar. Tras veinte latigazos cayó de rodillas al suelo, muerta de dolor y frío.

Entonces Eleazar paró.

Su espalda antes blanca, suave y delicada, era ahora una mezcla de sangre, pellejos y carne viva.

Las criadas tenían los ojos abnegados de lágrimas y los hombres también. Hasta la guardia tragaba con dificultad.

—Lleváosla a las mazmorras y encerradla en una celda.— Sentenció.

Eleazar no miró a los criados. Pasó junto a ellos con altivez mientras su capa ondeaba al viento.

Entró en el castillo y dejó que los guardias se llevaran a Isoldine, desmayada y más muerta que viva.

****

Ya era medianoche y seguía nevando.

Eleazar tenía la mirada perdida en el fuego de la chimenea. Sentado frente a ella, con una copa de oro llena de vino, había intentado pensar con claridad sin conseguirlo.

No sabía qué hacer con Isoldine. Quería castigarla más, pero al mismo tiempo no quería verla sufrir… Y la echaba de menos. Recordaba tenerla en la cama con él, y el amor que se habían dado mutuamente. Y ahora esto…

—Mi señor, perdonad que os moleste—una voz femenina le sacó de sus pensamientos. Era Delamis, una de sus sirvientas.

—Decid, ¿qué queréis?— la voz del rey sonaba rota. El silencio era absoluto salvo por el crepitar en el fuego y el sonido de la ventisca.

—Señor, me preguntaba si podría llevar algo de comida y agua a la princesa… Cada vez está haciendo más frío, y temo por su salud… Además cuando Christein y Alain se la llevaron, estaba desfallecida. Estoy muy preocupada, mi señor…

—Isoldine es más fuerte de lo que pensáis. Tras su dulzura y belleza se esconde astucia y venganza… Sobre todo la venganza y el odio dan fuerzas para vivir. Me habría matado si no hubiera visto sus intenciones en la bola del augurio.

—Majestad, no os discuto que la princesa vino con esa intención, pero cambió con vos… Yo pude ver cómo os miraba y sonreía, no era la misma que llegó cuando parecía más reservada y asustada. Estoy segura de que os ama… Perdonadla por piedad… Tenía la espalda destrozada, y es tan delicada… Ninguno de los criados podemos dormir ni comer sabiendo que está herida en esa mazmorra fría… La queremos y sabemos que sería una reina justa y misericordiosa, junto

con vos.

—Puedes llevarla agua, pero absolutamente nada más. Del resto ya me encargaré yo personalmente… Y no quiero hablar más de eso… Retírate antes de que me arrepienta.

—Gracias Majestad— Delamis hizo una reverencia y dejó el gran salón.

Finalmente bajó a la mazmorra. Christein estaba de guardia. Dejó pasar a Delamis, que llevaba escondido entre las ropas un cesto con pan y queso y una jarra de agua fresca.

—Si el rey viene, avisadme para guardar la comida, no me ha permitido bajar nada salvo el agua.

—No os preocupéis, pasad sin apuro, el rey no sabrá nada…—Delamis sonrió y apretó con cariño el brazo de Christein en señal de gracias.

Delamis se adentró en la mazmorra, un lugar oscuro, húmedo y frío que le pareció la entrada al infierno. En otro tiempo el padre de Eleazar había tenido las celdas llenas de personas más muertas que vivas y anexa a las jaulas, una variedad de instrumentos de tortura como el potro, la dama de hierro, la pera, la rueda.

Delamis sintió que su estómago se encogía.

Entonces vio una celda con un bulto blanco agazapado en una esquina, como un montón de ropa tirada. Sintió en su corazón una punzada de angustia. Había tenido una hija muy parecida a Isoldine, y ver a la princesa le traía el recuerdo de Genevieve, ya muerta hacia años a causa de una pulmonía en invierno. No podía evitar sentir un especial cariño por la joven. Se acercó a los barrotes de la celda y entonces la vio.

Al tener la espalda destrozada, no podía apoyarse contra la pared ni echarse sobre un camastro, así que estaba hecha un ovillo sobre el rincón más oculto de la celda, envuelta en su vestido roto, tiritando de frío, pálida como el papel y ojerosa como una enferma. Las heridas de la cara estaban peor. El pómulo estaba hinchado y amoratado, la sangre seca y una parte del labio superior estaba partido, lo cual había dejado un reguero de sangre seca en el contorno de su boca que la hacía parecer aún más muerta en vida. Los sellos de Eleazar se habían estrellado varias veces contra la cara y los labios de Isoldine y Delamis se santiguó al pensar en tal atrocidad y cómo el rey había desplegado toda su furia sin miramientos.

—Princesa Isoldine… Soy Delamis, la segunda cocinera. ¿Os acordáis de mí? Me dijisteis que os habíais enamorado de mis buñuelos de miel y lamento deciros que no los traigo, pero el rey me ha dejado traeros agua, y he añadido un poquito de pan y queso.

—Sí, os recuerdo buena mujer, y os agradezco que estéis aquí — Isoldine se movió, con dolor se incorporó y fue casi a rastras, gateando como un animal hasta la puerta de la celda, donde Delamis la aguardaba.

—Tomad, mi niña —la mujer pudo meter por los barrotes el pan y el queso y por un hueco más ancho para la comida, la jarra de agua. Isoldine tomó la jarra y bebió con tanta ansia que hilos de agua caían por su barbilla y cuello como un animal sediento devorando un plato de agua. Cuando terminó, la jarra estaba casi vacía—. Traeré más, no os preocupéis.

—Gracias…Os lo agradezco, tenía tanta sed…

—El rey lo ha permitido, mi señora.

—El rey es un hombre horrible. No quiero volver a verle, rezo por mi muerte sin descanso.—Isoldine empezó a llorar de nuevo —. Me siento tan sucia por lo que hice con él… Le deseaba y me cautivó con su hombría, sus caricias y palabras… Pero era un demonio disfrazado de hombre… Ahora lo sé.

—Mi niña no os lamentéis de esa forma… El rey es cruel, sí, lo que ha hecho es una abominación, pero sé que en el fondo os ama…. Se ha vuelto loco de ira porque os ama y le ha dolido ver que pensabais traicionarle.

—No iba a hacerlo —sollozó Isoldine —al final no iba a hacerlo. Sentía algo por él, por eso me entregué a él… Iba a pedirle que liberara a su hermano como acto de paz, nada más. Tiene a su hermano gemelo en una habitación, bajo un hechizo de sueño. Le mantiene así para que no le quite el trono, porque no se atreve a matarle al ser de su sangre… A saber qué hará conmigo... Sé que esto no acabará aquí… Querrá destrozarme más.

—Princesa, ¿por qué no habláis con él? Sin malas palabras ni rencores, decidle esto que me decís a mí… Estoy segura de que si ve que vuestra intención es buena, eso podría arreglarlo todo.

—No servirá de nada, él ya me odia—una lágrima corrió por su mejilla. Sus labios estaban secos y agrietados y a causa del labio roto,

sus palabras sonaban también rotas.

—Salid de aquí, necesito estar a solas con la princesa—el corazón de Isoldine dio un vuelco y también el de Delamis. No se habían dado cuenta de la presencia del rey, que había decidido bajar por una puerta secreta. Estaba a escasos metros de la celda, de pie, majestuoso y envuelto en una oscuridad mortecina.

—¡No! Por favor no me dejéis sola con él, por favor—Isoldine sollozó.

—Delamis, marchaos por favor… No va a pasar nada malo, tenéis mi palabra— los ojos verdes de Eleazar eran intensos y hermosos, y Delamis pudo entender por qué Isoldine se había entregado a él. Como hechizada, decidió obedecerle sin cuestionar nada.

—Su palabra no vale nada—sollozó Isoldine.

—Si no os marcháis, ella lo pagará y no queréis eso ¿verdad?

—No, mi señor—Delamis mostró sumisión y se marchó por donde había venido.

—Isoldine— suspiró Eleazar dirigiéndose a ella con el corazón roto— nunca quise llegar a esto… Nunca querría haceros daño, os amo… Pero vos ibais a hacérmelo a mí, ¿verdad?

—Iba a despertar a Roland… No es justo lo que le habéis hecho… Él no venía a haceros daño ni a robaros nada. Y yo no pensaba haceros daño tras esa noche entre nosotros… Si de verdad podéis verlo todo, debéis haber visto que os amaba de verdad.

—De acuerdo… Estoy dispuesto a perdonaros... Si de verdad os arrepentís. Os amo y quiero haceros feliz.

—Después de esto no, no quiero estar con vos, quiero morirme. Por favor matadme.

—No puede ser verdad lo que oigo…—el corazón de Eleazar volvió a retorcerse de dolor.- ¿Preferís la muerte a estar conmigo?

—¡Sí!

—Mentís.

—¡No! ¡Os desprecio, me dais asco y os odio!. Nunca volveré a quereros después de esto. Estáis loco si pensáis que voy a olvidarlo. ¡Ojalá la muerte os lleve pronto, maldito bastardo!— Eleazar sintió la llama de la furia en sus entrañas. Quemaba más que nunca.

Con la rapidez de un tigre, abrió la celda y sacó a Isoldine agarrándola de un brazo y alzándola con fuerza. Ella gritó de dolor, pero a él no le importó. Su mirada era la de una bestia salvaje. Isoldine vio sus ojos verdes inflamados de ira, su barba parecía más negra y sus rasgos más fieros que nunca.

—Os voy a doblegar hasta tal punto que se os quitarán las ganas de ir contra mí.

Eleazar hizo caso omiso de los gritos de ayuda y llanto de Isoldine cuando la princesa vio lo que el rey quería hacer con ella.

Iba a encerrarla en la dama de hierro.

Un artilugio de tortura que parecía un ataúd de hierro en forma de mujer de pie. La puerta se abría, se colocaba a la persona dentro en posición vertical y se cerraba la puerta. Desde fuera se introducían pinchos de hierro en agujeros estratégicamente colocados para infligir heridas en puntos del cuerpo que no tocaban órganos vitales, así se evitaba la muerte, pero el reo sufría un tormento espantoso.

Eleazar empujó a Isoldine dentro y cerró la puerta. Ella gritó llorando y pidiendo ayuda.

El rey cogió uno de los gruesos clavos y lo introdujo en uno de los agujeros, clavándose en el muslo de Isoldine. Ella gritó aún más fuerte y Eleazar se preparó para clavarla el segundo, que la atravesaría la parte superior del brazo.

Estaba lleno de rabia, apretando los dientes, bufando como una bestia y con lágrimas contenidas en sus ojos verdes. El dolor, la rabia y la tristeza se agolpaban en su pecho.

—¡Majestad¡ por favor escuchadme un momento, sé cómo arreglar esto, pero por favor no sigáis con esta atrocidad, os lo suplico escuchadme por piedad— la voz suplicante de Delamis hizo que Eleazar volviera la cabeza y parara el horror por unos minutos. Una lágrima traicionera le rodó por la mejilla. La mujer, tras escuchar los gritos de Isoldine había vuelto para detener aquella barbaridad aun a riesgo de ser castigada por el iracundo rey.

—Salid de aquí si no queréis acabar ahí dentro también— su voz estaba congestionada de ira y rabia.

—Majestad, usad el hechizo del olvido. Haced que olvide todo y que la princesa vuelva a vos, por favor. Así seréis feliz de nuevo con ella. Os lo suplico, por favor—Delamis se puso de rodillas ante él y agarró

su capa de terciopelo. Eleazar por un momento pareció encontrar algo de calma en su agitado corazón. La mujer tenía razón. Había un hechizo para borrar recuerdos, pero él, invadido por la rabia y el dolor, lo había olvidado—.No la hagáis más daño, por favor os lo pido.

Isoldine seguía llorando, casi al colapso de sus pulmones.

Oyó un sonido metálico contra el suelo. La mano de Eleazar había perdido fuerza y los clavos se habían caído de su mano y ahora estaban desparramados por el suelo.

—Cierto—susurró cerrando los ojos, sus lágrimas cayendo por sus mejillas. Tocó la piedra de topacio místico, cerrando el puño en torno a ella. Pronunció unas palabras en un idioma que Delamis no entendió. Un fulgor dorado inundó la mazmorra inundando todo de una luz que parecía más fuerte que el sol.

Eleazar caminó hasta la dama de hierro. Abrió la puerta y tuvo que tomar en sus brazos el cuerpo desmayado de Isoldine. La cogió en brazos, inerte y rota como una muñeca.

Delamis se santiguó cuando vio cómo un reguero de sangre caía por el pie de la princesa como resultado de la herida de su pierna. Su cara llena de golpes, sangre seca, y su espalda hecha jirones. Eleazar había descargado en ella toda su rabia contenida.

—Salid de aquí ahora mismo, mañana veréis a la princesa nuevamente.

—Gracias Majestad—Delamis se limpió una lágrima.

—No… Gracias a vos... Habéis salvado a la princesa y a mí mismo.- Eleazar la volvió la espalda y subió las escaleras con Isoldine en sus brazos y su larga capa de terciopelo lamiendo el suelo. Delamis le encontró majestuoso pero terrorífico.

Eleazar llevó a Isoldine a la alcoba real que compartían. La depositó delicadamente en el lecho desnudándola después. Las sábanas de seda blanca perfumadas acogieron su cuerpo herido. Eleazar también se desnudó, dejando solo como única prenda su colgante de topacio colgando sobre sus pectorales. Pero se lo quitó, y depositó la piedra sobre la frente de su amada.

De pronto unas luces verdes y moradas inundaron el cuerpo de Isoldine, fundiéndose con ella y restableciendo su piel y cerrando sus heridas. Tras la transformación, su piel era más tersa y tenía una

tonalidad brillante como si hubiera sido pintada con polvo de diamante. Su cara parecía más hermosa que nunca, pómulos rosados, cejas finas, labios de fresa jugosos, y su pelo, sucio y enmarañado caía suave y limpio como una cascada de seda oscura.

Su cuerpo era el de una ninfa, de pura perfección.

Restablecida, Eleazar se colocó sobre sí el colgante de nuevo, que cayó sobre sus fuertes pectorales, la piedra casi desapareciendo entre su vello negro.

Recitó de nuevo unas palabas para que el olvido también afectara a los sirvientes y no pudieran hablar con Isoldine para revelarla la verdad de lo que había acontecido y volverla contra él.

Hecho esto, el rey se tumbó junto a Isoldine, cubriéndose con las sábanas perfumadas. Se inclinó sobre ella y la besó en los labios mientras mentalmente pronunciaba el ritual del olvido para ella.

No recordaría nada de todo lo acontecido. Ni siquiera que Roland existía. Ni que su reino en Lombarde había caído. Sólo tendría recuerdos felices con él. No volvería a escuchar palabras de odio de su boca. Ni vería el desprecio en sus ojos. A partir de ahora solo disfrutaría de su amor y serian felices juntos. Y entonces su alma se curaría. No volvería a atacar reinos ni a dar órdenes de matar a nadie. Solo le importaba su reina.

Isoldine se despertó con los labios de Eleazar pegados a los suyos. Su barba la hacía cosquillas. Ella le miró y le besó. Eleazar al notar que ella respondía a su beso, abrió los ojos y la miró. Se apartó un poco de ella.

—Mi rey, ¿no podíais esperar a que me despertara para besar vuestros dulces labios?—Eleazar sintió una punzada de alegría. Había funcionado. Sonrió.

—No, no podía… Tuve un mal sueño en el cual me odiabais y os perdía.

—Oh , no digáis eso, cariño —le dijo ella dulcemente, tomando su cara y acariciando su mejilla— os amo con toda mi alma, y cada día más— Isoldine le sonrió y le besó sensualmente en los labios. Eleazar se dejó hacer. Ella siguió besándole por el cuello, los pectorales, su abdomen y su intimidad. Eleazar sintió infinitas oleadas de placer cuando Isoldine le tuvo en su boca. Entonces se puso encima de él, sonriendo pícaramente. El rey la tomó de las caderas y la poseyó. Ella

le cabalgó gimiendo, llenándose de él y disfrutando cada segundo, cubriéndole de besos o gimiendo sobre sus labios, algo que hizo que estallara dentro de la princesa.

Entonces ella siguió besándole, muerta de hambre por él, insaciable, llena de deseo, y él disfrutó como nunca, llenándose de ella y permitiendo que le devorara, sintiéndose por fin feliz de verdad por primera vez en su vida.

Se quedó dormida sobre su pecho y Eleazar sonrió satisfecho de felicidad por su triunfo.

Pero los secretos nunca permanecen mucho tiempo sin ser descubiertos, y aunque Eleazar se sentía seguro y tranquilo, su dicha no sería para siempre…

****

6 meses después

La vida había cambiado completamente en el reino de Eleazar.

El rey había parado las gestas y las muertes para volverse un monarca justo y disfrutar cada día del amor de Isoldine. No quería volver a ese pasado oscuro donde ser tan malvado le había costado el odio de la mujer que amaba. Ahora quería ser diferente por ella, para mantener su amor y ser feliz a su lado.

La princesa había sido tan dulce, cariñosa y complaciente, que Eleazar creía estar ya disfrutando del paraíso. Ver su sonrisa y sentir cómo le acariciaba la cara con sus manos suaves como alas de paloma, era un gozo para el rey. Pero el pasado le atormentaba recordándole la Isoldine herida y llena de odio. Algo que él la había hecho con sus propias manos y que no se perdonaba.

A veces la miraba dormida. Era preciosa. Y él se entretenía una y otra vez en sus rasgos, acariciaba su pelo, el puente de su nariz, sus cejas o sus labios carnosos rosados que tantas veces había besado. Le rompía el corazón pensar que no hacía mucho había destrozado esa belleza. Sin la magia y la piedra, Isoldine probablemente habría muerto. Así que a veces el rey se sentía triste y ella lo notaba. Le miraba, y sentía que su mirada verde se tornaba melancólica.

Isoldine tomaba la cara del rey y con una sonrisa le preguntaba *“¿qué os pasa, mi amor?”.* Pero Eleazar siempre la devolvía la sonrisa,

besándola y mirándola con amor, respondiendo "*nada, solo temo el día que uno de los dos muera… Os amo tanto…"* y la princesa de Lombarde le abrazaba. Eleazar aspiraba el perfume de flores de su cabello, la abrazaba apretándola contra él y cerraba los ojos, deseando quedarse envuelto en ese abrazo para siempre.

Ahora Isoldine ya era reina. Eleazar la había tomado por esposa en Navidad y lo próximo era tener un hijo que aún no había llegado. Aunque seguían intentándolo. En la cama, Eleazar era puro fuego y a Isoldine le gustaba derretirse en él.

Al acabar, ella siempre se quedaba dormida sobre sus pectorales y él la acariciaba el pelo o la espalda. Eleazar se entretenía especialmente en su espalda. La admiraba, acariciaba y besaba, y ella sonreía diciéndole que tenía fijación por esa parte de su cuerpo y quiso saber por qué, pero Eleazar siempre respondía "*eres preciosa*" y ella sonreía sin saber más.

Incluso cuando Isoldine dormía de costado, Eleazar se acostaba en esa posición, pegado a ella, y la acariciaba el hombro, el brazo y se abrazaba a su cintura, aspiraba el perfume de sus cabellos y se dormía sintiendo que junto a ella experimentaba la felicidad absoluta.

Aun así, las escenas del pasado siempre volvían a su mente para torturarle. Eleazar aún recordaba con dolor cómo su ira y dolor habían destrozado a Isoldine, cómo la había despellejado la espalda y deformado su cara.

Podría haber usado el hechizo del olvido con sigo mismo, pero no podía. Él necesitaba recordar y saber todo lo que había pasado, porque entonces sentiría que habría perdido su identidad. Y eso es lo que había hecho con Isoldine, convertirla en una muñeca dulce y sonriente, pero vacía de otros sentimientos, pues no recordaba nada del reino de Lombarde ni de su familia. En su mente, solo existía Eleazar y la vida con él y eso la hacía feliz, pero solo porque estaba hechizada. Eleazar sabía que sin la magia, Isoldine nunca le amaría. Y eso le hacía infeliz.

Pero no se dejó llevar por el desánimo y siguió con su vida junto a ella.

Fue entonces cuando llegó nuevamente la víspera de noche de ánimas.

Treinta y uno de octubre. Y esa fecha empezaría a cambiar las cosas…

Aquella noche, Eleazar, por la naturaleza especial de la noche, se

hallaba en su habitación de alquimia, de la cual Isoldine no sabía nada. Estudiando y preparando nuevos hechizos aprovechando de la magia natural de la fecha, pero lo que está escrito no se puede cambiar y el destino quiso que un potente chorro de luz saliera del libro de magia,dando de lleno a Eleazar en el pecho. Este solo tuvo tiempo de exclamar antes de caer al suelo inconsciente. Las páginas del libro pasaron solas con rapidez vertiginosa, como movidas por una mano invisible.

Entonces una figura empezó a materializarse. Un hombre moreno, con barba, vestido con pantalones negros, botas, y una camisola blanca abierta que dejaba su pecho prácticamente desnudo. Era el espíritu de Roland.

No había muerto, pero a causa del hechizo del sueño eterno, su alma se hallaba en una especie de limbo, y esa noche de ánimas, cuando el velo que separaba la realidad de lo extraordinario se hacía más fino, las almas podían hacer prodigios que el resto del año les estaba vedado.

Roland sabía que tenía unas pocas horas antes de que Eleazar recobrara la conciencia.

Salió de la habitación de alquimia y se encaminó por los pasillos hasta la alcoba de Isoldine.

No le costó encontrarla. Entró en la habitación y encontró a Isoldine preparada para acostarse. Llevaba un camisón de seda blanco de tirantes finos. Sus pechos se marcaban y el pelo largo la caía desparramado por los hombros, hasta la cintura, haciéndola lucir preciosa y natural. Roland sintió deseo nada más verla.

Ella iba a retirar las sábanas cuando se quedó parada mirándole. Sonrió y sintió un calor en las entrañas. Isoldine pensó que era Eleazar, pero su corazón sintió algo más que no podía explicar y que con Eleazar nunca había sentido antes. Roland se acercó hasta ella sin hablar, solo mirándola. Isoldine tampoco necesitó hablar. Se miraron a los ojos con dulzura y amor. Roland, ya frente a ella, la tomó por la cara con delicadeza y la besó. Ella le respondió.

Fue un beso dulce, suave y prolongado. Isoldine se dejó llevar. Sentía su alma hambrienta de aquel hombre. Con cada nuevo beso quería más, y más y más…. No entendía qué la pasaba, pero solo pensaba en disfrutar y saciarse de aquel hombre, su amor.

Isoldine metió las manos bajo la camisola y acarició sus pectorales, su

abdomen… Podía notar los ángulos y forma de los músculos en la yema de sus dedos y eso la excitó.

Roland la bajó las tiras del camisón y este cayó al suelo. Entonces la cogió en brazos. Isoldine le miró con dulzura y Roland la devolvió la misma mirada. Ella se agarró a su cuello y metió los dedos entre su pelo. La depositó delicadamente en el lecho y se inclinó para besarla. Ella le devolvió los besos.

—No paréis de besarme por favor… Me muero de hambre sin vos.— Jadeó ella en la boca de él. Roland siguió besándola mientras se desabrochaba los pantalones.

Las cortinas blancas rodeaban la cama y a través de ellas se filtraba la luz de las velas de la estancia, haciendo el ambiente romántico y mágico.

Desnuda como una ninfa, se abrió ante Roland, y él entró en ella poseyéndola con fuerza. Ella gimió continuamente y sintió oleadas de placer y deseo invadiendo su cuerpo y rompiéndola.

Con Roland encima de ella, Isoldine se abrazó a su espalda, con las palmas de sus manos agarrándose a sus hombros, mientras él la embestía sin parar y ella gemía cada vez más, hasta quedarse casi sin voz, jadeante y completamente exhausta. La energía y vigor de Roland eran algo nunca visto.

Después de horas juntos, ella se quedó jadeante y agotada en sus brazos. El vello de su pecho la hacía cosquillas en la cara. Estaba a punto de quedarse dormida.

—Os amo—susurró exhausta con los ojos cerrados. Roland la abrazó y acarició su cabeza.

—Lo sé, mi amor… Y yo a vos.—La besó la frente. Ella sonrió complacida y se abrazó más a su torso, estrechándose contra él, no queriendo separarse de su cuerpo, deseando ser un mismo ser.

Pasó una hora más y llegó el alba.

—Ya despunta el día— susurró Roland mirando con tristeza el balcón de la habitación.

Isoldine se había despertado lo suficiente para vislumbrar una sombra difusa que se evaporó en el ambiente. Demasiado cansada, volvió a dormirse y Roland desapareció.

****

Eleazar había permanecido toda la noche inconsciente. Ya habiendo amanecido cuando se despertó, y sintiéndose extrañamente cansado, decidió retirarse a su alcoba y dormir al lado de su esposa. Se desnudó y tumbó junto a Isoldine, que dormía profundamente.

En la habitación olvidada del castillo seguía el cuerpo de Roland, tumbado sobre la cama. Pero esta vez algo había cambiado.

Ahora su boca sonreía.

****

Tras unas semanas, ya en noviembre y con Navidad cerca, el rey Eleazar tuvo que llamar al físico para que asistiera a Isoldine. Llevaba días vomitando y había sufrido un par de desmayos.

Con Isoldine tumbada en cama y tras haberla examinado, Eleazar, a escasos metros, miró con desesperación al médico.

—¿Qué ocurre? ¿Qué le pasa a mi esposa?— los ojos verdes del rey estaban invadidos de preocupación.

—La reina está embarazada, majestad, enhorabuena—anunció el físico con una amplia sonrisa.

El corazón de Eleazar se iluminó de alegría. Sentado en la cama junto a Isoldine, la besó en la cabeza y la rodeó con un brazo estrechándola contra él.

—Qué alegría me habéis dado—sonrió Isoldine apoyando su mano sobre su vientre—no podría estar más feliz—miró a Eleazar con una sonrisa y él la besó en los labios.

—Estáis de pocas semanas, alteza, el bebé nacerá en verano. Cualquier cosa que necesitéis no dudéis en hacerme llamar.

—Así será… Muchas gracias, podéis retiraros- Eleazar despachó al físico pues, quería estar a solas con su esposa.

Una vez se marchó el físico, Eleazar siguió abrazando a Isoldine y saboreando un momento tan dulce. Ambos sintiéndose pletóricos y felices, intercambiando miradas y sonrisas llenas de felicidad. El rey apoyó su mano sobre el vientre de Isoldine y ella le tomó su mano mirándole a los ojos.

—Os amo… Gracias por darme este regalo—ella sonó tan dulce y delicada que Eleazar la tomó de la barbilla y la volvió a besar.

-No, gracias a vos por dármelo a mí… Soy el hombre más feliz del mundo —la volvió a besar.

Pero la felicidad no duraría mucho…

****

5 años después.

Octubre

Nicholas jugaba con un caballo de madera frente a la chimenea. Isoldine estaba bordando un pañuelo sentada junto a él al calor del fuego. Le miraba con una sonrisa de madre orgullosa. El pequeño Nicholas era una copia exacta del rey. Sus mismos ojos verdes, el pelo oscuro enmarañado, su porte regio pero hermoso. Isoldine le miraba y sonreía al ver a su esposo reflejado en él.

Ver a Nicholas la calmaba la preocupación que llevaba arrastrando desde hacía tiempo. Y es que desde que Nicholas había cumplido un año, algo se había despertado en ella, haciendo que tuviera pesadillas y sueños extraños donde se veía así misma y al rey discutiendo, y él castigándola duramente, pegándola y encerrándola en una celda fría.

Con su marido nunca había tenido tales experiencias y no entendía por qué en sus sueños su esposo se presentaba como un monstruo violento. Cuando eso pasaba, Isoldine se despertaba sobresaltada y preocupada mientras a su lado dormía el rey tranquilamente.

Todo habría quedado ahí de no ser porque Nicholas habló y lo que dijo despertó los temores y la curiosidad de Isoldine.

—Mamá, anoche soñé con papá. Bueno, he soñado más veces, pero casi nunca recuerdo lo que me dice… Pero anoche sí.

Isoldine miró a su hijo con una sonrisa.

—¿Ah sí?

—Sí. Dice que tenemos la misma fresita en el cuello. —Isoldine frunció el ceño. Sabía que Nicholas tenía una curiosa marca de nacimiento en un lateral del cuello, bajo la oreja, una pequeña marca rosada similar a una fresa. Pero Eleazar no la tenía. Esto inquietó a Isoldine.

—Cariño, ¿qué más te contó papá?

—Dice que está en la habitación del ala oeste. Que tienes que ir allí con el colgante del rey para despertarle. Y que antes de eso tienes que ir a la habitación donde se guarda el libro de hechizos. El rey te encantó para que olvidaras, pero papá dice que en la página doscientos cuatro encontrarás la verdad. No entendía nada, pero papá me dijo que era muy importante que te dijera esas cosas.

Isoldine se levantó del asiento, se agachó al lado de su hijo y le tomó suavemente del brazo. Nicholas la miró con sus ojos verdes brillantes. Tenía el mismo pelo oscuro y con bucles que Eleazar.

—Cariño, ¿dónde está ese libro de hechizos?

—En la habitación de alquimia. Mamá, papá está hechizado y tú también. El rey no es papá.

Isoldine sintió que el corazón se subía a su garganta.

Las imágenes dispersas que habían invadido su cabeza durante años habían sido reales. Algo se ocultaba en aquellos muros, pero no sabía exactamente qué. Había soñado con

Eleazar durante años, pero su imagen siempre se mezclaba con otras o cuando se despertaba se olvidaba de casi todo. Era como si su mente fuera incapaz de retener nada.

—Quédate aquí, cariño, ahora vengo.

Isoldine salió de la estancia corriendo y se apresuró a ir a las habitaciones donde Nicholas la había indicado.

En la habitación de alquimia vio un libro de cuero marrón con un cierre metálico de oro descansando en un pedestal de cristal. Lo abrió. Era el libro de los hechizos de Eleazar. Ella sabía de la existencia de esa habitación, pero nunca se había interesado por ella. El rey siempre la había dicho que estudiaba el poder curativo de las plantas y diversas artes medicinales, pero nunca sospechó que su esposo tenía un libro de magia.

Lo abrió y pudo ver un sinfín de conjuros con letras y dibujos para todo tipo de cosa que desease hacerse. Había hechizos para amarres de amor, para convertir a la gente en animales, para provocar o curar enfermedades, para leer las mentes o paralizar los cuerpos y mucho más.

Isoldine buscó la página que Nicholas le había dicho.

Era un hechizo para olvidar recuerdos y también había un contra hechizo para devolver todo lo olvidado.

Isoldine, sin pausa, pronunció las palabras escritas y un destello de luz azul la recorrió el cuerpo de arriba abajo. Tuvo que sujetarse a la mesa para no perder el equilibrio y caerse.

Una sucesión de imágenes pasaron por su cabeza hasta dejarla mareada y aturdida.

Había vuelto a tener los recuerdos que Eleazar le había quitado. El reino caído de su padre, el maltrato a manos del rey, y los sueños con Roland.

Sí, durante esos años en los que había soñado con su marido, en realidad Roland la había estado visitando a través del portal de los sueños, amándola todos los días, aunque ella apenas recordara nada al día siguiente, pues Eleazar con su hechizo se había asegurado de que la mente de Isoldine no recibiera ningún mensaje que pudiera recordarla el pasado. Hasta en eso había sido maquiavélico.

Todos esos años de amor por su marido no habían sido reales pues, en realidad había estado amando a Roland, el hermano gemelo del rey, aunque solo en el físico, pues a diferencia del corazón oscuro de Eleazar, Roland era todo bondad y amor.

Antes de abandonar la sala de alquimia, Isoldine se tomó su tiempo. Pensó que las cosas se podrían poner realmente mal y que quizá necesitaría hacer uso de un hechizo para neutralizar el mal o un ataque de Eleazar.

Decidió memorizar las palabras de un conjuro para convertir a un hombre en un cuervo negro. Recitó las palabras varias veces, las repitió y convirtió el hechizo en una canción para así no olvidar sus palabras. Tenía buena memoria y siempre había sido lista.

Una vez hecho esto, Isoldine fue hasta la habitación del ala oeste que Nicholas la había indicado. La puerta estaba cerrada, pero ella consiguió abrir usando una horquilla de su pelo. Entró en la habitación, cerrando con sigilo. Allí se encontraba Roland, intacto y joven por el hechizo. Isoldine fue hasta él. El corazón se la rompió y una lágrima la recorrió la mejilla.

Se inclinó sobre Roland y le besó en los labios mientras la palma de su mano le tomaba de la cara, acariciando su barba oscura, igual que la

de Eleazar.

—Mi amor, mi amor—susurró sobre sus labios—te voy a sacar de aquí, te lo juro. Vendré de nuevo a por ti. Espérame un poco más, por favor, solo un poco.

Isoldine le volvió a besar y se enjugó las lágrimas. Acarició el pelo castaño y ondulado de Roland. Le apartó un mechón ondulado del cuello y entonces vio que tenía la marca de la fresita que Nicholas también tenía.

Su corazón se iluminó al saber que Nicholas era hijo de Roland y no del cruel Eleazar.

Abandonó la habitación y cerró de nuevo usando la horquilla como llave, un viejo truco que su fiel amiga Nathifa le había enseñado hacía años en Lombarde.

El siguiente paso era quitar el colgante del topacio al rey.

Esa noche, Isoldine echó unas hierbas en la copa del rey. Ella no sabía nada de magia y esas hierbas era lo único que tenía para provocar sueño en su marido. Ella las usaba para dormir tranquila cuando estaba en sus días de sangrado y hacían un efecto inmediato.

Pero Isoldine no quería que el rey cayera dormido en medio de la cena o sospecharía algo.

Decidió esperar a acostarse para echarle las hierbas. Tendría toda la noche para ir a la habitación de Roland y usar la piedra.

Y así lo hizo, después de medianoche, ya en la alcoba, Isoldine sedujo a Eleazar. Le besó en los labios con pasión y le invitó a vino. Él aceptó con una sonrisa y bebió. Mientras bebía, ella le besó por el cuello, la espalda y acarició sus pectorales hasta tumbarle en la cama. Se echó sobre él y siguió besándole. Eleazar quería estar dentro de ella desesperadamente e Isoldine tuvo que aceptarle. Le cabalgó, le besó con pasión y él se volvió loco de placer.

Cayó dormido como resultado del bebedizo y el goce que había experimentado.

Isoldine consiguió quitarle la cadena, muy despacio, con agilidad felina. Una vez tuvo la cadena, salió de la habitación con su camisón blanco de tirantes ondeando.

Llegó a la habitación de Roland. Cerró la puerta y corrió al lecho

donde se hallaba tumbado. Le incorporó, dejándole sentado con la espalda apoyada sobre los cojines y el cabecero de la cama y las piernas estiradas sobre el lecho. Le colocó la piedra, al igual que Eleazar la llevaba puesta, sobre el pecho. Pero nada pasó.

Isoldine no sabía cómo hacer que el topacio despertara a Roland. Se quedó abrazada a él toda la noche, con su cara sobre su pecho, y le transmitió su energía llena de amor con la esperanza de que algo pasara.

La madrugada avanzó hasta despuntar el día. Los primeros rayos de sol empezaban a entrar por las ventanas.

Isoldine se había quedado dormida, abrazada a Roland y este descuido le costó caro.

La puerta se abrió y Eleazar contempló la escena.

Su corazón, que llevaba años tranquilo, volvió a sentir el fuego abrasador del odio y la cólera invadiéndolo por completo.

Su mujer abrazada a su hermano.

Su colgante de topacio en el cuello de su hermano.

Lo próximo sería arrebatarle el trono y la vida entera.

La respiración de Eleazar se aceleró. Parecía un toro enfurecido. Fue hasta el lecho, andando a grandes zancadas como un minotauro embravecido. Esto despertó a Isoldine, que pronto se dio cuenta del panorama aterrador en el que estaba.

Roland seguía inerte y dormido como un muñeco de cera.

—¡Maldita perra!—Eleazar agarró del pelo a Isoldine y la sacó de la cama entre gritos y sollozos. La abofeteó tan violentamente que la tiró al suelo y allí la propinó una patada en el estómago. Ella se dobló de dolor, tirada sobre la alfombra mientras Eleazar, lleno de cólera, rompía jarrones, tiraba al suelo las sillas, las mesas, y toda clase de objeto que tuviera delante, dejando la habitación completamente destrozada.

Isoldine consiguió levantarse a duras penas, bordeó el lateral de la cama y antes de que Eleazar la volviera a agarrar, se abrazó por última vez a Roland. Le besó en los labios y una lágrima le cayó sobre el rostro. El rey, lleno de ira, fue tras ella y la cogió del cuello, estampándola contra la pared.

—Teníais que estropearlo todo, ¿verdad? No podíais ser feliz a mi lado. Bien, pues ya que buscabais problemas, los vais a tener. A partir de ahora haréis todo lo que os ordene u os juro que si no lo hacéis, lo pagará nuestro hijo. Vais a pagar cara vuestra traición. Os haré pagar cada día vuestra deslealtad y el deshonor que me habéis causado. Ya no seréis mi reina, sino mi esclava y mi prisionera. Os revoco todos vuestros privilegios y comodidades. Una sola queja, intento de fuga o daño contra mí y os juro que todo será mucho peor.

—No, por favor, os lo suplico, no le hagáis daño—sollozó Isoldine—él no tiene la culpa de nada, es solo un niño. Solo quería devolver a vuestro hermano a la vida. Por favor hacedlo, dejadle ir, me quedaré con vos para siempre, os lo juro.

Las lágrimas abrasaban la cara de Isoldine. El rey, sabiendo que Isoldine amaba a Roland, se infló aún más de ira, como una bestia salvaje se volvió hacia su hermano, arrancando del cuello de Roland el colgante del topacio y una nueva revelación le atravesó el corazón de dolor. Había visto la marca en el cuello de Roland. La misma que tenía Nicholas y que él nunca había tenido. Sabía que esas marcas de nacimiento eran la señal inequívoca de vínculo entre un padre y un hijo.

Eleazar sintió que le ardía la cara y que las entrañas se le revolvían, pues Nicholas no era su hijo, sino su sobrino.

Profirió un grito de dolor como una bestia herida. Isoldine se tapó los oídos y cerró los ojos muerta de miedo. Pero el rey se abalanzó hasta ella, agarrándola de los brazos con tanta fuerza que la reina pensó que iba a rompérselos.

—¿Cómo habéis podido ultrajarme así? ¡No sois más que una maldita ramera!—gritó hasta tal punto que las venas del cuello se le hincharon a punto de reventar—. Maldigo el día en que deseé tener a alguien como vos. Más me hubiera valido casarme con una cerda de cualquier pocilga infecta que con una ramera con aires de reina.

—Soy la princesa de Lombarde, no soy una ramera, nunca supe que Roland era el padre de Nicholas… Cuando me quedé embarazada fue tras la noche de ánimas. Amanecí en la cama con vos, creí que erais vos quién estuvo dentro de mí aquella noche—sollozó Isoldine intentando aplacar su ira—nunca quise engañaros, lo juro.

Eleazar la soltó. A Isoldine le dolían los brazos y tenía la marca de los dedos del rey impresa en su piel, como garras marcadas en carne tierna. El rey empezó a atar cabos y llegó a la conclusión de que

Roland había aprovechado la noche más mágica del año, la noche de ánimas, donde el velo entre lo terrenal y sobrenatural se hacía más fino para salir de su letargo y estar con Isoldine. En eso ella no tenía culpa, pensó el rey, pues Roland era una copia suya exacta.

Pero el dolor no cesó. Porque Isoldine prefería a su hermano.

—Amáis a mi hermano, ¿no es así? —Isoldine le miró con lágrimas en los ojos.

—Sí, porque él no es cruel como vos. ¿Qué os sorprende? Me quitasteis los recuerdos vos mismo porque sabíais que de otra forma nunca os habría amado ni permanecido a vuestro lado.

Eleazar cerró los ojos. Una lágrima cayó por su mejilla. Había intentado retener las lágrimas que le escocían en los ojos, pero tantos amargos descubrimientos de golpe habían acabado por hacerle daño y su cuerpo reaccionaba ante ello.

—Ya me ocuparé de mi hermano más tarde. Ahora vos sois mi prioridad.

Eleazar agarró a Isoldine de la muñeca y la sacó casi a rastras de la habitación. Caminaba por el pasillo que daba a las diferentes estancias como un toro loco. Con paso firme y rápido, hasta el punto de que Isoldine tropezó con el vestido y cayó al suelo de rodillas. El rey no se paró, la arrastró y no se apiadó de sus sollozos, pero tuvo finalmente que parar y levantarla porque si no, hubiera terminado por romperla el brazo.

Abrió una puerta y tiró a Isoldine dentro de la habitación. Ella se golpeó la cara contra el suelo y un calambre de dolor la recorrió el cráneo. Gimió de dolor.

Demasiado aturdida para darse cuenta de lo que el rey estaba haciendo, solo sintió de repente algo frío y de acero alrededor de su cuello y el chasquido de un sonido metálico.

Su marido la había colocado en su hermoso cuello una argolla de hierro que había cerrado con un mecanismo de tornillo y del que colgaba una larga cadena con gruesos eslabones de hierro. Eleazar tomó el extremo de la cadena y tiró de ella como si Isoldine fuese un perro llevando correa.

—A partir de ahora no os despegaréis de mi lado. Llevaréis esa argolla como símbolo de sumisión a vuestro rey. Intentad cualquier maniobra de rebelión o fuga y no dudaré en clavar un puñal en el pecho de

vuestro hijo. Su vida depende de vos.

Isoldine lloró amargamente. No se atrevía a levantarse del suelo ni a mirar al rey a los ojos.

Lo peor vino cuando Eleazar rasgó su camisón con violencia. Ella siguió llorando, pero no se atrevió a oponer resistencia. La hizo jirones la ropa y desnuda como estaba, solo pudo taparse y protegerse con sus largos cabellos que la llegaban hasta los muslos.

Temblando como una hoja, Isoldine se acurrucó contra un rincón, llorando muerta de miedo cuando vio lo que Eleazar se disponía a hacer. Se quitó el cinto de cuero que rodeaba la cintura de sus ropas reales.

—No, por favor, no lo hagáis… Si alguna vez me habéis querido, no lo hagáis…—Isoldine se acurrucó más contra la pared, temiendo lo que Eleazar iba a hacerla, porque sabía que sería aún peor que la primera vez, pues ahora estaba aún mucho más rabioso y despechado.

—Maldigo haberos querido. Por eso lo vais a pagar caro.— Los ojos verdes de Eleazar estaban cargados de odio y su brillo salvaje auguraba la tragedia.

Isoldine cerró los ojos, que ya tenía rojos e hinchados, y enterró la cara en el rincón de la pared preparada para recibir los golpes.

Unos minutos más tarde, una de las criadas que pasaba por el pasillo con un cesto cargado de ropa limpia se paró estremecida al oír gritos, sollozos y golpes tras la puerta. El corazón se la subió a la garganta. Era tal la violencia que se oía a través de la puerta, que Erzebeth no tuvo valor de entrar para parar aquella barbarie por temor a que el rey la emprendiera con ella también.

Se santiguó pidiendo ayuda al Altísimo. Poco sabía que sus plegarias serían atendidas.

La lágrima de Isoldine que había caído sobre Roland no había sido en vano. Una lágrima llena de amor y dolor que había caído rodando desde el rostro de Roland hasta detenerse en el topacio místico y fundirse con la piedra.

Aunque ni el rey ni Isoldine lo sabían, esa lágrima en contacto con la piedra había sido el detonante para que la magia se activara y despertara a Roland.

Una lágrima llena de amor, dolor, de pureza absoluta junto con el

topacio místico, una piedra de protección, salud y bienestar. Dos combinaciones perfectas para que el hechizo de Roland se rompiera.

Pese a que Isoldine había buscado el contra hechizo, no lo había encontrado. No sabía cómo despertar a Roland, aunque tampoco había tenido mucho tiempo para buscar, pues el libro era bastante extenso de páginas y temía que si se entetenía, el rey la encontrara en la sala de alquimia.

Pero no importaba, porque sin ella saberlo, con su lágrima había conseguido desencantar a Roland.

Una energía en forma de luz azulada empezó a envolver la habitación y el cuerpo de Roland empezó a tener vida.

Sus ojos verde esmeralda se abrieron y el joven exhaló un jadeo de vida.

—Isoldine—sus palabras salieron casi disparadas de sus labios.

****

Delamis había tenido que retirarse a la cocina para llorar. Tenía el corazón destrozado de dolor al ver a Isoldine en el estado en que estaba.

El rey se había pasado horas descargando su violencia contra ella.

Pero la princesa de Lombarde era fuerte, y sabía resistir. Aunque estaba muy malherida y agotada, seguía manteniéndose viva y despierta.

Sin saberlo, Isoldine, roto su hechizo de olvido, también se rompió el que los criados habían sufrido junto con ella. Ahora todos sabían que Eleazar era un tirano absoluto y además un maltratador de la peor calaña.

Algunos criados, al servir al rey la comida, pudieron ver lo que le había hecho a su esposa.´

Tenía un hilo de sangre seca en la comisura de la boca, el pómulo izquierdo hinchado y amoratado, el ojo derecho estaba de la misma guisa, con la ojera morada e hinchada y el blanco del ojo inyectado en sangre. Si eso era poco, también tenía varios cortes en la mejilla derecha, el cuello lacerado por el contacto del hierro y los tirones de

la cadena. Su espalda estaba llena de verdugones rojos, y moratones color púrpura.

En los brazos también tenía algunos moretones y en la mano derecha tres dedos rotos que la dolían y habían empezado a hincharse. Además, Eleazar la había violado varias veces, haciéndola daño a propósito y descargando en ella su semilla para dejarla embarazada.

Isoldine se dejó hacer, entre sollozos apagados y la falta de fuerzas, pues se sentía como un trapo. Humillada hasta el extremo, sucia, dolorida y reducida a un escombro.

El rey comía impasible en la gran mesa, con el extremo de la cadena enrollado en su mano, mientras Isoldine estaba sentada en el suelo, al lado de él, envuelta en su pelo para esconder su intimidad de las miradas de los criados. Estaba hecha un ovillo, replegada sobre sí misma, con su cara escondida entre su pelo. Eleazar la trataba como a un perro sarnoso.

En ocasiones la miraba, mientras seguía comiendo y bebiendo, ignorando su dolor para hacerla así aún más daño.

La princesa no se atrevía a hablar y casi no podía moverse, pues la dolía todo. Su cabeza estaba embotada y no recordaba las palabras del hechizo de cuervo. Estaba rota por dentro y por fuera.

Eleazar había sido cruel hasta el extremo.

La había atado a uno de los postes de la cama, con las manos hacia atrás y de pie para golpearla en la cara infinidad de veces, haciéndola sangrar.

La había escupido mientras la tiraba del pelo y la insultaba vociferando.

La había obligado a lamer y besar sus botas mientras sus lágrimas caían sobre su cara destrozada.

Cansado de pegarla, la había tirado a la cama y la había violado con fuertes embestidas mientras seguía pegándola bofetadas, agarrándola del cuello, mordiéndola o escupiéndola.

Cuando acabo con ella era un cuerpo marcado de sangre, golpes, heridas, salivazos y semen.

La había tratado como a la peor ramera. Su furia había sido descargada, y cuando se cansó de pegarla o violarla, se la llevó a

rastras y la metió en una tina de madera con agua para que se lavara.

Intentó ahogarla, pero solo para asustarla. Cuando Isoldine se confió y se lavó en la tina con una pequeña pastilla de jabón, Eleazar la agarró de la cabeza y se la metió bajo el agua varias veces hasta que ella escupió agua y tosió a punto de ahogarse.

Por fin, cansado de maltratarla y por temor a matarla, la dejó en paz después de tres horas de maltrato brutal.

Los criados habían oído los gritos, lloros y las palabras furiosas del rey, pero ninguno se atrevió a intervenir por miedo al monarca y sus represalias.

Delamis volvió de nuevo al salón para servir fruta al rey. Miró a Isoldine, encadenada y con la cabeza gacha y temblando de frío, y sintió que el corazón se la quebraba.

—Majestad, perdonad el atrevimiento, pero… ¿Puedo servir comida para la reina?

Eleazar sonrió con sorna.

—Esta perra que veis aquí no es ninguna reina, sino una vulgar ramera que ha traicionado mi confianza y mancillado mi honor. Esto que veis es lo que se merece. Retiraros y no me importunéis más con esas cuestiones. A partir de ahora la que fuera reina ya no existe. Y el que ose desobedecerme irá directo a los calabozos.

—Majestad por Dios, apiadaros de ella, por favor os lo pido, sed misericordioso.

Eleazar se puso en pie casi de un salto y golpeó la mesa con el puño. La copa de vino se cayó y el vino se derramó como sangre brotando de una herida.

—Volved a la cocina u os juro por Dios que la próxima seréis vos.— Delamis derramó una lágrima y miró a Isoldine con el corazón roto. Ella levantó la vista.

—No os preocupéis por mí, marchaos, haced lo que el rey os ordena.

—¡Callad! No os he dado permiso para hablar—Eleazar golpeó a Isoldine en la boca, abriendo la herida seca de su comisura y haciéndola sangrar de nuevo.

Delamis sintió que podría coger un cuchillo y clavárselo al rey

mientras dormía. No podía consentir que maltratara así a la pobre chica.

—Mi niña… Aguantad, por favor, aguantad…—Delamis se limpió las lágrimas y abandonó el salón por temor a enfurecer más al rey y que este lo pagara con Isoldine.

Eleazar miró a Isoldine y volvió a sentarse. Ella le miró con la cara oculta entre sus cabellos, llorando de nuevo.

—Nadie os va a ayudar. Aquí todos me temen. Estáis sola.

—No me importa lo que me pase a mí. Matadme si queréis.

—No, no lo haré. Eso sería demasiado fácil y piadoso. Pagaréis lo que me habéis hecho.

—No hice nada. Vos me hechizasteis para retenerme porque sabíais que de otra manera no me quedaría a vuestro lado. Sois vos el que me ha engañado a mí.

—Una palabra de insolencia más y subiré a la habitación a tirar por la ventana a ese bastardo.

—¡Es vuestro sobrino, lleva vuestra sangre!

—¡Pero no es mi hijo! Bastante misericordioso soy dejándole con vida.

—¿Dónde está? ¿Qué habéis hecho con él?

—Está encerrado en una habitación. Se le ha dicho que había un brote de peste y que debía permanecer en la habitación por seguridad. No sabe nada de la desvergonzada de su madre. Dadme gracias por evitarle ver vuestra desvergüenza.

—Haré lo que queráis. No me rebelaré ni lucharé, soy vuestra enteramente. Pero por favor al niño no le hagáis nada—Isoldine le miró suplicante. Eleazar la miró por unos segundos odiándose por todavía quererla. Desvió la vista de ella.

—Levantaos y servidme vino. ¡Rápido!

Isoldine se levantó a duras penas. La dolía todo el cuerpo. La pesada cadena la caía por el pecho y el vientre. Eleazar sujetaba el extremo y tiraba con violencia hasta el punto que a Isoldine ya le dolía el cuello.

Temblando, cogió la copa de vino y sollozando, echó vino en ella. Se sentía dolorida y cansada, pero sobre todo derrotada. Eleazar había

ganado e Isoldine ya había perdido toda esperanza. Si iba en contra del rey ahora se jugaba la vida de su hijo, asique tendría que seguir aguantando palizas y malos tratos, si con eso Nicholas conservaba la vida.

De repente, Isoldine sintió que de un empujón caía sobre la mesa, dándose un fuerte golpe en la barbilla y clavándosele los eslabones de la gruesa cadena en el abdomen. Eleazar la había aplastado contra la mesa y se había echado encima de ella como un león a su presa.

Isoldine sabía lo que eso significaba. Iba a violarla de nuevo.

—¡No! ¡Por favor mi rey os lo suplico!—sollozó Isoldine sin fuerzas para defenderse. Gritó cuando Eleazar empezó a levantarse las vestiduras para penetrarla.

—Me vais a dar un hijo, y esta vez sin embustes.

Eleazar la agarró del pelo con fuerza. Isoldine rompió a llorar amargamente hasta que una estridente voz se oyó por encima de sus lamentos.

—¡Hermano detente!—Isoldine levantó la vista y vio entrar en el salón a Roland. Su corazón se iluminó y su alma cansada y dolorida recobró la ilusión y la fuerza.

Roland apuntaba a Eleazar con un arco y una flecha perfectamente tensada. Eleazar se quedó petrificado. Se irguió, apartándose un poco de Isoldine, que yacía boca abajo sobre la mesa.

—Debí haberos matado cuando tuve oportunidad—Eleazar susurró con odio en los labios.

—Apartaros de ella, miserable. Quitadle esa cadena si no queréis que os meta esta flecha en la cabeza. Os juro que lo haré. No me conocéis, pero soy el mejor arquero del reino. No me pongáis a prueba, hermano.

—Sabía que seríais mi ruina. Que solo veníais para perjudicarme. Maldita la hora en la que os deje vivo. Más me habría valido tiraros a los lobos.

—Nunca vine para perjudicaros en nada. Solo quería conocer a mi hermano, no estar tan solo. Pero vos me repudiasteis si tan siquiera darme una oportunidad. Vuestro corazón está podrido. Estáis maldito, hermano. Y lo siento por vos, sois de mi sangre y os quería, pero tras ver vuestra maldad os juro que no me temblará la mano si tengo que

atentar contra vos. Ahora quitadle la cadena a Isoldine.

Eleazar obedeció de mala gana. La pesada cadena y la argolla cayeron al suelo haciendo un ruido estridente y molesto. Isoldine se sintió más aliviada sin ese peso al cuello. Su piel estaba enrojecida y lacerada en algunas partes. Tosió mientras se masajeaba el cuello.

—¿Estáis bien princesa?

—Sí, Roland, gracias a Dios que estáis aquí.

Roland miró las heridas de Isoldine y su estado lamentable y sintió que su corazón se llenaba de dolor.

—¿Pero qué os han hecho?—Isoldine le miró humillada sin atreverse a decir nada contra el rey. Roland se dirigió a Eleazar.

—¿Qué clase de bestia sois que habéis destrozado a una flor como esta?

Eleazar sintió que la rabia le volvía a invadir. Cogió un cuchillo de la mesa y lo alzó para clavárselo a Isoldine. Y lo hubiera hecho de no ser porque Roland supo ver a tiempo sus intenciones y no perdió tiempo en disparar la flecha que atravesó el brazo de Eleazar.

Este profirió un grito desgarrador y el cuchillo cayó al suelo.

Isoldine se apartó de él, pero aprovechando la distracción le arrancó del cuello el colgante y lo estrelló contra el suelo. La piedra se rompió en pedazos y Eleazar volvió a gritar de dolor. Cayó al suelo retorciéndose de dolor. Ahora sin la piedra ya no tenía ninguna protección. La princesa reunió valor para acercarse a él.

—Isoldine apartaros de él—le rogó Roland.

—Hay algo que tengo que hacer, amor mío. Vine para vengar a mi padre y a mi reino caído. Y nunca lo pude cumplir. Pero ahora sí. Ahora es mi momento y no lo desaprovecharé.

Isoldine caminó hasta Eleazar, que se agarraba al borde de la mesa, arrodillado y ardiendo de dolores en las entrañas, con un brazo herido y mirándola aún con odio. Sus ojos verdes teñidos de rencor. Ella le miró con pena y dolor.

—Lo que vayáis a hacer, hacedlo ya—dijo con una voz teñida de odio.

—Sois mi marido y no deseo mataros. Durante estos años de engaño me amasteis y tratasteis bien y yo también os amé. Solo por eso tendré

algo de misericordia con vos. Pero no permitiré que le hagáis daño a nadie más.

La princesa se agachó para estar a la altura del rey. Le miró a los ojos por última vez. Entonces Isoldine recitó las palabras que habían vuelto a su mente al recobrar la energía y la esperanza.

Kalede vecuom nadir ale mecum

El terror se reflejó en los ojos verdes de Eleazar que se abrieron desmesuradamente.

—¡¿Qué habéis hecho perra del infierno?! —en un último intento, Eleazar quiso agarrar del cuello a Isoldine, pero justo cuando su mano iba a cerrarse sobre su cuello para ahogarla, el rey gritó y una nube de negrura le envolvió por completo.

Roland corrió al lado de Isoldine y la apartó con temor de aquel nubarrón oscuro.

Se quitó su chaqueta larga de terciopelo verde estampada de leones cosidos en hilo amarillo y cubrió a Isoldine con ella. La abrazó con fuerza mientras veía junto a ella lo que ocurría.

Tras unos segundos, la nube negra se evaporó y desapareció en el aire. Las ropas de Eleazar y sus anillos de piedras quedaron tirados en el suelo. Pensaron que el rey había desaparecido, pues no había ni rastro de él. Pero entonces oyeron unos graznidos y un batir de alas.

De entre las ropas de gala del rey salió un cuervo como jamás se había visto. Su plumaje era negro brillante como todos, pero sus ojos eran verdes como esmeraldas fulgurantes. Era un pájaro hermoso y siniestro que representaba a la perfección la otrora belleza y esplendor del rey Eleazar, ahora convertido en un ave que viviría como predador los años que le quedaran de vida.

El cuervo, entre graznidos y un rápido aleteo, salió volando por una ventana y desapareció en el cielo gris, entre nubes oscuras. Roland e Isoldine se miraron abrazados.

—Se acabó. Por fin. —dijo ella. Roland la abrazó con fuerza y besó su frente.

—Estáis a salvo, mi princesa. No me separaré de vuestro lado nunca más. Solo siento no haber llegado antes. Han sido años de separación… Aunque me metía en vuestros sueños, pero sabía que nada sucedería hasta que nuestro hijo recibiera el mensaje y os lo

diera. Eleazar os hechizó a conciencia para que nadie os recordara nada, ni siquiera en el mundo onírico. Ahora por fin todo ha terminado.

Isoldine y Roland se besaron. Roland tomó a Isoldine de la cara y examinó una a una sus heridas y golpes. La tristeza inundó sus ojos.

—¿Cómo ha podido haceros todo este daño a un ser tan hermoso como vos? Mi hermano era un demonio. Me rompe el corazón ver tanto dolor estampado en vuestra belleza.

—Creí que iba a matarme. Cuando me encerró en aquella habitación sentí que entraba al infierno. No paraba de pegarme una y otra vez. Creí que nunca se acababa. Me pegaba sobre las heridas y el dolor era insoportable. Estaba lleno de odio y dolor. Sabía que yo os amaba y que Nicholas era vuestro hijo. Puedo entender su dolor, y lo que hizo fue descargarlo sobre mí. Pero sé que a la larga no habría sobrevivido ese maltrato continuo. Mi corazón estaba roto porque no sabía cómo haceros despertar. Y mientras el tirano abusaba de mí de la peor manera.

—No penséis más en eso, mi vida. Ahora todo irá bien, os lo prometo.

Roland besó de nuevo en los labios a Isoldine, la acarició la cara y la miró con un amor que el brillo verde de sus ojos expresaba. Isoldine acarició la suave barba de Roland. Ella adoraba besarle y detenerse a acariciarle.

—Sois igual a él, pero tan diferente… Os amo tanto, Roland… Todos estos años os he amado a vos, no a Eleazar. Él solo tenía vuestro mismo rostro, pero yo amaba vuestra alma.

Roland sonrió.

—Deseo preguntaros algo. ¿Queréis casaros conmigo? Cuando lleguemos a Lombarde.

Isoldine sonrió y sintió que pese al dolor de sus heridas y golpes, su corazón volvía a brillar.

—Sí, quiero. Nada me haría más feliz. Deseo pasar el resto de mi vida con vos. Os amo.

Roland e Isoldine volvieron a besarse. Pero entonces Roland se apartó un momento.

—Antes debo solucionar algo. —Isoldine le miró extrañada.

Entonces Roland pronunció unas palabras mágicas y apoyó suavemente las yemas de los dedos sobre la frente de Isoldine.

Una luz blanca y brillante inundó su cuerpo y en segundos Isoldine se curó de sus heridas. Los moratones, los golpes, el dolor y las heridas habían desaparecido. Ella le miró incrédula y le dio las gracias.

—¿Sabéis magia vos también? —preguntó sorprendida.

—Durante los años que duró el sueño, mi alma estuvo en otra dimensión. Allí aprendí muchas cosas, pero todas buenas. Sé magia, pero no para dañar, sino para curar. Debemos destruir el libro de hechizos de Eleazar. Nadie debe acceder nunca a tales poderes. Es peligroso y podría caer en malas manos, en manos de alguien como Eleazar, ambicioso y lleno de oscuridad. Hay que quemarlo.

—Así se hará. Y entonces partiremos a mi reino. Con vos y nuestro hijo.

Roland sonrió y volvió a besar a Isoldine. Juntos quemaron el libro en la chimenea del salón, junto con las ropas de Eleazar.

Al quemar el libro, este emitió unos chillidos extraños que recordaban a los chillidos de las ratas. Isoldine se estremeció y Roland la abrazó. Ambos miraron con horror como el libro terminaba fundiéndose en una sustancia oscura que se convertía finalmente en un humo negro que desaparecía entre las llamas.

****

Todo sucedió según lo planeado. Roland e Isoldine habían hablado sobre qué hacer y todo se dispuso para empezar sus nuevas vidas.

Los criados del castillo fueron convocados en el salón y se les explicó todo lo que había pasado. Como la historia sonaba tan extraordinaria, Roland se sirvió una vez más de la magia blanca para mostrar en una nube de luz los sucesos a los criados y que ellos mismos vieran lo que había pasado.

Se les preguntó si querían acompañarles al nuevo reino, en Lombarde. Todos ellos aceptaron y desearon tomar como nuevos reyes a Isoldine y Roland, pues sabían que serían unos reyes justos y de buen corazón.. Ya sabían de la maldad y tiranía de Eleazar, pero los últimos sucesos y descubrimientos habían sido tan crueles que ninguno de los criados deseaba permanecer más tiempo en su reino maldito.

Delamis abrazó a Isoldine

—Mi niña, cuánto he rezado para que Dios os sacara de esa tortura.

—Ya todo ha pasado mi querida Delamis. Ahora marcharemos a mi reino, en Lombarde. Necesito levantar el reino de mi padre junto con Roland y todos vosotros. Seremos un reino fuerte y justo. Y todo este mal quedará en el pasado.

Isoldine se sintió más fuerte que nunca.

****

Hasta unos días más tarde y con las primeras luces del alba, Roland, Isoldine y los criados no se embarcarían rumbo a Lombarde. Aún había cosas que hacer según los planes de Roland e Isoldine.

Los tesoros y riquezas que Eleazar había sustraído de los nobles durante años fueron, en parte, subidos al barco, pues Isoldine los necesitaría para restablecer de nuevo su reino, y otra parte fue donada a los pobres del reino, de las villas y campos.

El castillo fue donado a una orden religiosa para ser convertido en un orfanato- hospital. Las monjas ya habían llegado para prepararlo todo, y que los enfermos y los niños se trasladaran al castillo en los días posteriores, donde tendrían todo tipo de comodidades.

En cuanto al ejército y los hombres de Eleazar, Isoldine usó la magia por última vez para hacerlos desaparecer. Quizá estuvieran en alguna otra dimensión, pues seguían vivos cuando la princesa de Lombarde creyó conveniente quitar de en medio a hombres llenos de codicia que no dudarían en seguir matando.

Isoldine pudo volver a recuperar su reino por completo y en cuestión de meses estuvo restablecido con esplendor, riqueza, gobernando con justicia y benevolencia, junto con su marido Roland.

Ahora, reyes de Lombarde y tras un año, Isoldine había dado a luz a una preciosa niña que, al igual que su hermano, también tenía la marca de la fresita en el cuello.

En el día de la presentación, Roland abrazaba a Isoldine y a la pequeña princesa Anna, en el balcón del palacio, asomados, sonrientes y felices, mostrando a la pequeña envuelta en una mantilla blanca frente al pueblo, que se arremolinaba en el exterior vitoreando y

aplaudiendo a sus soberanos.

Isoldine ordenó que se repartiera comida y ropa a todo el mundo, y con cada nuevo día, los reyes eran más queridos y honrados por su pueblo.

La reina de Lombarde sabía que su padre, allá arriba, estaría orgulloso de ella, y eso ,junto con el amor de su esposo e hijos, la dieron siempre fuerzas para seguir gobernando con justicia, nunca llevada por la codicia ni el rencor. Y sobre todo trasmitiendo los mismos valores a sus hijos para que algún día gobernaran con el mismo proceder.

Mientras, en el antiguo reino de Eleazar, en ocasiones las monjas acostumbraban a ver un cuervo negro que no paraba de graznar y batir las alas nervioso, como si quisiera avisar o reclamar sobre algo. En esas ocasiones sor Angelica solía espantarle a escobazos y el cuervo no tenía más remedio que marcharse volando para quedarse apoyado en un muro observando las torres del castillo que una vez había sido suyo.

La codicia y la oscuridad de su corazón le habían hecho perderlo todo.

Y un cuervo negro es todo lo que quedó del esplendoroso y cruel rey Eleazar.

LA EXTRAÑA PASAJERA

Williamstone (Estados Unidos). Octubre 1870.

Cuando Claire Thomas conoció a Arthur "Artie" Shaw, Este se hallaba en la cárcel y no vio la mejor versión de él, ya que su cara y cuerpo presentaban heridas de golpes.

Claire sintió que su corazón no solo se rompía de ver a aquel hombre herido, triste y solo, sin esperanza ninguna, sino que su corazón se abría para sentir algo por él. No supo lo que la enamoró de él. Quizá fue un todo. Su físico y su lamentable situación.

Claire tenía un corazón bondadoso y sentía el dolor ajeno como propio. Ayudaba a gente desfavorecida e iba a la cárcel a donar comida, ropa y medicinas. Al tener conocimientos de enfermería, también ayudaba en curas y a tratar a los presos de la cárcel de la ciudad.

Era la nieta del alcalde, Clarence Thomas, hombre influyente con contactos y cuyo amigo personal era nada más y nada menos que el presidente, Ulysses S. Grant. La sociedad no entendía cómo una señorita bien educada y de posición quería dedicar su tiempo a asistir a pobres, presos y gente de lo más alejado de su condición social.

Por suerte para Claire, su abuelo Clarence la apoyaba en su sueño y la ayudaba en todo lo que podía. Vivían juntos en una casita colonial con jardín y un par de criadas.

Claire era hermosa y a sus veinte tres años aún no había encontrado al amor de su vida. Por ello había rechazado a muchos pretendientes y seguía esperando al que sería el dueño de su corazón. Sabía que algún día lo conocería y que cuando eso pasara, ella lo sabría.

Y lo supo el día que vio a Arthur. Su corazón se lo dijo.

Lo que sintió por él no era solo compasión y ganas de ayudar. Ya lo había hecho otras veces con más presos, enfermos y vagabundos. Pero con Arthur fue distinto. Sus miradas se cruzaron cuando en la cárcel se encontraron por primera vez.

Como muchas otras veces, Claire había visitado la cárcel del pueblo. No era una cárcel grande como las de las grandes ciudades. No habría más de treinta presos. Siempre llevaba comida, ropa, material sanitario y hasta ayudaba en curas y tratamientos a muchos presos.

Y aquel día estaba allí, con un nuevo cargamento de provisiones. Caminaba por el pasillo hacia la enfermería cuando oyó un gemido

lastimero. Volvió la cabeza y se dio cuenta de que una de las celdas que la última vez de su visita había estado vacía, ahora tenía un ocupante.

Un hombre estaba tumbado en el suelo en posición fetal, abrazándose así mismo, no se sabía si por el frío o por el dolor. No tenía ni un pobre camastro para tumbarse. Solo un montón de paja y una manta fina y sucia. Claire no veía bien la cara del hombre, solo una mata de pelo negro ensortijado y que llevaba un sucio jersey de lana y pantalones negros que ya eran casi grises. Estaba descalzo y pudo ver sus pies sucios como si hubiera estado bailando sobre carbón. Claire se acercó a la puerta de la celda.

—Señor, discúlpeme, soy la auxiliar de enfermería y le he oído hace un momento. ¿Necesita ayuda? ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

El hombre levantó lentamente la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Claire. La joven sintió que su corazón se partía de una manera que nunca antes había experimentado. Su mano tapó su boca y la otra mano cubrió su pecho, pues sentía que la visión de aquel hombre la había colapsado los sentidos.

Era joven, como Claire. Ella se fijó en sus facciones.

Tenía párpados carnosos, cejas negras, ojos verdes coronados por unas pestañas negras y gruesas. Sus labios eran carnosos y el superior bien definido con unos graciosos picos. Su cara era varonil, con una barba de varios días, y tristemente la cara llena de golpes. Un hilo de sangre seca le bajaba por el labio inferior desde la comisura, el pómulo hinchado y amoratado. Tenía una ceja rota, cortes en la cara, y una herida hinchada e infectada en un lateral del ojo, además de la ojera morada a causa de un puñetazo o varios. Su piel tenía manchurrones de suciedad, como consecuencia de dormir en el suelo.

—Por favor deme un vaso de agua, por piedad se lo pido.

La voz del hombre sonaba seca y pastosa. No tenía apenas fuerzas para levantarse y Claire vio gotas de sudor en su frente, donde caían algunos mechones cortos de pelo rizado.

—Dios mío… ¿Pero qué le han hecho?... ¡Guardia!—al momento vino un guardia corriendo y se paró junto a Claire.

—¿Qué ocurre, señorita Thomas?

—Traiga inmediatamente una jarra de agua fresca y un vaso para este hombre. Y me lo voy a llevar a la enfermería. Necesita asistencia

médica urgente. Y otra cosa, ¿me puede explicar quién le ha pegado?

El guardia tragó saliva y desvió la mirada unos segundos. Se mojó los labios con la lengua y alzó la vista a Claire.

—Señorita Thomas, este hombre es un asesino. Apuñaló a una mujer al intentar robarla. Él no para de decir que es inocente y que el crimen lo hizo un compañero que huyó. No paraba de gritar que era inocente, y tuvimos que hacerle callar.

– ¿Y lo hicieron dándole una paliza?, ¿ese es su método?. Bien, voy a informar de esto y de

los métodos bárbaros que usan aquí. Traiga de una vez lo que le he pedido.

El guardia asintió y se marchó. Miró de nuevo al hombre.

—Le juro que yo nunca he matado a nadie, señorita. Mi amigo y yo íbamos buscando trabajo… Llevábamos días sin comer… Solo pedimos un poco de pan, pero mi compañero se volvió loco, se revolvió con aquella señora que nos despreció, la acuchilló y salió huyendo cuando vio lo que hizo. Creyeron que fui yo, pero…

El hombre paró de contar su historia y empezó a toser.

—No haga esfuerzos, por favor. Está muy débil. Ahora no hable.

—Pero debo hacerlo. Usted es un ángel. No quiero que piense de mí lo que no es. Le juro que soy inocente. Nunca haría daño a nadie. Me van a ahorcar y no he hecho nada. Por favor créame, se lo suplico…

Claire le miró a los ojos y supo que aquel hombre no mentía. Sus ojos decían la verdad.

—Le creo, no se preocupe, voy a ayudarle. Se lo prometo.

El guardia llegó con el agua y Claire le arrebató la jarra y el vaso. Entró en la celda y dio de beber al hombre. Él cogió el vaso con ansia y bebió con tal gana, que hilos de agua se derramaban por su barbilla. Devoró el primer vaso en cuestión de segundos y Claire le sirvió otro más que también bebió con ansia.

Claire se fijó en sus ojos cerrados mientras bebía, sus bonitas pestañas y su pelo oscuro despeinado y ensortijado. Tuvo ganas de acariciarle el pelo. Ese hombre la despertaba ternura y amor y sentía en su corazón que era lo que siempre había estado esperando. Claire no

podía entenderlo, pero la conexión con aquel preso fue instantánea. La joven se llevó al hombre a la enfermería.

—El doctor no está ahora mismo, señorita Thomas, tuvo que salir a…

—Le atenderé yo misma, gracias. Si necesito algo le llamaré.

—Bien. Bedford estará aquí cerca por si le necesita.

El guardia abandonó la habitación y Claire se quedó a solas con el hombre. Le ayudó a sentarse en una camilla con una sábana blanca.

—Me llamo Claire Thomas.

—Arthur Shaw, pero a veces me llaman Artie.

Claire sonrió y le miró a los bonitos ojos.

—Bien, Artie, voy a examinarte. Tranquilo, te vas a poner bien.

Claire levantó el jersey y la camisa interior de Arthur para usar el estetoscopio, pero vio con horror varios moretones y contusiones en sus costados, el abdomen y el pecho.

—¿Quién te ha hecho esto? Los golpes de la cara y tu cuerpo. ¿Ha sido ese guardia de antes?

Arthur asintió mirando al suelo. Claire frunció los labios. Arthur además tosía y ardía de fiebre. Al escuchar su respiración con el estetoscopio, Claire supo que tenía neumonía en estado avanzado.

—Arthur, hay que curarte las contusiones de la cara y el cuerpo. Además, tienes neumonía, tus pulmones están muy mal, pero no te preocupes, puedo curarte. Necesitarás mucho reposo, medicamentos y comida. Soy la nieta del alcalde y tengo potestad para ciertos asuntos. Quisiera llevarte a casa para cuidarte. ¿Querrías venir conmigo?

Arthur miró a Claire incrédulo.

—¿Salir de aquí? No la dejarán que haga eso, señorita. Estoy condenado a muerte. No merece la pena que gaste tiempo y medicinas en mí. Hay otros aquí que lo necesitan más que yo.

—No digas eso, Arthur… Por favor, déjame ayudarte…

Claire no pudo evitarlo. Alargó el brazo y colocó la palma de su mano sobre la mejilla de Arthur. Él la miró con dulzura y tristeza. Cerró los ojos, sintiendo la mano suave y perfumada de Claire. Era como un

bálsamo para la peor herida. Un alivio para el peor dolor. Se recreó en ese momento. Claire era como un ángel dando luz en un infierno de oscuridad. Abrió los ojos para dar a Claire las gracias, pero sintió que la habitación daba vueltas y Arthur se mareó, cayendo al suelo.

Claire gritó, pidiendo ayuda. A la llamada acudieron su criado, Alistair y el guardia Bedford, junto con el otro guardia que había traído la jarra de agua.

—Me voy a llevar a este hombre a nuestra residencia, donde será cuidado bajo supervisión médica. Ya ve lo mal que está y esto es culpa suya. Le ha pegado en exceso, le tiene en la celda como una alimaña. Está muy enfermo y me lo llevo.

—Señorita Thomas, creo que se está extralimitando. Este hombre no puede salir de aquí. Es un presidiario y usted no puede venir aquí a cambiar lo que le dé la gana.

—Se equivoca, sí que puedo.

Claire abrió su pequeño bolso y sacó un papel doblado que desplegó y enseñó con orgullo al guardia responsable de la cárcel.

En el papel estaban las firmas del alcalde, su abuelo Clarence, y del presidente Grant donde autorizaban a Claire el cuidado de los presos tanto en la cárcel como fuera de ella en casos de gravedad. Con la supervisión de un guardia y bajo la responsabilidad de los firmantes. Legalmente, Claire sí podía llevarse a ese preso.

—Si se lleva a este preso será con la custodia de un guardia.

—Por supuesto, así lo dice el documento, por mí no hay problema. Pero el problema lo va a tener usted. Voy a dar parte de las condiciones de insalubridad y el maltrato a este hombre. Como usted sabe, la ley prohíbe el maltrato a los presos. Usted ha infringido la ley al maltratar a Arthur Shaw. Voy a informar de todo ello. Y ahora me llevo de aquí a este hombre. Haga el parte, tenemos que marcharnos inmediatamente.

El guardia miró a Claire con odio y dio media vuelta para dirigirse al despacho y formalizar los papeles. Alistair, el criado, agarró a Arthur y le metió en el carruaje. Claire firmó y recogió los papeles donde se hacía cargo del preso.

Cuando llegaron a casa, Claire dispuso que Arthur se quedara en una de las habitaciones del segundo piso, perfectamente acondicionada y muy cómoda. Arthur no podía creerlo cuando su cuerpo descansó

sobre un colchón suave y sintió las sábanas limpias y suaves acariciar su piel. Una almohada con olor a lavanda acogió su dolorida cabeza.

Claire mandó llamar al médico. Su abuelo no estaba en casa. Se quedó en la habitación con Arthur, bajándole la fiebre con compresas frías que había colocado en su frente y puntos estratégicos del cuerpo. Cuando vino el médico, Alan Benson, dio instrucciones a Claire sobre el tratamiento a prestar. Ella se prestó a ser quien cuidara personalmente a Arthur, pese a que el médico quería mandar a una enfermera.

Así fue como Claire dedicó cuerpo y alma al cuidado de Arthur. No quería dejarle solo y se privó de comer, dormir y asearse solo por estar a su lado.

Bañaba a Arthur usando una esponja y una palangana con agua y jabón. Recorría la esponja por sus brazos, su cara, su pecho, quitando toda la suciedad, la sangre seca y el sudor que llevaba meses acumulado. Curó sus heridas y las besó cuando Arthur dormía. Le perfumó con agua de azahar el cuerpo entero usando unos paños de lino, mientras contemplaba y acariciaba suavemente su pelo, vigilando su sueño.

Cuando Arthur estuvo algo mejor, ella le ayudó a bañarse en la tina, le afeitó y le vistió con ropa limpia y cómoda. El abuelo Clarence consintió, pues no podía negarle nada a su nieta, a la que amaba profundamente.

Después de una semana, cuando Arthur empezaba a recobrar la salud, Claire y su abuelo tuvieron una conversación que llevaba días en la cabeza de la joven.

Claire y su abuelo paseaban por el jardín que bordeaba la casa.

—Abuelo, necesito que el caso se resuelva favorablemente para Arthur. Sé que es inocente y que ha sido víctima de una injusticia. Hay que encontrar a su compañero y llevarle a la justicia. No quiero que maten a Arthur… Por favor… Le amo.

—Ay mi niña… Lo que pides es harto difícil, pero no imposible. Sabes que te ayudaré. Conozco un investigador privado muy bueno. Ha trabajado para la realeza y creo que podría ayudar a resolver este enredo. Ciertamente, es una injusticia para ese chico… Yo también creo que es inocente. Es algo que se ve en los ojos.—Claire sonrió.

—Cuánto me alegro de oír eso. Arthur me contó que solían ir por la

zona de las fábricas y que su compañero gustaba de meterse en tabernas baratas.

—Habrá que empezar a buscar lo antes posible. Antes de que se marche de la ciudad. ¿Cuánto tiempo lleva Arthur en la cárcel?

—Tres semanas.

—Hmmm… Bien, voy a disponerlo todo. ¿Cómo está Arthur?

—Bastante mejor, pero aún convaleciente.

—Bueno, tú ocúpate de su salud, yo lo haré de su libertad.

Claire abrazó a su abuelo. Había tenido la suerte de que su abuelo no era como esos ricachones que despreciaban al pobre. El abuelo Clarence solo quería la felicidad para su nieta, no miraba el status social. Claire subió las escaleras corriendo, estaba deseando contarle las noticias a Arthur.

Entró en la habitación para ver cómo estaba, y le encontró levantándose de la cama.

—¡Arthur!, espera, yo te ayudo.

Corrió hacia él y le sujetó por la cintura. Él la sonrió y pasó su brazo por la cintura de ella.

—Claire, hola, tranquila, estoy bien.

—Arthur, ¿cómo te encuentras?, ¿has dormido bien?

—Sí, estoy mucho mejor. Gracias a ti. Claire, no sé cómo agradecerte esto… Sin ti creo que ya estaría muerto. Aunque bueno, lo voy a estar igualmente. En algún momento tendré que volver a la cárcel... Lo sabes ¿verdad?

—Arthur, mi abuelo está moviendo hilos para dar con Samuel, tu compañero. Un investigador privado va a buscarlo y se le llevará ante la justicia. No vas a pagar tú por su crimen. Haremos lo que haga falta para defenderte. Te lo juro. No dejaré que vuelvas a esa pocilga... Alargaremos la convalecencia todo lo que podamos.

Arthur sonrió y acarició la cara de Claire. Ella sintió que el rubor teñía sus mejillas. Los ojos de Arthur brillaban y sonreían, dulces y tiernos. Claire sentía que cada vez le amaba más.

—Claire… No sé si esto está bien, pero… Tengo que decírtelo.

—¿Qué ocurre, Arthur?

Arthur la miró con ternura, tomó su rostro en sus manos y se acercó hasta que la besó. Fue un beso tierno, lento, dulce, lleno de amor. Claire sintió que una energía vibrante llena de amor y luz se metía por cada poro de su piel inundándola de felicidad. Su alma brillaba con la luz más intensa.

—Eso es lo que quería decirte. Creo que un beso expresaba mejor que las palabras lo que sentía. Te he amado desde que me miraste aquella vez en la cárcel, cuando yo estaba tendido en esa celda mugrienta. Y tú apareciste de la nada, para salvarme de la oscuridad. Eres mi ángel, Claire… Mi ángel—Arthur volvió a besar a Claire. Y ella volvió a llenarse de luz, como una estrella que brilla con el fulgor más fuerte y brillante. Así la hacía sentir Arthur. —Te amo, Claire. Desearía tanto que fueras mi esposa… Si todo esto acaba bien, sería la mayor felicidad que podría tener… Pasar la vida contigo, a tu lado. Incluso cuando tenía fiebre y estaba aturdido en esa cama, podía sentir tu amor, tu cariño y cómo me cuidabas. Sé que no me has dejado ni un momento. Sentía tus besos, tu mano acariciar mi frente… Lo sentí todo, Claire. Sentí tu amor en cada gesto.

El rubor de Claire subió de tono. Se sentía avergonzada, pues se había sentido tan atraída por Arthur que al verle en la cama casi desnudo, no había podido evitar besar sus heridas, sus moratones, y acariciar su piel y cada uno de sus rasgos.

Arthur había sentido los besos de Claire cubrir sus pectorales, bajar por su abdomen y detenerse en sus moretones, a los cuales también besó despacio y con amor. El vello negro cubría los pectorales de Arthur y bajaba por su abdomen y pelvis como un reguero de terciopelo negro que Claire también había besado. Entonces, ella había echado bálsamo de alcanfor sobre el pecho de Arthur y le había cambiado las compresas frías a cada rato. Apartaba los mechones negros de su frente y acariciaba su cara, observándole con amor, recreándose en sus bonitas facciones. Besó su frente y curó la herida tan fea que tenía cerca del ojo. A causa de los golpes, la piel estaba hinchada, enrojecida y abultada, incluso tenía grietas en carne viva. Quién le había pegado debía llevar un anillo que había abierto la carne como consecuencia de los repetidos golpes.

Claire había derramado muchas lágrimas al ver el estado lamentable de Arthur. Una belleza serena, completamente rota y malograda. Más tarde se había enterado por Arthur de todo lo que había pasado.

El guardia le había pegado muchas veces, cada vez que tenía

oportunidad. Apenas le daba de comer y a veces le quitaba el agua. Le había pateado en el suelo una y otra vez. Si Arthur no hubiera sido tan fuerte, habría acabado con las costillas rotas o muerto.

Por lo visto, el guardia era de esos que se tomaban la justicia por su mano. Odiaba a Arthur por lo que este representaba. La delincuencia, el crimen, lo peor de la sociedad.

No servía de nada que Arthur gritara su inocencia. Para ese guardia Arthur era culpable. El responsable de la muerte de esa mujer a la que había intentado robar.

Pero las cosas no habían sido así…

****

Todo había empezado cuando Arthur y Samuel habían sido despedidos de la fábrica de tabaco. Se habían hecho amigos y habían trabajado codo a codo. Todo había bien hasta que un día el patrón anunció que necesitaban ajustar personal y el despido les había tocado a ellos. Samuel era violento, quejica y astuto. Mientras, Arthur era todo bondad y siempre intentaba ver el lado positivo de las cosas.

Juntos se marcharon para buscar trabajo y compartir fatigas. Durmieron en el bosque, también debajo de un puente, pero el trabajo no llegaba, la comida escaseaba y los nervios de Samuel fueron en aumento. Aunque Arthur intentaba calmarle y hacerle ver que pronto su suerte cambiaría, Samuel hizo caso omiso.

Hasta que un día pasó lo que hizo que Arthur terminara en la cárcel acusado de asesinato.

Samuel y Arthur caminaban juntos a la salida del bosque, cerca de la plaza del pueblo. Una señora de mediana edad se aproximaba a ellos con una cesta de mimbre llena de fruta, fiambre y huevos. Samuel paró a la mujer y Arthur se detuvo a su lado. Samuel fue quién le pidió limosna y algo de comer por caridad. Pero la mujer le miró con asco y desprecio y le espetó que la dejara en paz.

Samuel, herido en lo más profundo y harto de maltratos e injusticias, sacó la navaja que llevaba enganchada en el cinturón y la clavó en el pecho de la mujer antes de que Arthur pudiera reaccionar para detener la tropelía. La mujer cayó al suelo con la cesta.

—¡Vámonos Artie! —vociferó Samuel al ver a Arthur boquiabierto mirándole con horror.

—¿Qué has hecho, Sam? Dios mío, hay que ayudar a esta mujer, ¡pide ayuda!

—¿Estás loco? ¿Acaso ella nos ha ayudado? Que se muera ahí mismo. ¡Vámonos joder!

—No pienso huir como una rata, maldita sea, esto pesaría en mi conciencia de por vida, no puedo irme y dejarla así. ¡Socorro, ayuda, por favor!

Arthur se arrodilló ante la mujer.

—Eres un estúpido. Bien, quédate aquí y carga tú con esto. Yo me largo.

Samuel echó a correr con la cesta de comida y en unos segundos ya había desaparecido justo cuando unas personas que pasaban andando vieron la escena y se echaron a gritar. Al momento vinieron dos policías. La mujer ya estaba muerta y Arthur estaba a su lado. Intentó dar explicaciones, pero a ojos de todos, él era el culpable.

Arthur fue arrestado, llevado a prisión y en el juicio rápido se determinó la pena de muerte. Nadie vio nada ni testificó a favor de Arthur, además el juez tenía una madre de la edad de la señora muerta y no perdonó la sangre fría del que creía el asesino. Condenando a Arthur, pensó que así protegía a su madre y a todas las señoras contra hombres como él.

A golpe de martillo, el juez dictaminó que Arthur moriría en unos meses, ahorcado en la plaza. Se lo llevaron esposado y lo arrojaron de un empujón al suelo de la celda.

Y entonces, semanas después, apareció Claire. Y ahora estaba con ella, pero eso no dudaría para siempre…

****

Pasaron los días, y aunque Clarence había puesto a trabajar en el caso a Michael Ambers, el mejor investigador, todavía no había resultados, lo cual empezó a impacientar a Claire, pues el tiempo apremiaba. En unos días, Arthur tendría que volver a la cárcel. Cada semana un guardia visitaba la residencia Thomas para recoger el parte donde se informaba de la situación de salud del preso. Muy a su pesar, Claire tuvo que reportar que la salud de Arthur había mejorado. Pronto fue informada de que en setenta y dos horas Arthur debía volver a la cárcel.

Cuando Claire recibió la notificación de manos de la criada, su semblante se volvió blanco como la cera. En poco tiempo iba a perder a su amado. Otra vez devuelto a ese pozo infecto del que ella le había rescatado. No podía soportar la idea y entró llorando al despacho de su abuelo para informarle de la noticia.

—Lo siento mucho, mi niña… Sé que amas a Arthur y que esto está siendo muy duro para ti. Pero ya sabías que traerlo aquí era algo temporal.

—Pero abuelo, le amo con todo mi ser. No quiero que vuelva a ese infierno. Quiero que esté conmigo. Quiero cuidar de él y amarle todos los días de mi vida. Además, es inocente, no es justo que pase por eso otra vez. Sé que si vuelve allí, las cosas se pondrán mal para él. No estaré tranquila sabiendo que ha vuelto al infierno ¿No se puede hacer nada más por él? Por favor abuelo, dime que se puede hacer algo— Claire sollozó. Su cara estaba roja y las lágrimas invadían sus ojos suplicantes.

—Me temo que no, Claire. El investigador está haciendo todo lo que puede, pero ese compañero, Samuel, parece haberse evaporado. Pero confía en Michael, es muy bueno y estoy seguro de que su búsqueda dará resultado.

Claire asintió y lloró en silencio, abandonando la habitación. Fue al baño a lavarse la cara y armarse de valor para poner buena cara ante Arthur. Aún no quería darle la noticia.

Aquella noche Arthur y Claire hicieron el amor, igual que las tres noches anteriores. Ella se había entregado a él en cuerpo y alma y no lo lamentó. Arthur fue dulce, delicado, cariñoso y pasional. Se preocupó del bienestar de Claire en todo momento y no cesó de besarla, acariciarla y demostrarla que la amaba más allá del placer físico.

Al acabar, como siempre, Claire se echó sobre el pecho de Arthur. La gustaba sentir en su mejilla el calor de su pecho, oír el latido de su corazón y sentir en la piel la suave caricia de su vello negro. Arthur la acariciaba el pelo y la rodeaba la espalda con ternura. Las velas esparcidas por las mesitas y el suelo alumbraban la habitación con una tenue luz anaranjada. Claire había reprimido las ganas de llorar por no preocupar a Arthur, pero ahora, sabiendo que solo la quedaban tres días de felicidad con él, Claire sintió que su corazón volvía a resquebrajarse. Se imaginaba las siguientes noches, sola en la cama mientras él dormiría en una celda fría y sucia. No tendría sus brazos fuertes rodeándola ni el calor de sus besos, ni despertaría junto a él

con su sonrisa saludándola.

Su respiración cambió y los ojos empezaron a escocerla. Su barbilla empezó a temblar. Hizo esfuerzos por recobrar la compostura y ser fuerte. Arthur respiraba tranquilo, medio dormido, y no quería perturbarle. Pero él sintió la zozobra del alma de Claire. Sus almas estaban conectadas y como los gemelos, uno sentía el dolor del otro.

—Claire… Cielo, ¿qué te pasa?

Claire sintió un aguijonazo en el pecho.

—Estoy bien, Artie—Claire besó el pecho de Arthur y lo acarició suavemente.

—No es cierto. Vamos, Claire…—Arthur se removió en la cama e hizo que Claire levantara la cara de su pecho. Entonces, a la luz de las velas, vio los ojos de su amada brillar de preocupación. Una tristeza escondida estaba ahí. Arthur acarició su mejilla y cogió su mentón.—. ¿Qué ocurre, mi princesa? Es algo de mi caso ¿verdad?

Claire no pudo aguantar la mirada de Arthur. Un par de lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Arthur… Dentro de tres días tienes que volver a la cárcel… Hoy llegó una notificación. Michael Ambers sigue investigando, pero aún no ha dado con Samuel. No quiero que te alejen de mí, no quiero que vuelvas a ese infierno. He estado todo el día pensando en qué hacer… Podemos decir que has recaído, y así retrasar tu marcha. Y también he pensado en comprar a algún testigo. Con el dinero hay mucha gente que…

—No, Claire. Eso no. No quiero que mientas por mí. Todo se resolverá, ya lo verás. Confío en ese hombre, Ambers. Dile que visite las tabernas más baratas. Samuel solía ir ahí, y a veces también buscaba refugio en el bosque. Probemos eso primero, ¿vale?. Estoy seguro de que dará con él. ¿Harás eso por mí?

—Haré todo lo que tú quieras. Pero si no funciona, probaré otras cosas, haré lo que sea. No quiero perderte ahora que te he encontrado. Te amo, Arthur…—Claire rompió a llorar. No pudo evitar callar tanto dolor que la quemaba por dentro. Arthur la abrazó fuerte. Sus lágrimas calientes cayeron sobre su pecho.

—Mi amor… Tú y yo somos almas gemelas. Nunca nadie nos separará, te lo prometo. Ni siquiera la muerte… Si eso ocurriera, daría con la forma de volver a ti. Te lo prometo.

Arthur besó a Claire y acarició su pelo. Él aún no sabía cuan verdad sería esa promesa que había hecho.

****

Llegó el día en que un carruaje vendría a recoger a Arthur para llevárselo a la cárcel.

La noche anterior Claire no había podido dormir y se había pasado la noche en vela abrazada a su amor. Cuando el día despuntó, Claire seguía aferrada a Arthur. No quería mirar el reloj. La parecía que las horas pasaban más deprisa que de costumbre.

A mediodía vendrían a por Arthur. Y ya eran las once de la mañana.

Claire había preparado un hatillo con algunas ropas para Arthur. En la cárcel permitían a los presos tener ropa de cambio, algunos libros y algunos básicos de aseo. Aparte de eso, Clarence había dispuesto que en la cárcel, Arthur no volviera a sufrir malos tratos, que se le diera de comer y que su celda se acondicionara con una cama.

Pero aun así, Claire no encontró la calma. Mientras Arthur terminaba de desayunar y se afeitaba, ella terminó de preparar las cosas que Artie se llevaría a la cárcel. Le guardó varios jerseys, un par de pantalones y ropa interior. Cuando Claire terminó de preparar todo, Arthur entró en la habitación y se encontró a Claire anudando el nudo del hatillo.

Ella le miró. Vestía pantalones y una camisa blanca de manga larga. Pero a ella no le pareció suficiente. Volvió la cara hacia la cama, donde había un cestillo con ropa limpia que la criada había traído a Claire por orden de esta. Claire sacó un jersey blanco hueso. Ella misma lo había tejido. Se acercó a Arthur.

—Es para ti. Lo hice yo… Quiero que te recuerde a mí cuando lo tengas puesto. Estarás siempre conmigo, en mi pensamiento y mi corazón—Arthur la tomó de la cara y la besó. Claire entonces le puso el jersey, le abotonó los tres botones que le había cosido al cuello y le miró con tristeza —. Ya empieza a hacer frío. Llévatelo puesto…

Claire entonces le dio la espalda y volvió a la cama para fingir que colocaba la ropa del cestillo. Arthur supo que era una tonta estrategia para evitar mirarle. Sabía que ella iba a llorar otra vez.

—Claire… Mírame… Mírame, por favor.

—No, Arthur… Por favor… No lo soporto…—su voz sonaba rota. Arthur fue hasta ella y la agarró del brazo, haciendo que ella le mirara. Como sospechaba, sus ojos estaban rojos y las lágrimas ya inundaban sus ojos.

—Claire… Mi vida—Arthur abrazó a Claire. Ella rompió a llorar—. Volveremos a estar juntos en unos días. Ya lo verás, esto solo será una pequeña separación. Como una gota en el océano. Estaré contigo antes de que te des cuenta.—Arthur la acarició la cara y la miró con ternura —.Y entonces nos casaremos. Porque aún lo deseas, ¿verdad?

—Lo deseo más que mi vida. Ojalá tuviera tu fortaleza. Como ves, no soy fuerte. Mis emociones me ganan la batalla.

—Todo se va a arreglar, Claire. Lo sé. Confías en mí, ¿verdad?

Claire asintió.

—Confío en ti. Siempre. —Arthur la besó de nuevo. Claire no quiso deshacerse de ese beso. Quería quedarse enredada en un beso con Arthur eternamente. Pero entonces Claire oyó los cascos de los caballos. Sabía que era el carruaje. Sintió un nudo en la garganta y ganas de vomitar.

—Quédate aquí. Por favor, hazlo por mí. Será más fácil irme si te quedas aquí. Nos veremos pronto, mi amor. Te quiero mi ángel. —Arthur volvió a besar a Claire y entonces abandonó la habitación.

Claire quiso ir tras él, pero se quedó paralizada por el dolor y solo consiguió ir hasta la ventana. Vio como el abuelo Clarence hablaba con los dos guardias y les entregaba un papel. Arthur caminó por el jardín y se metió en el carruaje, sumiso y tranquilo. Entonces la puerta se cerró y el carruaje se alejó.

Claire gritó de dolor y cayó al suelo, llorando y sujetándose el pecho que creía que se la partía en mil pedazos.

****

Los días habían pasado y las cosas empeoraron. Claire no salía de la cama como consecuencia de una fiebre que no la dejaba ni de día ni de noche. Sus nervios estaban destrozados. Habían intentado darla de comer, pero todo lo vomitaba. No había parado de llorar, gritar y abandonarse al dolor desde que había oído al abuelo Clarence darle la mala noticia.

Se había puesto fecha a la ejecución de Arthur. Sería dentro de una semana, apenas tres días después de su reclusión. Ya no había esperanza, o así lo creía Claire. Adelaine, la criada más mayor, que sentía a Claire como una hija, trasmitió su tristeza al abuelo Clarence.

—Ay señor, temo por la señorita Claire… Sin ese chico, temo que se nos muera de pena. Nunca la había visto así.

—Eso mismo me temo yo. Claire siempre ha sido muy emotiva y delicada. Sus nervios se ponen a flor de piel ante lo bueno y lo malo. Es todo corazón. Es su don y su maldición.

—¿Pero y ese investigador privado? ¿No consiguió nada?

—Nada…—el abuelo Clarence suspiró apenado.

Todo parecía perdido y la desesperanza y la tristeza invadió la casa de los Thomas. En sueños, Claire llamaba a Arthur, se despertaba gritando, febril y sollozante. Sufría un infierno en vida.

Mientras, Arthur estaba en su celda, solo, triste y pensativo. No había visto a Claire desde el día de la partida y empezó a pensar en lo peor. Que ella estaba sufriendo y enfermando. Sentía en su corazón que ella no estaba bien. Y él, aguardaba a la muerte. Ya le habían dicho el día en que sería ahorcado. Derramó algunas lágrimas en silencio, en la oscuridad de la noche, acostado en su camastro. Le hubiera dado igual irse de no ser por Claire.

La amaba con toda su alma. Le hubiera gustado casarse con ella, y pasar el resto de la vida a su lado. Pero la vida tenía otros planes, su muerte y el adiós a Claire. Aunque Arthur aún no sabía que esos planes no eran exactamente los que el destino tenía preparados.

****

Como el sol saliendo después de la noche más oscura, los acontecimientos cambiaron drásticamente.

Había llegado el día de la ejecución. Empezaron a preparar a Arthur. Recibió los sacramentos y pidió al sacerdote que fuera a casa de los Thomas y diera a Claire el mensaje de que ella había sido su último pensamiento y que se llevaba su corazón lleno de amor gracias a ella. El sacerdote le prometió que la daría el mensaje.

Sacaron a Arthur de la celda, lo llevaron a la plaza ante una multitud de personas, algunas le increpaban e insultaban al subir las escaleritas de madera del patíbulo. Vio la gruesa cuerda preparada con el nudo.

Le ataron las manos a la espalda. Llevaba el jersey blanco que Claire había tejido para él. La lana olía al perfume de jazmín de Claire, y llevándolo puesto la sentía junto a él, aunque ella no estaba ahí.

El guardia anudó la soga al cuello de Arthur. Este alzó la vista al cielo azul. Se iba sabiendo que era inocente, que en su vida nunca había hecho daño a nadie y que la pobreza y la miseria había sido su pan de cada día. Claire había sido lo único bueno que la vida le había dado, aunque no hubiera durado mucho.

Cerró los ojos. Recordó los besos de Claire, sus dedos metiéndose en su pelo, su perfume dulce, sus suaves gemidos, su piel suave, su ternura con él. Se iría pensando en cosas hermosas. Sintió que la cuerda apretaba más su cuello. Solo faltarían un par de minutos y todo acabaría.

"*Adiós Claire. Te amo*."

—¡Alto! —una voz bramó entre la multitud— ¡Paren esa ejecución inmediatamente!

****

Cuando Claire salió de casa, las criadas estaban en el piso de abajo preparando la comida. El abuelo Clarence y el criado Alistair habían salido en el carruaje, probablemente para asistir al ahorcamiento de Arthur.

Aunque Claire no tenía apenas fuerzas, se las arregló para ponerse un abrigo, montar un caballo y emprender marcha hacia el acantilado.

Una tarde ella y Arthur lo habían visitado. Allí, se habían besado y Arthur la había jurado amor eterno, incluso después de la muerte. Ambos se habían abrazado y Claire creyó en sus palabras. Eran un único ser, una fuente inagotable de amor que alimentaba sus almas de felicidad.

Claire había decidido acabar con su vida. Iba a reunirse con Arthur en la otra vida. Ya sabía que no podía vivir sin él. No era como otra gente, que tras un tiempo de lágrimas y luto volvían a rehacer su vida. Ella no era de esas. Sabía que tras Arthur ya no habría felicidad posible. Era parte de su alma, y sin esa parte, ella ya no tenía vida. Sería como una muerta en vida, solo respiraría, pero no estaría viva.

Asique desmontó a Azabache, el caballo. El viento soplaba y la volaba la falda del camisón. Iba descalza y la hierba mojada y fría recorrió las plantas de sus pies. Tenía frio, temblaba y aún tenía décimas de fiebre,

pero la daba igual. Siguió avanzado hasta que llegase al borde del acantilado. Entonces se tiraría.

Se quitó el abrigo, que cayó a sus pies como una piel muerta. El viento sopló más fuerte, helando su piel.

Abajo las olas salvajes rompían en las rocas. Era una muerte segura.

Avanzó. Un paso. Otro. Otro. Solo quedaban unos pocos más y entonces dejaría esta vida. Vería a Arthur en cuestión de minutos. Eso la daba fuerzas.

"Ya sólo cuatro pasos más, Claire, vamos, tú puedes… Ya queda poco"

—¡CLAIRE, NOOO!

Claire se paró en seco. Su corazón parecía volver a latir. El dolor de su alma cesó. La niebla gris y fría que invadía su alma se convirtió en una luz cálida y dorada. Se volvió y vio a Arthur, que corrió hasta ella. A lo lejos había un carruaje, pudo ver al abuelo Clarence y a Alistair. Pero solo se preocupó de Arthur, que corrió hacia ella.

—Arthur… Arthur —la voz de Claire tembló. Se echó a llorar cuando Arthur la abrazó.

Era él. No un espejismo ni un sueño. Sintió el cuerpo cálido y fuerte de Arthur estrecharse contra su cuerpo frágil y aterido de frío. La lana suave de su jersey envolviéndola como el abrazo de un oso de peluche. Claire sonrió. La vida volvía a su ser.

—Claire, Dios mío, ¿pero qué ibas a hacer?

—Tenía que irme contigo, Arthur. Eres mi alma gemela, no hay vida sin ti. No quería vivir… Lo siento... No podía vivir sin ti... No podía— Arthur había tomado a Claire de la cara y se fijó en ella detenidamente. No era la misma persona que había conocido.

Esa nueva Claire parecía sacada del mismo purgatorio. La tristeza y la desolación habían sustituido su lozanía y buen color por un aspecto pálido, demacrado, ojeroso y enfermizo. Sus labios estaban resecos y agrietados. Sus ojos hinchados y con ojeras moradas y su piel lucia blanca y helada. Arthur sintió que se le partía el corazón.

—Claire, te prometí que todo se arreglaría. ¿Por qué no confiaste en mí? Te dije que siempre estaríamos juntos, que encontraría la manera, incluso lo haría más allá de la muerte.

—Lo siento Arthur, no tenía esperanza… Me dijeron que hoy te ahorcaban. Y Ambers no encontró a Samuel… Estaba todo perdido. Pero ahora estás aquí. ¿Cómo me has encontrado?

—Mi corazón me guió hasta aquí. Algo me dijo que habías ido al lugar donde hicimos aquel juramento.

—Dios mío, es un milagro… Oh Arthur, abrázame por favor. Quiero sentirte.

Arthur abrazó a Claire, acarició su cabeza y ella lloró de felicidad.

—Claire, no sabes lo que pasó… En el último momento, me salvaron de morir. Tengo que contártelo. Pero vamos al carruaje, hace muchísimo frío aquí, y estás helada. Vamos, cariño, ven conmigo.

Arthur deshizo el abrazo. Se quitó el jersey y se lo puso a Claire para que entrara en calor. Ella le miró sonriendo. Arthur la cogió de la mano y cuando solo dieron un par de pasos, Claire se desmayó.

—¡Claire!

Arthur la cogió en brazos. Estaba pálida como la cera. Clarence llegó junto a él.

—Dios mío, está sin fuerzas completamente. Necesita un médico urgentemente, ¡deprisa, hay que llevarla a casa!

Metieron a Claire en el carruaje. Arthur la abrazó para que entrase en calor y Clarence la cubrió con una manta de lana. Los caballos fueron azuzados con brío para que corrieran como el viento. Se había salvado la vida de Arthur, pero la de Claire es la que ahora corría peligro.

En el acantilado el viento sopló con violencia, llevándose en el aire el abrigo de Claire, como una hoja seca al viento.

****

La manera en que todo se había resuelto era de lo más curiosa.

Samuel no se había marchado de Williamstone como casi todos suponían. Había sabido salir adelante después de su tropelía y con bastante éxito. Su atractivo físico le había salvado, pues se había acercado a la iglesia después de misa para preguntar por trabajo, ya que muchas señoras necesitaban personal para contratar como criados, mozos o jardineros, cuando la señora de Vall, una mujer rica y solterona de cuarenta años, pero atractiva, se había fijado en él. Se

acercó a Samuel, con sus tacones negros resonando y su mantilla de encaje negro bordeando sus rasgos femeninos. Él la miró de arriba abajo.

—Buenos días, joven. Soy Madeleine de Vall. Si busca trabajo, yo necesito un joven fuerte que trabaje en mi casa. Como jardinero y mozo para mi establo. ¿Le interesaría?

Samuel sonrió.

—Buenos días, señora. Estaría encantado, por supuesto. Estoy acostumbrado a trabajar duro. No tendrá queja de mí. Me llamo Samuel Adams. Encantado.

Samuel tomó la mano de la señora y la besó.

Se puso a trabajar en casa de la señora de Vall y aunque tenía una habitación específica para personal del servicio, pronto estuvo metido en la habitación de la señora, y también en su cama. Madeleine se había enamorado de Samuel, y aunque él de ella no, eso no le paraba de aprovecharse de buen sexo y buena vida, ya que tenía un trato de favor del cual no disponían los otros criados.

Pero Samuel no dejó sus vicios. Siguió visitando las tabernas, pues le gustaba beber y hablar con otros clientes tan ciegos de alcohol como él.

Un día, borracho como una cuba de whisky, empezó a reírse y jactarse de lo listo que era frente a su amigo Arthur. Cómo había cargado con el crimen de la mujer mientras él se había ido corriendo. Tenía la mente nublada de alcohol y le parecía gracioso ridiculizar a su amigo mientras él se vendía como un zorro listo, sin darse cuenta de que estaba cavando su propia tumba. Pero el tabernero, hombre honrado que llevaba su negocio con buena mano, había escuchado todo y no pudo menos que ir a la policía a avisar y dar testimonio de lo escuchado.

Pronto la policía arrestó a Samuel, pues sabían dónde localizarle, ya que al beber, se le soltaba la lengua y también se había jactado de estar viviendo en la casa de la señora de Vall a cambio de trabajar solo unas horas al día sin deslomarse.

El tabernero y un cliente fueron testigos de las palabras de Samuel y dando cuenta a la policía y hecho el parte policial, corrieron a detener la ejecución. Solo un minuto salvó la vida de Arthur. Si la policía hubiera llegado dos minutos después, se habría cometido el asesinato

de un inocente.

Samuel fue encarcelado y aunque Madeleine intentó interceder por él, nada consiguió. El juez fue implacable y dictaminó pena de muerte. Unas semanas después, Samuel fue ahorcado mientras Arthur y Claire se casaban.

La rueda de la vida había girado a favor de los enamorados, que no podían ser más felices.

El abuelo Clarence les regaló una casa en el campo y el matrimonio no dudó en mudarse allí con los criados, Alice, Helen y Vincent, mientras el abuelo Clarence se quedaba en su residencia con Alistair, Adalaine y su jardín con huerto.

Todo parecía sonreír al joven matrimonio tras otros tiempos otrora más tristes.

Arthur había devuelto a Claire todos los cuidados y atenciones que ella le había brindado cuando le sacó de la cárcel. Estuvo con Claire continuamente, bajando la fiebre con paños fríos, cogiendo su mano, durmiendo con ella, abrazándola para que ella pudiera sentirle continuamente. Aún febril y sufriendo periodos de desvanecimiento y despertar, Claire siempre veía a Arthur a su lado, rodeándola con sus brazos, y ella volvía a dormirse, calmada y tranquila. Así es como su fiebre había empezado a bajar. Poco a poco empezó a comer más, y las fuerzas volvieron a su ser. Recobró el color en sus mejillas, sus labios volvieron a estar jugosos y rosados y pronto volvió a ser la Claire de siempre.

Solía pasear de la mano con Arthur, bordeando el campo, los árboles frutales y el arroyo que cruzaba.

Claire solía hacer mermelada de frutas que vendía en el pueblo una vez cada quince días. Llevaba una cesta de mimbre con los tarros de cristal y Arthur la ayudaba cuando no estaba ayudando a Clarence con trabajo de oficina y papeleo.

Claire era feliz con esa vida tranquila junto a Arthur. No necesitaba lujos ni dinero, y aunque tenía su herencia y seguía siendo rica, vivía casi como una campesina, cultivando sus frutas, trabajando en el huerto y vendiendo los productos en el pueblo. Con su renta anual no necesitaba trabajar, pero se sentía mejor haciéndolo.

Esa noche, en el salón, a la luz del fuego de la chimenea, Arthur estaba sentado en un butacón escribiendo unos papeles. Claire le miró

a distancia y sonrió. Contempló sus bonitos rasgos y se sintió feliz y enamorada. Tenerle con ella era todo lo que necesitaba.

Su barba castaña brillaba a la luz anaranjada del fuego y sus pestañas largas y negras resaltaban en el fulgor. El pelo peinado hacia atrás, ondulado en los lados y con bucles y rizos en la parte de la nuca. Claire adoraba besarle mientras enterraba sus dedos en ese pelo rebelde y hermoso. Arthur levantó la vista, como advertido por algo, y vio a Claire mirándole. Él sonrió.

—Claire, ¿qué haces ahí? Ven a mi lado. —Claire le sonrió y avanzó hasta él. Se colocó a un lado del butacón, de pie, y acarició su pelo. Arthur la cogió de la mano y la besó con dulzura. Hizo que se sentara sobre él. Claire le miró con amor y acarició su cara. Sus ojos verdes brillaban.

—Me gusta mirarte… Eres tan hermoso…

—Y tú eres preciosa. —Arthur la besó en los labios, su barba la hizo cosquillas y ella sonrió, apartándose un momento. —Tengo un regalo para ti. Tenemos algo que celebrar.

—¿Ah sí? Cuéntame.

—He hablado con el abuelo Clarence y se va a abrir una escuela para niños sin recursos. Voy a estar al frente de ello de la mejor manera. Seré el profesor, impartiré matemáticas, historia, literatura y ortografía. Tu abuelo y yo lo hemos estado hablando durante semanas y ya es cosa hecha.

Claire sonrió y abrazó a Arthur hasta casi aplastarle. Él se echó a reír.

—¡Arthur! Dios mío, ¿pero cómo no me dijiste nada? ¡Es una noticia maravillosa, cariño! No te imaginas lo feliz que me hace saber eso y lo orgullosa que estoy de ti. Me gustaría ayudarte, si te parece bien.

—Pues claro que sí, tenerte a mi lado sería fundamental. Es un proyecto que quiero hacer junto a ti, cielo. Contigo a mi lado lo voy a disfrutar mucho más. Se va a empezar en breve. Y he comprado esto para ti. No es demasiado caro, pero creo que te quedará bonito en tus manos de ángel. —Arthur sacó del bolsillo una cajita pequeña y la abrió. Dentro había un anillo de plata con un corazón de circonita engarzado. Arthur lo sacó de la cajita y se lo colocó a Claire en el dedo anular derecho—. El corazón representa mi amor por ti.

—Oh Arthur… Es precioso, me encanta. Nunca me lo quitaré. Pero no tenías que comprarme nada. Tú eres todo lo que yo quiero. —Claire

besó en los labios a Arthur. No se podía ser más feliz. Él la devolvió el beso. Siguieron besándose hasta que Arthur cogió en brazos a Claire y entre besos y sonrisas la llevó a la habitación.

La tormenta empezó. Mientras fuera llovía y tronaba, Claire y Arthur se entregaron al amor. Al acabar, Claire, sonriente, se recostó sobre el pecho de Arthur. Le abrazó y sintió su calor, su amor saliendo de su alma y metiéndose en cada poro de su piel, llenándola de felicidad.

Se durmieron abrazados hasta que horas más tarde la tormenta amainó. Aunque por desgracia, otra tormenta mucho peor llegaría pronto para arrasar con la vida perfecta de Claire y Arthur.

****

Una semana más tarde, la escuela se puso en marcha. El aula se llenó de niños y niñas, todos ellos pobres y famélicos. Sus ansias por aprender no eran menores que las que tenían al comer los bocadillos y dulces que todos los días Arthur y Claire llevaban en cestas de mimbre. Claire sonreía feliz cuando desde un extremo del aula colocaba los libros en la estantería de madera mientras miraba cómo los niños se arremolinaban nerviosos en torno a Arthur.

—¿Quién quiere postre?—canturreó alzando las tabletas de chocolate.

Los niños saltaban y chillaban riendo, tirándole de la ropa, y Arthur sonriendo, repartía entre todos las onzas de chocolate con un par de rebanadas de bizcocho de limón. Les llenaba de alegría ver cómo comían y cada día tenían mejor aspecto, incluso habían ganado peso. Arthur sonreía alegre al ver cómo los niños comían satisfechos y felices y se llevaban a casa bocadillos o carne enlatada para cenar, aliviando a sus padres la preocupación de tener que acostarlos sin cenar.

Los niños eran aplicados y Arthur era un profesor paciente y cariñoso. Se esmeraba mucho más con los que necesitaban más atención o ayuda y pronto las madres y algunos padres empezaron a visitar la escuela para agradecer personalmente al matrimonio su labor altruista.

La fama del colegio empezó a correrse por el lugar y poco tiempo después se hizo una celebración en honor a Arthur, Claire, y su labor educativa para los más desfavorecidos. Ambos se ganaron el respeto y el cariño de todo Williamstone y eso inflamó los ánimos de Madeleine de Vall.

Ella seguía amando a Samuel, y tras su muerte no había tenido ni un solo día de paz. Mientras Samuel yacía en una tumba fría con el cuello roto, Arthur disfrutaba de su matrimonio con Claire Thomas, y eso era algo que hería de muerte a Madeleine. Aunque sabía que Arthur era inocente, no la bastó para aplacar sus deseos de venganza.

Tras la celebración donde a Arthur se le condecoró por su labor humanitaria, Madeleine empezó a urdir su plan para acabar con Arthur y la felicidad del matrimonio.

Y lo consiguió.

****

El día que la tragedia ocurrió, empezó a llover y no paró hasta cinco días después. Parecía que el tiempo se hubiera puesto de luto para llorar la muerte de Arthur Shaw.

La ciudad estaba conmocionada tras la triste noticia y en el ayuntamiento se declaró una semana de luto en memoria del difunto. La tumba de Arthur estaba siempre repleta de flores y velas. Todos los días la gente le dejaba ramos, velas, incluso los niños le dejaban hojas de papel con dibujos y palabras de cariño.

La escuela se cerró temporalmente. Su viuda tenía un severo decaimiento nervioso y se propagó el rumor de que no tardaría en reunirse con su esposo si las cosas no mejoraban.

No era ningún secreto que Claire no salía de la cama. Alternaba estados febriles entre crisis de llanto donde gritaba llamando a su marido hasta que el médico la volvía a inyectar un tranquilizante. Ya tenía el codo interior morado de recibir tantos pinchazos, pero era la única manera de tranquilizarla, haciéndola dormir. Y aun así, en sus sueños se revolvía, se despertaba con la frente perlada de sudor y preguntaba por Arthur y volvía a llorar.

No comía nada y si lo hacía, lo vomitaba al rato. El médico empezó a preocuparse seriamente y el abuelo Clarence, que se había mudado a la casa, no sabía ya qué hacer con su nieta, que cada día parecía dar un paso más hacia la muerte.

Pero todos entendían que Claire estuviera desesperada y loca de dolor. Los acontecimientos no podían haber sido más traumáticos.

Un día que Claire había ido a casa del abuelo Clarence, Arthur se

había quedado en casa para preparar las clases del día siguiente. Él no lo sabía, pero estaba siendo vigilado y los dos hombres contratados por Madeleine aprovecharon la oportunidad para llevar a cabo su plan.

Los criados tenían el día libre, salvo Helen, que había ido al mercado y Arthur estaba en casa solo.

Todo pasó muy deprisa. Los dos hombres entraron en casa derribando la puerta de un empujón. Agarraron a Arthur de cada brazo, no sin antes darle un puñetazo en el estómago y varios en la cara. Arthur, aturdido por la sorpresa, no tuvo tiempo de reaccionar y defenderse. Le sacaron afuera. En el bosque, le llevaron hasta un árbol fuerte y ancho. Arthur se resistió, intentó zafarse de sus agresores, pero no pudo al recibir nuevos golpes en el estómago que le dejaron mareado y aturdido. Uno de los hombres colocó la soga alrededor del cuello de Arthur. Enrolló el otro extremo a la rama del árbol.

—¡NOOO, POR FAVOR, NO HAGAIS ESTO, POR FAVOR!—Arthur gritó desesperado.

En menos de cinco minutos, Arthur estaba ahorcado, colgando muerto del árbol. Su cuello estaba partido. Los dos hombres, Francis y Montreal, eran fuertes, casi gorilas, y pudieron con Arthur fácilmente. Madeleine los había contratado a sabiendas de lo que hacía. Uno había sujetado a Arthur, el otro había colocado la soga y tirado de la cuerda hasta ahogar y estrangular a Arthur, que había pateado e intentado quitar la soga de su cuello. Pero el último tirón de Francis fue fatal y la cuerda le rompió el cuello. Su último pensamiento fue para Claire, y temió lo que iba a sufrir cuando descubriera su cuerpo.

Y así fue. Cuando Claire llegó a la propiedad, se encontró con el cuerpo de su marido colgado del árbol, balanceándose, con la cara roja y el cuello amoratado.

Claire gritó y gritó hasta que los vecinos de casas cercanas salieron asustados al escuchar los gritos desesperados y llenos de dolor. Se agarró al cuerpo de su marido y cuatro personas tuvieron que sujetarla porque quería coger un cuchillo y clavárselo en las entrañas mientras lloraba gritando el nombre de su marido.

Se llamó al médico urgentemente y tuvo que administrarla doble dosis de calmante hasta que cayó desmayada en la hierba verde.

Los vecinos se santiguaron y algunas mujeres lloraron por el desenlace fatal e injusto de aquel humilde profesor que solo había hecho bien a

la comunidad.

Cuando Claire despertó, pidió ver el cuerpo de su marido. Llorando de nuevo, Claire se abrazó al cadáver de Arthur, el cual habían trasladado a una habitación del segundo piso y yacía sobre una cama. El llanto de Claire era desesperado. Sus sollozos desgarradores y las lágrimas salían a borbotones de sus ojos.

Estuvo horas abrazada a Arthur. Besó sus labios inertes y acarició su pelo. Lloró sobre su rostro.

—Arthur… Ven y llévame contigo por favor… No resisto una vida sin ti… Cumple tu promesa y vuelve del otro lado, me lo prometiste… — Claire enterró la cara en el cuello de Arthur y lloró amargamente. El dolor la congestionaba el pecho y no tenía fuerzas ni para ponerse en pie.

Pero encontró fuerzas para adecentar a su marido. Le desnudó y lavó su cuerpo delicadamente con una esponja , jabón y agua, y perfumó su cuerpo con aceite de lavanda.

Helen quiso ayudar.

—Sal de aquí, Helen, por favor. Esto es algo que tengo que hacer yo. Trae dos palanganas más de agua. Y el traje negro de misa del señor, por favor. Mañana será el entierro y debo dejar todo preparado hoy.

—Sí, señora. Ahora mismo.

Cuando terminó de lavar a Arthur, le vistió. Incluso muerto era guapo. Claire le miró con ternura y los ojos llenos de lágrimas. Acarició su cara, su barba y sus labios, y volvió a besarle derramando unas lágrimas sobre su cara.

Muchas noches Claire se había despertado de madrugada con la luz de la luna bañando la habitación. Arthur dormía a su lado, tranquilo y hermoso, y ella sonreía al verle. Su pelo negro rebelde sobre la almohada blanca, su barba bordeando su bonita mandíbula. Sus pestañas negras y largas acompañando sus párpados carnosos. Su pecho coronado de vello negro y la sábana cubriéndole el abdomen, su respiración suave. Claire ya no volvería a ver a su marido así. Ni le volvería a tener en el lecho con ella abrazándola, dándola calor con sus fuertes brazos, besando su pelo y susurrándola que la amaba mientras Claire se dormía con una sonrisa.

Peinó el pelo rizado y salvaje de Arthur. Usó su peine de plata y le peinó con suma delicadeza. De repente sintió una náusea invadiendo

su garganta y un calambre la atenazó el vientre hasta el punto de tener que agacharse y pedir ayuda.

Fue conducida al salón con la ayuda de Helen y el abuelo Clarence. El médico vino enseguida y tras examinar a Claire, dictaminó con firmeza lo que estaba pasando.

—Claire, ahora vas a tener que vivir, aunque no quieras. Tendrás que hacerlo por la memoria de Arthur. Si de verdad le querías, tendrás que cambiar las cosas a partir de ahora.

—No le entiendo, doctor.

—Estás embarazada, Claire. Esperas un hijo de Arthur. Tendrás que vivir por él. Si tú te dejas morir, ese niño nunca nacerá. Sufrirás un aborto y no te quedará nada de Arthur. Ese niño es parte de tu marido. En él, tendrás una parte de Arthur. Es el mejor regalo que pudo hacerte. Aprovéchalo, por favor.

Claire se tocó el vientre. Entre tanto dolor, experimentó una ligera oleada de felicidad. Pero tan ligera que apenas fue como tres gotas en el océano. Tener un hijo de Arthur era una alegría. Ahora sentía que una parte de él estaba con ella, creciendo dentro de ella, pero no era suficiente… El dolor por la ausencia de Arthur seguía ahí y el bebé no calmaba ese peso que ardía en el alma de Claire.

Ella quería a Arthur y tenía que hacer lo que fuera para volver a él.

Y lo haría.

****

—Claire… ¡Despierta!, vamos cariño, ya lo he arreglado todo. Pero tienes que despertar y seguir mi voz. ¡Claire!.

Claire se despertó como activada por un resorte. Sus ojos se abrieron como platos y se incorporó en la cama con una facilidad y energía que le eran desconocidas. Hasta la hora de acostarse había sentido su cuerpo cansado y como un peso que tenía que arrastrar. Durante el resto del día no tenía fuerzas ni energía, y no podía permanecer de pie mucho rato sin cansarse. Pero en ese momento, algo pareció darle las fuerzas que siempre le faltaban.

Había oído la voz clara de Arthur. Y la siguió oyendo. Claire se levantó, y encima del camisón blanco se echó un abrigo y se calzó unas botas. Era bien entrada la madrugada y todos dormían. Salió de casa con todo el cuidado que pudo para evitar hacer ruido y despertar

a los criados y al abuelo Clarence.

Salió al frío de la noche, el viento soplaba y la luz blanca de la luna guiaba su camino al internarse por el bosque. Poco a poco su casa cada vez se veía más lejana. Pero no la importaba, seguía la voz de Arthur, que la guiaba.

Llegó a una zona del bosque donde vislumbró una cabaña con luz de hoguera.

—Entra, Claire. Y espera. No tengas miedo, veas lo que veas.

Claire le obedeció. Entró en la cabaña, que solo tenía una única estancia y una chimenea con el fuego encendido. Solo había una silla de madera y un poco de leña cortada en un rincón de la habitación. Claire cerró la puerta tras de sí. Y esperó a que algo sucediera.

Y sucedió.

La puerta empezó a abrirse lentamente. Claire miró impaciente y lo que vio la congeló la sangre.

Una figura alta y cubierta con un ropaje negro con capucha se detuvo en el quicio de la puerta. Claire no pudo ver sus facciones, solo que era alguien desmesuradamente alto, y que parecía envuelto en una capa o un ropaje que le cubría por entero, sin dejar ver nada de su físico. Solo pudo ver el brillo metalizado del cierre de la capa, dos cadenitas de plata terminada en una calavera que parecía servir para cerrar la prenda.

Claire se sobrecogió de ver esa figura. La luz de la luna recortaba la sombra de aquel ser.

La joven no se atrevió a hablar. Pero no hizo falta, el ser se comunicó con ella telepáticamente sin moverse un ápice. En unos pocos minutos Claire lo entendió todo.

Aquel ser venía del otro lado, donde ahora estaba Arthur. Claire supo que era La Muerte.

Arthur amaba a Claire tan profundamente, que desde el otro lado había pedido que les dejaran volver a estar juntos, pues su amor había sido truncado injustamente y eran almas gemelas que no podían estar separadas. Pero La Muerte los había separado y ahora esta había decidido arreglar la tragedia. Decidió hacer un pacto con la esposa de Arthur a cambio de que volvieran a estar juntos.

Sí, todo se había arreglado allá arriba para que Arthur volviera a estar con Claire, pero solo como espíritu. Ya no podría volver a la vida en su forma anterior, pues su primera vida había terminado. Pero seguiría estando con Claire y ella lo aceptó así con una nueva ilusión en su corazón, pues ya no estaría sola sin Arthur. No la importaba tenerle como un fantasma, mientras permaneciera a su lado.

Claire sintió que su alma empezaba a cicatrizar y que su dolor lacerante se mitigaba.

Supo quién había matado a Arthur y por qué. Quiso vengarse de Madeleine, pero se la advirtió que si vertía sangre llevada por la venganza, perdería a Arthur. A su tiempo, Madeleine y sus secuaces recibirían el castigo merecido.

Se la encomendó una misión a cambio de volver a tener a su marido. Y Claire aceptó, con tal de estar con Arthur nuevamente.

Cada año, por noviembre, sería transportada en viaje astral al mar, donde en una barca a la deriva sería recogida por algún barco. Una vez dentro, debía tocar en la mano a cada tripulante y ver si en su corazón había maldad o bondad. El anillo que Arthur le había regalado marcaría a los hombres que no tuvieran corazón y la muerte se encargaría de ellos. Claire solo sería un instrumento para ayudar a la muerte a llevarse a pecadores e impíos. Se le preguntó si aceptaba y juraba comprometerse a tal trabajo de por vida.

—Acepto y juro servir en tal misión. Siempre, cada año, hasta mi muerte.

Entonces una ráfaga de viento sopló, y el fuego de la estancia se extinguió. Claire se quedó a oscuras y la figura desapareció. Comprendió que era momento de irse.

Atravesó el bosque, llegó a casa, se metió en la cama y se tumbó de costado. Vio a Arthur, tan hermoso como siempre, tumbado a su lado, acostado en posición fetal, mirándola con una sonrisa, y acariciando su cabeza.

Claire sonrió al notar un cosquilleo en su pelo. Su marido estaba igual que siempre, pero su luz parecía azulada y etérea.

—Te prometí que volvería.

Claire derramó una lágrima y le sonrió.

—Oh Arthur… Amor mío… Te he echado tanto de menos… Ahora

estás aquí…

—Para siempre, Claire. Hasta el día en que partas de este mundo y volvamos a estar juntos

en otra vida.

Arthur sonrió con dulzura y acarició la mejilla de Claire. Ella notó una brisa suave, como un cosquilleo. Entonces notó la mano de Arthur sobre su vientre, aún plano, pero que empezaría a crecer para dar vida al bebé que dormía en su interior. Arthur ya lo sabía.

Claire cerró los ojos y se durmió feliz, sabiendo que no volvería a echar de menos a su marido, pues seguiría con ella hasta el fin de sus días.

No como ella hubiera imaginado, pero tenerle así era mejor que no tenerle de ninguna forma. Ahora su corazón volvía a estar entero.

****

Noviembre

En la taberna, Edwards contó la historia una y otra vez, pero nadie le creyó.

Había regresado hace poco de un navío en el cual él había sido el único superviviente. El resto de tripulación (ocho hombres) y el capitán, habían muerto después de una noche en la que, tras recoger de una barca a una extraña pasajera, una neblina negra había invadido el suelo del barco, colándose por puertas, resquicios, grietas y todo espacio hasta marear a los hombres, para después desmayarse y paráseles el corazón. A la mañana siguiente la mujer ya no estaba abordo.

—¿Estás diciendo que era un fantasma?—preguntó con sorna Peter, uno de los muchos clientes que bebía cerveza escuchando el increíble relato.

—No parecía un fantasma. Había algo extraño en ella, sí, pero no me pareció un espectro. Era muy hermosa, apenas habló y vestía ropa blanca y sedosa, con un pelo largo y ondulado que ondeaba al viento. Se movía con delicadeza, como si flotara al andar. Apareció de repente, delante de la embarcación. Estaba en una barca a la deriva y parecía tranquila, como si no la diera miedo estar sola en mitad del

mar. La recogimos y subimos abordo. Se acercó a cada uno de nosotros, nos miró y su mirada nos embobó como a idiotas. Apoyó delicadamente su mano sobre nuestro hombro. Pasó algo aún más extraño. Un anillo que llevaba en forma de corazón se volvía negro tras tocar a los hombres. Hizo un gesto extraño con la boca, como decepcionada o triste. Cuando me tocó a mí, su anillo no cambió de color, permaneció del color del cristal, sin alterarse. Me dedicó una leve sonrisa. Pero Montreal y Francis no tuvieron esa suerte. Fueron los primeros en caer al suelo tras un par de horas después de que la mujer hiciera ese extraño ritual tras agradecernos que la hubiéramos recogido. Se habían enrolado en el barco, era su primer viaje como pescadores y tuvieron muy mala suerte. Al día siguiente esa mujer no estaba y yo estaba completamente solo. Por fortuna solo tardé medio día en llegar a la costa.

—¿Y os dio razón de por qué estaba a la deriva?

—Nunca nos lo dijo. Solo que se había perdido y que estaba cansada. La dejamos descansar en la bodega, en una camilla.

—Qué curioso… Ahora estamos en época de difuntos. Dicen que es cuando el velo es más fino y suceden cosas extraordinarias—comentó Peter.

—¿El velo? —preguntó Edwards frunciendo el ceño.

—El velo es lo que separa el mundo sobrenatural del terrenal. Desde la noche de difuntos hasta bien entrado noviembre, es cuando dicen que el velo se estrecha y suceden cosas extrañas.

—Puede ser… El médico y la policía no saben qué pasó. Todos sufrieron un infarto. Temí que pensaran que había sido yo el causante de esas muertes, pero el médico no encontró nada sospechoso contra mí, gracias al cielo… Fue aterrador volver con el barco lleno de compañeros muertos. Espero no volver a experimentar algo así por muchos años que viva.

Edwards se santiguó y se apuró el vaso de vino.

Abandonó la taberna y se abrochó el abrigo, calándose el sombrero y saliendo al frío de la tarde. Tenía que ir a la iglesia a ayudar con el ropero de los pobres y a repartir algo de comida a las casas de los pobres.

Un tiempo después, una mañana tras la misa, Edwards dio como siempre unos centavos a algunos niños pobres, pero ese día no fue

como los demás, pues vio a una mujer yendo por un lateral de la iglesia. Esa mujer iba de la mano con un niño de unos cuatro años. El niño tenía ojos verdes, y una hermosa mata de pelo negro rizado. Ella parecía orgullosa de él, y el niño se veía lozano y feliz.

Cuando la mujer cruzó al lado de Edwards, se fijó en ella. Era increíblemente hermosa. Pasó a su lado sin fijarse en él. Creyó reconocer en ella a la mujer del barco.

Edwards la paró.

—Perdone, señora, no quisiera molestarla, pero… ¿Es posible que nos hayamos visto antes? Su cara me es familiar.

Ella le miró y movió los labios en una media sonrisa de astucia.

—Lo siento, señor, no lo creo. Nunca olvido una cara, lo recordaría. Buen día. Vamos, Artie, cariño.

Ella acarició la cabeza del niño y emprendió la marcha, andando con gracia, su falda larga ondeando al viento igual que sus cabellos largos. Parecía tener algo mágico en torno a ella. No era una persona para olvidar fácilmente.

Edwards se quedó pensativo, pero no tuvo más remedio que emprender la marcha y dejarlo estar. Pero algo le decía que la madre de aquel niño era la mujer que había parecido acabar con la vida de todos los tripulantes del barco.

Siguió calle arriba para volver a casa y cuidar de Alice, su mujer enferma. Pero no olvidó jamás a la mujer del barco, que por alguna razón que se le escapaba, había parecido perdonarle la vida, como si tuviera algún privilegio especial que le diferenciaba del resto de tripulantes. Sea lo que fuera, Edwards nunca lo supo.

Pero la gente que había escuchado su loco relato empezó a pensar que quizá fuera verdad después de todo. Relatos parecidos empezaron a propagarse por otras zonas donde la gente hablaba de "*La dama muerte*".

Pese a las advertencias de no recoger en el navío a nadie como ella, los hombres, aunque advertidos, eran incapaces de resistirse a su belleza cuando la tenían delante. Algo embriagador había en ella que hacía que los hombres quedaran embelesados al verla y oír su dulce voz. Y casi siempre resultaba fatal para los tripulantes que la recogían y morían tras hablar con ella, salvo unos pocos que consiguieron salvar la vida, Dios sabía por qué.

****

En el jardín soleado, el pequeño Artie jugaba con Juju, el perro labrador, que correteaba y ladraba contento cuando Artie le tiraba la pelota y corría tras él.

Artie ya tenía seis años y crecía feliz y sano. Era el vivo retrato de Arthur, su padre. Sus mismos ojos verdes con párpados carnosos, pestañas largas, pelo negro rizado y sonrisa cautivadora. Claire le miraba con orgullo cada día y le colmaba de atenciones y amor.

La felicidad había vuelto al hogar. El abuelo Clarence seguía viviendo en su casa, pero visitaba con frecuencia a Claire y el pequeño Artie.

La escuela que había inaugurado Arthur era otro legado más que había dejado a Claire. Ella se ocupaba de la escuela tal y como había hecho con Arthur cuando él vivía. Los niños la adoraban y eran felices disponiendo de su cariño y atenciones diarias. Al igual que su marido, Claire era una profesora cariñosa y paciente y llevó con orgullo el legado de su marido. El pequeño Artie era también alumno de la escuela y al igual que su padre, era un niño atento y cariñoso con otros niños que necesitaban ayuda.

Todo iba bien y Claire había podido cerrar un capítulo de su vida que casi le quita la vida: la muerte de Arthur y la injusticia que se había hecho contra él arrebatándole la vida.

Claire se enteró de la muerte de Madeleine solo unas semanas después de Navidad. Según los chismorreos de las vecinas, los criados habían encontrado su cuerpo tirado en el pie de las escaleras. Por lo visto se había tropezado con el camisón, cayendo por la escalera en plena noche y rompiéndose el cuello en la fatal caída.

Cuando Claire escuchó esto en el mercado, respiró tranquila, liberándose del lastre que sentía en su corazón al no poder vengarse de ella directamente.

Con los responsables muertos, Claire pudo poner paz a su corazón.

Desde la ventana del salón la joven observaba a su hijo jugar con el perro. Sonreía y tenía su mano derecha apoyada en su hombro izquierdo, en un extraño gesto tocándose a sí misma.

Pero para quien tuviera el don de ver a los espíritus, podría haber visto que Arthur estaba de pie junto a Claire, sonriente, observando a su hijo y tomando cariñosamente del hombro a su esposa.

EL DESEO EQUIVOCADO

Ohio, Otoño 2021.

Abby se despertó temprano, cuando ya despuntaban los primeros rayos de sol. La costó salir de la cama, como siempre, y al subir la persiana y ver la calle y el paseo vecinal pudo ver calabazas, esqueletos y demás adornos de Halloween decorando ya las casas y jardines.

Abby hizo un mohín de desdén. Odiaba las festividades y cómo todo el mundo siempre parecía tener planes divertidos menos ella.

En la cafetería tenía turnos agotadores y llegaba a casa deslomada. No tenía tiempo para salir ni conocer gente ni hacer planes divertidos. Su única amiga era Vonda, que también trabajaba en la cafetería pero no se quejaba tanto quizá porque ella tenía novio y era feliz con él. Abby, sin embargo, por no tener, no tenía ni un triste gato que la hiciera compañía.

Se metió en el baño, y en diez minutos estaba lista. Con la cara lavada, una coleta y tejanos con un sweater rosa. Era guapa, pero no se molestaba en arreglarse ni tenía ganas para ello. No tenía que impresionar a nadie. Aunque la gustaría.

De camino al trabajo, en el autobús, empezó a soñar despierta. Se imaginaba la vida perfecta que quería tener pero que sabía que nunca tendría.

Estar casada con un hombre de negocios guapo, buen amante, con un alma de fuego y que la adorara. Vivir en un apartamento de lujo en Nueva York, quizá un loft o un penthouse. Un armario lleno de ropa y zapatos de Dior, Chanel, un tocador con perfumes caros y joyeros repletos de joyas de Cartier y Tiffany. Acompañar a su marido a cenas y galas y pasar el tiempo amándose mutuamente.

Pero Abby sabía que esa vida no es la que la había tocado en suerte. Vivía sola y de alquiler en una casa de una planta con un jardín donde las plantas se morían y el césped estaba descuidado. Trabajaba en una cafetería de sol a sol, y su ropa la compraba en tiendas online de China porque era lo más barato. Su vida era de todo menos glamurosa.

En el trabajo tuvo que aguantar toda la parafernalia de Halloween. La decoración, los clientes consumiendo más que nunca, y las preguntas incesantes sobre cómo celebraría la noche más mágica del año.

—Ya sabes que no haré nada, como todos los años. Me resulta irritante

toda esa tontería de disfraces, dulces, vestidos ridículos y calabazas por todas partes. Es como una plaga, por Dios. Menos mal que no dura mucho…

Vonda se rió al ver a su amiga quejarse mientras preparaba una mesa con cubiertos.

—Venga ya Abby, ¿por qué no quedamos y vamos al cine y a comer algo por ahí?

—¿No has quedado con Ted?

—Esta noche tiene guardia en el hospital.

Abby frunció los labios y miró al suelo. Como siempre, cuando Vonda no podía contar con Ted, entonces Abby era su segunda opción.

—Claro… Pues lo siento, pero esta noche quisiera acostarme pronto. Estoy cansada con esto de los turnos interminables hasta que Tom encuentre a alguien.

—Creo que ha contratado a alguien ya. He oído que esta mañana entrevistó a un chico. Asique con suerte tendremos refuerzo y se acabó pringar cuatro horas más.

—¿Ah sí? No sabía nada… Bien, pues veremos si la cosa mejora un poco... Dios sabe que necesito dormir y no despertar en una semana. Estoy agotada, en serio.

—Lo sé, Abby… Pero tranquila, ya verás como todo mejora. —Vonda apretó el hombro de Abby y siguió barriendo el suelo.

Después de la comida, cuando Abby salía del almacén tras coger un rollo de papel, se chocó de bruces con un chico que había doblado la esquina del pasillo que llevaba a los vestuarios. A Abby se le cayó el rollo de papel. El chico se agachó y lo cogió.

—¡Lo siento mucho! Dios, qué torpe soy…—el chico cogió la mano de Abby con suma delicadeza y la dio el rollo de papel mirándola a los ojos. Abby sintió que su vida gris empezaba a adquirir un poco de color. El chico era increíblemente atractivo. Rubio, con ojos azules, rasgos masculinos y bien definidos, era alto y olía a limpio. Algo en él era relajador.

—Gracias…—Abby se sintió conmocionada. Aquel chico parecía sacado del Olimpo.

—No hay de qué darlas. Hoy es mi primer día y creo que ando como pollo sin cabeza. Siento haberme chocado así, ¿te he hecho daño?

—No pasa nada, estoy bien, de verdad. Además, es normal, hoy es un día de locos con eso de Halloween y siendo tu primer día, ya se sabe los nervios... A mí me pasó igual el primer día, hasta creo que rompí algún plato. —El chico sonrió. Su sonrisa era blanca y dulce.

—Me llamo Angel Skylard.

—Abigail Lockward, pero todos me llaman Abby.

—Bonito nombre, me gusta. Te veré por aquí entonces, Abby. Entro ya a cubriros. Iba al vestuario a cambiarme.

—Bien, entonces no te entretengo. Hoy vamos a tener mucho trabajo, por la tarde vendrá mucha gente a merendar con eso de Halloween. Espero que hayas venido bien descansado.

—Oh sí… Pero gracias por el dato, lo tendré en cuenta para no agobiarme mucho. Espero que el resto de tardes no sean tan frenéticas o acabaremos locos, ¿no?

—Las tardes entre semana son más tranquilas. Vienen algunos estudiantes a tomar algo, pero cosa de nada.

—Bien, pues voy a cambiarme, pues. Te veo luego en el salón. Encantado de conocerte, Abby.

—Igualmente, Angel. Si necesitas cualquier cosa, Vonda y yo te ayudaremos en lo que precises. No te cortes, el primer día siempre es abrumador.

—Sí, lo sé… Al salir del trabajo, ¿tienes algún plan?

—No. Nunca me ha gustado Halloween. No lo celebro y me parece una tontería todo eso que dicen sobre que es una noche mágica y que pasan cosas extraordinarias.

Angel miró a Abby con una extraña expresión entre sorpresa y agrado.

—¿Y eso?

—Me parece todo demasiado siniestro, me da miedo con eso de las calaveras, la muerte, el diablo… Es demasiado oscuro todo, ¿no crees? —Angel sonrió.

—Lo creo. Pero, ¿sabes qué? No hay nada que temer. La luz siempre

vence a la oscuridad.

Angel la guiñó un ojo y con una sonrisilla misteriosa se alejó por el pasillo camino de los vestuarios. Abby le miró hasta que desapareció. Se fijó en lo alto que era. Atlético, con el pelo de la nuca en bucles y un poco largo, como esas estatuas de arcángeles. Todavía podía sentir en su piel la caricia suave de los dedos de Angel cuando este la había dado el rollo de papel. Había sido solo un momento, pero Abby había sentido esa caricia en cada poro de su piel y la había calado en el alma. La presencia de Angel era como estar en una nube de calma y paz. Con él, su alma había parecido liberar cierta presión y negatividad acumulada.

Con una sonrisilla y un poco de ánimo en el alma, Abby volvió al salón a seguir sirviendo mesas.

****

Al acabar la jornada de trabajo, todos estaban agotados. Eran más de las nueve y ya era de noche.

Los empleados fueron obsequiados con una vela naranja en forma de calabaza sonriente, envuelta en un plástico transparente y con un lazo negro. A Abby le hizo gracia y la guardó en el bolso. Sin Angel, seguramente la habría tirado a la basura con un mal gesto. Pero la tarde no había estado nada mal. Angel y ella habían compartido miradas, sonrisas y se habían ayudado mutuamente para servir las mesas en perfecta complicidad.

Con Angel todo había sido más fácil y ameno. Un trabajo en equipo. Abby había echado de menos durante mucho tiempo sentir algo así con alguien.

A la salida del trabajo, Angel la esperó afuera.

—¿Quieres que te lleve a casa? Tengo aquí la moto. Me dijo Vonda que tomabas el autobús, pero te puedo llevar, si quieres…O podemos tomar algo por aquí, cenar algo… Creo que nos lo hemos merecido después de la tarde de hoy, ¿no?

Abby tuvo sentimientos encontrados. Por un lado, se sintió feliz e ilusionada, y quiso aceptar la invitación de Angel, pero una parte de ella, la que estaba herida, le aconsejó declinar y no ilusionarse con tanta rapidez. Ya le había pasado otras veces el ilusionarse para nada. Aceptaba una cena, un poco de galantería, quizá un polvo y el chico desaparecía al poco. No la querían más allá de pasar un buen rato y

saltar a la siguiente ficha.

Además, Angel era un compañero de trabajo. Si las cosas salían mal, tendría que verle a diario en la cafetería y ella sabía que no lo soportaría. Sería una tortura emocional, y no quería pasar por eso. Asique decidió ser sensata y no correr demasiado.

—Te acepto la invitación de llevarme a casa. Estoy agotada y no me apetece esperar el bus. Pero lo de tomar algo, otro día. Hoy sólo quiero irme a casa, pegarme un duchazo y acostarme. Mañana libramos y creo que voy a dormir el día entero. Necesito recargar batería, estoy en mínimos.

—Perfecto, no pasa nada, para otro día. Venga, sube, que te llevo. —Angel la sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y se subió a la moto. Se agarró a su cintura y en cuestión de segundos la pareció que volaba. Agarrada a Angel, con el viento soplando y su manera de conducir, sin ir demasiado rápido ni marearla. Con él todo parecía más agradable.

Abby cerró los ojos y se dejó embriagar el alma por esa sensación de bienestar junto a otra alma. Por primera vez en mucho tiempo no se sentía vacía ni sola. Con Angel se sentía arropada y protegida, como si él fuese un verdadero ángel protector que daba calidez y paz. Así era la sensación que él trasmitía.

Cuando llegaron a la casa de Abby, Angel detuvo la moto y desmontó, ayudando a Abby a bajar.

—Bueno, ya hemos llegado. ¿Estás bien? —Los ojos azules de Angel brillaban como luceros.

—Sí, muchas gracias por el paseo. Voy a ver si descanso un poco… Haz tú lo mismo, lo vas a necesitar. Por cierto, ¿qué tal el primer día?

—Muy bueno. Contento por haberte tenido a mi lado. Sin ti habría sido diferente, sin duda. Gracias por hacerlo tan fácil, Abby.

Abby se sintió halagada y le sonrió.

—No hay nada que agradecer. Eres un buen compañero y se trabaja a gusto contigo. No tengo nada de especial para hacerlo más fácil.

—Tienes una buena alma, Abby. Aunque está herida, como todas las almas del mundo… Pero recuerda lo que te dije, la luz siempre triunfa ante la tiniebla. No te dejes llevar por las apariencias… A veces las cosas no son como parecen. Ni las personas…

Abby se le quedó mirando casi boquiabierta. No sabía qué decirle, pero era como si Angel hubiera leído sus pensamientos. Y sus palabras estaban llenas de verdad.

—Bueno, tengo que irme ya. Te veré en el trabajo. Descansa y pasa buena noche, ¿vale?

Angel se inclinó y besó dulcemente la mejilla de Abby. Ella sintió un río de cosquillas recorriendo su cuerpo. Era como si su alma se hubiera inflado de felicidad.

—Vale… Igualmente, Angel. Feliz Halloween, supongo…

Angel se subió a la moto y sonrió un poco.

—¿Sabes? A mí tampoco me gusta Halloween. Prefiero Navidad. — Angel la guiño un ojo, arrancó la moto y desapareció por la carretera hasta que su moto dobló una esquina de la calle y desapareció.

Abby se quedó unos momentos parada en la entrada del jardín. Pensó en las palabras de Angel y lo misterioso que sonaba. Como si sus palabras quisieran decir algo más. Como si él supiera algo más sobre todas las cosas que le rodeaban.

Quizá le había juzgado mal y ese chico no era como los gilipollas inmaduros que había conocido antes. Angel tenía un aura diferente, podía sentirlo. Pero aun así, Abby decidió ser precavida. Finalmente entró en casa. De nuevo sola y en una casa silenciosa.

Abby se sintió triste de nuevo y volvió a anhelar esa vida de ensueño que tenía perfectamente dibujada en su cabeza. Mientras se duchaba y lavaba el pelo, empezó a pensar en que estaba casada con un hombre que la colmaba de amor y regalos. No tenía que preocuparse del dinero ni del reloj y vivía feliz constantemente. O eso pensaba ella que podía ser si tenía esa vida.

Tras ducharse, se puso una camiseta de algodón que la llegaba hasta los muslos. Se secó el pelo, y tras comer un par de hamburguesas de queso, se lavó los dientes y se metió en la cama. Pero algo la hizo dar un respingo y salir de la cama. Se había olvidado de la vela de Halloween que la habían regalado en el trabajo. Tom había dado una a cada uno. Abby se levantó, cogió el bolso del armario y sacó la vela. Le quitó el plástico y decidió encenderla. La dejó prendida sobre un platito de cristal. Quizá duraría veinticuatro horas encendida hasta que se derritiera por completo.

La vela llevaba un pequeño papel prendido en el plástico. Decía que

era una vela de deseos. A Abby le pareció una tontería, pero decidió pedir un deseo, aunque sabía que no serviría de nada.

"*—Deseo… Tener la vida que anhelo desde hace años."*

Abby se sintió tonta, sabía que solo era una vela sin ningún poder. Tom, su jefe, no se la había dado directamente como había hecho con Vonda y Angel, sino que quién se la había dado no era otro que Angel. Y al depositarla en su mano, Abby había sentido electricidad. Como una descarga o un calambre. Angel había sonreído. Le dijo "*Para ti, toma la mía, yo no la quiero*".

Y ella la había aceptado.

Se metió de nuevo en la cama. Apagó la lamparita de la mesilla y se durmió con la luz naranja de la vela inundando la habitación. La vela le recordaba a Angel y eso la ayudó a relajarse para entregarse al sueño .Abby se quedó dormida enseguida y entonces la magia de la noche de Halloween empezó, aunque ni ella misma lo sabía.

****

Abby se despertó.

Abrió los ojos lentamente y se movió un poco. Lo primero que notó fue que no llevaba puesta su camiseta de algodón. En su cuerpo sentía un tejido sedoso, suave y que parecía acariciarla el cuerpo. Pronto se dio cuenta de que llevaba un camisón de raso con tirantes finos, una prenda delicada y exquisita que nunca había tenido, pero que sí había visto en revistas de moda.

La ropa no fue el único cambio. La habitación no era la misma ni de lejos. Abby se levantó de la cama y recorrió la alcoba paso a paso. Donde se hallaba era una estancia grande y espaciosa, con techos altos, varios roperos, una cama con cabecero de oro con adornos de ángeles luchando entre ellos, sábanas de seda, un tocador con exquisitos perfumes, y joyas enganchadas en un extraño artilugio con pequeños ganchos.

Hambrienta de curiosidad, abrió el ropero y vio vestidos elegantes de raso, seda, gasa, satén y telas caras que costaban el sueldo de tres meses. Acarició los vestidos y se deleitó con su suavidad y el diseño tan original. Una capa de oro a juego con un vestido negro de raso palabra de honor y largo, con una sexy abertura en el muslo, era una de las prendas que la había maravillado. Acarició la capa de oro y la

pareció el material más delicado y exquisito que había visto. También había una bata de seda blanca con dibujos bordados en hilo de plata. Un vestido de gasa azul claro salpicado de brillantina plateada, como si fuera de un hada.

Los zapatos eran también una preciosidad. Unos salones negros de punta cuyo tacón era dorado en forma de serpiente enroscada a un palo. Abby se maravilló de ver tales diseños que no parecían de este mundo por su rareza y hermosura. Miró otros zapatos rojos de terciopelo con una fina cadenita de oro y una manzana de cristal colgante que bordeaba el empeine del zapato. Abby acarició el zapato y se lo probó. Le quedaba a la perfección.

Salió del ropero y contempló la habitación. Tenía una lámpara de araña de cristal que colgaba con elegancia del techo. Observó y pasó las yemas de los dedos por las imágenes en relieve del cabecero de la cama, ángeles luchando entre ellos, como la batalla celestial cuando Satanás había sido expulsado. La habitación tenía todas las comodidades imaginables. Un baño grande con ducha acristalada, una bañera con chorros de jacuzzi, dos lavabos, espejos grandes y relucientes, y todo tipo de cosméticos, productos corporales y perfumes.

La habitación estaba enmoquetada en un tono pastel y también tenía unas alfombras de suave pelo blanco.

Abby reparó en la gran terraza de la habitación. Unas puertas acristaladas correderas estaban abiertas y los visillos blancos ondeaban con la brisa que entraba. Abby decidió salir a la terraza. Al hacerlo, se maravilló aún más de lo que esperaba. La terraza tendría un recorrido de unos sesenta metros. Había plantas en maceteros blancos de estilo italiano, una mesa con sillas, hamacas, y hasta un juego de sofás con una mesa redonda de cristal para cenar. Al final del todo vio un bulto negro. Abby avanzó unos pasos y entonces supo lo que era aquello.

Un hombre.

Había un hombre de espaldas. Llevaba una larga bata negra de raso con un dragón rojo bordado en la espalda. Iba descalzo y parecía llevas unos pantalones negros de la misma tela. Sus brazos estaban estirados y sus palmas apoyadas sobre la ancha baranda de la terraza. Su pelo era negro y espeso, peinado hacia atrás en suaves ondas y con un montón de bucles en la parte de la nuca, tapándole la mitad del cuello a modo de melenita corta.

Abby sintió que su corazón se aceleraba. Recordaba vagamente haber visto un pelo del mismo estilo pero de color rubio.

El aire soplaba haciendo ondear la bata de aquel hombre, que le daba un aspecto misterioso y rabiosamente atrayente. Ya de espaldas llamaba la atención por su porte elegante y oscuro y Abby sintió la encrucijada entre hablarle o seguir mirándole. Esperó unos segundos más hasta que se decidió.

—Hola—consiguió decir finalmente.

El hombre se dio la vuelta al instante y ella tragó saliva al ver su rostro y su cuerpo.

Tenía la bata abierta y unos pectorales y abdomen bien definidos y cubiertos de vello negro. Sus abdominales se marcaban perfectamente y la cinturilla del pantalón de raso le bordeaba graciosamente la cintura justo encima de la pelvis, donde el vello negro se perdía.

Abby se quedó de piedra.

Su cara era masculina, con una mandíbula bien definida y cubierta de barba de tres o cuatro días. Sus ojos eran verdes, con un brillo felino, sus labios graciosamente dibujados, el inferior más voluminoso y el superior perfectamente delineado. Sus cejas negras coronaban una mirada intensa y oscura pero atrayente. El pelo espeso y frondoso peinado hacia atrás, y extrañamente Abby sintió que deseaba meter sus dedos entre esa mata de pelo salvaje y acariciar el cabello de ese hombre mientras se fundía con él en un beso eterno.

El viento sopló haciendo ondear su pelo largo y la falda del camisón. Sintió un escalofrío. El día era soleado pero hacía frío. Sin embargo, el hombre no parecía tener problema en estar medio desnudo frente al aire helado. Ella, sin embargo, estaba congelada.

—Abigail… Ven a mí, cariño—el hombre tendió su mano y el lateral de su abdomen se tensó marcando aún más sus músculos. Abby se sintió mareada. Su voz era atrayente y seductora. Caminó hasta él como hipnotizada, mirándole casi sin pestañear. Llegó hasta él, y el hombre la tomó de la mano, besándola mientras la miraba seductoramente con una mirada que cortaba el cristal. Ojos verdes intensos enmarcados en unas cejas negras perfectas. Sus labios acariciaron su piel, y tras besarla, la empujó hacia su cuerpo, rodeándola la cintura y estrechándola contra él para inclinarse y besarla en la boca con pasión durante un buen rato. Eso es lo que Abby quería, y parecía que el hombre hubiera leído su pensamiento

para complacerla.

La respiración de Abby se aceleró, así como el latido de su corazón. Se dejó llevar y entrelazó su lengua con la del hombre, saboreó su boca y acogió sus labios entre los suyos. Lentamente empezó a tocarle, explorando su atlético cuerpo. Abby sintió que aquel hombre no parecía ser como los demás. Ni siquiera como los que había visto en el gimnasio.

Su piel era cálida pese al frío que hacía y su cuerpo musculoso y duro, como piedra tallada. Sus músculos estaban bien definidos y al acariciarle la espalda, la joven notó que sus manos se deslizaban perfectamente por cada ángulo y curva de su espalda, en perfecta sintonía. Abby sintió la llama del deseo invadirla el alma. Quiso ir más allá y tocar su parte íntima, pero no se atrevió. Entonces el hombre paró de besarla, se apartó un poco de su cara y la miró con una sonrisa maliciosa.

—Te gusto, ¿verdad?

Abby tragó saliva y le miró temblando de deseo y vergüenza. Asintió. Él deslizó su mano por debajo del camisón y la metió en las bragas de Abby, acariciando su sexo con dedos hábiles. Ella dio un respingo al sentir una ola de placer en su interior.

—Oh Dios…por favor…—Cerró los ojos un momento y respiró hondo. Casi tuvo que inclinar su cuerpo pues el placer era demasiado intenso.

—Dios no tiene nada que ver en esto. No menciones su nombre. Di el mío… Quiero oírlo salir de tus preciosos labios. Vamos, dilo… Lucien. Te deseo Lucien.

—Lucien, te deseo… Sí, te deseo… Pero por favor no.. —Lucien la calló con un beso. Abby sintió que se derretía al tener un orgasmo cuando Lucien tocó su punto sensible y tener sus labios aprisionando los suyos. Ella entonces se atrevió a meter su mano bajo la cinturilla del pantalón y tocar las nalgas de Lucien. Tenía un culo perfecto, tonificado, duro y respingón. Quiso tocarle su sexo, pero no se atrevió.

Lucien sonrió de nuevo, tomó la mano de Abby y la colocó dentro del pantalón, en la parte de delante. Abby abrió los ojos como platos y sintió su corazón desbocado.

—Esto es lo que quieres, ¿verdad? Es todo tuyo, entonces. —Abby sintió que se mareaba. Lucien estaba tan bien dotado que la asustaba pensar que se metiera dentro de ella porque de seguro la haría daño.

No se sentía preparada para recibirle… Pensaba que era demasiado grande para ella—.Tranquila Abby, apenas te va a doler. El placer será mucho mayor… Déjame enseñártelo…

—Espera… ¿Quién eres?, ¿qué hago aquí? No recuerdo nada.

—Soy Lucien y tú eres Abby, y eres mía como yo soy tuyo. No necesitas saber nada más. Eso y que esta ciudad me pertenece. Contempla esta ciudad llena de dinero, lujo, materialismo, capitalismo, placer… Y tú y yo aquí juntos. La vida que querías… La vida que mereces, Abby. Algo grandioso, no una vida pequeña y triste, sin disfrutar de nada. Mira lo que yo te ofrezco, Abby…

Lucien la llevó de la mano para contemplar la ciudad. Desde la terraza tenían una vista panorámica de la ciudad de Nueva York. Abigail podía ver Central Park, la estatua de la libertad, tiendas caras como Chanel o Dior, restaurantes de lujo, y la zona de Wall Street donde se movía el dinero. Pensó que no podía creer lo que tenía delante.

—Siempre imaginé algo así, pero esto lo supera.

—Claro que sí, Abby… Conmigo tendrás todo lo que quieres, todo y mucho más, mientras estés conmigo, de mi lado.

—¿Cómo no podría estarlo? Esto es la felicidad. —Lucien sonrió. Abby tuvo una breve visión en la que la pareció ver unos pequeños colmillos en su boca, pero cuando parpadeó de nuevo no vio nada, solo la blanca sonrisa de Lucien. Estaba aturdida ante ese cambio que no entendía. Solo recordaba haberse acostado en otra habitación y haber despertado en todo ese lujo que la fascinaba. Quizá por eso su mente la estaba haciendo ver cosas absurdas.

Lucien la cogió en brazos y la llevó dentro. La tumbó en la cama y la quitó el camisón con delicadeza hasta que ella estuvo desnuda y temblando frente a él.

De repente pareció anochecer, y la chimenea cobró vida, envolviendo la habitación de calor y luz anaranjada. La cabecera de la cama resplandecía y las figuras de relieve parecían moverse, unos ángeles y otros luchando entre ellos al fulgor de la luz del fuego. Lucien se desnudó, su bata cayó al suelo y la luz anaranjada marcó aún más sus músculos, líneas y curvas. Se echó sobre Abby y separó sus piernas, acomodándolas alrededor de su cadera. Abby le miró nerviosa.

—No me hagas daño… Por favor… Ve despacio, ¿vale?

Lucien se carcajeó.

Se echó sobre Abby. Sintió su corazón acelerado, olió su miedo y su timidez y le encantó sentir que ella era su presa, que podía hacerla lo que quisiera y que ella incluso le pediría más. Podía leer sus pensamientos y sabía que Abby le deseaba con ardor. Se inclinó hacia ella y la besó con pasión, devorando su boca, sin dejarla respirar. La penetró con fuerza, sin miramientos. Ella gritó y se movió bajó él, casi queriendo soltarse. Estaba asustada. Pero Lucien empezó a moverse, a embestirla mientras la sujetaba con firmeza las muñecas a ambos lados de la cama.

Abby se sentía atada y amordazada. Inmovilizada por Lucien, sintiendo su peso sobre ella, con él dentro, tapándola la boca con un beso lleno de lujuria, con sus muñecas atenazadas con fuerza en las manos de él… Aunque al principio daba miedo, Abby empezó a dejarse llevar. Le sintió moverse dentro de ella, como fuego abrasador, duro como el hierro, tocando cada parte de su intimidad, haciéndola suya. La había dolido, pero el placer empezaba a sentirse como olas del mar, yendo y viniendo. Lucien era demasiado grande para ella, que no estaba acostumbrada al sexo, y al principio sintió que la rompía y que la presión la iba a hacer llorar. Quería decirle a Lucien que parara, que no estaba preparada, que necesitaba que fuera despacio. Pero él siguió con su ritmo, embistiéndola hasta el fondo, con su cuerpo escultural sobre el de ella. Sintió sus abdominales sobre su vientre, el vello negro de sus pectorales sobre sus senos, y entonces la boca de Lucien mordiendo su cuello.

Pronto Abby empezó a gemir, a apretar los muslos contra las caderas de Lucien, para que él no abandonara su interior. Él no parecía cansarse y se mantenía erecto una y otra vez, fuerte y duro como si fuera un hombre de hierro. Abby no supo cuántas veces lo hicieron aquella extraña noche. Pero cuando Lucien salió de su ser, ella estaba jadeante, relajada y con una tonta sonrisa en su cara. Sentía como si una marea de placer la hubiera sacudido el cuerpo entero. Estaba relajada físicamente pero emocionalmente también. Se sentía completa, inundada de amor y protegida por aquel hombre que era puro fuego.

Se abrazó a su torso, apoyando la cara sobre su pecho, y él la rodeó con sus brazos, abrazándola y estrechándola contra él.

—¿Estás bien?

—Sí. Al principio me dolió. Estaba asustada. —Abby sonrió, jadeando, como si hubiera estado corriendo un maratón.

—El dolor y el placer van unidos, cariño. La vida se disfruta mejor

cuando ambos van juntos. Ocurre cuando venimos a este mundo y cuando nos vamos. Se nace con dolor, pero se goza del placer de la vida nueva, y algunos mueren con dolor, pero gozan de una vida más allá… Es el equilibrio. Quizá más tarde te necesite otra vez… Por ahora te dejaré dormir un poco, para que te recuperes.

Lucien inclinó su cabeza y besó a Abby en los labios. Ella sintió que volvía a excitarse con esas palabras. No podía esperar para volver a gozar con él.

****

Los días siguientes fueron el cielo en la tierra. Lucien llevó a Abby a unas cenas de negocios. La vistió de Dior, le presentó a gente importante, bailaron en el gran salón del hotel de cinco estrellas. Todo el mundo la admiraba y la trataba con respeto. Comió todo lo que quiso, hizo el amor con Lucien en el ascensor, la bañera, la limusina, la terraza, y cada vez le deseaba más. Si él estaba en el baño abrochándose la corbata, ella le sorprendía por detrás, se abrazaba a él y besaba su cuello mientras su mano se deslizaba de sus pectorales hasta su pelvis. Entonces Lucien sonreía, se daba la vuelta, la agarraba de la muñeca y en un gesto rápido, la echaba sobre la encimera lavabo, rompía sus bragas y la follaba mientras Abby gemía y se corría una y otra vez.

Entonces Lucien se iba a trabajar, pero al volver traía siempre alguna bolsa de Cartier o Chanel con lencería fina, un vestido de fiesta o joyas.

Una tarde encontró a Abby sentada sobre la cama, comiendo trufas de chocolate acompañadas de una copa de champán. Llevaba lencería de Victoria, un mono corto de seda color blanco. Un tirante fino caía sobre su hombro. El pelo recogido en un moño pero con mechones sueltos. Unos pendientes largos de cristal realzaban su cara. Estaba colocando en un joyero las últimas piezas que Lucien la había comprado en Tiffany. Un colgante con un corazón de cristal color océano, unos pendientes largos de rubí, una pulsera de diamantes en forma de pantera… Abby estaba encantada con esa vida perfecta donde no faltaba el lujo ni el dinero. No tenía que preocuparse de no tener dinero suficiente, ni de volver a casa para estar sola o cómo la gente ni la miraba porque no era nadie. Con Lucien se sentía pletórica y feliz.

Cuando Lucien entró en la habitación y vio a Abby, la sonrió y sacó

una caja de Cartier. Lo abrió y Abby vio dentro un precioso collar de diamantes en forma de serpiente cuyos ojos rojos de rubí brillaban con una extraña intensidad.

—Dios mío Lucien… ¡Me encanta! —ella se lanzó a sus brazos y le besó. Él sonrió y le puso el collar. Abby se miró en el espejo. Estaba espléndida.

—Pues celebrémoslo, ¿no? —Lucien besó su cuello y la bajó el tirante del hombro. Ella sintió la llama del deseo cuando los dedos de Lucien acariciaron su hombro desnudo. Sintió de nuevo ese deseo y fuego que él la provocaba desde que lo había conocido. Ella se giró, le miró con deseo, mordiéndose el labio inferior. Lucien la miró, la agarró del pelo y estampó su boca contra la de Abby. La besó con fuerza y deseo. Deshizo su moño y la tiró a la cama. Acabó rompiéndola el mono a tirones hasta que la tuvo desnuda, pero a Abby no le importaba, sabía que Lucien la compraría otro igual, como las otras veces en las que le había roto la ropa para hacerla suya.

Más tarde ese día, algo empezó a cambiar sutilmente. La perfecta felicidad de Abby experimentó su primera pequeña grieta.

Habían ido a cenar a un restaurante de lujo. La velada había ido perfecta, pero lo malo llegó al final.

Lucien y Abby iban cogidos de la mano, sonrientes y hablando entre risas de lo que iban a hacer en la bañera con la nata al llegar a casa, cuando al salir del restaurante y antes de tomar el coche privado, un hombre de unos cincuenta años, algo desaliñado y de mirada desesperada y temerosa, se interpuso en el camino de Lucien, cortándoles el paso. Abby le miró extrañada y a Lucien se le congeló la sonrisa.

—Buenas noches, señor Fern, soy Thomas Carter, perdone que le moleste, pero tenía que verle. Por favor. Necesitamos hablar.

—¿Pero qué insolencia es esta? No tenemos nada de que hablar, señor Carter. Ya se le explicó que el plazo ha expirado y que nada más se puede hacer. En los negocios, cuando las cosas van mal solo queda asumirlo y seguir adelante. Buenas noches.

—Solo le pido un poco más de tiempo. En esa casa crecí y luego fue el hogar donde formé mi familia. No puedo perderla. Pare el embargo, por Dios…

La cara de Lucien adoptó una expresión de desprecio y asco cuando el

hombre pronunció la palabra “Dios”.

—Pídale a su Dios ayuda entonces. Veremos si le soluciona algo —la voz de Lucien sonaba con un rencor que Abby no había visto antes.

—Se lo pido a usted, señor Fern. Es el único que puede ayudarme. Deme unos meses más, por favor.

—Apártese—Lucien empujó a aquel hombre. Abby le miró, sus ojos azules reflejaban tristeza y temor. Sintió pena por aquel hombre y no comprendía por qué Lucien era tan frío y no mostraba ni pizca de compasión. Ella ya se sentía mal y no conocía de nada a aquel hombre. El coche paró y Lucien abrió la puerta —. Vamos cielo, sube, tenemos que irnos.

Abby miró una vez más al hombre y este le devolvió la mirada.

—Tenga cuidado señorita, está usted con el diablo.

—¡Abby! —la voz de Lucien sonó estridente y rabiosa. Él la cogió de la muñeca y la metió en el coche casi a la fuerza. Después se metió dentro con ella, cerrando de un portazo —.A casa, Reynolds. Y rápido.

El chofer puso en marcha el coche. Lucien apretó un botón y subió la ventanilla de cristal que separaba el asiento del conductor de los asientos traseros. Quería intimidad con Abby.

Ella parecía conmocionada. Su collar de serpiente brillaba y su estola de pelo blanco realzaba su cuello de cisne, pero sus ojos se habían teñido de preocupación. Lucien besó su cuello y deslizó su mano bajo el vestido, hasta tocar sus bragas de encaje negro.

—Lucien, espera… ¿Quién era ese hombre?

—El propietario de *El delfín de plata*. Su negocio no ha ido bien, debe dinero y se va a proceder al embargo. Pasa todos los días, Abby. Y más en esta ciudad. No me digas que te preocupa algo tan banal.

—Los ojos de ese hombre me han roto el corazón. Se le veía tan perdido y desesperado... Lucien, ayúdale, por favor. Dale un poco más de tiempo para que no pierda su casa. Seguro que algo se puede hacer. — Lucien sacó la mano de la entrepierna de Abby y se colocó en el asiento, con una expresión más seria.

—Abby… ¿Sabes cómo funciona esta ciudad y los negocios que la mantienen viva y despierta?. Aquí solo importa el dinero, la imagen, el poder. Lo siento, pero es así y nunca va a cambiar. Con compasión y

caridad no se llegaría lejos. Eso no funciona aquí. Si tuviera que perdonar a cada persona que se retrasa en pagos o que no paga, estaría mendigando en las calles y tú no llevarías ese collar en tu hermoso cuello. Parece que disfrutas las joyas y la buena vida, asique, ¿por qué te quejas ahora?, ¿qué te importa ese hombre?. No seas absurda, disfruta lo que tienes y mira hacia delante, como hacemos todos.

Abby miró a Lucien con decepción y un hondo pensar la invadió el corazón. Toda su felicidad pareció esfumarse en un segundo.

No le gustaba ese aspecto de él. Un hombre frío, calculador, sin corazón. Para él todo parecía girar en torno al dinero, el sexo, y todo lo material. Se había dejado llevar por su físico, sus palabras de miel y su toque seductor, pero no se había fijado en su corazón. Hasta ahora. Y lo que vio no la gustó.

Lucien no habló nada más durante el trayecto hacia casa y Abby se sentía tan descorazonada que optó por lo mismo. Se pasó el rato mirando hacia la ventana y reprimiendo unas lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos. Al llegar a casa, ambos se desvistieron y se metieron en la cama, pero esa noche no hicieron el amor. Lucien se tumbó de lado, dando la espalda a Abby y ella no se durmió hasta bien entrada la madrugada.

****

Al día siguiente, Abby se despertó temprano. Solo había dormido unas tres horas, pero sentía que no había descansado nada. La situación con Lucien era tensa y la daba miedo afrontar un nuevo día con él. No quería discutir ni tener que convivir con alguien a quien no podía ni hablar. Esas situaciones la ponían muy nerviosa. Asique decidió hacer como si nada hubiera pasado. Al menos hasta que pensara en qué hacer.

Se removió en la cama y se dio la vuelta. Vio la espalda de Lucien, musculosa y fuerte. Seguía dormido, de lado, tal y como se había acostado la noche anterior. Su pelo negro parecía tener más bucles y rizos y su cuello era fuerte y esbelto. Quiso besar su cuello, morder su hombro, acariciar su abdomen y apoyar su mano en su sexo. Aún le deseaba.

Empezó a besar su espalda, con besos en los que apretaba los labios sobre su piel ejerciendo presión y esperaba unos segundos antes de

retirarse para besarle en otro punto. Le besó varias veces, pero Lucien seguía dormido. Su piel era fuerte pero también suave. Olía a limpio y a perfume caro. Todo en él era hermoso y perfecto. Admiró su espalda y su piel, y entonces se fijó en algo que no había visto antes.

Lucien tenía unas finas cicatrices a ambos lados de la zona dorsal. Las delgadas líneas se dibujaban sobre su piel en unas rayas diagonales a cada lado de su espalda. Abby recordó tatuajes de Pinterest donde algunas personas se habían tatuado esas líneas para hacer ver que simbólicamente habían tenido alas y que estas les habían sido arrancadas o cortadas. Las cicatrices de Lucien tenían el mismo trazo, color y forma. Ella se extrañó y tocó suavemente las finas líneas con la yema de su dedo. Notó una ligera textura gruesa y supo que no se trataba de ningún tatuaje. ¿Podría ser que hubiera tenido un accidente o alguna operación que le dejara tales marcas?.

—Mi padre me hizo eso.

La voz de Lucien sonó tranquila pero seria. Ella se sobresaltó un poco cuando él se dio la vuelta y se tumbó de lado, mirándola fijamente con esos ojos verdes que a veces parecían fuego.

—Lo siento… No quería importunarte… Solo estaba admirando lo hermoso que eres.

Lucien sonrió. Cogió la mano de Abby y la besó, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Me alegra saber que aún me deseas. Incluso con mis cicatrices— Lucien suspiró—Sí, mi padre me dio este rostro y este cuerpo que tanto te gusta. Y la inteligencia también. Fue una buena herencia. Pero para él no era suficiente… Cuando quise avanzar y ser alguien más, él se volvió contra mí. No respetó mis deseos y me repudió.

—¿Pero por qué?, ¿qué hay de malo en crecer y evolucionar?—Lucien sonrió amargamente.

—Porque solo él quería ser…. Da igual, es un suceso lamentable que pasó hace mucho tiempo. A mis otros hermanos también los repudió porque pensaban como yo.

—No sabía que tuvieras hermanos… ¿Dónde están?

—Oh, por aquí y por allá… Repartidos por las grandes ciudades como esta. Todos pensamos igual, eso sí. Por eso es incompatible que estemos con nuestro padre, y por eso él es solo un recuerdo lejano ya. Pero es mejor así… Sin él tenemos mucho más poder. Pero no quiero

hablar de eso ahora. Dime, ¿me has echado de menos dentro de ti? —Lucien sonrió con astucia y rodeó la cintura de Abby, estrechándola contra él. Ella acarició su hombro desnudo, suave, y le besó en los labios suavemente.

—Sí… Siempre. Deseo tenerte ahí y que los dos seamos una única persona. —Lucien entonces la devolvió el beso, mordiéndola su labio inferior y colocándose encima de ella. Pronto estuvo dentro de Abby y ella se dejó llevar, como siempre. Estar con Lucien era como una droga que Abby disfrutaba sin pensar. Volvió a volverla loca de placer y Abby se derritió bajo su cuerpo, quedando como siempre, exhausta y sonriendo feliz tras ser sacudida por multitud de orgasmos.

Después del acto, Lucien dejó a Abby en la cama y se fue a la ducha y después a trabajar.

En el silencio del apartamento y sin nada en que ocupar el tiempo, la mente de Abby empezó a dispersarse hasta invadirla de pensamientos y dejarla con una sensación de vacío y soledad. Entonces volvió a recordar al hombre de los ojos tristes y el pesar volvió a invadir su corazón.

Aburrida y llena de ansiedad, Abby tomó una decisión. Se vistió y decidió ir en taxi a buscar el local de aquel hombre. Recordaba que Lucien le había dicho que se llamaba *El delfín de plata*. No le fue difícil encontrarlo. Entró y lo que vio la partió el corazón.

El delfin de plata era un restaurante y no de los caros y exclusivos. El hombre de la noche anterior estaba allí, limpiando la barra con una bayeta, cuando de repente la abandonó para dirigirse a una zona del local donde cerca de una mesa de madera estaba un chico de unos veinte años en silla de ruedas acompañado por una chica joven .

—Hola, mi niño, ¿cómo es que has venido a verme? No te hacía tan pronto fuera del centro.

—Hoy Robert ha trabajado duro con la rehabilitación y decidimos que se tomara un respiro y viniera aquí—contestó la chica con una sonrisa.

El hombre abrazó al chico, que solo tenía movilidad hasta la cintura.

Abby esperó hasta que la chica y el joven de la silla de ruedas se fueron y finalmente avanzó unos pasos para presentarse ante el dueño del restaurante

—Buenos días, señor Carter. Espero no molestarse. Necesitaba verle.

Thomas Carter la miró con asombro al principio, y después con ternura. Abigail quería ayudarle e interesarse por su caso. La joven pronto supo que el hijo de Thomas necesitaba cuidados especiales para su lesión de columna y que el tratamiento y el centro costaban más de lo que podía pagar, y aun así había dado a su hijo todos los cuidados que necesitaba y más. Por eso tenía problemas para pagar, y ahora Lucien iba a quitarle lo poco que le quedaba.

—Tome, quiero que se quede con esto. Véndalo y quédese con el dinero. Le dará para pagar lo que debe y sobrará para que pague el tratamiento de su hijo.—Abigail se quitó las joyas de Cartier y las colocó sobre una servilleta que tendió a Thomas. Ambos estaban sentados en una mesa del restaurante, en ese momento no había clientes. Thomas se quedó mirando la servilleta. Un anillo de diamantes, un collar en forma de serpiente de oro y rubíes y unos pendientes de esmeralda.

—No puedo aceptarlo, señorita… Es suyo y esto vale una fortuna... No puedo, de verdad.

—Por favor, acéptelo. Si no, no podré dormir nunca más. Anoche soñé con usted y no pude olvidar cómo mi marido le negó la ayuda. Yo no soy así… No podía quedarme quieta sabiendo que usted estaba en dificultad. Tengo más joyas de las que puedo contar. Yo no las necesito, usted sí. Por favor acéptelo. Vaya a la joyería de la quinta avenida, la de Andrew & Louis, allí le darán un precio justo, no como en esos locales de usureros.

Thomas vio bondad en los ojos de Abigail. No era para nada como Lucien, y no entendía qué hacía una chica dulce como ella con un hombre tan cruel como Fern. No tenía sentido.

—Señorita, no podré nunca agradecerle lo que ha hecho por mí y por mi hijo. Le juro que usaré ese dinero para mi Robert.

—Lo sé, Thomas, no tiene que darme explicaciones, por favor. Me quedaré tranquila sabiendo que estas joyas servirán para una buena causa. Tengo que irme ahora.

Abby se levantó y Thomas no pudo evitar darla un abrazo.

—Tenga cuidado con ese hombre, señorita. No es buena persona. Usted sí lo es. La hará daño a la larga. Tenga cuidado, por favor.

—No se preocupe, Thomas, seré cuidadosa… Le deseo suerte. Adiós.

—Adiós señorita… Gracias, mil gracias.

Abby se marchó.

Al salir del restaurante y bajar por la calle en dirección a la parada de taxi, Abby se sintió liberada. Como si su alma respirara aire fresco después de estar encerrada en una habitación asfixiante.

Paró en una joyería y compró un colgante de oro con una pequeña cruz. Se sintió mejor llevando la cruz, que la serpiente de oro que Lucien la había regalado.

****

Esa noche las cosas cambiaron aún más cuando Abby se estaba dando una ducha en la habitación de Lucien. Eran más de las nueve de la noche y él no tardaría en llegar. Había sido uno de esos días en los que llegaba de noche. Sin embargo, otras veces se tomaba días libres para estar con ella en casa, salir a comer, o atender alguna gala o fiesta de empresa.

Abby no sabía muy bien qué negocios llevaba Lucien, pero por lo que había oído, se movía en el sector de la hostelería. Le interesaban los restaurantes y también los hoteles. A veces compraba negocios acabados y él los reflotaba con un buen plan y mejoras nuevas. Así se había hecho rico. A base del dinero, el poder y la falta de escrúpulos.

Abby había empezado a preocuparse, pero prefirió mirar para otro lado e ignorar que quizá Lucien no era la persona que ella pensaba. Puede que fuera bueno en la cama, y que la colmara de lujos, pero eso no le hacía buena persona.

Abby se tomó su tiempo en la ducha. Quería relajarse y siempre lo conseguía si el agua estaba demasiado caliente. Se colocaba bajo la ducha y dejaba que el agua la cayera por encima de la cabeza como una cascada. Se había depilado y tan sólo llevaba el colgante de oro con la pequeña cruz dorada. Así se sentía protegida.

Notó una presencia detrás de ella. Abrió los ojos y se giró, pero antes de que pudiera decir nada, sintió el cuerpo desnudo de Lucien sobre ella. Sus pectorales en su espalda y su sexo sobre sus nalgas. La boca de Lucien mordió y besó su cuello mientras una mano agarraba uno de sus pechos y otra se internaba en su intimidad y presionaba su clítoris. Abby gimió y apretó los muslos atrapando la mano de Lucien. Él se rió.

—No me esperabas tan pronto, ¿verdad?

Su mano apretó el pecho de Abby y subió por su cuello, apretándolo

ligeramente mientras la mordía la cara y después la besaba con fiereza. La mano de Lucien descendió por el cuello de Abby, su palma rozó la cruz de oro. Él apartó la mano de inmediato como si le quemaran y lanzó un juramento. Abby se sobresaltó. Lucien arrancó la cadena del cuello de Abby con una violencia que ella no se esperaba. La cruz y la cadenita cayeron al piso mojado de la ducha. Lucien le dio una patada y la cadenita cayó por el agujero del sumidero, desapareciendo.

—¡No! Lucien, ¿por qué has hecho eso?, ¿por qué?

Abby se giró y se zafó del cuerpo de Lucien. Se agachó al suelo y metió los dedos en el sumidero para intentar atrapar su colgante, pero no había ni rastro de la cadenita. Alzó la mirada y Lucien la contemplaba serio, hermoso y con cierto brillo de satisfacción en los ojos.

—Estás en la posición perfecta. Me has leído la mente, ¿verdad cariño?

Abby frunció el ceño. Lucien la agarró del pelo y acercó su sexo a su boca. Pero ella consiguió soltarse y gatear hasta otro punto de la ducha, a dos metros de Lucien, lo cual no era mucho. Se quedó agazapada en un rincón, toda mojada y asustada.

—Lucien por favor, me estás asustando… Sal de la ducha, por favor.

—¿Por qué?, siempre me has dicho que te gustaba tenerme en tu boca. ¿Mentías antes o mientes ahora?

—Nunca he mentido. ¿Y tú?, ¿por qué has tirado mi cruz por el sumidero?, no tenías ningún derecho a hacer eso. Quiero que me dejes sola, por favor, no me apetece hacer nada ahora.

—¿Prefieres esa cruz a los hermosos collares que te he regalado?, además, yo no he hecho nada, se cayó y el agua se la llevó. Vamos, levanta de ahí.

Lucien se acercó a ella, la levantó con cuidado, pero en cuanto ella estuvo de pie, la empujó contra la pared de baldosas azules. Ella se quejó lastimera cuando su pómulo chocó con la fría y mojada baldosa, haciéndola sentir un estallido de dolor. Lucien la agarró los brazos hacia atrás en una llave que hacía que los calambres atenazaran sus antebrazos. Pegó la boca al oído de ella.

—No se te ocurra nunca más comportarte así, ¿me oyes? Tú eres mía y harás lo que yo te diga en todo momento. No voy a tolerar esa

estúpida actitud de esposa remilgada y contestona. Conmigo no, Abby. No estropees lo que tenemos, por favor.

—De acuerdo, Lucien, lo siento… Perdóname… Pero por favor suéltame, vas a romperme el brazo, por favor, me duele—Lucien tiró un poco más y Abby sollozó de dolor. Un tirón más y la sacaría los brazos de su sitio—. Haré lo que quieras, por favor, por favor…

—Eso está mejor, Abby. Muy bien, princesa, así sí.

Lucien soltó a Abby. Sintió un alivio inmediato. Se giró y miró a Lucien con miedo, pero intentó complacerle para evitar que la hiciera daño. Le besó en los labios y se abrazó a su espalda. Lucien la besó con pasión, retorciendo sus labios y haciéndola daño. La alzó de las caderas y la puso a su altura. Abby cerró las piernas en torno a su cintura y apoyándola contra la pared, la penetró con fuerza. Abby se agarró a él, gimió y cerró los ojos para no verle. Lucien la embistió con fuerza y ella estaba segura de que quería hacerla daño. Sintió placer acompañado de dolor y cuando Lucien terminó, bajó a Abby, la hizo arrodillarse ante él y echó su simiente en su cara. Abby lo aceptó, aunque sintió ganas de llorar.

Cuando Lucien salió de la ducha, dejó a Abby dentro, como si fuera un objeto usado que ya no hace falta. Ella se quedó un rato más en la ducha y se echó a llorar bajo la cascada de agua.

Más tarde esa noche, cuando se acostaron, Abby se tumbó de lado y dio la espalda a Lucien, que ya dormía tranquilo y relajado. Ella estaba en estado de shock. Apenas había cenado y a causa de los nervios había ido al baño a vomitar mientras Lucien cenaba en el salón. Se sentía sucia, usada y engañada. Empezaba a sentir desprecio por esa vida que tanto había deseado, pues empezaba a darse cuenta de que todo era un escenario de luces y colores, pero que tras las cortinas todo estaba podrido.

Al día siguiente salió aprovechando que Lucien se había ido a trabajar. Fue a una tienda de artículos religiosos y compró un colgante de plata en forma de bala que llevaba en su interior agua bendita. También compró pinturas y algunos cuadernos en una tienda de arte. Dibujar y pintar siempre la había relajado y al llegar a casa se pasó horas pintando temas de ángeles, cruces y al mismo Creador, con una gran barba blanca y ojos azules. También pintó a unos ángeles de cabellos rubios ensortijados y vivos ojos azules. En su mente recordaba a un muchacho así, pero no lograba recordar quién era más allá de no haber olvidado sus preciosos rasgos angélicos. Como Lucien, él también tenía un cuerpo atlético y era alto. Pero al contrario que

Lucien, el joven rubio era imberbe y solo tenía escaso vello rubio por los brazos.

Abby guardó las pinturas en un cuaderno de gomas y lo escondió en el armario, bajo su ropa de lencería, donde pensaba que Lucien no lo encontraría.

Acarició el colgante de bala, sabiendo que el agua bendita la protegería en caso de necesitar defenderse.

Y sí, lo necesitaría.

****

Al día siguiente Lucien comunicó a Abby que por la noche tenían una cena. Tras los sucesos de la ducha, Abby no se atrevía a rechistar lo más mínimo, pues ya había visto la maldad de Lucien. Siendo encantador podía ser malvado y hacer daño dónde más dolía. Sabía que lo que había pasado en la ducha era una manera sutil de hacerla daño. Por alguna razón que Abby desconocía, Lucien parecía tener odio hacia todo lo religioso. Lo de su cruz dorada no había sido lo único. Hacía comentarios que mostraban desprecio, burla y hasta rencor por todo lo relacionado con Dios. Y sabía que la cruz no se había caído fortuitamente. Lucien se la había arrancado y tirado por el sumidero intencionadamente. Y la había castigado por ello al correrse en su cara en una clara muestra de humillación, como si fuera una puta de película porno, acostumbrada a vejaciones. Entonces supo que no la quería de verdad, y Abby sintió que desde ese momento su felicidad se había acabado.

Cuando Lucien la besó al despedirse de ella después del desayuno, ya no sintió mariposas en el estómago, si no asco. Él la acarició la cara y al hacerlo, Abby sintió por un momento que sus uñas eran largas y afiladas. Un escalofrío la recorrió la cara.

—Más tarde te llegará a casa una caja con el vestido que quiero que lleves esta noche. Vas a relucir como una moneda nueva, mi reina— Lucien se inclinó y la besó en los labios. Ella le devolvió el beso y le sonrió.

Al irse Lucien, Abby corrió al baño y se lavó la cara con agua y jabón, incluso usó una esponja de nylon para quitarse la sensación que Lucien la había dejado al tocarla. Restregó tan fuerte que terminó por lastimarse la cara, dejándola con arañazos y enrojecida. Ya no

soportaba el tacto de Lucien. La daba miedo.

Sobre el lavabo, Abby se echó a llorar. Prefería su vida pequeña, donde al menos era feliz con poco, aunque a veces hubiera pensado que podía ser mucho más feliz con más. Pero ahora que lo tenía, no lo era. Incluso era mucho más infeliz que antes. Vivía en una ciudad consumida por el capitalismo y materialismo, donde nadie se preocupaba por nadie y donde solo importaba el dinero, el poder y la apariencia.

Abby aborreció los vestidos lujosos, las joyas, los zapatos de Dior y toda la opulencia que tenía junto con Lucien. Nada de eso la hacía feliz ahora que su relación con él iba en picado. Y entonces entendió que la felicidad no la daba el dinero ni las riquezas, sino rodearse de buenas personas y siendo amada de corazón.

No sabía cómo volver a su vida antes. Solo recordaba haber encendido una vela, pedir un deseo y despertarse en esa nueva vida que había deseado. Pero ahora que la tenía, la aborrecía y no sabía qué hacer para deshacer el deseo. Quizá tendría que esperar al siguiente Halloween y volver a pedir un deseo nuevo. Pero, ¿cómo podría vivir con Lucien durante un año?. Ya apenas soportaba estar con él una noche más. Había visto suficiente de su maldad encubierta tras una cara bonita como para confiar en él y amarle.

Las apariencias engañaban y ciertamente las palabras de Thomas Carter resonaron en su cabeza más fuertes que nunca.

Tenga cuidado señorita, está usted con el diablo

****

La cena de gala en el hotel fue otro golpe que debilitó aún más el ya quebrado espíritu de Abby. Al menos al principio.

Lucien había vuelto a humillarla. Abby sabía que lo había hecho para hacerla daño, porque Lucien disfrutaba haciendo sufrir. Algo en su naturaleza estaba podrido.

Durante la cena, cuando se levantó de la mesa para ir a la barra y beber y tontear con una rubia, él la había lanzado miradas en muchas ocasiones, mientras ella estaba a diez metros sentada en la mesa, con los otros comensales, pero como una muñeca solitaria e ignorada. Abby le había mirado también y pudo ver en los ojos de Lucien cómo disfrutaba haciéndola sentir un segundo plato. Algo en él había

cambiado terriblemente para mal.

Abby había intentado ser fuerte e ignorar sus provocaciones, mirar hacia otro lado, hablar con la gente de la mesa y actuar como si no la importara, pero todo parecía ir en contra de ella para que Lucien se saliera con la suya. Los comensales estaban demasiado ocupados hablando entre ellos, pues ya se conocían, y Abby era cruelmente ignorada. Lucien conocía a todos los miembros de la mesa, pues eran compañeros de trabajo con sus esposas o novias, pero se había asegurado que ninguno se fijara en ella ni le diera conversación.

Abby se sentía ridícula, rodeada de toda esa gente que no conocía, de esa apariencia de lujo y felicidad que no era más que una fachada de falsedad.

Llevaba un precioso vestido blanco de satén. Largo, con tirantes de pedrería blanca. La falda tenía una caída delicada con ondas suaves, la espalda al aire y de los hombros caían graciosamente dos tiras de gasa blanca salpicadas de brillantina plateada que la hacían parecer una paloma con las alas replegadas. La delicada tela se ajustaba perfectamente a su cuerpo, marcando sus caderas, su pecho y su talle de sirena. El pelo largo y liso con las puntas onduladas caía sobre su espalda, haciéndola parecer una diosa.

Sintió que su corazón se contraía, que un nudo la atenazaba la garganta, que las náuseas invadían su estómago y que sus ojos empezaban a escocer. Pensó que lo mejor era levantarse e irse. Tomaría un taxi y se iría a casa.

Miró una vez más a Lucien. Trajeado impecablemente de negro, con un esmoquin de Dior, barba de cuatro días, el pelo oscuro en salvajes rizos y bucles con un espeso tupé peinado hacia atrás. Se reía con la rubia, con una copa de champán en la mano. Sus dientes blancos que parecían relucir en contraste con su barba negra. Y ahí lo vio otra vez.

Unos colmillos y unos ojos verdes llenos de inteligencia.

Abby sintió que se mareaba. Se levantó de la mesa y cruzó el salón. Su vestido blanco ondeando, como un hada. La gente se volvía para admirar su belleza.

Entonces la música empezó a sonar. La famosa melodía de El cascanueces de Tchaikovsky, el vals de las flores. Los acordes parecían ir en sintonía con el andar suave de Abby, sus tacones de plata repiqueteando sobre el suelo, su falda blanca ondeando, una última mirada a Lucien mientras la melodía parecer cantar su triste historia.

Lucien la miró. Ya no sonreía. Sus ojos verdes se posaron sobre ella y como accionado por un resorte, se levantó del taburete para ir directo hacia Abby con pasos firmes, sin dejar de mirarla. Ella bajó la mirada al sentirse intimidada y apretó el paso para salir lo antes posible, pero antes de que pudiera abandonar el gran salón, Lucien la cortó el paso e hizo lo inesperado.

La agarró suavemente de la muñeca y la cintura y comenzó a bailar con ella ante todos.

Eran los únicos que bailaban en el centro del gran salón, bajo las lámparas de araña que colgaban majestuosas sus diamantes en hileras enredadas. La gente empezó a fijarse en ellos, todos volteando sus cabezas y algunos quedándose boquiabiertos ante tal belleza.

Lucien hacía voltear a Abby en delicados compases, haciéndola girar graciosamente, su vestido volando como alas de paloma desplegadas. Ambos siguiendo un ritmo suave y en perfecta sintonía. Abby era una muñeca en manos de Lucien. Ella no sabía bailar, pero con él era una bailarina perfecta. Sutil, con armonía y delicada como si perteneciera al ballet de París. Lucien la sonreía con amor, pero sus ojos eran oscuros, llenos de deseo y de lujuria. Abby sintió que le amaba y le deseaba. Lo olvidó todo. En ese momento se sentía la mujer más feliz del mundo. Él, tan hermoso, la melodía tan bella, y ella tan elegante y hermosa. En ese momento él la hizo sentir una diosa. Todos la miraban, la deseaban y pensaban que era una obra de arte viva.

Lucien dio vueltas con ella, casi como volando. Una y otra y otra y otra, en los acordes finales. Se sentía ligera y que su cuerpo se movía por sí solo. Finalmente, al terminar la melodía, Lucien la hizo girar sobre sí misma una y otra vez hasta que Abby creyó que perdería el sentido, y entonces, en la última vuelta, se dobló como en los tangos, su espalda se arqueó sobre la rodilla inclinada de Lucien, él la agarró por la cintura y terminó besándola en los labios mientras suavemente la levantaba.

La música cesó para dar paso a multitud de aplausos y gente levantándose de sus sillas para vitorearles.

Lucien sonrió, les agradeció el gesto inclinando la cabeza y sonriendo. Abby no se daba cuenta de nada más, solo tenía ojos para él. Se sentía embobada y embriagada.

Lucien la estrechó contra él, besándola en el cuello, presumiendo de ella como si fuera un trofeo ganado. Abby nunca se había sentido tan importante. En su vida siempre había pasado sin pena ni gloria por la

vida de la gente, y aquello era una inyección de autoestima.

Una hora después, Lucien y ella abandonaban el hotel y volvían a casa en limusina.

Hacía frío y Lucien se quitó el abrigo negro para cubrir a Abby, pese a llevar una estola de pelo blanco sobre sus hombros. Dentro de la limusina, Lucien agarró de la mano a Abby, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Has estado preciosa, cariño. Brillabas como un diamante nuevo. La gente te adoraba. Dime la verdad, ¿te ha gustado?

—Sí… Nunca había sentido nada así.

—Es agradable sentir que te adoran, ¿verdad? Sentir que todo el mundo te venera, te aclama, te considera importante. No hay nada malo en ello, Abby. Especialmente cuando se es hermosa.

—Sí, pero no me gusta ser vanidosa y tener toda la atención en mí. Es halagador, pero tampoco merezco tal cosa… Ha sido increíble, pero yo nunca he sido así… No siento que merezca esas ovaciones y pleitesías.

—Eso es lo que siempre nos han enseñado. Que es pecado follar, disfrutar, ser feliz, sentirse atractivo, gastar dinero, disfrutar de la vida. No, Abby, no hay nada malo en ello, de verdad. Son solo estupideces morales. Nos han educado mal. Dios prohíbe todo eso, pero es el primero que desea ser adorado. Solo él. Es egoísta… ¿Por qué los demás no pueden estar a su nivel? Antes en ese salón te sentiste como una diosa, yo lo hice posible. Eso que llaman pecado, narcisismo y vanidad. Estupideces morales.

—¿Estupideces morales? Si piensas eso entonces ahora entiendo por qué estabas con esa rubia mientras me habías abandonado en la mesa. Y no hables así de Dios… Suenas como un blasfemo, como un demonio renegado.

Lucien soltó una carcajada.

—Eso no fue nada. Era Wendy, de la empresa. La dejé y volví a ti. Solo quería ver si me echabas de menos. Y sé que lo hiciste… Me deseabas, ¿verdad? —Lucien la miró con una sonrisa maliciosa y tomó suavemente su barbilla. Ella giró la cara, tragó saliva y miró al suelo incómoda. Sus zapatos plateados brillaron como luna de plata. Lucien parecía leer sus pensamientos y eso la daba miedo. No quería admitir la verdad, que todavía le deseaba y que odiaba sentir eso por él. —Mírame, Abby… Mírame.

Su voz sonaba seductora. Como un canto de sirena.

Abby volteó la cara para mirarle. Sus ojos verdes brillaban como luceros, sus cejas negras perfectas, esas pestañas largas y gruesas, esos labios perfectamente delineados y con una sonrisilla traviesa. Lucien se acercó a la cara de Abby y la besó en los labios. Ella se dejó.

Se besaron cada vez con más frenesí y pasión.

—No, Lucien, para por favor… No quiero, no debo…

—Déjate llevar, Abby… No pienses, solo siente. Quieres sentirme en ti, yo lo sé... No te resistas, no luches más contigo misma. Solo déjate llevar—Lucien decía esto mientras besaba el cuello de Abby y bajaba con delicadeza los tirantes de su vestido.

Ella quería parar, pero no podía. Algo la ligaba a Lucien, y finalmente se dejó hacer. Lucien se adentró en ella y Abby lo recibió de buen grado, apretando sus muslos alrededor de su cintura, queriéndole dentro por completo. La embistió con fuerza y ya no fue dulce, sino lascivo y salvaje, como siempre. Aunque ella le había advertido de su brusquedad y de que ella quedaba dolorida, él no se había apiadado. La penetró con fuerza y Abby se encogió solo un segundo al sentirle demasiado grande para ella. Se agarró a su pelo salvaje, sus dedos entrelazados en sus rizos negros. Cerró los ojos y gimió mientras Lucien la partía en dos el cuerpo y hacía a su alma estallar en pedazos de placer.

Al llegar a casa, Lucien la llevaba en brazos, con su vestido blanco lamiendo el suelo. Abby estaba extenuada y su cuerpo relajado tras los fuertes orgasmos que la habían sacudido . La acostó en la cama quitándola los zapatos y el vestido. La cubrió con las sábanas y la colcha y apagó la luz.

Esa noche, Abby tuvo un sueño extraño.

Soñó que se había levantado de madrugada. Aún era de noche. Lucien no estaba acostado a su lado. Descalza fue a buscarle. Recorrió los pasillos y estancias hasta que una luz anaranjada llamó su atención. Venía del salón.

Abby se asomó a la entrada y vio la chimenea encendida con un fuego alto y abrasador. El calor se sentía desde la distancia, haciendo que la estancia se tornara incómoda y asfixiante.

Lo que vio casi la paró el corazón.

En el suelo del salón, frente a la chimenea, había una chica tumbada y con las piernas abiertas, en posición de parto. Su pelo largo y rubio estaba desparramado por el suelo y sus piernas eran largas y esbeltas. Llevaba un vestido largo de satén negro, con finos tirantes y subido hasta la altura de los muslos. Su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético, como si luchara por respirar, y su boca, semi abierta, mostraba un gesto de angustia.

—Haz que desaparezca, no quiero tenerlo. Por favor, te daré mi alma, pero sácamelo. No puedo tenerlo… Ahora no. Haz que despierte y no lo tenga dentro de mí.

Arrodillado frente a ella, estaba Lucien, pero su aspecto era la cosa más abominable y terrorífica que un ojo humano podía ver.

Estaba desnudo. Su piel parecía casi roja, sus músculos se marcaban de una manera que pareciera que fueran a reventar, tensos como cables a punto de estallar. Parecía el doble de grande, con una espalda monstruosamente ancha, unas alas negras de murciélago medio abiertas, unos muslos fibrosos y unas uñas negras y largas como de un animal monstruoso. Su pelo negro brillaba y sus rizos y bucles parecían más marcados, como si su pelo hubiera adquirido un toque salvaje. Agarró a la chica por las pantorrillas y la acomodó a su cuerpo.

Abby pensó que iba a violarla. Pero ocurrió lo inesperado.

Lucien rompió el vestido de la chica a la altura de su vientre. Lo hizo jirones solo con las manos. Levantó la mano derecha y su dedo índice se puso recto, mostrando una afilada uña negra. Bajó la mano y rajó el vientre de la chica como si usara un bisturí, haciendo una línea horizontal y abriendo la piel como si cortara mantequilla. La chica arqueó la espalda presa del dolor, y Lucien metió la mano dentro de su vientre. Sacó algo que al principio Abby no reconoció, pero que después, con la luz del fuego, supo identificar.

Era un feto.

Quizá de unos cuatro meses. Lucien lo tenía en su mano y lo contempló unos segundos antes de llevárselo a la boca y devorarlo como si fuera un pastel.

La chica gritó pero su gritó no tenía sonido. Abby supo que Lucien la había silenciado, quitándola la voz .

Cuando esa chica se despertara al día siguiente, el bebé moriría.

Sufriría un aborto tal y como ella había pedido al lado oscuro a falta de una respuesta de Dios. Necesitaba librarse de ese bebé y no tenía dinero para abortar. Sus padres no podían saberlo y su carrera era lo primordial. Le invocó, le juró lealtad y adoración y su plegaria fue atendida. Lucien atendió su deseo.

Abby gritó. Ella sí tenía voz.

Lucien se volvió y la miró. Sus ojos ya no eran verdes si no fuego vivo, su cara estaba ligeramente deformada, con colmillos, una hilera de sangre corriendo por sus comisuras y sus facciones más marcadas en un gesto de maldad y oscuridad. Se levantó y tiró el resto del feto al fuego, se limpió la boca con el dorso de la mano y avanzó hasta Abby en grandes zancadas. El suelo retumbaba. Abby no podía moverse presa del miedo. Se agarró al marco de la puerta y deseó despertar. Gritaba llena de terror y se echó a llorar.

Vio a Lucien alargar el brazo, sus venas y músculos latiendo, su mano se posó sobre su cara y entonces todo se fundió en negro.

Se despertó con el corazón en la garganta. Dio una bocanada de aire. Casi había amanecido. Lucien dormía a su lado, acostado de lado, como siempre. Le miró una y otra vez, pero no encontró ningún rasgo anormal en él. Sus pestañas negras y largas le hacían hermoso y un rizo negro caía sobre su frente. Dormía tranquilo.

Abby se levantó despacio y sigilosamente fue hasta el salón. Necesitaba comprobar que todo estaba bien. No encontró nada anómalo. Inspeccionó minuciosamente el suelo, la chimenea, la alfombra, pero no encontró absolutamente nada.

Se dijo que había sido una pesadilla, pero había sido tan vívida que tenía el estómago revuelto. Fue al baño y decidió mojarse la cara con agua fresca. Estaba muerta de sueño y el miedo la atenazaba el estómago. No se sentía tranquila con Lucien.

Se mojó la cara y después se secó con una toalla pequeña. Se miró al espejo. Tenía ojeras, estaba pálida y sus ojos parecían muertos. No era feliz.

Y entonces, para empeorar todo, se fijó en un lateral de su cara. En la mejilla, cerca de la oreja, descubrió unos pequeños arañazos rojos. Como si un gato la hubiera arañado sutilmente. Recordaba el sueño y cómo Lucien había puesto su mano sobre su cara, tocándola con sus uñas largas, cubriéndola de oscuridad. Y entonces se había despertado.

El corazón empezó a latirla deprisa. Volvió a la habitación. Él seguía dormido. Se tumbó despacio a su lado, en posición fetal, dándole la espalda. Estaba asustada y no podía apenas moverse. Sentía agarrotado todo su cuerpo. Intentó dormirse, pero no lo consiguió.

Las imágenes del feto, la chica con el vientre abierto, la monstruosidad de Lucien… Abby deseó despertar de esa pesadilla que ya nada tenía que ver con el deseo que una vez pidió.

****

Lucien y Abby estaban sentados dentro de la terraza cubierta.

Era toda acristalada, con una chimenea portátil que tenía fuego propio y que calentaba la estancia agradablemente. Una graciosa mesa redonda con sillas y plantas en macetas terminaban de adornar la pintoresca terraza.

En la mesa, Abby tenía tostadas, mermelada, bollos, pasteles, zumo, chocolate, café, pero no probaba bocado. Apenas había dado dos sorbos al zumo de naranja y estaba sentada y casi encogida frente a Lucien, con la mirada baja, envuelta en una chaqueta de lana y abrazándose a sí misma. Se sentía pequeña y asustada. Lucien llevaba un traje negro de Armani y bebía café mirándola con fijeza.

—¿Qué te pasa, cielo?, ¿no te gusta el desayuno?, ¿tienes frío? Quizá deberíamos haber desayunado dentro. Pero me encanta esta terraza, como una bola de cristal solo con nosotros dentro. Como esas bolas de nieve. Prueba la tarta de fresa, la han traído esta mañana.

—No tengo hambre, gracias. Me duele un poco la cabeza… Quizá me acueste un par de horas.

Lucien mordió un bollo y de su interior salió mermelada de fresa. Por un momento la imagen del feto vino a su mente. Lucien mordiendo, masticando, sangre chorreando por sus labios. Abby sintió una náusea.

—No estarás embarazada, ¿verdad?

Abby le miró congelada de sorpresa.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, no tienes buena cara. Esta mañana te oí vomitar… Y ahora te da asco la comida.. No pasa nada, Abby. Hay chicas que no quieren

tenerlo y se deshacen del bebé. Pero sé que tú no eres de esas. Sé que tus creencias son fuertes. No como Alice, la hija de los Camden.

Abby sintió que el corazón la latía a un ritmo acelerado.

—¿Quién es esa?

—Oh cielo, una tragedia. Vive en el piso nueve. Se ha quedado embarazada y no lo quiere tener. Sus padres ni lo saben. Quiere deshacerse del bebé y está desesperada. Quizá sea lo mejor. No sería una buena madre con esas adicciones que tiene…—Lucien bebió un sorbo de café. Abby le miraba aterrada.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque yo lo sé todo. —Lucien se levantó y dejó la taza de café vacía sobre el platito. Se acomodó la corbata y se puso el abrigo negro y largo. Avanzó hasta Abby, se inclinó y la besó en los labios. Ella no le devolvió el beso. Temblaba como una hoja—. Tengo que irme, he quedado con un cliente en media hora. Volveré para comer. Será mejor que te metas dentro de casa. Estás helada y tiemblas como una hoja. No quiero que mi princesa se ponga enferma, sería una pena con esta belleza —Lucien acarició su mentón, la sonrió y se marchó dejando una estela de perfume en el aire.

Abby se quedó un rato más. Quieta, sentada, agarrotada y muerta de miedo. Reunió la fuerza y el valor necesario para tomar una decisión. Tenía que acabar con Lucien, de alguna manera. Sabía que no era un hombre normal.

Se vistió y bajó a la calle. Tomó un taxi y volvió a la tienda de artículos religiosos y compró cruces, agua bendita y rosarios.

Con la bolsa llena, tomó otro taxi que la dejó a una manzana del edificio donde vivía con Lucien. Abby caminaba tranquila paseando por la calle llena de tiendas y cafeterías cuando a unos escasos metros del paso de cebra pudo ver un grupo de personas gritar y arremolinarse alrededor del cuerpo de una chica a la que un coche había atropellado por accidente.

—Dios mío, ¡se me ha echado encima! No la he visto, se ha tirado al coche de repente, ¿lo han visto? —el conductor hablaba atropelladamente, temblando de nervios. Había parado el coche y salido a socorrer a la muchacha, más en vano. Un coche de policía se aproximaba a escasos metros.

Abby se acercó y al ver a la chica sintió que se quedaba sin fuerzas.

Tuvo que sujetarse a una farola para no caer al suelo desmayada.

La chica estaba tirada en el suelo, muerta, con la cara ensangrentada y el pelo rubio teñido de sangre. Su vientre estaba abierto, con las tripas desparramadas y entre ellas un pequeño feto completamente destrozado como si hubiera sido mordisqueado. El impacto del coche había sido tal, que inexplicablemente había seccionado su vientre junto con un traumatismo craneal que la había quitado la vida. Abby pudo ver que la chica rubia era la misma de su sueño y entonces todo encajó. Había deseado deshacerse del bebé y el accidente había provocado no solo la interrupción del embarazo, sino también la muerte de Alice. Ahora su alma pertenecería al demonio.

A Lucien.

****

—¡¡¡¡¡ABBY!!!!!

La voz atronadora de Lucien resonó en todo el apartamento. Su voz sonaba airada, dolida, de alguien que está dispuesto a arrasar con todo.

Abby sabía que eso pasaría.

Había invadido la casa de cruces, rosarios e imágenes de Jesús. No había una sola estancia que no tuviera una cruz colgada de la pared o adornando una mesa.

Ella se había encerrado en su habitación, echando la llave. Llevaba una cruz colgando del cuello y la bala de agua bendita escondida dentro del bolsillo pequeño del vaquero. El corazón la latía deprisa.

—Dios mío, ayúdame por favor. —Abby se aferró al crucifijo y recitó el padrenuestro.

La puerta de la habitación se abrió violentamente, chocando contra la pared. Lucien entró como un toro salvaje. La frente perlada de sudor, sus ojos verdes inyectados en sangre y odio, sus rizos negros cayéndole por la frente. La corbata deshecha, la camisa desabotonada y abierta como si hubiera sufrido un infarto y hubiera necesitado desgarrarse la camisa para poder respirar.

—¡Maldita zorra! ¡Ven aquí!

Lucien se abalanzó sobre Abby, pero ella dio un salto y pudo esquivarle a tiempo para dejar que él cayera sobre la cama mientras

ella corría hacia la puerta.

Cuando creyó que había conseguido salir de la habitación, sintió que la tiraban del pelo y la metían de nuevo en la alcoba. La fuerza de Lucien eran casi como la de cuatro hombres.

La empujó contra la pared. La puerta se cerró sola de golpe. Abby miró a Lucien asustada, sabiendo que iba a hacerla daño, que tendría que pasar por un tormento por haberse atrevido a ir contra él. Lucien la miró lleno de odio.

—Vas a pagar muy caro lo que has hecho poniendo toda esa basura por la casa.

—Adelante, no te tengo miedo. Sé lo que eres. Muestra tu verdadera naturaleza. No me importa lo que hagas. Un día Dios te matará, a ti y a todos los que son como tú. Empieza a contar los días que te quedan. Un día todo este brillo y oropel desaparecerá y tú volverás a la oscuridad.

Lucien tensó la mandíbula. Ella había dado el primer golpe al herir su orgullo.

Lo primero que vino fue un puñetazo en la cara. El puño de Lucien se estrelló contra el pómulo de Abby. Un dolor unido a un calambre la recorrió la cara por entero. Ella gritó, pero Lucien no iba a parar ahí. Abby sabía que su insolencia le iba a costar caro y que Lucien estaba determinado a volcar en ella toda su rabia por su rechazo y deslealtad.

Volvió a darla otro puñetazo en el otro pómulo. Y otro en la boca. La agarró del cuello y acercó su cara a la de ella como si quisiera besarla. Ella le miró, con un gesto cansado pero manteniendo el orgullo. La sangre manchaba sus preciosos labios carnosos. Lucien los besó, pero ella retiró la cara. Él apretó su cuello un poco más.

—Suplícame que pare y lo haré. Vamos Abby, te deseo y sé que tú a mí también. Volvamos a lo que teníamos y olvidemos todo esto. Puedo parar ya si tú me lo pides. Solo tienes que adorarme, ser mía, y yo te haré feliz. Hasta ahora tenías todo lo que querías. Ropa, lujo, dinero, galas, sentirte importante. En tu vida anterior no tenías nada de eso. Querías esto y yo te lo di. Fui yo, no ese Dios tuyo que te ignoraba y te hacía sentir una don nadie.

Abby le escupió en la cara.

Lucien apretó los dientes. Soltó su cuello y con todas sus fuerzas propinó otro golpe a Abby. El puñetazo en su estómago la hizo caer al

suelo. Rota de dolor empezó a toser y se contrajo de dolor arrodillada sobre la alfombra.

—¿Ves? Estás a mis pies, justo donde yo quería.

Abby se llenó de rabia y a duras penas se levantó. Le miró con odio.

—No vas a doblegarme, hijo de puta.

Lucien se echó a reír.

—Antes de que pase una hora me suplicarás para que pare… O te mate.

Sonrió y Abby vio de nuevo esos finos colmillos blancos.

Lucien prosiguió. La tiró sobre la cama y ató sus muñecas a la cabecera de la cama usando su corbata. La pegó otro puñetazo en la cara y otro y otro.

El puño de Lucien se sentía como una piedra dura y angulosa chocando contra su cara.

El ojo izquierdo hinchado y medio cerrado pero suficiente para ver.

Aturdida, pero todavía despierta para sentir todo el horror.

Cuando Lucien la rompió la ropa y la violó una y otra vez, Abby alzó la vista para centrar su atención en el cabecero de oro con los motivos decorativos de ángeles luchando. Entonces lo entendió. Eran los arcángeles luchando contra los ángeles caídos.

Dolorida y exhausta, las lágrimas corrieron por la cara de Abby como un torrente. Pero no iba a suplicarle. No podía.

Aunque quizá sí… Para engañarle. En su cabeza, Abby estaba ya tejiendo otro plan pese a que estaba conmocionada y dolorida. Lucien la hacía daño, embistiéndola con fuerza. Sentía una piedra de fuego quemándola y rompiéndola por dentro. Él no se cansaba. Llevaba embistiéndola más de media hora. Abby sentía que su cuerpo dolía y ardía. Los calambres la atenazaban los brazos, la cara la dolía y un ojo no podía casi ni abrirlo.

Tenía que salir de esa situación y hacer algo.

Tenía que terminar con aquella pesadilla.

—Lucien…. Por favor, para. Por favor, te lo suplico, por favor, haré lo

que quieras. Seré tuya, pero para por favor… Te lo ruego, mi señor.

Las palabras surtieron efecto. Lucien paró al momento. Bajó la boca hasta la de Abby y la besó retorciendo sus labios y entrelazando su lengua con la suya. Abby se dejó. Ya no tenía fuerzas para resistirse.

La desató. Cuando Abby pudo mover los brazos, un dolor la atenazó las articulaciones y ella sollozó lastimera. Lucien salió de la cama de un salto. Ella tuvo que reunir fuerzas para levantarse. Su intimidad la dolía y tenía los muslos entumecidos.

Consiguió vestirse a duras penas, llorando en silencio. Necesitaba la bala de agua bendita. El crucifijo de su cuello estaba roto, Lucien se lo había arrancado con violencia provocando un corte en su cuello.

—No sé por qué lo has puesto tan difícil, Abby, ¿ves lo fácil que era acabar con el dolor?

—Tengo que ir al baño… Por favor—musitó en un sollozo.

—Claro, cariño. Ve.

Abby estaba despeinado, con mechones de pelo pegados en la cara a causa de las lágrimas. Con la cabeza agachada, casi sin atreverse a mirarle, pasó al lado de Lucien. Pero él la cogió del brazo. Ella sintió que el pánico la invadía de nuevo.

—Una última cosa, Abby. No puedo dejar que te vayas así, ¿comprendes?

Lucien retorció el brazo de Abby. El hueso sonó como cuando alguien pisa una rama seca.

Abby gritó de dolor.

En otra realidad, la vela de Halloween empezaba a consumirse hasta casi el final.

****

Abby perdió la noción del tiempo. Cuando se despertó ya era de noche. Estaba tumbada en el suelo, justo donde se había desmayado cuando Lucien la retorció el brazo. La puerta estaba cerrada y las luces de la ciudad iluminaban la ciudad. No sabía si estaba sola en casa.

Se incorporó como pudo. La cara le dolía, también el estómago y el

brazo era insoportable. Al ponerse en pie sintió que su brazo derecho colgaba sin fuerza y que el hueso estaba sacado de su sitio en una dislocación que hizo llorar a Abby al ver el mal estado en que estaba. Intentó mover el brazo y un calambre de dolor recorrió todo su brazo. Sollozó asustada. No podía mover el brazo y necesitaba asistencia médica urgente.

Pero no había tiempo para eso. Necesitaba llevar a cabo su plan. Fue hasta el baño. Vació en un vasito de cristal el contenido de la bala de plata,el agua bendita. Entonces se puso de puntilla, estiró su cuerpo, alargó el brazo y cogió el cuchillo que había guardado en lo alto del mueble de las toallas. Afortunadamente, Lucien no lo había descubierto.

El cuchillo era en realidad una cruz de oro bendecida. El palo largo terminaba en una punta afilada de plata. Abby sumergió el filo de plata en el vasito hasta que el agua bendita mojó toda la hoja. Dejó pasar unos minutos hasta que se secó. Escondió el cuchillo bajo su jersey blanco, en la cinturilla del vaquero.

Salió del baño y se aproximó hasta la terraza atraída por una luz anaranjada.

Abby corrió la puerta de cristal, dio un paso y salió afuera, donde el viento sacudió su pelo y también las llamas de la hoguera, donde Lucien quemaba todos los artículos religiosos que ella había comprado. Le vio igual que en el sueño del aborto. Monstruosamente atlético, fibroso y alto. Su piel con un tono rojizo como si le hubieran espolvoreado algún tipo de maquillaje en polvo. Sus alas negras de murciélago, su mirada de odio, su boca en un gesto de desprecio, sus labios negros y fuego en sus pupilas.

Abby estaba aterrorizada, pero estaba determinada a hacer lo que tenía planeado.

Una lágrima corrió por su mejilla. Avanzó hasta Lucien, aunque su corazón latía desbocado por el miedo. Vio cómo las cruces de madera eran pasto de las llamas y la sonrisa en la cara de Lucien billaba de satisfacción..

Entonces, como activado por un resorte, él giró el cuello en dirección a Abby, dándose cuenta de su presencia. La sonrió.

—Abigail, mi preciosa Abby By—canturreó. Así la llamaba su madre “Abby By”.

—Estoy aquí. Sé que no puedo huir de ti. Eres más fuerte que yo. —Lucien sonrió complacido.

—Celebro que por fin entres en razón, mi princesa. Has tenido que pasar por un camino de dolor para finalmente conocerme y conocerte a ti misma. Esa es la belleza del dolor. A mí y mis otros hermanos nos pasó lo mismo. Fuimos expulsados del cielo, pero gobernamos en el infierno y en esta nueva tierra donde las gentes disfrutan de nuestras ideas. El poder, el sexo, el dinero, el narcisismo, la vanidad…. Esta ciudad es nuestra, Abby. Esta y muchas otras que son gobernadas en la sombra por mis otros hermanos. ¿Por qué crees que el mundo va tan mal? El libre albedrío y nuestra colaboración lo hace posible. Hay tanta gente desesperada, Abby… Son tan frágiles… Basta apretarles un poco las tuercas para que se pasen a nuestro bando y abandonen a ese Dios que no hace nada por ellos. Sé que muchos otros nos repudian, los guerreros de la luz, pero yo y mis hermanos siempre tendremos seguidores de la oscuridad. Gente que necesita un cambio, un milagro. Y nosotros se lo damos. Es tan fácil, Abby… Solo hay que saber dónde buscar.

—Cuéntame más…Por favor. Yo fui una de esas personas desesperadas, ¿verdad?

—No hay mucho más que saber, Abby By. Solo basta desear un cambio en tu vida. El pobre que quiere ser rico, la mujer que desea deshacerse de un bebé, alguien que quiere ser famoso y adorado porque siempre le hicieron sentir un don nadie, el que ha perdido todo en la vida y quiere una nueva oportunidad. Reniegan de su Dios, y entonces ahí entramos nosotros… No pedimos mucho a cambio. Les damos una vida llena de lujos, dinero, lo que sea que desearon… Y al final, el alma es nuestra. No es mucho, ¿verdad? Ni siquiera ellos la valoraban, no sabían lo que tenían hasta que lo perdieron. En el infierno ya no hay vuelta atrás, Abby. Pero al menos tuvieron una buena vida. Lo justo es que nos sirvan en la eternidad, por el favor que les hicimos.

Abby se colocó frente a Lucien. Tuvo que alzar la vista para mirarle, pues él era mucho más alto que ella. El fuego les calentaba. Abby podía oler la madera quemada y oía el crepitar del fuego. Entonces Lucien sonrió y recuperó su forma humana. De nuevo hermoso y distinguido. Alargó la mano. Tocó la cara de Abby y también su brazo. Sintió un calambre recorrer sus miembros. En unos instantes estaba curada. Su brazo ya no dolía y volvía a estar bien, así como su cara. Ya no había dolor ni moratones.

—Gracias. —Ella tomó su mano y la besó sin dejar de mirarle a los ojos.

—No hay de qué darlas… ¿Ves? Conmigo serás feliz. Fíjate qué rápido se arregla todo. Yo puedo hacer todo realidad, para ti, Abby. Es lo que querías, ¿verdad?. Una vida diferente donde fueras amada, valorada, reconocida. Querías tener joyas, dinero, ropa de lujo, estar casada con un flamante marido que te llevara a cenas y fiestas, que te hiciera sentir importante y viva. Yo he hecho eso por ti, Abby. Nadie más te lo ha dado excepto yo. ¿Acaso soy malo? Dios no ha hecho eso por ti. ¿Quién es el malo, entonces? Yo te salvé de la mediocridad. De esa vida vacía donde eras una don nadie que no le importaba a ningún ser vivo.

—Tienes razón. Ahora sé que este es mi destino. No tiene sentido resistirse. —Abby , como hipnotizada, empezó a avanzar en línea recta hasta la baranda de la terraza. Tenía una anchura de un metro, y mirar hacia abajo daba vértigo. Había una caída de más de cien metros. Se apoyó en la barandilla y Lucien se unió a ella, besando su cuello. Quiso abrazar su cintura, pero Abby no quería que notara el cuchillo, así que cogió sus manos y las colocó sobre sus pechos. Se dio la vuelta y le miró a los ojos —. Bésame, por favor. Fuerte.

Lucien sonrió y la besó. Abby tomó sus labios y le besó con fuerza y pasión. Metió su lengua en la boca de Lucien y gimió en su boca. Se estrechó contra su cuerpo y su brazo izquierdo rodeó su fuerte espalda. Su mano subió por su cuello y agarró sus rizos y bucles negros.

Su mano derecha se metió bajó su jersey, sacó el cuchillo lentamente. Tenía a Lucien bien agarrado.

"*Dios mío, apiádate de mi alma y acógeme en tu reino, por favor. Y dame valor para dar el paso final*".

Abby levantó el brazo en un movimiento ágil y lo bajó con fuerza clavando la cruz en el cuello de Lucien.

—Dios es mi señor, por siempre. No verás la luz del nuevo día en esta ciudad. Vuelve al infierno hijo de puta.

Lucien gritó de dolor, la miró con horror durante dos segundos antes de que Abby agarrada aún a su pelo, tirara de los dos hacia atrás en un movimiento que los lanzó al vacío.

Ambos cayeron en picado hacia el asfalto en una caída de más de cien

metros. Lucien gritando y Abby con los ojos cerrados.

Y todo acabó.

****

Abby cayó al suelo y se golpeó la frente contra el duro suelo.

Abrió los ojos y para su sorpresa no estaba en la calle. Ni siquiera en Nueva York.

Se había caído de la cama y había aterrizado en el suelo. Llevaba su vieja camiseta de algodón, su cama era la de siempre y su habitación no tenía nada de lujosa. Ni vestidor, ni frascos de perfume, ni joyas de Cartier.

Abby se incorporó y sonrió. Era de día. El sol ya había salido. La vela de Halloween se había consumido por completo. Los restos de cera derretidos se habían salido del platito formando un extraño puré naranja desparramado. Abby ni siquiera se molestó por tener que limpiarlo.

Corrió a la ventana y se asomó. Vio los jardines de los vecinos decorados con calabazas, esqueletos y demás parafernalia de Halloween. La noche más mágica había pasado y ella había vuelto a su vida de antes, sin Lucien.

Para celebrarlo decidió vestirse y dar un paseo por el campo. Algo que antaño le había parecido una actividad aburrida, ahora la disfrutaba, y se sentía feliz absorbiendo las pequeñas cosas. Poder respirar en un nuevo día, la belleza de una flor o el sol caliente acariciando su cara. Cerró los ojos y respiró el aroma de la hierba mojada.

—Felicidades, Abby. Superaste la prueba. Me alegro de verte.

Abby frunció el ceño y se dio la vuelta en dirección al sonido de la dulce voz que había escuchado.

Era Angel. Sonreía y sus vivos ojos azules parecían brillar más que nunca.

—¡Angel! —Abby corrió a abrazarle. Él sonrió y la abrazó. Después de su experiencia con Lucien, Abby se alegraba de ver a alguien de buen corazón.

—Sabía que lo conseguirías. Te libraste de él como una heroína. —Dijo él acariciándola el pelo. Abby se apartó de su abrazo para mirarle

a los ojos.

—No entiendo nada… ¿Sabes lo de Lucien?, ¿qué ha pasado?

—Abby, Lucien era uno de mis hermanos allá arriba. Por desgracia decidió seguir a Lucifer. Su verdadero nombre no era Lucien sino Dharión. Era un bello ángel, y muy inteligente. Pero perdió sus alas por ser lujurioso y querer ser superior a nuestro Gran Padre. Lo arrojaron al infierno junto con los otros, cuando la batalla en los cielos tuvo lugar. Salimos victoriosos. Pero ahora él y otros como él andan libres por la Tierra y gobiernan las grandes ciudades del pecado hasta que llegue la destrucción del mundo y entonces ellos dejarán de existir. Algún día…

—Entonces, ¿Lucien ha muerto?

—Me temo que no. Solo podría matar su cuerpo una entidad espiritual enviada por Dios. Un ángel, arcángel, un espíritu puro con mucho poder… Y volvería al infierno.

—¿Pero qué pasó conmigo?, ¿qué fue aquello que viví?

—El deseo que pediste. La vela que te di lo hizo realidad. No era como el resto de velas, la tuya tenía algo especial que yo puse. Tenías que ver por ti misma que estabas equivocada, que a veces lo que deseamos no es lo que debemos tener, y que Dios no tiene la culpa de eso ni de nuestras decisiones que nos llevan a tener una vida u otra.

—Entiendo… Esa vida no era lo que yo imaginaba. Creí que la quería, pero después de vivirla, me di cuenta de que el dinero y los pedestales no dan la felicidad. Me alegro de haber vuelto a mi vida. Ahora valoro las cosas de forma distinta. Agradezco haber tenido la oportunidad para darme cuenta. Sé que otra gente se pierde en la vida y no viven su presente por desear tener un futuro idealizado. Se pierden la vida por desear lo que querrían tener.

—Así es, Abby.

—Pero aún tengo una duda. ¿Quién eres tú? —Angel sonrió.

—Un ángel que perdió sus alas para bajar a la Tierra y guiar a la gente Es una misión que tomé voluntariamente. El mundo tiene muchas sombras y gente que las propaga. También necesita luz y seres que iluminen el camino de aquellos que están perdidos. Ahora tengo que marcharme, me necesitan en otros sitios, pero por favor, nunca olvides lo que ha pasado, Abby. Recuérdalo siempre que dudes sobre tu destino.

—Lo haré, te lo prometo.

Angel abrazó a Abby. Ella le estrechó con fuerza. En sus brazos se sintió llena de luz y amor.

Feliz.

Cuando Abby abrió los ojos, vio que él ya no estaba. Había desaparecido de repente como si su cuerpo se hubiera convertido en aire que volaba libre a otro destino incierto.

Abby suspiró. Sintió la marcha de Angel. Su corazón le decía que habría sido feliz con él.

Al día siguiente fue a trabajar, y Tom se quejó de que el chico rubio había dejado el trabajo alegando que no podía tomarlo por una situación familiar.

Abby sintió la ausencia de Angel más de lo que quería admitir. Le echaba de menos y no había dejado de pensar en él.

Al terminar el turno, volvió a casa en autobús. La esperaba de nuevo su casa, vacía, solitaria y silenciosa, como siempre. Pero no quiso que la tristeza la abatiera. Quería tener una nueva oportunidad, darse esperanza y ser más positiva. Quizá la vida cambiara y tuviera algo bueno para ella, algún día.

Abby entró en casa, encendió la luz del recibidor y dejó las llaves en el cenicero de cristal de la mesita.

Se dirigió al salón y de repente alguien encendió la luz. La estancia se iluminó y Abby se encontró con Angel. Este la sonreía. Su pelo parecía de oro bajo la luz de la lámpara del techo.

—Hola Abby.

Abby le miró boquiabierta. Su corazón se embriagó de alegría.

—Angel…. Pero… Creí que te habías ido. No pensé que volvería a verte.

—Bueno, ahora estoy aquí, en este mundo. Elegí ser un protector y Dios me dio permiso. Elijo ser tu protector. Para siempre. Si tú me aceptas. Aunque siga ayudando a otra gente, siempre seguiré a tu lado, hasta tu último aliento en este mundo.

—Claro que te acepto. No podría ser más dichosa sabiendo que guiarás mis pasos y que nunca más estaré sola.

Abby sonrió, abrazó a Angel y él la estrechó con fuerza.

Se besaron y Abby sintió que esa era la felicidad y la vida que siempre había deseado, solo que no lo había sabido hasta entonces.

Algunos años después, Abby leyó la noticia de cómo un empresario de Nueva York llamado Lucien Fern, había fallecido a causa de una caída desde el edificio donde compartía apartamento con su esposa Lily. Abby reconoció a Lucien en la foto del titular.

La noticia corrió por redes sociales y un extraño usuario comentó que la caída de Lucien no había sido por suicidio ni porque su mujer le hubiera matado. El usuario juraba haber estado tomando el sol en la terraza cuando presenció cómo Lucien era elevado en el aire por algo invisible que lo había arrojado al abismo. Dijo que nadie le creería y que le tomarían por loco, asique no declaró a la policía y prefirió reservarse lo que sus ojos habían visto.

Pronto el resto de usuarios le tomaron el pelo y se burlaron de él hasta que al cabo de unos días el usuario había borrado el comentario para evitar nuevos ataques. Pero Abby aún lo tenía fresco en su memoria. Recordaba cada palabra y no necesitó más para saber que una fuerza superior del más allá había hecho justicia, llevándose a Lucien a donde de verdad pertenecía: el infierno.

Abby decidió dar un paseo por el bosque, elevó la vista al cielo y dio gracias a Dios por su vida junto a Angel.

Su deseo había sido concedido… Poder ser feliz.

Y nunca se sintió más dichosa de ver que su deseo equivocado había sido una pesadilla de la que pudo despertar, mientras que otros no podían decir lo mismo y vivían sus vidas sumidos en la oscuridad hasta que se daban cuenta demasiado tarde.

Cuidado con lo que deseas… Tu mayor anhelo podría ser tu perdición.

¿O no?...

MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Noviembre 2022

Aquella mañana, Christine sintió que necesitaba salir de casa y respirar aire fresco. Llevaba días en casa tras la nevada, y hasta esa mañana no le había apetecido salir. Las calles estaban llenas de nieve y placas de hielo y más de una vez se había resbalado, por lo que había decidido esperar unos días a que con el sol la nieve se derritiera y el asfalto quedara de nuevo limpio y seguro para andar.

Hacía poco que se había mudado a *Amber Hill*, una pequeña ciudad-pueblo con costa y amplios bosques. La gustaba porque tenía una parte de ciudad, pero casi todo era como un pueblo. Tranquilo, con buena gente, buenas vistas y comida sana.

Había heredado la casita con huerto de su abuela May, y Christine decidió dejar atrás Londres para mudarse al pueblo cerca de Nueva York, pues siempre había querido conocer los Estados Unidos.

Su trabajo pasó a ser online, asique tras hablarlo en la oficina con Alan y pedir el traslado, no hubo problema en que siguiera desempeñando su trabajo en otro país. Era redactora de una revista que abarcaba diversos temas de salud y bienestar. Aparte, diseñaba joyas que vendía en una tienda online. En cuanto al trabajo, estaba satisfecha, pero su vida personal no podía ser más vacía. No tenía familia, ni pareja, a excepción de unos pocos amigos. Necesitaba un cambio personal, quizá conocer gente nueva y la idea de mudarse a *Amber Hill* le pareció una buena oportunidad para un nuevo comienzo.

Aquel día, probablemente Christine se habría quedado calentita bajo el edredón y las sábanas hasta las once, como el resto de los días anteriores, pero algo la despertó. Como una energía invisible que la obligaba a salir de la cama porque la esperaba algo grandioso.

Se sintió más ilusionada y llena de vida que ningún otro día, aunque no entendía por qué, ya que era un día como otro cualquiera.

Llevaba semanas en casa de la abuela May, y ya estaba completamente instalada. La casa de la abuela era acogedora, limpia y consistía en una casita de dos plantas, un porche y un pequeño huerto. Christine se sentía feliz con poco, pero aún no sabía lo que la esperaba…

****

Decidió ponerse más guapa que el resto de días, donde sus típicas prendas solían ser vaqueros, jerseys, sudaderas y leggins. No tenía que

impresionar a nadie y era tan hermosa que no necesitaba maquillaje ni prendas de moda para llamar la atención o lucir bien.

Christine se puso unas medias azules, botas de cuero, una falda escocesa y un jersey azul marino, su abrigo corto color rojo, y una gruesa bufanda con guantes.

Su bicicleta estaba apoyada sobre la pared lateral de la casa. Se subió y decidió que era un buen día para salir y dar un paseo.

Aquel día brillaba el sol y Christine conducía su bicicleta por las calles del pueblo, pasando la panadería, la tienda de comestibles y bordeando el embarcadero.

Había una zona que no había visto desde su llegada a *Amber Hill.* Unos amplios bosques verdes con árboles frondosos y caminos que se perdían entre el follaje verde, y una carretera con una hilera de casas con jardín. Eran casas un poco más grandes que la suya. Tenían un extenso jardín y algunas hasta piscina. Parecía una especie de urbanización.

Si salías de la casa solo tenías que cruzar la carretera y te topabas con el bosque justo enfrente. Ella, que amaba la naturaleza, no pudo por menos que ir a curiosear.

Pedaleó con más brío y bordeó la zona para adentrarse en la curiosa urbanización. La gustaba ver las casas e imaginar quién viviría dentro o cómo decoraban el jardín y los porches y así adivinar la personalidad de sus inquilinos.

Christine pedaleaba con ganas y admiraba las casas. Había por lo menos ocho, así que el vecindario era reducido. Las casas estaban algo alejadas del pueblo y Christine se imaginó que la gente que había decidido vivir ahí querían alejarse un poco del ruido y la sociedad, y no les culpaba. Ella se pasaba media vida en casa, trabajando online, viendo películas y comiendo lo que la apetecía.

La verdad es, que lo que la ocurrió fue en parte culpa suya. No estaba mirando la carretera, embelesada mirando las casas y pedaleando sin tener el mínimo cuidado.

Cuando llegó casi al final de la calle, la rueda de su bicicleta patinó en una placa de hielo adherida todavía al asfalto. La bicicleta hizo un giro extraño, Christine no supo reaccionar a tiempo e intentando girar el manillar hizo que la bicicleta, en vez de enderezarse, se torciera hacia un lado, provocando su aparatosa caída.

Christine gritó y cayó de bruces al suelo justo cuando Alexander abría la verja metálica de su jardín y se disponía a cruzar la carretera para su paseo matutino de todos los días. La vio caer y el corazón le dio un vuelco. La chica solo estaba a unos metros de él, tirada en la calzada junto con la bicicleta, y justo un coche venía en su dirección.

Alexander sintió que si no reaccionaba pronto sería tarde para la chica.

Todo pasó muy deprisa. Corrió hacia la joven, la recogió de la calzada y la tomó en sus brazos levantándola. Ella estaba aturdida, medio inconsciente y tenía la barbilla y la nariz llena de sangre. Sus medias rotas, y con las rodillas laceradas y ensangrentadas.

De un saltó llegó a la acera con ella justo cuando el coche pasaba a gran velocidad y pasaba por encima de la bicicleta, dejándola hecha un amasijo de hierros retorcidos.

El coche parecía un tanque. El típico Land Rover potente. Tal fue la fuerza, que la bicicleta no solo quedó hecha una pena, sino que salió casi despedida hasta llegar al arcén donde ya casi empezaba la línea del bosque. Alexander pensó que la chica era más importante en ese momento, y se olvidó de la bicicleta.

En brazos, llevó a Christine a su casa. Abrió la verja con el mando a distancia, recorrió el jardín, subió las escaleras del porche y metió en casa a la chica, acomodándola en el sofá. La acomodó poniendo unos cojines bajo su cuello y espalda, para evitar que se tumbara del todo y se ahogara con la hemorragia nasal.

Alexander corrió al baño y cogió el botiquín. Al llegar al salón, Christine había empezado a espabilarse y moverse.

—¿Dónde estoy?, ¿quién es usted?—su voz sonaba aturdida y preocupada.

—Me llamo Alexander Ward. Está en mi casa, no se preocupe, señorita. Se cayó de la bicicleta y casi la atropella un coche. Tuve que sacarla de ahí o habría muerto.

—Dios mío, muchísimas gracias por salvarme la vida, no me di cuenta, solo sentí que alguien me cogía en brazos, fue todo tan raro…

—No hay de qué darlas, es algo que tenía que hacer. Está muy herida, pero no es grave, puedo curarla y si quiere, la llevaré más tarde al hospital. ¿Cómo se encuentra?

—Aturdida… Creo que no me he roto nada, pero ahora mismo me duele la cara, las rodillas… Dios mío, qué desastre… Y yo pensé que hoy era un buen día para salir a dar un paseo… Me llamo Christine Leonard, por cierto. Siento no haberme presentado antes.

Christine se paró a mirar a su salvador. Alexander era hermoso.

Tenía ojos verdes y un cabello oscuro, espeso y ondulado, peinado hacia atrás con el corte clásico. Sus labios estaban perfectamente delineados y tenía una barba oscura de tres días. Sus mejillas no tenían barba y parecían suaves. Era muy varonil y atractivo. Llevaba pantalones negros y una sudadera remangada roja. Sus brazos eran fuertes y tenía una capa de vello negro fino cubriéndolos.

Christine se sintió tonta por pensar que aquel hombre la gustaba.

Ella tenía veinticinco años y Alexander rondaría ya los treinta y muchos. Era el típico madurito sexy que se conservaba mejor que chavales de veinte. Su mirada era penetrante, con aquellos ojos verdes metidos en párpados carnosos y unas cejas negras perfectas.

—¿Me permite que la cure?

Christine asintió sin dejar de mirarle. Él bajó la mirada para cortar sus medias y curar sus heridas. Sus pestañas eran gruesas y la barba corta le daba un aire muy interesante.

Christine por un momento deseó besarle.

Sintió una oleada de deseo recorrer su cuerpo entero cuando Alexander rompió sus medias de un tirón usando solo sus manos. Se deshizo de la tela fácilmente, y con una mano agarró su muslo para acomodarlo bajo un cojín. Ella entreabrió los labios sin dejar de admirarle.

—Esto va a doler un poco, ¿vale?

Christine apenas le escuchó. Solo sintió un escozor lacerante cuando Alexander echó alcohol y después agua oxigenada sobre la herida de su rodilla. Ella emitió un pequeño grito y se contrajo, pero Alexander sujetó fuertemente su pierna y empezó a soplar sobre la herida como si fuera una niña pequeña a la que su madre cuida y cura.

Sentir la mano suave y fuerte de Alexander agarrando su pierna, y tener la brisa de sus labios sobre la herida, fue toda una experiencia. Él parecía sumamente concentrado en lo que hacía. Curó la otra rodilla de Christine del mismo modo, primero desinfectándola y

después colocando unos apósitos con adhesivo. Después, dejó las medias rotas encima de la mesa, como un trapo viejo.

Se volvió a Christine y delicadamente subió su barbilla. El ligero contacto de los dedos de Alexander sobre la suave piel hizo que la recorriera un escalofrío por todo el cuerpo.

Alexander limpió y desinfectó igualmente la herida de la barbilla y de la nariz.

—Ya ha dejado de sangrar. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor, gracias de verdad. Siento mucho molestarle así.

—No es ninguna molestia. Pero siento decir que la bicicleta ha quedado inservible. El Land Rover la ha destrozado por completo. Pero tengo coche y puedo llevarla a casa, no se preocupe.

—Tutéame, por favor, si no me vas a hacer sentir mayor—Christine emitió una risita.

—Ja, ja, ja, eres muy jovencita, no creo que debas preocuparte por eso ahora mismo. Yo, sin embargo, sí que me estoy haciendo mayor, ya quisiera tener tu edad otra vez…

—No me creo que seas tan mayor—Christine le miró con una sonrisa queriendo saber más.

—Bueno, he cumplido los cuarenta hace unos meses… Casi estoy en la mitad de mi vida.

—No aparentas esa edad. Pensé que tenías treinta y seis.

—Gracias, pero no es así—Alexander miró a Christine con dulzura —.Tú seguro que tienes veinte y pocos, ¿verdad?

—Tengo veinticinco. —Alexander asintió y bajó la vista al suelo un momento—. Viví un tiempo en Londres y me mudé hace poco aquí al heredar la casa de mi abuela May. Vivo en el pueblo. No conocía esta zona, hoy salí a dar un paseo y…

—Espera, ¿May Flower era tu abuela?

—¡Sí! ¿La conocías? —Alexander sonrió ampliamente.

—¡Pues claro! Siempre me regalaba mermeladas o alguna hortaliza que cultivaba. En ocasiones la visitaba. Nos conocimos hace años. Tuvo una caída cerca de la tienda de comestibles de Anderson. Yo la

socorrí, la llevé a su casa, me invitó a un té con unas rebanadas de pan y mermelada de fresas, hecha por ella misma. Y desde entonces fuimos amigos. Era una persona encantadora.

—Madre mía, no puedo creerlo, ¡el mundo es tan pequeño! —exclamó Christine completamente exaltada.

—Hablaba maravillas de su nieta. Ahora comprendo que eras tú. —Alexander la sonrió con cariño y puso su mano sobre la de ella. Christine sintió que el corazón la latía fuerte.

—¿Os veíais mucho, entonces?

—A veces sí. Ella vivía sola, viuda, y yo vivo solo también. No tengo hijos ni pareja, así que nos dábamos compañía mutua… La veía como a una madre, y ella a mí como un hijo. Siento mucho tu pérdida, Christine. Cuando supe de su muerte me dolió mucho… Pero bueno, no quiero recordar cosas tristes… Me siento bendecido de tener a su nieta en mi casa. Es curioso cómo obra el destino. Para mí esto es como un regalo de May.

—Te agradezco tus palabras, Alexander—Christine le miró y se atrevió a apoyar la palma de su mano en la mejilla de Alexander. Ambos se miraron y no necesitaron decir nada.

Se gustaban desde que se habían visto, pero por decoro no habían saltado el uno sobre el otro para devorarse.

—¿Te gustaría quedarte a comer? Creo que tengo todavía un bote de mermelada de tu abuela. Podríamos tomar un poco de postre y brindar por ella.

—Me encantaría—Christine le sonrió. Alexander la devolvió la sonrisa.

—¿Cómo te encuentras ahora? ¿Quieres que te lleve al hospital?

—Estoy mucho mejor, gracias. No, no creo que sea necesario. Han sido solo heridas superficiales. Lo importante es, que me salvaste la vida. Nadie había hecho tanto por mí en la vida. Nunca podré agradecértelo suficiente.

—No me debes nada, Christine. Me alegro de tenerte aquí. Estaba solo y ahora tengo tu compañía, la nieta de May, que para mí era una persona a la que quería mucho. Con eso me doy por pagado.

—Gracias por decir eso. Quizá te estoy entreteniendo. A lo mejor

tienes que ir a trabajar o hacer algo que tenías planeado. No quisiera molestar…

—No, no tengo que ir a ninguna parte. Verás, trabajo en casa. Soy escritor, Steven Mcneil. Pero no vivo solamente de eso, por desgracia la escritura es un arte muy desagradecido. En parte me dedico a escribir, pero tengo un apartamento alquilado en Central Park y vivo de esa renta y de los libros. No puedo quejarme porque tengo ingresos por mis libros, pero no me engaño, nunca seré alguien como Stephen King.

—Waow, no puedo creerlo. ¡Tengo uno de tus libros! Tú escribiste "*El lenguaje de las almas*", es un libro que trata de la otra vida.

—¡Sí! Dios mío, verdaderamente no creo que todo esto sean coincidencias. Creo firmemente que estábamos predestinados para conocernos, Christine.

—Yo siento lo mismo… Esta mañana me levanté con una energía diferente. Era como si mi alma supiera que me esperaba algo nuevo, diferente, no sé… Tu libro me encantó, Alex. Todo lo que cuentas es tan profundo... ¿Piensas de verdad que alguien después de la muerte puede regresar para acabar algún asunto o para visitar al ser amado?

—Por supuesto. Y es más, yo lo haría. Por un ser amado volvería del otro lado si fuera necesario. Para proteger a esa persona, para hacer justicia o lo que fuera.

—Me encanta que pienses así… Es bonito lo que dices, y más en estos tiempos donde la gente parece haber perdido la fe y las creencias.

—Bueno, no todos pensamos igual. Hasta hay científicos que demuestran que Dios existe, y por tanto, la otra vida. A mucha gente le suena descabellado, pero yo creo en ello.

—Yo también…Quizá por eso nos hemos encontrado, porque alguien arriba movió los hilos adecuados, ¿verdad?

—Me gusta pensar que sí—Alexander sonrió y no pudo evitar acariciar la barbilla de Christine.

****

La comida fue muy amena. Christine y Leonard compartieron un montón de vivencias y anécdotas, tanto de la abuela May como de sus propias vidas.

Resultaba que tanto uno como el otro, estaban más solos que la una. Aunque Leonard había tenido algunas relaciones, no habían durado y él nunca llegaba a enamorarse como para comprometerse. Tras vivir en el centro de la ciudad y trabajar como paramédico unos años, se cansó de esa vida que no le llenaba y tomó una decisión cuando su abuelo le legó la casa de *Amber Hill.* Se mudó y empezó una nueva vida para alejarse de la ciudad, el bullicio, las relaciones falsas, el consumismo desmesurado y la vida ajetreada. No lo soportaba. Buscaba tranquilidad, paz mental y una vida sencilla. Justo lo que Christine también sentía.

Y entonces, alquiló el apartamento donde había vivido, y empezó a escribir libros sobre el más allá, gracias a los viajes astrales y revelaciones en el mundo onírico que a veces tenía. No le había dicho nada a Christine, pero había soñado con ella en ocasiones. Quizá por eso sus relaciones nunca habían funcionado. Pero aún era pronto para revelarle tal cosa. No quería sonar como un lunático desesperado.

Charlaron durante horas. Christine temía el momento de tener que irse porque estaba tan cómoda con Alex, que no la apetecía nada tener que volver a su aburrida y vacía casa. De nuevo dormir sola, despertar sola, comer sola… Con Alex tenía buena conversación,era educado, simpático y guapo.

Quería quedarse con él.

Y como si la hubieran leído la mente, así sucedió.

Sobre las ocho de la tarde empezó a llover y la tormenta se apoderó del cielo de una manera brutal. Los truenos sonaban como si el cielo se estuviera rompiendo en pedazos.

—Según el parte meteorológico, esta tormenta va a durar horas. Ahora sería peligroso salir, pero si quieres, te llevo a casa. Si no, por mí no hay problema en que te quedes a dormir. Tengo un par de habitaciones libres y puedes usar un pijama mío para que estés más cómoda. Como tú prefieras.

—Me gustaría quedarme… Yo también creo que es peligroso salir ahora. Te agradezco el ofrecimiento, Alexander, pero espero no estar abusando demasiado de tu generosidad.

—No digas eso, estoy encantado de tenerte aquí. Si tú estás a gusto, por mí no hay problema. Por cierto, creo que voy a subir a por unas velas, por si se va la luz. Vengo enseguida.

—¿Te ayudo?

—No, tranquila, vengo enseguida. Cuando pite el microondas saca por favor el té, tienes canela y azúcar en el armario de la ventana.

Alexander subió la escalera al segundo piso con pasos ágiles. Christine fue a la cocina a preparar las tazas de té.

Cuando estaba echando azúcar en la taza de Alexander, su móvil empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo trasero de la falda y vio que era Andy, un amigo de Londres que había ido con Christine a la misma clase de pintura.

—¡Andy! ¡Hola!, ¿qué tal estás?

—¡Hola guapísima! Yo muy bien, pero salí hace rato de la clase de pintura y me acordé de ti, de cuando íbamos juntos y los viernes noche cenábamos en algún restaurante molón. Me hiciste polvo al irte. Dime al menos que vas a volver, por favor. Las clases son un muermo sin ti. A veces he ido con Bonnie o Tyler, pero no tienen tu chispa.

—Ja, ja, ja, vaya, gracias. Dime al menos que pintaste algo chulo y que te divertiste un poco.

—Sí, bueno, pintamos un bosque con un lago y no me salió mal, al menos lo suficientemente decente como para colgarlo en el cuarto de baño.

Christine se echó a reír de nuevo.

—Tu sentido de humor nunca cambiará.

—Bueno, ¿cómo te va en *Amber Hill*? ¿Aburrida? Espero que sí, así volverás de nuevo a Londres.

—Hasta esta mañana lo estaba. Pero hoy todo cambió, he conocido a alguien.

—¿Qué?, ¿pero cómo no me llamaste para contarme eso? Vamos maldita sea, ¡cuéntame quién es! Dime al menos que es guapo.

—Lo es….Y buena persona. Y tenemos muchas cosas en común. Además, conocía a la abuela May, solía visitarla. Hoy tuve un accidente con la bici… Casi me atropella un coche y Alexander me salvó. De no ser por él creo que estaría muerta, Andy.

—¿Pero qué dices?, ¿estás bien ahora? Joder Christine, ¿por qué no me llamaste?

—Andy, no podía. Fue todo muy rápido, confuso, no sé… Iba por el carril de la bici y resbalé con una placa de hielo. Fue un accidente de lo más tonto. Alexander me vio, me cogió en brazos y me llevó a su casa para hacerme unas curas. Tengo las rodillas completamente laceradas. Lo bueno es, que era paramédico y me ha curado perfectamente.

—Joder nena, vaya historia. Y si era paramédico, ¿qué es ahora?

—Escritor. Se apoda Steven McNeil. Tú y yo fuimos un día a una librería y compramos un libro de él. Era un libro sobre el más allá.

—Espera, voy a buscarlo en Google porque ahora no me suena un carajo.

—Se llama Alexander, pero su nombre de escritor es Steven.

—¡Lo encontré! Pero no tiene redes sociales ni nada… Solo hay un par de fotos de él en Facebook, el cual por cierto ni ha tocado en dos años. Joder, es guapo, eso sí… Morenazo de ojos verdes, varonil… No tienes mal gusto, Chrissy.

—¡Oye! ¡Pero si no te he dicho nada!

—Te conozco, querida. Sé que es tu tipo. Siempre me has descrito como tu ideal de hombre a un macho alfa como este. Nunca te han interesado los niñatos de tu edad, reconócelo.

—Sí, es verdad, pero, ¿y qué?

—Chrissy, yo personalmente no creo que una relación con una diferencia de edad de quince años pueda durar a la larga.

—Andy, yo no he…

—Escúchame. A ver, está claro que está bueno, y aparenta menos años de su edad, hasta ahí te lo compro. Pero nena, tú tienes veinticinco. Ese tío podría ser casi tu padre. Y pasado un tiempo, digamos un año o dos, vas a ver un montón de incompatibilidades con él. Con la diferencia de edad los gustos son diferentes, al final no coincidís en nada y la separación aparece de la noche a la mañana. He visto casos así, de chicas de veinte con tíos de cuarenta y no duraba… No digo que no te líes con él si te apetece, pero no sé, yo no te veo con un tío así.

—Bueno Andy, creo que eso tendré que decidirlo yo, ¿no crees?

—Chrissy, no te enfades… Solo digo lo que he visto mogollón de veces. Que eso no dura. Además, es un listo, no le hace ascos a una cría de veintitantos, ¿por qué no se va con una de cuarenta?

—¿Pero qué te pasa? En serio, no me puedo creer que me estés hablando así. Mira, hablamos en otro momento, ¿vale?

—Voy a coger el metro y creo que no tendré cobertura, así que vale, hablamos más tarde.

—Ok, cuídate— Christine colgó el teléfono y se lo guardó de mala gana. No la había gustado nada lo que Andy la había dicho. Molesta y dolida con su amigo, Christine levantó la vista del suelo y al levantarla vio en el marco de la puerta a Alexander. Por su expresión, Christine supo que lo había oído todo. Sintió el corazón en la garganta y un sudor frío por todo el cuerpo —. Alexander, oye, Andy a veces es un gilipollas, no le hagas caso por favor…

—No pasa nada, Christine, soy consciente de la realidad. Es normal que tu amigo se preocupe, no le culpes. No soy un chaval de veinte años. Y no pretendo aprovecharme de ti ni hacer nada malo, pero tiene derecho a pensar lo que piensa.

—No digas eso, por favor. Andy no es mala persona, pero a veces es un poco idiota. Me da igual todo lo que ha dicho.

—Vale, no pasa nada, de verdad—Alex sonrió, pero Christine supo ver bien que la sonrisa era forzada y que los ojos de Alex estaban inundados de tristeza contenida.—. Voy a subir a ducharme, ¿vale?, luego bajo y cenamos.

—¿No íbamos a tomar un té?

—Mejor más tarde… Ahora necesito una ducha. Voy a cambiarme de ropa y me pondré algo más cómodo de estar por casa. Y de paso te busco algo para ti también. Puedes encender la chimenea, hay troncos en el cestillo de mimbre.

Alexander se dio la vuelta antes de que Christine dijera más nada.

Aunque Alexander no había dicho con palabras lo que realmente sentía quemándole el corazón, Christine sabía que Alex estaba profundamente dolido. Lo había visto en sus ojos y lo notaba en el aire, como una carga pesada en el ambiente, como si alguien hubiera subido la calefacción y el ambiente se sintiera sofocante. Christine siempre había sido muy sensitiva para esas cosas.

Se sintió terriblemente mal por Alexander. Era como si una parte amarga de él se hubiera metido en ella, como un parásito chupándole la energía.

Fue hasta el salón, y encendió la chimenea. Vio en la repisa de un mueble algunas fotos de Alexander, junto con sus cinco libros publicados y algunas decoraciones esotéricas como cristales de cuarzo y amatista, incensarios, y algunos rosarios de nácar.

Se fijó en las fotos de Alex. En una estaba apoyado sobre el tronco de un árbol. Miraba relajado y sonriente a la cámara, llevando un jersey azul claro y vaqueros. En otra foto llevaba un traje y corbata y estaba sentado en una mesa de gala con unos chicos. Christine sintió que su corazón se hinchaba cada vez más al ver las fotos de Alex y su dulce mirada junto con el ángel que tenía en su semblante. Sabía que era buena persona. No la importaba la edad ni las estúpidas palabras de Andy. Sentía una profunda conexión con Alexander y pensaba que todo estaba conectado entre ellos. Sentía que le amaba.

No podía dejar que todo se estropeara. Alex era el cambio que ella había estado esperando.

Estaba muy nerviosa pensando en lo que iba a hacer, pero era la única forma de ganarse a Alex y demostrarle que podía quererle de verdad, pues el amor solo entiende de sentimientos y almas, no de edad.

Subió las escaleras hacia el segundo piso. Oyó el correr del agua de la ducha y después como Alex cerraba el grifo, ya saliendo de la ducha.

Tragó saliva y fue hasta su habitación. Entró y caminó unos pasos, bordeando su cama y quedándose de pie a dos metros de la puerta del baño.

Vio salir a Alex, con una toalla blanca enrollada en la cintura. Él la miró asombrado al encontrársela en su habitación. Christine le miró de arriba abajo. Alexander era perfecto todo él. Pensó que si Andy le hubiera visto, se habría tenido que comer sus palabras.

El pelo de Alexander aun estando mojado, seguía siendo espeso y salvaje. Sus pectorales estaban tonificados y los cubría una mata de vello negro. Su abdomen parecía piedra tallada y se le marcaban las abdominales como si fuese una tableta de chocolate. Por el abdomen le recorría una hilera de vello negro que terminaba en su pelvis, pero que la toalla no dejaba ver por entero, pero sí adivinar.

Aún con la toalla puesta, se podía entrever el bulto de su sexo, cosa

que excitó sobremanera a Christine. Se acercó hasta él y le miró a los ojos verdes. Un mechón de pelo negro le caía en la frente.

—Christine…

—Shhh—ella le puso un dedo sobre los labios para callarle—. No digas nada. Escúchame. No voy a fingir más. Estoy harta de ser educada… Te quiero, Alex... He sentido algo por ti desde que me tumbaste en ése sofá y te miré a los ojos. Todo eso que ha dicho Andy es basura. Me da igual que seas más mayor que yo. Te quiero y te querré igual. Por favor créeme. No me importa eso para nada. Me importa esto—Christine apoyó los dedos sobre el pecho de Alex, justo en el corazón—. Por favor, dejémonos llevar. Nuestras almas están conectadas. Dejémoslas fluir... Por favor…

Alexander supo que Christine era sincera. Sus ojos no mentían.

Mirándose a los ojos, Christine puso sus manos en la toalla y la abrió. Esta cayó al suelo y Christine bajó la vista a la intimidad de Alex y sonrió. Ella le acarició la cara, su barba corta era suave y estaba mojada. Él se decidió por fin y se inclinó para besarla.

Christine había estado deseando ese beso durante todo el día. Tomó los labios de Alex y le besó con pasión. Él respondió igual. Con sus bocas entrelazadas y sus lenguas tocándose, Alex cogió en brazos a Christine y la tumbó en la cama. La quitó el jersey y la bajó la falda mientras seguían besándose frenéticamente, sedientos y hambrientos el uno por el otro.

—Alex…

—Dime, cielo.

—Hazlo despacio… Es mi primera vez…—Alexander la miró asombrado—. Todo este tiempo estuve esperándote a alguien especial y ahora sé que eres tú.

Alex sonrió y acarició la cara de Christine. Se inclinó para besarla de nuevo.

Bajó por su cuello dejando un reguero de besos, hasta quitarla el sujetador suavemente y entonces besarla los pechos con delicadeza. Ella le acarició el pelo y gimió cuando Alex chupó y le pasó la lengua por los pezones agarrándola los pechos con las manos. Christine empezó a notar un calor y una humedad en su zona íntima. Alex sabía lo que hacía. Si la tenía lubricada, la dolería menos.

Bajó por su abdomen, su pelvis, y se detuvo en su sexo. Alex la separó los muslos y enterró allí su boca, dando a Christine besos, pequeños mordiscos y pasando su lengua hasta que ella se contrajo y gimió de gusto cuando él se detuvo en su clítoris haciendo juegos que la volvían loca. Además, su barba la hacía cosquillas. Era una dulce tortura.

Cuando ya estaba lista, Alex se echó encima de ella y Christine tragó saliva nerviosa.

—No pienses, solo siente. Céntrate en mí, en nuestro amor. Siente nuestras almas conectadas como un solo ser.

Sintió el sexo de Alex, bien dotado, abrirse paso entre su flor. Se abrazó a él y él se inclinó para besarla en la boca. Ella le besó con deseo y él se adentró en su ser.

Christine sintió una presión y algo de dolor. Gimió y casi quiso parar a Alex. La daba miedo y no pensaba que pudiera hacerlo sin sentir dolor todo el rato. Él era demasiado grande para ella y tuvo miedo.

Pero el miedo apenas duró unos segundos. Alexander fue despacio, acomodándose a ella, moderando la intensidad para no hacerla daño, aunque la deseaba tanto que tenía que hacer esfuerzos para contenerse y no embestirla con fuerza. Christine dejó de sentir miedo y se relajó más al sentir las primeras oleadas de placer. Alex no paraba de besarla y penetrarla lentamente. Ella le rodeó la espalda con las piernas y apretó los muslos. La gustaba tenerle dentro y sentir como se movía dentro de ella, haciéndola suya.

Terminaron gimiendo y corriéndose juntos mientras los truenos rompían el cielo y la luz del vecindario se apagó.

****

Era la una de la madrugada y la lluvia golpeaba con fuerza los cristales.

Christine y Alexander estaban en la cama desnudos bajo las sábanas y el edredón, calentitos y abrazados. Christine sobre el pecho de Alex, y él rodeándola con sus brazos y besando su cabeza. Había varias velas colocadas en las mesitas de noche, dando un resplandor anaranjado y romántico a la estancia.

—¿Estás bien, cielo?

Christine sonrió. La encantaba lo dulce que era Alexander.

—Mejor que nunca. Tan feliz que no me lo creo. Anoche a estas horas estaba durmiendo sola y hoy estoy en tus brazos. Estoy tan a gusto que me parece un sueño.

Christine besó el pecho de Alex y él sonrió, acariciándola el pelo.

—Vamos a ser muy felices tú y yo.

Christine alzó la cabeza y Alex la besó de nuevo en los labios. Ella se removió en sus brazos y cambió de posición, hasta sentarse encima de él. Alex la acarició las caderas y la espalda y antes de que pudiera hacerlo en sus pechos, Christine apretó estos contra el pectoral de Alex, se echó sobre su boca y hundió sus dedos en su rebelde y despeinado pelo oscuro.

—Quiero tenerte otra vez dentro de mí, por favor…—le susurró en los labios.

Alex sintió que se excitaba al momento. Su voz dulce y suplicante le encendió las entrañas. Christine aprendió rápido. Ella empezó a cabalgarle suavemente y él la dejó ir a su ritmo mientras cada vez cogía más velocidad y se deshacía en gemidos para romperse en pedazos en sus brazos, con él dentro.

Mientras afuera llovía y tronaba, Alex y Christine se entregaron al amor. Felices y exhaustos, se quedaron dormidos, abrazados.

La dicha que les cubría no duraría tanto como ellos pensaban. Por desgracia, el destino les tenía preparado una desgracia.

****

Dos semanas después

—¿Te has decidido ya? —Alex sacó de la nevera una jarra de zumo de naranja mientras miraba a Christine con una sonrisa divertida en el rostro.

Ella estaba sentada con el catálogo apoyado en la mesa pero lejos de la vista de él.

—Uf creo que no. Estoy dudando entre tres modelos. Ojalá pudieras ayudarme a decidirme…

—Cariño, vas a estar preciosa, lleves lo que lleves. Y me encantaría ayudarte, claro, pero ya sabes lo que dicen sobre que da mala suerte

ver el vestido de la novia. —Alex se sirvió zumo en un vaso de cristal y Christine le miró sonriendo. La llenaba de luz sentir que Alexander la valoraba tanto.

Iban a casarse en Navidad. Alex se lo había pedido la mañana siguiente a la tormenta.

Los dos sabían que eran almas gemelas, y aunque la idea de casarse tan pronto pudiera parecer apresurada o descabellada, Alex y Christine sabían en sus corazones que nunca se arrepentirían de tal decisión.

Desde el día en que se habían conocido, no se habían separado ni un momento, y sentían que sus corazones estaban unidos por encima de todo. Alex no había perdido cuidado en llevarla a casa de la abuela May para que recogiera sus cosas. Y desde entonces Christine había estado viviendo en casa de Alexander.

Se habían pasado los días haciendo el amor, conociéndose y estando juntos, disfrutando de su amor, en su propia burbuja, ajenos al mundo.

Se quedaban en la cama, tumbados de lado, mirándose el uno al otro, acariciándose, deleitándose en su amor, y embebidos de pasión y adoración mutua. La luz de las velas hacía brillar los ojos verdes de Christine, del mismo color que los de Alexander. Ella le miraba con una sonrisita y le acariciaba la barba, le besaba la mandíbula y acababa en sus labios mientras se estrechaba contra él, metiendo sus dedos entre su pelo negro salvaje a la vez que le besaba con pasión y le deseaba dentro de ella.

Habían decidido que sería una boda sencilla que celebrarían en la iglesia del pueblo. Ya habían hablado con el sacerdote y se casarían el veinte de diciembre. Pensando en los invitados, Christine tenía algunos pocos amigos en Londres, pero aparte de eso, no tenía familia y Alex solo tenía a su sobrino Rudy y algunos colegas en Nueva York.

El móvil de Alex sonó. Era Rudy. Confirmaba su asistencia a la boda, y tras charlar durante un rato, Alexander colgó la llamada. Christine levantó la vista del catálogo y lo cerró de golpe cuando Alex se sentó a su lado y empezó a prepararse unas tostadas.

—Bueno, pues Rudy vendrá seguro. También Charles y Andrew.

—A mi Natasha y Rosalynn me dijeron que también podrían venir. El resto no lo sé, porque siempre suelen irse fuera por Navidad. Pero

bueno, al menos ya tenemos cinco invitados. La verdad, por mí es más que suficiente. Sólo deseo estar contigo.

Alex la miró con dulzura, cogió su mano y la besó. Christine sonrió encantada.

—¿Ya has elegido el vestido que quieres?

—Sí, por fin, y te va a encantar… Sobre todo la lencería… —Christine sonrió pícaramente y Alexander se rio.

—De ti me encanta todo, preciosa.

Christine le miró encantada. No podía estar más enamorada de él. Le gustaba su masculinidad, lo inteligente y atractivo que era. No podía esperar para tenerle como marido y llevar orgullosa su alianza.

—¿Andrew y Charles son los chicos que están en la foto contigo en ese marco de la repisa del salón?

—Sí, son ellos. Estábamos en la boda de Larry, otro amigo, pero no sé si podrá venir, su mujer sale de cuentas por esas fechas.

—¿Y Andrew y Charles están casados?

—No, de momento tienen novias. El próximo en casarme soy yo. Ya creían que nunca pasaría.

—No he visto ninguna foto de Rudy. ¿Cómo es?

—Sí que hay una, en la habitación de invitados. Solía dormir ahí cuando venía a pasar una temporada a *Amber Hill,* antes de volver a la universidad de Canadá. Lleva unos años en ella y es muy buen estudiante. No has debido de fijarte, cielo. Pero mira, aquí en el móvil sale su foto de perfil en el Whatsapp.

—A ver…—Christine sonrió y cogió el móvil de Alexander para ver la foto que él le mostraba. Se fijó bien en aquel muchacho y su sonrisa se desvaneció por completo. Alexander la miró con extrañeza y sintió que algo iba mal.

—¿Qué ocurre, Christine? ¿A qué viene esa cara?

—¿Este chico es Rudy?

—Sí, mi sobrino Rudolph. Pero siempre le hemos llamado Rudy.

—Alexander… Yo… No sé cómo decirte esto…

—Christine, me estás asustando. ¿Qué pasa?

Christine miró a los ojos verdes de Alex. Estaban invadidos de preocupación.

—Yo conocía a tu sobrino. Efectivamente, se llama Rudy. Pero no está en ninguna universidad… Estuvo un tiempo en Londres, y antes había estado en California. Salió un tiempo con Natasha y… Bueno… Rudy se jactaba de que vivía del dinero de su tío… No estudiaba ni trabajaba, Alex… Se dedicaba a viajar, estar de fiesta, salir con amigos y estar con chicas. Natasha rompió con él cuando vio cómo era. No iba con ella. En una conversación de Whatsapp te insultó y se rio de ti. Natasha le reprendió por su actitud hacia ti y acabó rompiendo con él. No quería estar con alguien que era un mentiroso y que se reía del familiar que le mantenía.

La cara de Alex era un poema. Christine se arrepintió de haberle contado la verdad. Los ojos de Alexander se cubrieron de una oscuridad que ella no había visto antes, y su semblante, antes alegre y relajado, ahora era una expresión de incredulidad y dolor. Alexander se levantó de la silla y avanzó unos pasos hasta el fregadero, pero parecieron fallarle las fuerzas y tuvo que apoyar las manos en la encimera de la mesa. Christine se levantó de la silla y fue hasta él. Le rodeó la cintura con un brazo.

—No puedo creer lo que oigo. No puede ser verdad…

—Cariño, por favor, tranquilo, ven conmigo, vamos al salón y te sientas—Christine acarició la cara de Alex. Su barba era suave y ella quiso besarle, pero no lo hizo. Alex no estaba en su mejor momento para arrumacos. En el salón, Alexander se desplomó en el sofá. Christine se sentó a su lado y le agarró de la mano. Alex parecía estar en shock.

—A veces sospeché. Pensaba que mentía porque era reacio a darme detalles de sus estudios, y en sus redes nunca vi nada relacionado con la universidad. Pero pensaba que estaba paranoico. Siempre ha sido un buen chico, nunca hemos discutido. Perdió a sus padres en un estúpido accidente de coche cuando era un crío y yo me hice cargo de él. Juré que me ocuparía de él como si fuera mi hijo. ¿Qué podía hacer? No entiendo esto. No entiendo su actitud. ¿Qué he hecho para que me trate así?

—No es nada contra ti, cariño. A lo mejor Rudy está pasando por alguna crisis personal… No le conozco, pero es duro no tener a tus padres. Y él es muy joven. Hay gente que no sabe gestionar bien esas

emociones y hace cosas que pueden estar equivocadas. Creo que deberías hablarlo con él en persona. Invítale a casa, y lo habláis aquí. Seguro que se puede arreglar y no es tan malo como parece.

—Aun así, Christine… No sé qué pensar. Rudy me ha decepcionado profundamente. Nunca esperé nada así de él. Por muchas explicaciones que me dé, la confianza ya está rota. Además, quiero verlo todo. ¿Tienes fotos o chats de Rudy?

—Hay algunas fotos en el Instagram de Natasha. Creo que aún no las ha borrado. Y las conversaciones del chat las tiene Natasha. Puedo pedírselas, pero creo que te hará daño.

—Necesito verlo, Christine. Por favor.

Los ojos de Alexander eran puro dolor.

—Está bien cariño, como quieras.

En una hora, Alexander ya lo había visto todo, y se sintió cada vez más descorazonado.

En el Instagram de Natasha había cinco fotos donde se veía a Rudy en Londres, de fiesta en fiesta y con amigos. Viendo la fecha de las fotos estaba claro que Rudy había mentido y que no estaba en la Universidad de Canadá en los meses que había dicho.

Además, Christine había llamado a Natasha para pedirla una copia de las conversaciones con Rudy. Natasha las había mandado al móvil de Christine. Las primeras lágrimas aparecieron inundando los ojos verdes de Alexander cuando leyó todas las barbaridades que habían salido de la boca de su amado sobrino.

“El gilipollas de mi tío”

“Es un lerdo que no se entera nada”

“¿Y para qué quiere tanto dinero? No tiene cojones ni para tener una familia”

“Creo que voy a pedirle unos cinco mil pavos, o seis mil… Me lo dará sin preguntar. Mi próximo destino va a ser Irlanda, siempre he querido ir allí”

—No entiendo por qué me odia tanto. Siempre se lo he dado todo. No solo dinero y objetos, sino también cariño, apoyo y comprensión. Las cosas horribles que dice de mí son fruto de alguien lleno de rabia.

Nunca se ha portado así conmigo, no lo entiendo. Parece otra persona… ¿Qué es lo que hice mal? ¿De qué no me he dado cuenta?

—Cariño, no te tortures más. Haz que venga a casa y aquí lo resolverás. Yo te ayudaré si quieres. Estoy contigo en esto y en todo. Tranquilo. Ya sabremos qué ha pasado. Cielo, no quiero verte mal— Christine se inclinó sobre él y le abrazó. Sentía tanta ternura por Alexander, que al verle mal solo quería consolarle y amarle más que nunca. Alexander la abrazó y Christine pudo sentir la angustia de su corazón y su pena. Estaban interconectados y Christine sentía las emociones del alma de Alex, así como él sentía las de ella.

Christine acarició el pelo de Alex, y le estrechó aún más contra ella. Quería invadirle de amor y hacerle sentir seguro, pero sabía que tenía el corazón roto y que nada se arreglaría hasta que Rudy llegara a *Amber Hill.*

Poco podía suponer Christine lo que estaría por venir…

****

Cuando Rudy llegó una mañana de finales de noviembre, la lluvia le acompañó, como un pájaro de mal agüero, presagiando una desgracia.

Alexander no le había dicho nada de lo que sabía. No quería una pelea telefónica ni poner las cosas peor. Christine tenía razón en que era mejor hacer esas cosas en persona. Habían acordado que lo hablarían entre tío y sobrino, y que Christine se quedaría al margen. Era más prudente por el momento.

Tras la bienvenida y los besos y abrazos, Rudy se quedó de piedra al conocer a Christine y ver que la prometida de su tío era la amiga de su ex, Natasha.

—Sin duda el mundo es muy pequeño— Rudy sonrió y dio un abrazo rápido a Christine, visiblemente incómodo. Christine notó que Rudy la miraba con cierto recelo. Ella no le había conocido mucho, solo habían quedado una vez en Halloween todos juntos y Christine recordaba cómo Rudy había acabado la noche borracho y rompiendo a patadas las calabazas de los vecinos mientras se reía como un loco.

Cuando Alex se ofreció a subirle la maleta, Rudy se quedó a solas con Christine en el salón.

—¿Quieres un té o un chocolate?—Christine sonó amable, pero Rudy

sonrió con malicia.

—¿Cómo has hecho para cazar a mi tío? Nunca ha querido casarse con nadie. Le recuerdo teniendo un montón de conquistas y nada serio. No sé si te ha contado esa parte de su vida. Era el típico que se follaba a una y pasaba a otra. Estoy flipando de que hayas acabado con un tío que casi te dobla la edad y que era un puto follador. ¿De verdad quieres casarte con alguien así?

Christine tragó saliva y le miró con dureza. Las palabras de Rudy la dolieron, pero decidió mantenerse firme y no reflejar su dolor.

—Alex ya me habló de eso y no me importa. Fue antes de conocerme.

—Vale, si eso es lo que te dices a ti misma para dormir por las noches, genial, me alegro si te funciona.—Sonrió con socarronería.

—Vaya, veo que Natasha tenía razón en dejarte. Eres peor de lo que pareces. Cargado de maldad y toxicidad. ¿Qué te ocurre, Rudy?, ¿qué hay dentro de ti que te hace ser tan mezquino?

—¿Mezquino yo? Ja, ja, ja, ¿y tú qué coño haces casándote con un madurito?, ¿acaso no sabes que en su testamento estoy solo yo? Para Alex, yo soy como su hijo. Eres la típica trepa que se arrima al sol que más calienta para heredar y tener el futuro asegurado, a mí no me engañas.

– ¿Te has parado a pensar que quizá estoy enamorada de tu tío? Que no quiero un niñato inmaduro y odioso, quiero un hombre de verdad, inteligente y bondadoso. Amo a Alexander, y no quiero sus bienes para nada. No soy como tú, que le ha estado engañando todo este tiempo para sacarle dinero. Ahora ya lo sabe y no le engañarás más.

Rudy abrió los ojos como platos. Clavó la mirada en Christine y sintió que la hubiera abofeteado ahí mismo, de no ser porque Alex bajaba las escaleras en ese momento.

—He dejado tus cosas en tu dormitorio de siempre. Puedes ponerte cómodo o podemos ir al pueblo a comer algo.

—Tío, ¿por qué me has invitado realmente?

Alexander le miró extrañado.

—¿A qué viene eso?

—A que siento que todo esto es una pantomima. Para empezar, nunca

has querido casarte, ¿y ahora con esta chica que casi podría ser tu hija sí quieres hacerlo?

—Rudy, no te consiento que hables así. No sé qué mosca te ha picado, pero quiero que respetes a Christine.

—No voy a respetar a una trepa que se quiere aprovechar de ti, tío. Solo busca asegurarse el futuro, tener una casa, comida, un sueldo todos los meses pagado por su maridito… Y se quedará embarazada para tenerte bien agarrado por los huevos y que todos esos beneficios sean asegurados. No es más que otra puta de esas que…

Rudy no pudo terminar la frase. Alexander estampó su mano en la cara de su sobrino y una sonora bofetada acabó con todo el veneno que salía de su boca. Christine se cubrió la boca con la mano.

—¿Te crees que soy gilipollas? Me he enterado de lo que has estado haciendo estos años a mis espaldas. Gastando mi dinero diciendo que era para estudiar mientras te ibas por ahí de viajes y de fiestas. ¿Quién es quién quiere mi dinero y asegurarse el futuro? Eres un desgraciado y un desagradecido. Tus padres se morirían otra vez si vieran en lo que te has convertido. Fuera de mi casa. No quiero volver a verte nunca más.

—¿Pero qué estás diciendo, tío? Soy tu sobrino, sangre de tu sangre, ¿de verdad vas a echarme para siempre de tu vida?

—Si no vas a respetar a mi mujer, lo haré. Además, ya me has traicionado. ¿Qué tienes que decir a lo de la mentira de la universidad? A gastarte mi dinero en pasártelo bien por ahí como un golfo cualquiera. ¿Por qué me mentiste?

—¿Te lo ha contado ella, verdad? La zorra de Natasha y esta otra zorra de su amiga… ¡Puta!

Rudy fue hacia Christine para golpearla lleno de rabia, pero Alexander consiguió ser más rápido y agarró a su sobrino de la muñeca, retorciéndosela y dándole un puñetazo en la cara que le tumbó al suelo. Christine gritó cuando una estatuilla de cerámica verde de la mesa se cayó al suelo haciéndose añicos.

—¡Ni se te ocurra tocarla!. Y ahora lárgate de mi casa. Ya no eres bienvenido aquí y no vas a recibir ni un puto dólar mío. A partir de ahora estás solo, escoria. Cuánto siento no haber visto esto antes.— Alexander estaba rojo de ira.

Alex levantó a Rudy del suelo y agarrándole por la camisa le echó de

casa casi tirándole por las escaleras del porche. Cerró la puerta, subió al piso de arriba y lanzó por la ventana la maleta y la bolsa de viaje de Rudy, que cayeron al césped del jardín.

Su sobrino no tuvo más remedio que irse, cojeando y con el labio ensangrentado. Arrastró sus maletas hasta la parada de autobuses.

En casa, Alex abrazó a Christine.

—¿Estás bien? —Christine asintió.

—Alex, cuánto siento haber provocado todo esto… Si yo no te hubiera contado eso, la relación entre tú y Rudy no se habría roto… Lo siento…

Alex tomó de la barbilla a Christine, esta le miró apesadumbrada.

—Christine, ni se te ocurra pensar esas tonterías. De no ser por ti, seguiría engañado. Eso es mucho peor. Tenía que saberlo. La verdad siempre es mejor, aunque duela…

Besó a Christine en los labios dulcemente.

—Alex, yo te quiero de verdad. No quiero tu dinero ni tu casa… Te juro que te querría igual aunque no tuvieras nada. Solo quiero tu amor y estar contigo.

—Cielo, por Dios, eso ya lo sé. No tienes que convencerme de eso. Pero después de la boda voy a tener una cita en Nueva York con mi abogado y notario. Voy a cambiar el testamento. Hasta ahora tenía a Rudy, le iba a dejar las casas y un dinero, en caso de que la muerte me sorprendiera. Pero ahora que te tengo a ti, lo voy a cambiar y todo será para ti.

—No, Alex, por favor, no quiero que hagas eso. No me pongas en tu testamento. No quiero nada de cosas materiales ni dinero. Por favor.

—Es mi deseo y tienes que respetarlo. Vas a ser mi esposa y todo lo mío es tuyo .

—No, Alex, por favor, yo no…—Christine no pudo terminar la frase. Alex la calló con un beso. Ella acogió sus labios y le besó con más fuerza. Él se apartó y la sonrió.

—Bueno, vamos a recoger este desastre.

—Yo te ayudo— Christine se agachó al suelo a recoger los trozos grandes mientras Alex iba a por la escoba y el recogedor.

—Christine, déjalo como está, no vayas a cortarte.

—Alex, ¿qué es esto? Este papelito parecía ir dentro de la figurita, está aquí tirado con los trozos de la figura.

Alex frunció el entrecejo y se agachó al lado de Christine. Juntos leyeron un papelito blanco con un texto grabado en tinta china.

Era una oración para hacer que un ser amado volviera del otro mundo para resolver algún asunto urgente del cual el vivo necesitara ayuda o para hacer justicia. Christine leyó en voz alta las palabras y sintió una vibración en el aire.

—No tenía ni idea de eso. Compré la figurita en un bazar chino de Nueva York, hace años. Me gustó porque era el típico santón con barba, y el jade verde siempre me ha gustado. Pero desconocía lo de ese papelito. Sin duda es un ritual y quizá al leerlo lo has activado.

Christine y Alex se miraron extrañados. Guardaron el papelito en un joyero y Alex tiró los trozos del santón chino a la basura. Pero el ritual ya estaba activado y la energía estaba de manera invisible, invadiendo la casa entera.

Unas horas más tarde, Christine compartió aquella rareza con sus amigas de confianza. Con Natasha y con Lily.

Lily recibió el mensaje justo cuando estaba vistiéndose para ir a una cena con Lucien. Leyó el mensaje en el baño mientras él en la habitación, se ponía unos gemelos de oro, y vio la foto del papelito con el ritual. Se quedó pensando un buen rato en aquellas palabras y lo que Christine le había contado. Y creyó en ello firmemente.

Recitó las palabras por si un día necesitaba esa ayuda espiritual que el papelito prometía.

Con Lucien a su lado, quizá un día, llegado el momento, necesitaría una ayuda especial…

****

Por suerte para Rudy, aún le quedaba dinero y todavía tenía negocios con Lucien en Nueva York. A partir de ahora tendría que seguir trabajando para él, si quería dinero, pues Alexander ya no era su fuente de ingresos.

Sentado en la parada de autobuses, Rudy tuvo mucho por lo que reflexionar. El cielo se había puesto gris. Estaba solo en la parada. Su

autobús no vendría hasta dentro de media hora.

Miró el móvil y en sus contactos estaba Lucien y también Lily. Ella había cambiado la foto de perfil. En esta, Lily llevaba un vestido negro de tirantes de alguna marca cara como Chanel, y posaba sentada en una mesa de gala con flores y copas de champán. Aunque la imagen parecía elegante, Rudy pudo ver cómo sus ojos brillaban teñidos de tristeza y cómo había inútilmente intentado tapar un moretón de la ojera.

Sabía que Lucien pegaba a Lily cuando le daba la gana porque ella se lo había dicho. Su humor cambiaba como el tiempo, y tan pronto la besaba y obsequiaba con regalos como la usaba como si fuese un saco de boxeo. Y Lily aguantaba por Nana, su abuela, y porque si seguía viva y con los mejores médicos, era porque Lucien lo pagaba.

Si Alexander supiera lo que Rudy había hecho a Lily, probablemente le habría matado al saber que era aún peor persona de lo que pensaba.

Esperando el autobús recordó la historia de Lily y cómo la había entregado a Lucien aun sabiendo qué clase de hombre era….

****

La historia de Lily era trágica. Rudy nunca quiso hacerla daño ni perjudicarla, pero cuando ella le contó su situación, él pensó que Lucien podría ser su salida, y así de paso Rudy se ganaba aún más su confianza.

Lily había perdido a su madre como resultado del cáncer, y solo la quedaba la abuela Nana, cuya salud no era la mejor. Dejó su carrera de bellas artes y buscó empleo como cajera en un supermercado, pero el dinero que ganaba no era suficiente para cubrir los gastos. Nana necesitaba cuidados médicos y tratamientos caros y Lily no podía costear ni la cuarta parte. Temía perder también a Nana y quedarse sola.

Un día, le contó a Rudy su amarga situación mientras se echaba a llorar y tenía un ataque de ansiedad. Habían salido a cenar y Lily no conseguía distraerse ni sonreír. Su cabeza estaba llena de preocupación y al final le contó todo a Rudy.

Entonces Rudy le habló de Lucien Fern.

Por supuesto, no le contó cómo le había conocido, ni a lo que se

dedicaba Lucien aparte de los negocios como casinos y restaurantes.

Lucien también movía droga y Rudy le ayudaba a distribuirla, sobre todo en camiones de fruta, y a cambio de una generosa suma para el camionero. Pero el beneficio que Lucien sacaba era veinte veces mayor que los cuatro mil dólares que los infelices conductores se ganaban por cada porte.

A través de un amigo, Rudy había tenido una reunión con Lucien y este le había reclutado para su equipo. Rudy no siempre trabajaba con Lucien, la cosa iba por temporadas, pero siempre se sacaba unos cuantos miles de dólares y eso siempre le gustaba.

Le contó a Lily que Lucien estaba buscando una chica. Pero no una chica cualquiera…

La quería joven, guapa, dulce, sumisa, libre de cargas y con disponibilidad total.

Lily torció el gesto al oír eso.

—¿Quiere una prostituta?

—No exactamente. Quiere una chica para que le acompañe a cenas, eventos… Para pasar tiempo. Las condiciones te las dirá él. Pero paga muy bien, podría tener a tu abuela como una reina y quizá podrías volver a retomar tus estudios. Además, Lucien es muy deseado por las mujeres. Mira—Rudy enseñó el móvil a Lily y ella vio una foto de Lucien.

Era alto, tenía buen cuerpo y era de aspecto muy varonil. Tenía ojos verdes y era moreno, con pelo espeso y ondulado. Era muy atractivo de cara, muy masculino y elegante. Pero la edad era muy diferente. Lucien tenía cuarenta y dos años y Lily solo veinticuatro. Aunque eso no la importaba. Se sintió mal por pensarlo, pero al ver la foto de Lucien, la chica sintió algo en su interior.

—La verdad que es guapo… Me gustaría conocerle… Pero si me propone algo raro o que no me gusta, se acabó, no lo haré. Pero sí, vale, ¿por qué no? Será como tener novio, supongo… ¿Cómo lo hacemos?

Rudy sonrió.

—Déjame a mí…

Rudy llamó a Lucien para decirle que tenía una chica que le podía

interesar.

—Espero que sea realmente buena para que me molestes a estas horas. Justo tengo una comida con el secretario de gobierno y voy a llegar tarde por tu culpa.

—Cuando veas su foto creo que no te quejarás de que te haya llamado. Lily es un bombón y además muy dulce y sumisa, justo lo que quieres. No tendrás problemas con ella, la conozco de la Universidad.

—Veamos si es verdad lo que vendes.

Rudy mandó a Lucien un par de fotos de Lily. Nada escandaloso, solo vestida con falda, zapatillas de deporte y una camiseta, y otra foto de Lily en una fiesta de año nuevo, pero Lily era tan femenina y guapa que no necesitaba nada para destacar.

Cuando Lucien la vio, sintió que era lo que llevaba años buscando después de un sinfín de chicas que ni eran especialmente guapas ni excepcionalmente dulces. Solamente una, Abigail, había cumplido sus expectativas, pero había resultado ser un fracaso y ya estaba fuera de su vida. Lily era su prototipo ideal. Una esposa trofeo. Casi como Abby.

—Joder…—su voz parecía hechizada.

—Te lo dije. Esta chica no es como ninguna de la que has tenido antes. Sabía que iba a gustarte. Le enseñé una foto tuya y dijo que le parecías guapo, está claro que le gustas, como a todas… Me dijo que quería conocerte. Tiene a su abuela enferma y está sola, sin familia ni cargas. Tuvo que dejar la carrera y está en un supermercado trabajando. Puede ser toda tuya, Lucien.

—Por supuesto que lo será. Muy bien, dime dónde vive, mañana un coche la recogerá a las once de la mañana. Y dila que si acepta, su abuela tendrá lo mejor de lo mejor y ella podrá volver a estudiar y dejar ese empleo de mierda.

—Muy bien, Lucien, así se lo haré saber. Ahora te paso la dirección.

—Buen trabajo, Rudy. Te has ganado tres mil pavos. Luego los tienes en tu cuenta.

—Gracias, jefe.

—No, gracias a ti—Lucien colgó, aún maravillado por la belleza de Lily.

El encuentro entre Lily y Lucien fue bien. Ella estaba nerviosa y él lo notó, pero la hizo sentir cómoda y la trató con respeto y cariño mientras la tenía sentada en el sofá del salón y la cogía de la mano delicadamente al explicarla todos los detalles. Asistir a cenas, tener sexo, exclusividad total.

—Todo lo mío será tuyo si llegado el caso nos casamos. Creo que podríamos entendernos bien y ser felices, Lily. Sé que eres muy joven y que todo esto es nuevo y desconcertante, pero sé que nos amaremos, y a ti y a tu abuela no os faltará de nada. Desde hoy mismo, si quieres. Nana estará en todo momento cuidada y atendida, su salud mejorará. Y tú volverás a Bellas Artes. ¿Te gustaría eso, Lily?—Ella asintió. Lucien sonrió—. Bien, pues ya está hecho, entonces. Te mudarás aquí conmigo y luego llamaré a tu universidad para que te vuelvan a admitir lo antes posible. Buscaré un sitio de lujo para tu abuela también. Sólo tendrás que estar conmigo, quererme…. ¿Es eso tan difícil?, ¿crees que te costará?

—No… No, Lucien—Lily miró a Lucien con esperanza y cariño. A él le pareció dulce e inocente y Lucien sonrió acercándose más a Lily. La tomó de la cara y la besó dulcemente. Ella le besó también y disfrutó su beso. Sus labios eran suaves y olía a loción de afeitar cara.

—Ya verás cielo, vas a ser una reina en mis manos. Justo lo que te mereces.

Y así fue como todo empezó. Quizá demasiado rápido y condenado al fracaso.

Lily se dejó llevar por Lucien y sus galanterías y en dos meses estaban casados. Ella volvió a la universidad y retomó sus clases, y Nana fue trasladada a una casa- residencia de lujo que parecía más un hotel de cinco estrellas.

Nana tenía una enfermera y un médico solo para ella. Cuando Lily fue a verla, creyó visitar a un familiar que pasa un tiempo en un resort de lujo. Amplios jardines, zona de balneario, gimnasio de terapias, buena comida, habitaciones con baño propio y terraza e instalaciones de lujo. La salud de Nana había mejorado gracias a los hidromasajes, las nuevas medicinas, y la rehabilitación, y ahora dormía y comía mejor, y la sonrisa nunca abandonaba su rostro. También había hecho amistad con varias señoras y la mujer no podía ser más feliz.

Nana había asistido a la boda de Lily, y quería a Lucien, que había derrochado su encanto y galantería con la señora, haciéndola creer que era un buen partido. Aunque Nana había comentado a Lily la

diferencia de edad, la señora había acabado por aceptar ese hecho, pues pensaba que su sobrina, siendo tan joven, estaría más protegida con un hombre como Lucien. Pero la pobre mujer no tenía ni idea de que el galante caballero era un demonio disfrazado.

Lucien se enamoró tanto de Lily que la consideraba una posesión. Su más preciada posesión. Lily era el sueño de todo hombre y Lucien estaba orgulloso de ella, de la luz y belleza que desprendía y cómo en las fiestas y cenas todos envidiaban a Lucien por haberse casado con semejante hada. Entonces sus celos empezaron a salirse de los límites normales, acusando a Lily por cualquier tontería, pegándola o quitándola su libertad. Habiendo tenido una mala experiencia con Abby, Lucien temía que Lily terminara por seguir sus pasos y rebelarse contra él. Ella, que se había llegado a enamorar de él, empezó a tener miedo y su enamoramiento pasó a tristeza y resignación.

Para contentar a Lucien y evitar problemas, dejó de salir con algunos compañeros de clase, pues aún recordaba cuando una vez al regresar a casa, tras merendar con sus amigos en una cafetería, Lucien la esperaba en el salón inflamado de ira, y acusándola de intentar serle infiel. Ella se excusó e intentó calmarle, pero Lucien terminó pegándola y no fue la única vez que lo hizo. Primero fue un bofetón, después tirones del pelo, a veces un puñetazo o incluso usaba cigarrillos y la ceniza para quemarla.

Ya siempre era habitual ver en Lily algún moretón, arañazo o marca. Su compañera de clase, Clara, le preguntó por ello sospechando lo peor, pero Lily siempre bajaba la mirada y decía que era muy torpe y que siempre se daba golpes por la noche cuando en la oscuridad intentaba llegar al baño. También la preguntó por qué parecía rehuir a sus compañeros y solo llegaba a clase para pasar las horas y al terminar, irse presurosa a casa, pero Lily decía que no tenía tiempo de nada más. Clara no se lo creyó, pero decidió no presionarla porque sabía que no conseguiría nada así. Ella no sabía que Lucien había amenazado a Lily con quitarle las clases si decidía hacer amigos y salir.

—Sé lo que pasa en esas universidades, son más picaderos de ligues que centros educativos. Y tú eres preciosa… Así que mantente alejada de esa gente. Irás solo para dar clase y vendrás a casa enseguida, no me obligues a tener que ponerte una profesora en casa porque si sospecho lo más mínimo, te sacaré de esa universidad antes de que pestañees dos veces.

—No, por favor, te lo suplico—Lily se tiró de rodillas frente a Lucien y

le agarró de la pernera del pantalón, mirándole con desesperación y miedo— No pasará nada, te lo juro. Solo quiero terminar la carrera, por favor. Nunca te engañaría, te amo, por favor créeme…

Lucien sonrió. Le gustaba verla sumisa y completamente a su merced. Empezó a sentir un calor invadiendo sus entrañas.

—Te creo.—Lucien la ayudó a levantarse y la abrazó por la cintura, mirándola con ternura— Eres todo lo que siempre quise y no voy a perderte. Nunca, ¿me oyes?

Lily asintió sumisa. Sabía cómo tenerle contento. Pero a veces no funcionaba.

Cuando un día un compañero de clase llamó a Lily para preguntarla sobre un examen, Lucien escuchó en la otra habitación la conversación. Inicialmente, no se preocupó, pero cuando el chico invitó a Lily a cenar y esta se negó, el chico bromeó diciendo que no estaba casada como para tener que decir no. Lily se excusó diciendo que estaba en una relación y rechazó la invitación y colgó. Pero eso no había calmado a Lucien, que hecho una furia la recriminó que no llevara la alianza de casada a clase, y que ocultara su estado civil como si se avergonzara de él.

Lily se excusó diciendo que quería pasar como cualquier otra chica de su edad, pero Lucien la contestó con una bofetada y otra y otra hasta que tuvo a Lily llorando en un rincón de la habitación, como un animal asustado. Le juró que llevaría la alianza puesta y que diría que estaba casada. Eso consiguió calmar a Lucien, pero el daño ya estaba hecho y el sello de platino y turmalina ya había herido la piel de Lily.

—Y este viernes no irás a visitar a Nana. No hasta que se te curen esas marcas de la cara. No quiero que se preocupe y haga preguntas.

—Puedo ir a una cena con un moretón y no te importa, ¿pero no puedo ir a ver a mi abuela por unos arañazos en la cara?—Lily sollozó dolida.

—No me contestes si no quieres que esos arañazos se conviertan en otra cosa.

Lucien miró con severidad a Lily, que agachó la cabeza y lloró en silencio, no atreviéndose a hablar más por miedo a que Lucien lo pagara con ella.

Pasaron los meses, y muchas veces Lily se lamentaba por haber confiado en Rudy, que la había entregado a un demonio a sabiendas

de lo que hacía.

Lo que Lily no sabía era que las cosas se pondrían aún peor y que la ayuda que necesitaba no vendría precisamente del mundo terrenal.

****

Marzo 2023

Aquella mañana de lunes, Christine despertó en los brazos cálidos de su marido. Su cara estaba apoyada sobre el pecho de Alex, y su vello negro la acariciaba la piel mientras oía el latido de su corazón y su respiración suave. Ambos estaban desnudos bajo el edredón y las sábanas, y los vasitos de cristal con velas mostraban cera consumida de los restos de la noche anterior, donde se habían entregado a la pasión durante horas, a la luz de las velas.

Se habían casado en Navidad, y la boda, aunque sencilla, había sido romántica y preciosa, rodeados de pocos amigos, pero muy familiar y entrañable.

Alex había querido irse de luna de miel a Italia o Hawaii, pero cuando lo propuso, Christine se abrazó a él sonriendo y dijo que la única luna de miel que quería tener era estar en casa con él y pasar los días estando juntos bajo las sábanas. Alexander sonrió pletórico de felicidad porque veía que no se había equivocado al casarse con Christine. No había ni una pizca de codicia en ella, era todo dulzura y bondad.

Y así se habían pasado la luna de miel. Estando juntos, amándose, cerrándose al mundo y creando su propia burbuja de amor donde se tenían mutuamente y eran felices solo con amarse y estar juntos.

Pero la felicidad no dura para siempre, y Alexander y Christine estaban marcados por la desgracia en el momento en que Rudy había jurado venganza.

Aunque Rudy y Alexander no habían vuelto a verse ni hablarse desde el día de la pelea, Rudy todavía seguía a Alex en Instagram, y pudo ver una publicación donde Alex anunciaba una visita a Nueva York en las próximas semanas. Uno de sus amigos, Benjamin, se alegró por la noticia e intercambiaron varios mensajes donde Alex confesó que su visita era para arreglar unos papeles con el notario.

Rudy sintió que el corazón le ardía de dolor. Sabía que Alex iba a

cambiar el testamento, dejándole fuera de todo ahora que tenía a su mujer. Todo lo que iba a ser para él lo había perdido solo porque una zorra se había cruzado en el camino de Alex y le había enamorado lo suficiente como para atontarle y legarla todo, hasta el alma.

Los planes de Rudy se habían ido a la mierda. Él planeaba hacer uso del apartamento de Nueva York, quizá venderlo o alquilarlo por un buen precio y no hacer nada más, solo vivir de eso. Pero ahora ya no tenía nada. Y últimamente sentía que Lucien le ignoraba y no le ofrecía tanto trabajo como antaño.

Con esas, Rudy no tuvo más remedio que hacer algo para parar ese destino que estaba condenándole a la nada.

Si Alex pensaba visitar Nueva York en abril, Rudy tendría que actuar deprisa.

Tendría que impedir lo que su tío iba a hacer, costara lo que costara…

****

A finales de marzo, Christine confirmó lo que había estado sospechando las últimas semanas.

Alex había salido al pueblo a comprar el desayuno antes de que ella se levantara. Eran las diez de la mañana y Christine sonreía feliz sentada en el bidé, con el test de embarazo marcando un positivo. Se hizo dos test más de otras marcas, y también salieron positivos.

La ausencia de regla, las náuseas y unos ligeros mareos la habían advertido de que su cuerpo había cambiado por dentro. Según el test, estaba embarazada de dos meses. Cuando Alex llegó a casa con un montón de bolsas que dejó en la cocina, Christine salió a recibirle con una sonrisa de oreja a oreja.

—Cielo, te he traído la tarta que me pediste. ¿Celebramos algo?— sonrió volviéndose para mirarla. Ella estaba apoyada en el marco de la puerta, llevaba solo una de sus camisas, que siempre le iban grandes, pero que a Christine le gustaba llevar porque olían a Alex. Sus piernas esbeltas y su melena despeinada despertaron en Alex el deseo. Deseaba estar dentro de ella y llenarla de amor. Se mordió el labio y fue hasta ella. La abrazó por la cintura y la besó. Ella le acarició la cara y metió sus dedos en su pelo oscuro ondulado. Alex entonces la alzó, cogiéndola en brazos y ella se echó a reír, apretando sus muslos contra la cintura de Alexander.

—Alex, tengo que decirte algo…—ella se mordió el labio inferior y le miró con dulzura.

—Conozco esa mirada pícara. ¿Qué estás tramando? ¿Hmmm?

—Es algo que creo que te va a hacer muy feliz.

—Vale, pero antes bésame…—Christine sonrió y besó a Alex, que acogió sus labios con ardor y pronto sus bocas se entrelazaron con pasión en un baile de besos que parecía no acabar nunca, hasta que cogida en brazos, Alex llevó a Christine hasta el salón y la tumbó sobre el sofá.—. ¿Qué era eso que querías decirme?

—Ahora no te lo diré—Christine rio.

—¿Cómo? Ya veremos si me lo dices o no—Alex empezó a hacer cosquillas a Christine, que empezó a reír y a gritar mientras Alex la atacaba con dulzura.—. ¿Vas a hablar sí o no?

—Sí, sí, sí, por favor, para—Christine gritó sin parar de reírse. Alex paró, y sonriéndola, encima de ella, la miro con cariño. Su mujer le miró con ternura, cogió su mano derecha y la colocó delicadamente bajo la camiseta, bajo su vientre—. Alex, estoy embarazada. Me he hecho varias pruebas y todas dan positivo. Tengo a tu hijo viviendo dentro de mí. Nacerá para octubre.

Alex sonrió y tomó a Christine de la cara, besándola con fuerza.

—Mi amor, es la mejor noticia que podías darme. No sabes lo feliz que me has hecho. Dios mío, no puedo creerlo… —Una lágrima brotó del ojo derecho de Alex, y Christine le besó, lamiendo su lágrima y mirándole con amor. Alex levantó la camiseta de Christine y cubrió su vientre de besos. Ella sonrió y contrajo el vientre levemente ante el cosquilleo de la barba corta de Alex sobre su piel desnuda. Acarició el pelo de su marido, metiendo sus dedos en su ensortijado pelo. Alex apoyó su cara sobre el vientre de Christine y se quedó ahí un buen rato, justo como ella hacía sobre el pecho de él cuando dormían juntos —. Mi pequeño está ahí dentro… Viviendo, creciendo…

Alexander suspiró. Por fin tenía su propia familia, una que le quería de verdad.

No podía pedir más a la vida, pero por desgracia su dicha se truncaría pronto.

****

Por supuesto, Alex tuvo que compartir la feliz noticia en Instagram. Pronto tuvo más de un centenar de comentarios felicitándole, con montones de emoticonos de bebés, lazos y corazones. Rudy también leyó la publicación y pensó que tenía que actuar lo antes posible. Trazó un macabro plan, aunque lo que iba a hacer era una abominación.

Cuatro días después, el timbre de la casa de Alex sonó varias veces. Christine estaba en el piso de arriba duchándose y Alex fue quién abrió la puerta. Al ver a su sobrino, Alex se quedó demudado de asombro. Y Rudy empezó a desplegar su falsedad.

—Hola tío Alex… Perdona que me presente así, sin avisar… Sentí un impulso en mi corazón y tuve que venir… Quiero pedirte perdón. A ti y a Christine. Fui un indecente y una mala persona, y no estoy orgulloso de mi comportamiento. Por favor perdonadme los dos… Por favor.

La cara de Rudy era un poema. Sus ojos reflejaban tristeza y su expresión era la pura desolación. Alex no pudo negarle la entrada.

—Pasa, Rudy…

Rudy bajó la cabeza y asintió, pasando a la casa con toda la sumisión y humildad que pudo demostrar. Alex cerró la puerta.

—Siento la molestia… Quizá no vine en buen momento…

—No, está bien, no te preocupes. Christine está en la ducha y yo estaba preparando algo de comer, pero no hay prisa por nada. Siéntate, por favor. ¿Quieres tomar algo? ¿Un té?

—No, tío, gracias, estoy bien.

Alex y Rudy se sentaron en el sofá.

—Bueno, me alegro de que estés aquí y que hayas venido a reconocer que estuvo mal lo que hiciste. Por supuesto, claro que te perdonamos y eres bienvenido. Eres mi sobrino, Rudy, siempre te he querido y te quiero, pero no podía comprender por qué me mentiste y por qué mostrabas esa actitud tan amarga. Sé que la perdida de tus padres fue dura, y aunque te he querido y cuidado lo mejor que he sabido, quizá me he perdido algo. Cuéntame, por favor.

—No sé, tío… Solo quería ver mundo, salir y divertirme. Es verdad

que la muerte de mis padres siempre ha dejado un vacío en mí, y aún lo tengo… Supongo que siempre lo tendré…Pero tú me has tratado con amor y cariño, no puedo culparte de nada. El único culpable soy yo, por haberme aprovechado de ti. Te pido perdón de corazón. Solo quería viajar y olvidarme de ese dolor que siento…

Alex abrazó a Rudy.

—Por mí está olvidado. No pasa nada, es dinero, no es importante. Lo que de verdad importa es la familia, y tú has vuelto. Hay que celebrarlo.

—Gracias, tío… Por cierto, Benjamin publicó en Instagram sobre el bebé. Quería felicitaros a Christine y a ti por la llegada del niño. Os deseo lo mejor, y me gustaría ser su hermano mayor.

Alex sonrió.

—Ya lo eres. Para mí eres como un hijo, Rudy. No lo olvides.

Esta vez fue Rudy quien abrazó a Alex, y hasta se permitió sollozar un poco. Alex se lo creyó, pero Rudy no sentía nada de lo que estaba diciendo. Solo era parte de su plan. Por desgracia, ni Alex ni Christine supieron verlo.

Cuando Christine bajó las escaleras envuelta en la toalla, se sorprendió de ver a Rudy, pero pronto supo lo que estaba pasando. Rudy la abrazó y la pidió perdón mil veces mostrando cara de alguien que se está muriendo. Aunque Christine le perdonó, algo dentro de ella no terminaba de creer a Rudy, pero decidió poner buena cara para no herir a Alex, que parecía radiante de volver a contar con su sobrino. Christine sabía que aunque lo disimulaba, Alex estaba herido por la salida tan brusca y dolorosa de su sobrino en su vida. Ahora, esperando un hijo y con su sobrino de vuelta, Alex se sentía pletórico y Christine lo sabía.

—Bueno, chicos, ¿qué os parece si salimos a comer para celebrarlo? Cerca del embarcadero hay un restaurante precioso con vistas al mar y se está muy tranquilo.

—Me parece un buen plan—Rudy sonrió—Por cierto, os he traído una cosita.

Rudy abrió su mochila y sacó un paquete envuelto en papel rojo con chupetes blancos. Christine lo abrió y sonrió al ver un osito de peluche blanco en cuyos pies las iniciales C y A estaban cosidas con hilo plateado.

—Es una monería, ¡me encanta! Muchas gracias, Rudy, estoy segura de que al peque le gustará mucho. Voy a subirlo a la habitación.

Christine le besó en la mejilla y le abrazó.

—¿Ya tenéis habitación para el niño?

—Aún no, pero creo que usaremos la habitación que está al lado de la nuestra. Aún es pronto, pero creo que estos meses tendremos tiempo para prepararlo todo. Acabamos de enterarnos hace poco.

—Os ayudaré en lo que necesitéis. Contad conmigo para todo, por favor, Quiero hacer las cosas bien. No tengo a mis padres, pero vosotros sois mi familia.

Christine sonrió y asintió y Alex rodeó por la cintura a su mujer.

—Siempre nos tendrás, Rudy.

Poco podía saber Alex que su sobrino traería la mayor desgracia sobre él.

****

Tras unos días en casa de Alex, Rudy decidió que era hora de poner en marcha su plan final. Como ya lo tenía todo pensado, solo tuvo que poner su mejor cara y seguir mintiendo.

En la tienda de mascotas del pueblo compró un perrito para reglárselo a Christine. Era un gracioso Beagle de color blanco y marrón. A Christine le maravilló y se enamoró de él en cuanto Rudy entró con él en casa. Le llamaron Nick, y Alex se deshizo en mimos con él. Establecieron una rutina de paseos y al tener el campo enfrente de casa, no tenían problema en pasear al pequeño can.

Los primeros días, Christine y Alex pasearon por el campo con Nick, cogidos de la mano, llenos de felicidad mientras el perrito correteaba contento.

—Definitivamente, esto es felicidad—suspiró Alex. Christine le miró sonriente. El viento soplaba y se habían internado en una zona del prado coronada de árboles frondosos y matorrales. Alex y Christine tenían sus manos entrelazadas y paseaban tranquilos.

—Somos afortunados. No podría pedir nada más. Tengo ganas de ver la cara de nuestro hijo… Me encantaría que se pareciera a ti. —Alex

se echó a reír y besó la mano de Christine.

—Seguro que será una niña preciosa como tú. ¿Cuándo tienes la visita con el médico?

—La próxima semana, el miércoles por la mañana. Mi primera ecografía… Estoy nerviosa.

—Va a salir todo bien, cielo. Estaré contigo en todo momento. Lo sabes ¿verdad?

Christine asintió sonriendo.

—Gracias a Dios que te tengo. Creo que Lily no ha tenido tanta suerte con su marido…

—¿Por qué lo dices?

—Se la ve triste. Su voz ha cambiado, y también el brillo de sus ojos. Las dos nos casamos con hombres más mayores que nosotras, pero creo que Lucien no es como tú. Temo que esté haciendo daño a Lily…

—¿Qué quieres decir?

—Creo que pega a Lily, Alex… Siempre tiene algún moretón, mordisco, arañazo. .Ella intenta taparlo pero el otro día hablamos por video y tenía el pómulo hinchado. Lo tapó con maquillaje pero quedaba raro y tenía los ojos hinchados, como si hubiera llorado mucho el día anterior.

—¿Ella te lo ha dicho?

—No, pero creo que es por miedo. Además, una mirada vale más que cien palabras…

—Siento mucho si eso la está pasando, pero es algo que tiene que resolver ella, Christine. Es un asunto privado de un matrimonio. Nosotros podemos ayudarla, pero será ella quién tendrá que dar el paso para hacer algo. Hoy en día tiene muchos recursos y no tiene que aguantar un matrimonio donde haya maltrato. No estamos en la época medieval, por Dios.

—Yo sé que tú nunca me harías daño. Eres todo bondad… Sé que me protegerías siempre.

—Por supuesto que sí. Incluso más allá de la muerte. Vendría para resolver cualquier asunto que tuviera que ver contigo, mi amor. Nunca te dejaré. Siempre estaremos juntos.

Christine y Alex se detuvieron. Se miraron y se besaron dulcemente. Christine se abrazó a Alex. Se llenó de su amor, de su energía y su calor. Le amaba tanto…

Por desgracia, sería su último día juntos.

****

Al día siguiente, Rudy preparó su plan.

Alex fue a la oficina de correos a recoger unos envíos. Sus amigos de Nueva York le habían enviado regalos por la noticia del embarazo. Rudy estaba solo en casa con Christine. Desayunaron juntos y era hora de sacar a pasear a Nick. Rudy le pidió a Christine hacerlo, pues él decía encontrarse un poco indispuesto.

—No te importa, ¿verdad?

—No, claro, me vendrá bien dar un paseo. Tengo algo de náuseas y el aire fresco me vendrá bien, además empieza a hacer buen tiempo. — Christine colocó los vasos del desayuno en el armarito.

—Bien, pues te dejo, voy fuera un momento a sacar la basura. Luego te veo, Chris.

—Perfecto, Rudy. Si Alex vuelve, dile que estaré en el prado, en el caminito de grava que vimos ayer. —Rudy asintió y salió de la cocina.

Christine se lavó las manos, se secó con un paño de cocina y antes de abandonar la cocina, dejó un mensaje en la pizarra magnética de la nevera. Infantilmente, había dibujado un corazón al que le había pintado una sonrisa y ojos.

“Te quiero, todos los días de mi vida, de esta y de la otra.”

—¡Nick! Vamos pequeño, hora del paseo.

El perrito entró corriendo a la cocina. Christine sonrió y se agachó para cogerle en brazos. Agarró la correa de Nick y enganchó el mosquetón al collar del perrito. Le depositó en el suelo y salieron juntos. Cruzaron el porche, el jardín y también la carretera. Después de un buen rato de juegos, Christine decidió regresar a casa. Había pasado más de media hora, pero Alex no estaba en el prado.

Aunque había vuelto a casa, Alex estaba demasiado ocupado dejando los paquetes en la habitación que estaba destinada al niño. No pudo

evitar abrirlos y ver que se trataba de ropita, peluches y un cestillo con productos de baño. Todo era ideal y práctico.

No había visto a Rudy, pero suponía que habría salido a dar un paseo con Christine y Nick, como había hecho un par de días atrás.

Todo pasó muy deprisa.

Alex bajó las escaleras cargado de cajas de cartón que iba a tirar a la basura. Salió de casa, cruzó el porche y las tiró dentro del cubo basura. Avanzó por el jardín y sonrió al ver a Christine a lo lejos. Llevaba a Nick en brazos y se disponía a cruzar la carretera. No había coches ni gente. No tenía que pasar nada.

Pero pasó.

—¡Alex! —Christine sonrió y levantó el brazo para saludarle. Alex sonrió y le devolvió el saludo. Abrió la verja para salir a su encuentro. Solo les separaban unos metros.

Entonces pasó.

Un coche rojo salió de la nada o eso le pareció a Alex. Iba como loco, y aunque Christine se giró un momento y miró al conductor, no tuvo tiempo de reaccionar y al segundo siguiente el coche ya había atropellado a Christine justo cuando cruzaba la carretera. El choque fue brutal. Ella saltó por encima del coche y cayó en el asfalto con un golpe seco.

Sintió que algo se la rompía por dentro.

Alex sintió que el corazón se le salía por la boca. Vio el coche alejarse a toda velocidad y corrió hacia Christine, que había quedado tumbada boca arriba en la carretera. Alex gritó, se agachó a coger a su mujer justo como había hecho la primera vez que la había conocido y ella se había caído de la bicicleta.

No debería haberla movido. Era paramédico y lo sabía, pero no podía dejarla en la carretera.

La cogió en brazos y Christine gimió de dolor.

Alex consiguió llevarla hasta el jardín de casa y la apoyó suavemente sobre el césped suave. Un reguero de sangre corría desde su boca hasta el pecho. Tenía un lado del cráneo abierto y Alex vio con horror una masa sangrienta y su pelo apelmazado. Además, rasguños en la cara y suciedad del alquitrán.

—Aguanta mi amor, por favor.

Alex lloraba desconsolado mientras Christine le miraba llena de angustia. Intentó hablar, pero no podía. No le salía voz y la dolía el pecho como si tuviera cuchillos clavados. Con manos temblorosas, Alex consiguió llamar a una ambulancia.

—Dense prisa, por favor, mi mujer está muy mal, y está embarazada. Por favor dense toda la prisa que puedan —Sollozó lleno de dolor.

Colgó y arrodillado sobre el césped, colocó a Christine sobre sus muslos para que pudiera respirar mejor. La abrazó por la cintura y sujetó su cabeza.

Los ojos verdes de Alex estaban teñidos de dolor y las lágrimas rebosaban de sus ojos. Una lágrima recorrió la mejilla de Christine. Sabía que iba a morirse. Tendría que dejar a Alex y no vería nacer a su hijo. La felicidad se había acabado para ellos. Christine intentó hablar, pero al no poder, solo usó sus labios, sin voz, para decir a su marido que le amaba y que lo sentía.

Alex acarició su mejilla magullada mientras sus lágrimas caían en la frente de Christine.

—Christine, te juro que voy a buscar a quien te ha hecho esto, y no descansaré hasta que lo pague. No voy a dejar que se vaya impune, mi amor. ¿Pudiste ver quién era?

Christine cerró los ojos con fuerza.

—¿Sí? ¿Era alguien que conocías? —De nuevo Christine cerró los ojos y Alex sintió que el corazón se le aceleraba. No quería pensar en lo que su corazón le decía, porque era una verdad demasiado terrible.

Christine sentía que las fuerzas la abandonaban. Pero reunió las pocas que le quedaban para contestar a Alex y no dejarle sumido en la desesperación de la duda. Estaba a punto de desmayarse. No tenía fuerzas ni para mover los labios, aunque lo intentó. Tosió y escupió sangre que salpicó la cara de Alex.

Mojó la yema del dedo índice en la sangre que brotaba de su boca y dibujó una inicial en el dorso de la mano de Alex, apoyada sobre su vientre. Alex miró lo que Christine había dibujado. Sintió que se mareaba.

Dirigió la mirada a ella y vio que su mujer había expirado. Su cabeza cayó inerte a un lado, como una muñeca rota.

Alex cerró sus ojos y gritó lleno de dolor. Las lágrimas le quemaban la cara. Su grito desgarrador y su llanto espantaron a los pájaros de las copas de los árboles. Los vecinos de las casas cercanas salieron al oír los gritos de Alex.

La ambulancia llegó, pero no se pudo hacer nada por Christine. Sus costillas se habían clavado en sus pulmones dañándolos de muerte, lo que había provocado un colapso y la consecuente muerte.

El médico determinó que Christine estaba embarazada de gemelos. Alex se desmoronó y en la sala del hospital, una enfermera y el médico tuvieron que cogerle de los brazos para evitar que cayera al suelo. Le dieron un sedante y le dejaron descansar en una cama.

La enfermera entró más tarde a revisarle y dormía profundamente. Linda pensó que Alex era hermoso, pero que la tristeza y el dolor estaban marcados a fuego en su cara.

Sus ojos estaban cerrados y sus pestañas eran negras y espesas. La barba le quedaba bien y su pelo ondulado, que había crecido desde la boda, le cubría medio cuello, haciéndole un aspecto varonil y regio.

Linda se permitió el lujo de acariciar su frente, donde unos mechones rebeldes de pelo ondulado le caían graciosamente. Acarició su cara y sintió pena al ver sus ojeras y los ojos hinchados a causa del llanto continuo. Sintió lástima por aquel hombre que había perdido en un segundo a su esposa y gemelos.

Tenía que atender a otros pacientes, así que Linda decidió dejar la habitación, aunque le gustaba mirar a Alexander y contemplar lo atractivo que era.

Antes de irse, se fijó en algo extraño. Observó la mano de Alex y vio una marca roja de lo que parecía sangre seca. La extrañó mucho y se acercó a mirar mejor.

Aparecía algo dibujado. Una inicial. Linda acercó la mano de Alex a la luz de la lámpara de tubo de la cabecera de la cama.

Se podía ver perfectamente una R.

****

Al día siguiente, Rudy fue al hospital a recoger a su tío en el Nissan de Alexander y juntos llegaron a casa. Una casa que a Alex se le antojaba

vacía y triste.

Alexander parecía muerto en vida. Sus ojos estaban hinchados y rojos, su semblante era sombrío y caminaba como un zombi. No hablaba, y Rudy prefirió no forzar las cosas.

Dejó a su tío en la habitación, y este se tumbó en la cama, en posición fetal y de lado. No quería hablar y su rostro era el puro reflejo de la tristeza más oscura.

—Tío, te dejo descansar… Estaré abajo si necesitas algo. ¿Quieres que te suba algo de comer o beber?

—Vete por favor.

Su voz era apenas audible. Rudy se sintió incómodo.

—Claro… Perdona, no te molesto más.

Rudy abandonó la habitación, cerró la puerta y Alex se quedó solo.

Christine no abandonaba su cabeza. Recordaba todos los momentos con ella. Cuando hacían el amor, cuando bajo la sábana se besaban y él la hacía cosquillas, cuando la besaba el cuello y ella olía a vainilla y se reía porque su barba la provocaba cosquillas.

Alexander fijó la mirada en la foto de la mesita de noche. Christine abrazando a Alex y besándole el cuello mientras él se reía lleno de felicidad. Ya nunca estarían juntos. Había perdido toda su felicidad de la peor manera.

Más lágrimas de dolor desbordaron los ojos de Alex y resbalaron por sus mejillas, algunas mojando la almohada.

Necesitaba reunir fuerzas para lo que tenía que hacer. Pero se sentía tan debilitado y cansado… Solo quería cerrar los ojos y dejar de existir.

Pero pensar en que tenía en casa al asesino de Christine y los bebés, fue lo que dio a Alex las fuerzas que no tenía.

La R era de Rudy. Christine se lo había dicho como había podido, pero no había duda.

Su sobrino no había venido para hacer las paces ni porque estuviera arrepentido. Solo quería quitar de en medio a Christine y así mantener su herencia. Había jugado bien sus cartas, y por desgracia, la muerte de Christine había hecho ver a Alex la verdad sobre su sobrino.

Recordaba el rostro ensangrentado de Christine, cómo se le iba la vida y la de los bebés que crecían en su interior. Ella lo sabía y una lágrima había resbalado por su mejilla antes de morir.

Alex sabía que no podría vivir con esos recuerdos. Sabía que nunca podría rehacer su vida después de eso. Siempre tendría esas imágenes en su cabeza, torturándole.

Se levantó lentamente de la cama. Abrió el portátil y escribió un correo al notario donde le daba indicaciones específicas. El apartamento de Nueva York, su casa, y el dinero de las cuentas iría directamente a unas fundaciones de beneficencia. Alex lo dejó todo atado y mandó los documentos y el e-mail a su notario, donde le decía que pusiera todo en marcha en cuestión de cuarenta y ocho horas.

Después fue hasta uno de los cajones del escritorio. Sacó una pistola y la cargó. Se limpió las lágrimas y salió de la habitación.

Como un autómata, bajó las escaleras. Rudy estaba en el salón doblando una manta que Christine solía ponerse por la noche mientras se acurrucaba con Alex en el sofá. De nuevo Alex volvió a sentir una punzada de dolor.

—Hola tío, ¿cómo estás? Te hacía dormido, ¿necesitas algo?

Rudy sintió que algo no iba bien. Los ojos de Alex parecían inyectados en algo oscuro que no había visto antes.

—Sí, necesito justicia. No voy a dejar la muerte de Christine en un limbo. Sé que fuiste tú. Mataste a Christine y a los bebés. No sé de dónde sacaste ese coche y no me importa. Solo sé que tú eres el responsable y que lo vas a pagar.

Rudy sintió que el estómago se había subido a su garganta. Imaginaba a su tío medio zombi y dormido, y de repente algo se había despertado en él dándole unas fuerzas que parecía haber perdido por completo.

—Tío Alex ¿pero qué estás diciendo? Yo no he hecho nada. ¿Cómo puedes pensar algo tan horrible de mí?

—Christine te vio. Cuando la atropellaste. Me lo dijo. Por eso viniste, ¿verdad? Solo querías asegurarte de que conservabas la herencia. Sabías que iba a cambiarla. Leíste lo de Instagram ¿verdad? Cuando dije que iba a Nueva York para visitar al notario.

—Te has vuelto completamente loco. Lo que dices no tiene ningún

fundamento. Si Christine dijo eso, te mintió.

Alex sintió que el corazón le ardía de odio. Apuntó a Rudy con el arma y apretó la mandíbula.

—Ni se te ocurra manchar su memoria dejándola como mentirosa. Confiesa, hijo de puta, aunque te voy a matar igualmente, y después yo también me quitaré de en medio. Ya no me queda nada en esta vida.

Alex se acercó a Rudy, que le miraba sin mover un solo músculo. Le apuntó con la boquilla de la pistola pegada a su frente. Rudy le miró fijamente. Alex se sorprendió de su frialdad.

—Hazlo, entonces, mátame. Sí, yo maté a esa zorra y a esos putos críos y ¿sabes qué? Ni siquiera creo que fueran tuyos.

Alex abrió los ojos como platos. Rudy había conseguido lo que quería, que Alex perdiera por un momento la atención.

Rudy cogió de la muñeca a su tío, desviando la pistola a otro lado, e hizo una llave para quitarle el arma a su tío, pero Alex la tenía bien sujeta y Rudy solo consiguió forcejear con él. Ambos hombre se retorcieron el uno contra el otro, como si se tratara de una lucha de sumo. Rudy agarró la pistola con sus manos cuando Alex y él se debatían, y entonces se oyó un disparo.

Pararon la lucha.

Alex cayó al suelo. En su camiseta apareció una mancha roja de sangre que cada vez crecía más sobre su estómago.

Alex se dio cuenta de lo que había pasado y sus ojos se llenaron de incredulidad. Su sobrino dio una patada a la pistola y esta se desplazó varios metros hasta desaparecer debajo de un sofá. Se agachó al lado de su tío y le susurró al oído.

—Gracias por ponérmelo tan fácil.

Alex tragó saliva con dificultad, pero sonrió mientras un hilo de sangre resbalaba por la comisura de sus labios.

—No has ganado, Rudy. Te lo aseguro.

—Claro que sí. Todo lo tuyo es ahora mío. Voy a vender tu puta casa, tirar a la basura todos los cuadros y pertenencias de esa zorrita de Christine… Nadie nunca te recordará. Siempre fuiste patético. No te

mereces otro final que este. Siempre te odié. Aquel día del accidente de mis padres tenías que haber sido tú el que cogiera el coche. Se suponía que ibas a ir tú a recoger a mi padre al aeropuerto. Pero no podías, porque estabas pasando el fin de semana con una amiguita en un hotel, follándotela. En tu lugar tuvo que ir mi madre, y entonces los perdí a los dos. No tienes ni idea de cuánto quería a mi madre. Más que a ti, más que a mi padre. Fue culpa tuya, está muerta porque estabas demasiado ocupado como para hacerla un simple favor y coger el puto coche tan solo por media hora para ir al aeropuerto. Nunca te lo he perdonado. Ahora ya sabes lo que se siente cuando pierdes al ser amado.

Alex por fin comprendió el odio de Rudy. Antes de morir sintió que el dolor le consumía por dentro como fuego arrasador. Empezó a sentirse mareado y la estancia le pareció borrosa. Pero entonces vio a Christine frente a él. Tan preciosa y radiante como siempre, envuelta en una luz blanca que no dañaba los ojos. Llevaba el pelo suelto y un vestido rosa de gasa.

—Mi amor…—ella acarició su cara, se agachó a su lado y besó su frente. Sintió sus labios suaves y jugosos y su aroma dulce de vainilla. Entre tanto dolor, Alex sintió que una calidez le envolvía y que la felicidad volvía a su alma.

Y entonces murió.

Rudy se levantó del suelo. Con el móvil llamó a emergencias. Fingió que lloraba.

—Por favor vengan rápido, mi tío está muerto. Se ha suicidado.

****

Lily sintió que en su cuerpo algo no iba bien.

Llevaba días que no se sentía como siempre. Vomitaba, estaba mareada y tenía antojos de comida que no había tenido antes. Pensaba que eran los nervios, pues las cosas que Lucien no iban bien.

Aunque algunos días la vida con él era aceptable y hasta buena, había otros días que era insoportable, especialmente por el carácter cambiante y las apetencias sexuales de su marido. Sus celos habían crecido hasta rayar la paranoia, y con el sexo a veces era agresivo, mientras otras veces era dulce.

Esa noche habían acudido a una fiesta de sociedad, a las que Lily estaba ya más que acostumbrada. Pero esa vez había sido diferente. Lucien ya la esperaba en la fiesta y ella tenía que llegar en coche privado. Reynolds, el chofer privado de Lucien, llevó a Lily al hotel donde se daba la fiesta.

Ella había elegido un vestido de Givenchy que realzaba su belleza y que sabía que agradaría a su marido. El vestido se ataba al cuello y dejaba su espalda al descubierto, realzando sus pechos como si fuera un corazón y una abertura dejaba a la vista una pierna esbelta que terminaba en un zapato de tacón con pedrería.

Todo el mundo miró a Lily. Parecía una diosa entre la multitud. Era la más hermosa, elegante y sexy. Lucien, al verla, se quedó maravillado y se hinchó de orgullo cuando vio que los otros hombres le envidiaban la esposa.

—¡Cariño! —Lily, para agradar a Lucien, corrió hasta él, sonriendo — Te echaba de menos tanto…

Se fundió en un abrazo con él, besándole en los labios con pasión. Algunos hombres silbaron y otros aplaudieron.

Lucien sonrió al terminar de besar a Lily, la llevó de la mano a la mesa para que se sentara con él a cenar. Había como treinta personas en aquella mesa larga y rectangular y Lily acaparó todas las miradas. Le encantaba que Lily demostrara en público que le deseaba y le amaba a partes iguales.

—Por Dios, Lucien, lo tuyo sí que es suerte. Tu mujer es una verdadera diosa… ¿de dónde la sacaste? —le preguntó su socio Cameron.

—Del mismo Olimpo—Lucien sonrió y Cameron se echó a reír.

Desde el momento en que Lucien había visto a Lily, había sentido el fuego del deseo. No se concentraba para cenar, ni para seguir las conversaciones. Con Lily a su lado, perfumada, sonriente y hermosa, el deseo no hacía más que crecer en su intimidad.

Cada vez se sentía más incómodo. Decidió hacer algo al respecto. Susurró a Lily al oído que tras pasados dos minutos se levantara y fuera hasta el ascensor del pasillo de la planta uno. Lily asintió.

Lucien se levantó y se excusó diciendo que volvía en un rato.

Lily le siguió al rato y fue hasta el ascensor que su marido le había

indicado. Lucien la esperaba dentro. Nada más verla, la agarró de un brazo y tiró de ella hasta meterla en el cubículo con él. Lucien pulsó un botón y el ascensor empezó a ascender a los pisos superiores. Mientras subía, Lucien se había echado encima de ella como un lobo hambriento.

Lily se sintió violada. Lucien arrancó sus bragas y la penetró con fuerza haciéndola daño. Ella se quejó, pero él no hizo caso y siguió embistiéndola. Lo peor vino después. Lucien quería hacerlo por detrás, pero Lily le apartó.

—¡No, Lucien, por favor! ¡Quieto!

—Shhh, vamos Lily, te va a encantar... Sé que te gusta porque te corres cuando estoy dentro de ti—la susurró al oído con lujuria.

—¡No quiero! Te lo he dicho muchas veces, por ahí no… No me gusta eso, por favor, te lo suplico, no lo hagas.

—Shhhhh, cállate.

Lucien ignoró sus suplicas, y la forzó. Amortiguó los gritos de Lily tapándola la boca con la mano y empujándola contra el espejo del ascensor. La embistió y ella lloró de dolor, pero a él no le importó.

Cuando el ascensor se detuvo en el último piso, Lucien ya había terminado, y satisfecho se había subido la cremallera mientras Lily sollozaba y sentía que su intimidad dolía y ardía. No se atrevía ni a andar. Estaba despeinada, con el maquillaje corrido y se sentía sucia.

Las puertas se abrieron y se reveló una planta vacía. Lily y Lucien salieron y él se echó a reír cuando la vio andar lentamente y con un gesto de dolor.

—Aquí tienes un baño, entra y arréglate un poco, anda. Te veo abajo, princesa.

Lucien la besó en los labios y volvió al ascensor. Se agachó a coger las bragas rotas de encaje negro y las guardó en el bolsillo de su pantalón negro. La sonrió justo cuando las puertas se cerraron.

Lily rompió a llorar. Se sentía usada, y sabía que las cosas con Lucien no irían a mejor. No podía seguir con él. Ya no aguantaba más sus abusos y que la usara como a una prostituta.

Consiguió entrar en el baño, limpiarse la cara y peinarse un poco.

Bajó a la planta primera, pidió un taxi y se marchó a casa. Envió un mensaje a Lucien para decirle que no se encontraba bien y que se había ido a casa. Apagó el móvil.

Lily volvió a vomitar y tras lavarse la cara decidió darse una ducha caliente. Después se puso una camiseta de algodón, shorts y se metió en la cama. En la ducha, se había tomado su tiempo. Había leído en Internet que una ducha caliente o un baño de asiento calmaba la zona íntima, y eso es lo que hizo. Siempre le había dicho a Lucien que no quería el sexo anal, y Lucien lo había respetado hasta esa noche. No había sido placentero y la había dolido todo el rato. Por suerte no había estado mucho rato, pero suficiente para sentir que la partían en dos. Se había pasado todo el rato llorando mientras Lucien seguía embistiéndola como si nada. No se preocupaba de su bienestar y eso significaba que no la quería.

Lily volvió a llorar amargamente. Al final se quedó dormida.

De madrugada llegó Lucien. Encendió las luces de la habitación y la sacó de la cama tirando de su pelo. Lily se despertó sobresaltada. Lucien la tiró al suelo.

—¿Cómo te atreves a irte y dejarme solo en la fiesta? ¿Quién te dio permiso para irte? ¿Eh?

Lucien propinó una patada a Lily, que gritó y se contrajo de dolor en la alfombra de pelo blanco. Sintió de nuevo náuseas.

—Lucien, por favor… Solo quería irme a casa, no me encontraba bien, no lo hice por hacerte daño, te lo juro.

—¿Por qué? ¿Por un puto polvo ya te pones mala? ¿Es eso lo que aguantas? No me hagas reír, joder.

—Te dije que no lo quería así, que me dolía. Te supliqué que pararas.

—Pues haré lo que me dé la puta gana, ¿me oyes? —De nuevo otra patada. Lily tosió y sentía que no podía respirar. Se agarró al pelo de la alfombra, sus dedos se retorcieron de dolor al coger el pelo blanco. —Con lo que estoy pagando por tu abuela, me merezco tu cuerpo por entero, y tú me vas a satisfacer cuando quiera y cómo quiera. Estoy más que harto de tus estupideces con tonterías como “me duele, para” o “no quiero, Lucien, por favor”. Tú estarás disponible para mí cuando yo quiera, y haré lo que me apetezca porque tú aceptaste que así fuera en ese contrato que firmaste, ¿te acuerdas?.. No tenías tantos escrúpulos cuando aceptaste mi dinero a cambio de estar conmigo,

¡así que no me jodas ahora!

Lucien la dejó en paz. Se marchó de la habitación y la dejó llorando, pero las cosas no acabaron ahí. A la mañana siguiente, Lily se despertó con fuertes calambres y dolor de ovarios. Sintió que tenía que ir al baño. Lucien no estaba con ella, probablemente había dormido en la otra habitación. Lily se bajó las bragas, orinó, y al levantarse, un calambre la partió en dos. Gritó y sintió que un sudor frío la recorría la espalda.

Sintió algo corriendo por el interior de su muslo y bajar por su pierna. Bajó la vista y vio que era sangre. Se tocó en su sexo y vio que las yemas de sus dedos estaban manchadas de sangre. No era la menstruación. Lo sabía porque lo que sentía no era nada que hubiera experimentado antes. Llamó llorando a Lucien. Gritó su nombre pidiéndole ayuda. De repente, Lucien entró en el baño y la miró.

—Llévame al hospital, por favor, te lo suplico… Me pasa algo muy malo.

Lucien corrió hacia ella. Olvidó su enfado y las malas palabras. Ver a Lily en ese estado le preocupó hasta la médula. Una idea cruzó su mente, un vestigio de lo que podía estar pasando, pero era demasiado horrible para ser verdad y Lucien no quiso creerlo. Eso no podía ser.

—Tranquila, cariño, vas a estar bien, tranquila. Respira, vamos, respira como yo. Inhala, exhala, eso es, muy bien.

Lucien cogió en brazos a Lily, la sacó del baño y llamó a gritos a Reynolds, el chófer. Pasaron horas antes que volvieran a casa.

Lucien no parecía el mismo hombre de la noche anterior. Acostó en la cama a Lily, que parecía un zombie.

Había tenido un aborto.

El médico les dijo que estaba embarazada de un mes y medio. Eso explicaba las náuseas que había estado sintiendo las últimas semanas. Lily no delató a Lucien cuando la preguntaron si había tenido alguna caída o golpe. Dijo que no, pero cuando fueron a examinarla, vieron moretones en su estómago y el médico la miró en busca de una explicación hasta que Lily se inventó otra mentira.

—Fue un juego sexual. Nada serio. Fue consentido.

El médico desvió la mirada, pero Lily sabía que su historia era difícil de creer. Lucien tragó saliva con dificultad. Ambos sabían lo que

ninguno se atrevía a poner en palabras. El aborto había sido resultado de los golpes de la noche anterior.

Lucien se abrazó a la cintura de Lily, que llevaba horas acostada en posición fetal sin pronunciar palabra ni moverse. Ella olió su perfume y sintió el cuerpo de él estrechándose contra el suyo.

—Mi vida… Yo te cuidaré… A partir de ahora estarás mucho mejor, ya lo verás. Voy a cuidarte mucho más y mejor. El médico dijo que podrás volver a concebir. No te preocupes ahora, ¿vale? Yo te haré otro niño, tendremos más. Te lo prometo. Tranquila, estoy a tu lado, Lily. No dejaré que te pase nada malo. Te amo, aunque no lo creas. Te amo.

Lucien besó la cabeza de Lily y acarició su pelo. Ella cerró los ojos y una lágrima corrió por su cara. La costaba respirar a causa del nudo que atenazaba su garganta. No pensaba que se recuperaría nunca de aquello.

Deseó morirse.

Y sí, la muerte visitaría en breve aquella casa tal y como había hecho en la casa de Alexander.

****

Unos días después.

Aquella mañana Rudy se levantó temprano. Empezó a tirar montones de cosas a la basura y pronto llenó el cubo grande del jardín. Tuvo que hacer muchas visitas a los contenedores y estos cada vez se iban llenando más de bolsas con pertenencias de Christine y Alexander. Ropa, cuadros, objetos personales, todo lo que Rudy consideraba una molestia iba directo a la basura.

Ya tenía planeado alquilar el apartamento de Nueva York así como la casa de *Amber Hill.* Con los alquileres de las casas no tendría que trabajar y podría vivir donde le diera la gana. Se sentía contento de su triunfo y de cómo la rueda de la fortuna había girado a su favor. Pero poco sabía él que la rueda daría un giro más, en favor de Alex y Christine.

Después de horas de trabajo de limpieza, Rudy decidió descansar unas horas. Se sentó en el sofá del salón y se fumó un cigarrillo. Exhaló el humo cuando de repente una fotografía se cayó sola al suelo. Rudy

oyó el ruido seco y se quedó en silencio y demudado. La fotografía era de Christine y Alex el día de su boda. Esa aún no la había tirado a la basura.

Se levantó y se agachó a cogerla. Fue a la cocina y la tiró al cubo de la basura. Alex y Christine sonrientes y abrazados, felices y ajenos a la desgracia que les arruinaría la vida.

Alex encendió una vela de lavanda que tenía puesta en un platito de cerámica, en la encimera de la cocina. Daba buen olor y quitaba la energía negativa del ambiente. Ligeramente asustado, Rudy decidió prender la vela como si un resorte en su cabeza se hubiera activado para automáticamente hacerle prender la llama. Sentía como si alguien se hubiera adueñado de su cuerpo por un momento.

Regresó al salón, y miró a su alrededor, pero no vio nada. Se dio la vuelta y decidió salir a tomar el aire, pero lo que ocurrió le hizo congelarse.

La lámpara del techo empezó a agitarse violentamente como si cuerdas invisibles tironearan de ella con violencia.

Los objetos como ceniceros, figuritas o cuadros, empezaron a volar con violencia y golpear a Rudy como si manos invisibles los lanzaran contra su cuerpo en un claro signo de agresión. Rudy se protegió con los brazos, pero los golpes le dieron de lleno en la cabeza, los costados y la cara. Gritó.

—¡BASTA! ¡MALDITO SEAS, DÉJAME EN PAZ!

Una figurita de porcelana en forma de pastora voló y chocó contra la boca de Alex, cortándole el labio. Los objetos seguían volando y golpeándole y Rudy corrió hacia la cocina. Cerró la puerta con pestillo y durante unos minutos más escuchó los objetos caer al suelo, rompiéndose en añicos.

Se hizo el silencio.

Rudy jadeaba, nervioso, muerto de miedo, apoyado en la puerta y sujeto al picaporte, esperando que no pasara nada más, pero temiendo que pasara algo mucho peor.

No necesitaba ver para saber que su tío estaba allí. Después de la muerte había regresado para vengarse. Estaba seguro.

La única luz que había en la cocina era la vela de lavanda, con su llama naranja, dando un resplandor tenue que a Rudy le pareció

siniestro.

—¡NO VAS A PODER CONMIGO TIO ALEX! ¡ESTÁS MUERTO!

Rudy se echó a reír y una carcajada salió de su garganta.

—¿Tú crees?

La voz de Alex fue clara y serena. Rudy sintió que su corazón se paraba. Lleno de miedo, buscó el interruptor de la cocina para dar la luz. No podía ser que su tío estuviera allí. Estaba muerto, lo había enterrado y eso no podía ser posible.

Tenía que dar la luz o se iba a morir allí mismo. Estaba aterrado. Con manos temblorosas palpó la pared, como un ciego, en busca del interruptor.

No lo encontraba.

—¡JODER!—bramó.

No pudo ver que unas manos invisibles habían abierto la llave del gas. Empezó a salir por la cocina de gas, donde tantas veces Christian había cocinado. Rudy no lo vio, ni se dio cuenta de nada.

Cuando por fin sus manos palparon el interruptor de luz, respiró aliviado.

—Te vencí, tío Alex, te vencí.

Su risa sonó demencial.

Apretó el interruptor y la casa voló en pedazos.

****

Los periódicos locales se hicieron eco de la noticia. La casa de Alex había acaparado las portadas de los noticieros y más tarde salió en las noticias de todo el país como una de las mayores tragedias. El matrimonio había muerto y ahora la casa donde se alojaba el sobrino de Alexander Ward, el escritor, volaba en pedazos, dejando un esqueleto en ruinas.

La casa había explotado, y el fuego se había encargado del resto. Ya solo quedaban apenas cuatro paredes y enseres de la casa totalmente calcinados.

El cuerpo de Rudy era un trozo de carbón que horrorizó a los paramédicos y la policía. Su cara era una calavera con la boca abierta en una expresión de terror como si hubiera visto algo horrible antes de morir. Los paramédicos le taparon con una sábana y se lo llevaron en una camilla sabiendo que tendrían pesadillas durante meses tras esa visión atroz.

Un viento gélido sopló y las cenizas volaron por el aire. La triste historia del matrimonio Ward acababa ahí, en una casa calcinada, rota, vacía y muerta.

Pero sus almas seguían vivas, en otra vida, donde la justicia y el amor imperaban.

Ian Andrews, el notario amigo de Alex, así lo pensó. Cuando leyó el e-mail de Alex donde este le contaba sobre su sobrino Rudy y su maldad, y entonces vio las noticias de la casa quemada, supo que no era coincidencia. Que las cosas pasaban por algo, y que Alex había hecho justicia desde el otro lado para vengar la sangre inocente de su mujer e hijos no natos.

Dispuso todo. La casa de *Amber Hill* estaba inutilizada, pero el terreno tenía valor. Junto con el apartamento de Nueva York y la cuenta bancaria, todo fue a parar a un par de fundaciones de beneficencia, una para el cáncer y otra para niños huérfanos.

Algún tiempo después, los nuevos titulares sobre Alexander Ward fueron más alegres. Se le hizo una ceremonia honrando su nombre, pues gracias a su legado, se había encontrado un tratamiento para un tipo de cáncer infantil. La foto de Alexander se puso en la entrada del hotel donde se celebraba su memoria y los asistentes brindaron en su nombre.

Ian asistió y elevó la copa en alto para brindar por su amigo.

—Brilla en lo alto, amigo.

Al salir del hotel, un par de mariposas blancas revolotearon felices en torno a él para alzar su vuelo hacia el cielo.

Ian sonrió. Sabía que el significado de las mariposas blancas era el de dos almas que visitan a alguien a quien aprecian. Quizá fuera una tontería, pero le gustó pensar que Christine y Alex estaban enviándole un guiño.

Ian tomó un taxi y abandonó Nueva York.

****

Había llegado el invierno.

Lily visitó *Amber Hill* y colocó en la tumba de Christine y Alexander unas flores rojas y blancas.

Se arrodilló frente a la tumba, rezó y besó su mano enguantada para depositarla con delicadeza sobre la lápida con los nombres del matrimonio Ward y los bebés.

Alex también había dado instrucciones a Ian para que en la inscripción de la tumba figuraran los nombres de Christine, el suyo y se mencionara a los bebés, de los que no se sabía el sexo.

Aquel día nevaba. Lily apartó la nieve de la lápida e hizo sitio para las flores, que pronto empezaron a cubrirse de escarcha blanca.

Lily suspiró.

Los últimos meses habían sido intensos para ella.

Había pasado algo que no había podido contar a nadie. Ni siquiera a su abuela. No confiaba en nadie para contar tal cosa.

Tras el aborto, Lucien había tenido unos meses de estabilidad en los que no había parado de colmarla de atención, amor y placer. Quería contentar a Lily de mil formas, hacerla confiar en él y que olvidara el triste suceso del aborto. Pero Lily no podía olvidar y tras el aborto, en su corazón ya no quedaba amor para amar y perdonar a Lucien.

Un día, reunió el valor suficiente para pedirle el divorcio. Le dijo que si intentaba hacerla daño o ir a por ella, iría a la policía con todas las pruebas que tenía contra él.

Lily había empezado a hacer fotos de sus moratones y marcas, también había grabado audios donde Lucien la gritaba, la pegaba y la humillaba.

Lucien, asombrado y herido en lo más hondo, no supo qué contestarla, pero tenía claro que no iba a dejarla ir. La consideraba ya una posesión y no iba a permitir que le abandonara.

Se lanzó contra ella como un león atacando a un ciervo indefenso. Lily, que no se lo esperaba, no supo defenderse.

La tiró sobre la cama, y encima de ella, la apretó el cuello para ahogarla.

—¿Quieres dejarme? Bien, será con los pies por delante.

Apretó y apretó, mientras Lily intentaba zafarse de él, pero Lucien era más alto y fuerte y ella seguía debilitada por el aborto y la depresión. No tenía fuerzas para luchar contra él.

Asumió que iba a morir, y quizá era lo mejor.

Había estado teniendo sueños donde veía a Christine y a Alex envueltos en una luz blanca y cada uno sosteniendo a un bebé. Alex tenía a una niña y Christine a un niño. Su amiga la sonreía y la guiñaba un ojo.

Lily no entendía nada, pero asumía que su amiga era feliz en la otra vida. Eso la bastaba.

Mientras, sentía que la vida se le escapaba. Se sentía cada vez más mareada y le faltaba el aire. Una presión en su cabeza empezó a inundar sus sentidos. Intentó alargar los brazos y arañar la cara de Lucien, pero sentía sus brazos sin fuerzas.

Ya está, iba a morir. Y no la importaba.

Pero entonces ocurrió lo que no se esperaba.

De repente, algo invisible se apoderó de Lucien. Él aflojó la presión de sus manos en el cuello de Lily, lo que la dio tiempo para tomar una bocanada de aire. Una fuerza invisible levantó a Lucien por el aire, Lily aterrorizada se encogió en la cama viendo con horror el trágico final de su marido.

La puerta corredera de cristal de la terraza estaba abierta de par en par. Lucien gritó y pateó inútilmente en el aire, gritó lleno de terror, pero no podía defenderse de aquella fuerza invisible.

Entonces, aquello, fuera lo que fuera, le lanzó por el aire, y Lucien cayó veinte pisos en caída libre para aterrizar en el suelo de la acera y reventarse como un huevo roto.

Los transeúntes gritaron y varios coches se pararon.

Lily gritó llena de horror. Se tapó con las sábanas, muerta de miedo.

Pero entonces recordó las palabras de aquel extraño ritual que Christine le había mandado por el móvil.

Un día, las había pronunciado.

Y ahora esto.

Intentó tranquilizarse y comprendió que algo del otro lado había venido para defenderla y librarla de aquel demonio llamado Lucien.

Agradeció a lo invisible la ayuda prestada y juró no revelar a nadie lo que allí había pasado.

La policía por supuesto la interrogó, y Lily les contó que Lucien se había tirado por la terraza cuando ella le había anunciado que quería el divorcio. Les enseñó las pruebas que confirmaban que era un maltratador y que no podía soportar vivir más con él.

No encontrando nada sospechoso y sintiendo pena por aquella joven pálida y frágil, la dejaron en paz y cerraron el caso.

Lily vendió el apartamento y se compró una casa en un barrio residencial de Nueva York. Quería estar tranquila y alejada de la ciudad. Había heredado todo lo que Lucien tenía y era rica, pero no la importaba el dinero. Solo lo quería para seguir cuidando de Nana, su abuela, a la que había sacado de la residencia y ahora vivía con ella en casa, igualmente atendida por una enfermera que todos los días la visitaba unas horas.

Lily se graduó y encontró trabajo en una galería de arte, donde exponía sus trabajos junto con los de un pintor joven, que era pura bondad y alegría.

Gracias a él y la abuela Nana, Lily empezó a sentirse viva otra vez.

—¿Nos vamos ya, cariño? Nuestro autobús sale en veinte minutos.

—Sí, Chris, ya he terminado.

Lily sonrió, y Christopher la devolvió la sonrisa, la besó en los labios y camino junto a ella abrazándola.

Juntos abandonaron el cementerio y Lily se prometió que cada año visitaría la tumba para dejar flores y agradecer su nueva vida, que sin la ayuda del más allá no hubiera sido posible.

Más tarde se hizo de noche. Dos luceros brillaban con intensidad en la negrura del cielo, recortada por las copas de los árboles.

A los lugareños les gustaba pensar que eran las almas de Christine y Alex, de nuevo juntas, observando desde lo alto el lugar donde se

habían conocido y su amor había germinado.

Quizá fuera verdad, pues un amor verdadero sobrevive más allá de la muerte.

EPÍLOGO

Christopher se despertó lanzando una bocanada de aire y una exclamación.

Miró a su alrededor, confuso, y vio que estaba en su casa ajardinada. El sol lucía sobre un cielo limpio y despejado. Él yacía tendido sobre la mullida hierba verde, a escasos metros de la entrada a su casa. Se incorporó y notó el cuerpo entumecido.

Tenía en la cabeza un montón de historias y personajes. Pero no le bailaban, todo parecía perfectamente atado y en conexión.

Se dijo que tenía que entrar a casa lo más rápido posible y anotar en su cuaderno todo aquello, para ponerse a escribir su nuevo libro sobre aquellos curiosos personajes.

Se sentía extraño porque creía recordar haber salido al campo, mojarse por la lluvia y hablar con la zíngara Serena. Pero aquello debía haber sido un sueño, no tenía sentido, pues el cielo estaba claro y despejado, sin el menor rastro de lluvia.

Su desbordante imaginación le había ofrecido un abanico de sueños lúcidos, y eso era todo.

Sonrió, pensando que era una locura que él hubiera podido considerar por un momento que aquel encuentro con Serena fuera real.

Pero entonces, al ponerse en pie, notó que algo se le caía de la camisa. Bajó la mirada al suelo, se agachó y se quedó estupefacto.

Una pequeña flor de campanilla azul.